

COLECCION UNIVERSAL

N.º 237 a 240

MIGUEL DE CERVANTES

28
Los trabajos

de

Persiles y Sigismunda

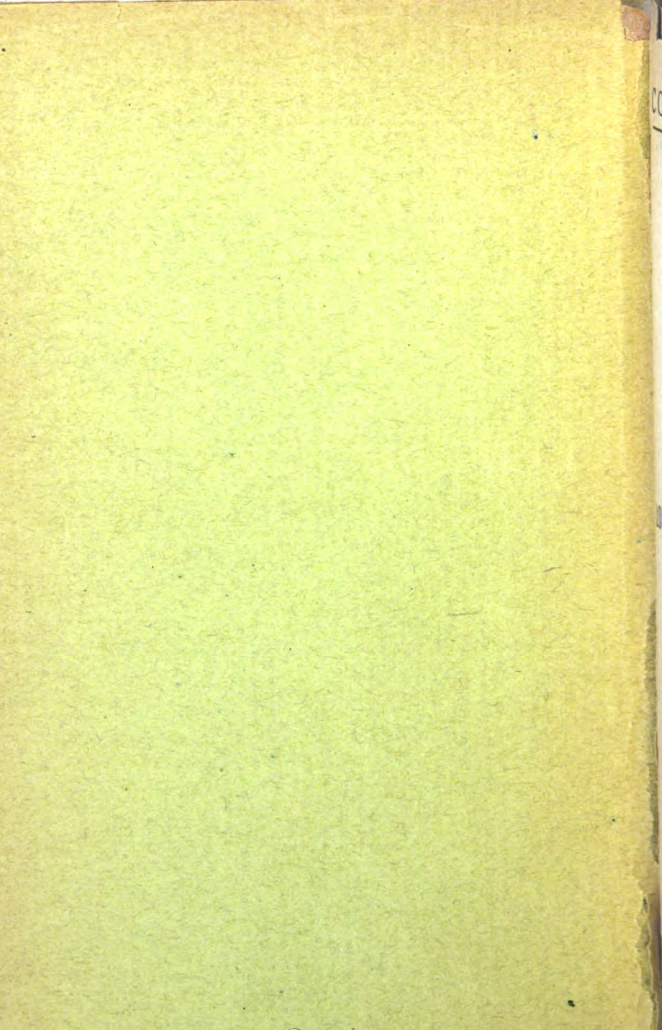
HISTORIA SETENTRIONAL

TOMO I.—LIBROS I Y II



Precio: 2 pesetas.

MADRID, 1920



COLECCION UNIVERSAL

Miguel de Cervantes.

LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

HISTORIA SETENTRIONAL

TOMO I.—LIBROS I Y II

MCMXX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1920.

COLECCIÓN UNIVERSAL

MIGUEL DE CERVANTES

Los trabajos
de
Persiles y Sigismunda

HISTORIA SETENTRIONAL

TOMO I.—LIBROS I Y II



MADRID, 1920

Se ha dicho por algún crítico que Cervantes es la desigualdad misma: junto a sus mejores producciones, el Quijote, algunas de las Novelas ejemplares y casi todos los entremeses, escribió la más empalagosa de las novelas pastoriles—La Galatea—, unas cuantas comedias desprovistas de interés, y el más fantástico de los libros de aventuras: PERSILES Y SIGISMUNDA. Y, como un buen padre, defiende con ardor a sus hijos enfermizos; porque, sin duda, los fuertes no necesitan ningún amoroso cuidado.

Del PERSILES llegó a decir, antes de aparecer, que sería el libro "más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto", arrepintiéndose en seguida de haber dicho que pudiera ser el peor, "porque ha de llegar al extremo de bondad posible".

Estas palabras, desde luego, expresan una opinión exagerada acerca de su obra póstuma—el PERSILES se publica en 1617, y Cervantes muere un año antes—; pero la fama ha respondido también con un desprecio exagerado.

Esta novela, de innumerables aventuras entrelazadas, tiene un largo comienzo repelente. En los dos primeros libros se repiten, con una monotonía obrumadora, episodios parecidos—desarrollados en islas innominadas y polares—, en los que es difi-

cil descubrir el destello de algo que nos anime a seguir la lectura. Pero, en cambio, si pudiéramos recomendar a los lectores que comenzaran por los dos libros finales, estamos seguros de que se aficionarían a esta novela extraña. Cuando el autor nos transporta a las tierras por él conocidas, Portugal, España, Italia, surge el Cervantes de las mejores páginas de sus obras maestras. En estos escenarios hasta reviven los pálidos personajes que, como fantasmas sin alma, se pasean por la primera mitad de la novela.

En la formación de ésta influyeron—como en otras muchas de las cervantinas—, junto a las múltiples lecturas de su autor, las tristes o alegres experiencias de su vida.

Cervantes dice que estos TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA se atreven a competir con Heliodoro, y si es cierto que de este escritor griego arranca el argumento fundamental, no es menos evidente que en sus episodios y en las novelitas intercaladas tuvo presente el autor la lectura de otros muchos libros de aventuras y de novelas bizantinas.

No es éste, por tanto, un libro de un interés continuado; pero al leerlo cuidadosamente sabrán destacarse páginas brillantes y episodios incidentales de un verdadero atractivo.

DE DON FRANCISCO DE URBINA

a Miguel de Cervantes, insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos, a quien llevaron los Terceros de San Francisco a enterrar con la cara descubierta, como a Tercero que era.

EPITAFIO

Caminante, el peregrino
Cervantes aquí se encierra:
su cuerpo cubre la tierra,
no su nombre, que es divino.
En fin hizo su camino;
pero su fama no es muerta,
ni sus obras, prenda cierta
de que pudo a la partida,
desde ésta a la eterna vida
ir la cara descubierta.

AL SEPULCRO DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

ingenio cristiano, por Luis Francisco Calderón.

SONETO

En este, ¡oh caminante!, mármol breve,
urna funesta, si no excelsa pira,
cenizas de un ingenio santas mira,
que olvido y tiempo a despreciar se atreve.

No tantas en su orilla arenas mueve
glorioso el Tajo, cuantas hoy admira
lenguas la suya, por quien grata aspira
a el lauro España que a su nombre debe.

Lucientes de sus libros gracias fueron,
con dulce suspensión, su estilo grave,
religiosa invención, moral decoro.

A cuyo ingenio los de España dieron
la sólida opinión que el mundo sabe,
y al cuerpo, ofrenda de perpetuo lloro.

A DON PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO

Conde de Lemos, de Andrade, de Villalba; marqués de Sarria, gentilhombre de la Cámara de Su Majestad, presidente del Consejo Supremo de Italia, comendador de la Encomienda de la Zarza, de la Orden de Alcántara.

Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan:

"Puesto ya el pie en el estribo",

quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola; porque casi con las mismas palabras las puedo comenzar, diciendo:

"Puesto ya el pie en el estribo.
con las ansias de la muerte.
gran señor, ésta te escribo."

Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies a vuesa excelencia: que podría ser fuese tanto el contento de ver a vuesa excelencia bueno en España, que me volviese a dar la vida. Pero si está decretado que la

haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y, por lo menos, sepa vuesa excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte mostrando su intención. Con todo esto, como en profecía, me alegro de la llegada de vuesa excelencia, regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de vuesa excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del jardín* y del famoso *Bernardo*. Si a dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas fin de *La Galatea*, de quien se está aficionado vuesa excelencia; y con estas obras, continuando mi deseo, guarde Dios a vuesa excelencia como puede. De Madrid, a diez y nueve de abril de mil seiscientos diez y seis años.

Criado de vuesa excelencia,

Miguel de Cervantes.

PRÓLOGO

Sucedió, pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes, y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que a mis espaldas venía picando con gran priesa uno que, al parecer, traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardo, porque todo venía vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales; verdad es no traía más de dos, porque se le venía a un lado la valona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla. Llegando a nosotros, dijo:

—¿Vuestas mercedes van a alcanzar algún oficio o prebenda a la corte, pues allá está su ilustrísima de Toledo y su majestad, ni más ni menos, según la priesa con que caminan, que en verdad que a mi burra se le ha cantado el victor de caminante más de una vez?

A lo cual respondió uno de mis compañeros:

—El rocín del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algo que pasilargo.

Apenas hubo oído el estudiante el nombre de Cervantes, cuando, apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cojín y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió a mí, y acudiendo asirme de la mano izquierda, dijo:

—¡Sí, sí; éste es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y, finalmente, el regocijo de las Musas!

Yo, que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder a ellas; y así, abrazándole por el cuello, donde le eché a perder de todo punto la valona, le dije:

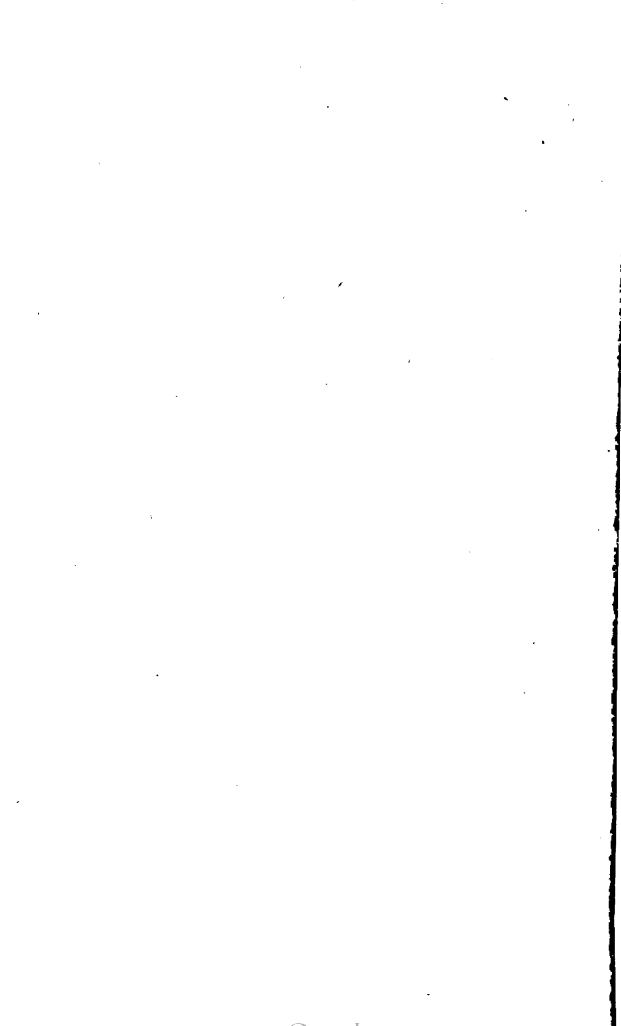
—Ese es un error donde han caído muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las Musas, ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho. Vuesa merced vuelva a cobrar su burra, y suba, y caminemos en buena conversación lo poco que nos falta de camino.

Hízolo así el comedido estudiante, tuvimos algún tanto más las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento, diciendo:

—Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará, sin otra medicina alguna.

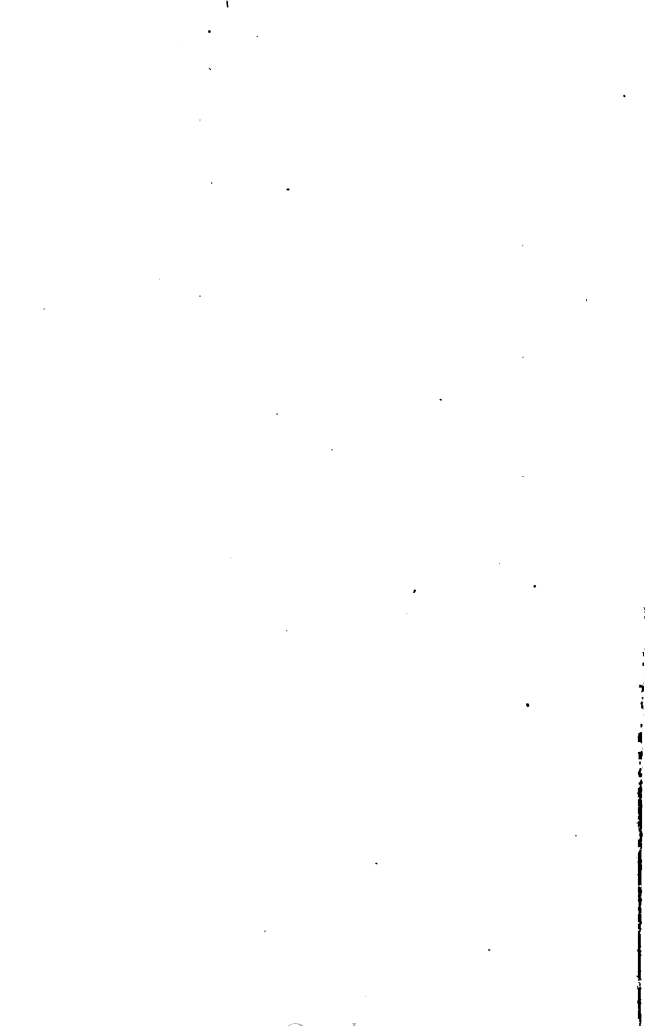
—Eso me han dicho muchos—respondí yo—; pero así puedo dejar de beber a todo mi beneplácito, como si para sólo eso hubiera nacido. Mi vida se va acabando, y, al paso de las efeméridas de mis pulsos, que, a más tardar, acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced a conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido a la voluntad que vuesa merced me ha mostrado.

En esto llegamos a la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó a entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decirla y yo mayor gana de escucharla. Tornéle a abrazar, volvióseme a ofrecer, picó a su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, a quien había dado gran ocasión a mi pluma para escribir donaires; pero no son todos los tiempos unos. Tiempo vendrá, quizá, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que sé convenía. ¡A Dios, gracias; a Dios, donaires; a Dios, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!



LIBRO PRIMERO

de la historia de los trabajos de Persiles y Sigismunda.



CAPITULO PRIMERO

Voces daba el bárbaro Corsicurbo a la estrecha boca de una profunda mazmorra, antes sepultura que prisión de muchos cuerpos vivos que en ella estaban sepultados, y, aunque su terrible y espantoso estruendo cerca y lejos se escuchaba, de nadie eran entendidas articuladamente las razones que pronunciaba, sino de la miserable Cloelia, a quien sus desventuras en aquella profundidad tenían encerrada.

—Haz, ¡oh Cloelia!—decía el bárbaro—, que, así como está, ligadas las manos atrás, salga acá arriba, atado a esa cuerda que descuelgo, aquel mancebo que habrá dos días que te entregamos; y mira bien si, entre las mujeres de la pasada presa, hay alguna que merezca nuestra compañía, y gozar de la luz del claro cielo que nos cubre y del aire saludable que nos rodea.

Descolgó en esto una gruesa cuerda de cáñamo, y, de allí a poco espacio, él y otros cuatro bárbaros tiraron hacia arriba, en la cual cuerda, ligado por debajo de los brazos, sacaron, asido fuertemente, a un mancebo, al parecer de hasta diecinueve o veinte años, vestido de lienzo basto, como marinero, pero hermoso sobre todo encarcamiento. Lo primero que hicieron los bárbaros

fué requerir las esposas y cordeles con que a las espaldas traía ligadas las manos; luego le sacudieron los cabellos, que, como infinitos anillos de puro oro, la cabeza le cubrían; limpiáronle el rostro, que cubierto de polvo tenía, y descubrió una tan maravillosa hermosura, que suspendió y enterneció los pechos de aquellos que para ser sus verdugos le llevaban. No mostraba el gallardo mozo en su semblante género de aflicción alguna; antes, con ojos, al parecer, alegres, alzó el rostro y miró al cielo por todas partes, y con voz clara y no turbada lengua dijo:

—Gracias os hago, ¡oh inmensos y piadosos cielos!, de que me habéis traído a morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos oscuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran; bien querría yo no morir desesperado, a lo menos, porque soy cristiano; pero mis desdichas son tales que me llaman y casi fuerzan a desearlo.

Ninguna destas razones fué entendida de los bárbaros, por ser dichas en diferente lenguaje que el suyo, y así, cerrando primero la boca de la mazmorra con una gran piedra, y cogiendo al mancebo sin desatarle, entre los cuatro llegaron con él a la marina, donde tenían una balsa de maderos, y atados unos con otros con fuertes bejucos y flexibles mimbres. Este artificio les servía, como luego pareció, de bajel, en que pasaban a otra isla que no dos millas o tres de allí se parecía. Saltaron luego en los maderos, y pusie-

ron en medio dellos, sentado, al prisionero, y luego uno de los bárbaros asió de un grandísimo arco que en la balsa estaba, y, poniendo en él una desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le flechó, y, encarando al mancebo, le señaló por su blanco, dando señales y muestras de que ya le quería pasar el pecho. Los bárbaros que quedaban asieron de tres palos gruesos, cortados a manera de remos, y el uno se puso a ser timonero, y los dos a encaminar la balsa a la otra isla. El hermoso mozo, que por instantes esperaba y temía el golpe de la flecha amenazadora, encogía los hombros, apretaba los labios, enarcaba las cejas, y, con silencio profundo, dentro en su corazón pedía al cielo, no que le librase de aquel tan cercano como cruel peligro, sino que le diese ánimo para sufrirlo; viendo lo cual el bárbaro flechero, y sabiendo que no había de ser aquél el género de muerte con que le habían de quitar la vida, hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazón, no quiso darle dilatada muerte, teniéndole siempre encarada la flecha al pecho; y así arrojó de sí el arco, y, llegándose a él por señas, como mejor pudo, le dió a entender que no quería matarle.

En esto estaban, cuando los maderos llegaron a la mitad del estrecho que las dos islas formaban, en el cual, de improviso, se levantó una borrasca que, sin poder remediarlo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se deslīga-

ron y dividieron en partes, quedando en la una, que sería de hasta seis maderos compuesta, el mancebo, que de otra muerte que de ser anegado tan poco había que estaba temeroso. Levantaron remolinos las aguas; pelearon entre sí los contrapuestos vientos; anegáronse los bárbaros; salieron los leños del atado prisionero al mar abierto; pasábanle las olas por cima, no solamente impidiéndole ver el cielo, pero negándole el poder pedirle que tuviese compasión de su desventura. Y sí tuvo, pues las continuas y furiosas ondas, que a cada punto le cubrían, no le arrancaron de los leños y se le llevaron consigo a su abismo: que, como llevaba atadas las manos a las espaldas, ni podía asirse ni usar de otro remedio alguno. De esta manera que se ha dicho salió a lo raso del mar, que se mostró algún tanto sosegado y tranquilo al volver una punta de la isla, adonde los leños milagrosamente se encaminaron y del furioso mar se defendieron. Sentóse el fatigado joven, y, tendiendo la vista a todas partes, casi junto a él descubrió un navío que en aquel reposo del alterado mar, como en seguro puerto, se reparaba; descubrieron asimismo los del navío los maderos y el bulto que sobre ellos venía, y por certificarse qué podía ser aquello, echaron el esquife al agua, y llegaron a verlo, y hallando allí al tan desfigurado como hermoso mancebo, con diligencia y lástima le pasaron a su navío, dando con el nuevo hallazgo admiración a cuantos en él estaban. Subió el mo-

zo en brazos ajenos, y, no pudiendo tenerse en sus pies de puro flaco, porque había tres días que no había comido, y de puro molido y maltratado de las olas, dió consigo un gran golpe sobre la cubierta del navío, el capitán del cual, con ánimo generoso y compasión natural, mandó que le socorriesen. Acudieron luego unos a quitarle las ataduras, otros a traer conservas y odoríferos vinos, con cuyos remedios volvió en sí, como de muerte a vida, el desmayado mozo, el cual, poniendo los ojos en el capitán, cuya gentileza y rico traje le llevó tras sí la vista y aun la lengua, le dijo:

—Los piadosos cielos te paguen, piadoso señor, el bien que me has hecho, que mal se pueden llevar las tristezas del ánimo, si no se esfuerzan los descaecimientos del cuerpo. Mis desdichas me tienen de manera que no te puedo hacer ninguna recompensa deste beneficio, si no es con el agradecimiento; y, si se sufre que un pobre afligido pueda decir de sí mismo alguna alabanza, yo sé que en ser agradecido ninguno en el mundo me podrá llevar alguna ventaja.

Y en esto probó a levantarse, para ir a besarle los pies; mas la flaqueza no se lo permitió, porque tres veces lo probó, y otras tantas volvió a dar consigo en el suelo; viendo lo cual, el capitán mandó que le llevasen debajo de cubierta y le echasen en dos traspontines, y que, quitándole los mojados vestidos, le vistiesen otros enjutos y limpios, y le hiciesen descansar y dor-

mir. Hízose lo que el capitán mandó; obedeció, callando, el mozo, y en el capitán creció la admiración de nuevo, viéndolo levantar en pie, con la gallarda disposición que tenía, y luego le comenzó a fatigar el deseo de saber dél, lo más presto que pudiese, quién era, cómo se llamaba y de qué causas había nacido el efecto que en tanta estrechez le había puesto; pero, excediendo su cortesía a su deseo, quiso que primero se acudiese a su debilidad, que cumplir la voluntad suya.

CAPITULO II

DEL LIBRO PRIMERO

Reposando dejaron los ministros de la nave al mancebo, en cumplimiento de lo que su señor les había mandado; pero como le acosaban varios y tristes pensamientos, no podía el sueño tomar posesión de sus sentidos, ni menos lo consintieron unos congojosos suspiros y unas angustiadas lamentaciones que a sus oídos llegaron, a su parecer, salidos de entre unas tablas de otro apartamento que junto al suyo estaba; y poniéndose con grande atención a escucharlo, oyó que decían:

—En triste y menguado signo mis padres me engendraron, y en no benigna estrella mi madre me arrojó a la luz del mundo; y bien digo arrojó, porque nacimiento como el mío, antes se puede decir arrojar que nacer. Libre pensé yo que gozara de la luz del sol en esta vida; pero engañóme mi pensamiento, pues me veo a pique de ser vendida por esclava: desventura a quien ninguna puede compararse.

—¡Oh tú, quienquiera que seas!—dijo a esta sazón el mancebo—. Si es, como decirse suele, que las desgracias y trabajos, cuando se comuni-

can, suelen aliviarse, llégate aquí, y, por entre los espacios descubiertos destas tablas, cuéntame los tuyos: que si en mí no hallares alivio, hallarás quien dellos se compadezca.

—Escucha, pues—le fué respondido—, que, en las más breves razones, te contaré las sinrazones que la fortuna me ha hecho. Pero querría saber primero a quién las cuento. Dime si eres, por ventura, un mancebo que poco ha hallaron medio muerto en unos maderos que dicen sirven de barcos a unos bárbaros que están en esta isla donde hemos dado fondo, reparándonos de la borrasca que se ha levantado.

—El mismo soy—respondió el mancebo.

—Pues, ¿quién eres?—preguntó la persona que hablaba.

—Dijératelo, si no quisiera que primero me obligaras con contarme tu vida, que, por las palabras que poco ha que te oí decir, imagino que no debe de ser tan buena como quisieras.

A lo que le respondieron:

—Escucha, que en cifra te diré mis males. El capitán y señor deste navío se llama Arnaldo; es hijo heredero del rey de Dinamarca, a cuyo poder vino por diferentes y extraños acontecimientos una principal doncella, a quien yo tuve por señora, a mi parecer, de tanta hermosura, que, entre las que hoy viven en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginación el más agudo entendimiento, puede llevar la ventaja; su discreción iguala a su belleza, y sus des-

dichas a su discreción y a su hermosura: su nombre es Auristela; sus padres, de linaje de reyes y de riquísimo estado. Esta, pues, a quien todas estas alabanzas vienen cortas, se vió vendida y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco y con tantas veras la amó y la ama, que mil veces de esclava la quiso hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esto con voluntad del rey, padre de Arnaldo, que juzgó que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho más que ser reina merecían; pero ella se defendía diciendo no ser posible romper un voto que tenía hecho de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaba quebrarle en ninguna manera, si bien la sollicitasen promesas o la amenazasen muertes. Pero no por esto ha dejado Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimándolas a la variación de los tiempos y a la mudable condición de las mujeres, hasta que sucedió que, andando mi señora Auristela por la ribera del mar solazándose, no como esclava, sino como reina, llegaron unos bajeles de cosarios, y la robaron y llevaron no se sabe adónde. El príncipe Arnaldo, imaginando que estos cosarios eran los mismos que la primera vez se la vendieron—los cuales cosarios andan por todos estos mares, ínsulas y riberas robando o comprando las más hermosas doncellas que hallan, para traellas por granjería a vender a esta ínsula donde dicen que estamos, la cual es habitada de unos bárbaros, gente indómita y cruel, los cuales tienen entre sí

por cosa inviolable y cierta, persuadidos, o ya del demonio, o ya de un antiguo hechicero a quien ellos tienen por sapientísimo varón, que de entre ellos ha de salir un rey que conquiste y gane gran parte del mundo; este rey que esperan no saben quién ha de ser, y, para saberlo, aquel hechicero les dió esta orden: que sacrificasen todos los hombres que a su ínsula llegasen, de cuyos corazones, digo, de cada uno de por sí, hiciesen polvos, y los diesen a beber a los bárbaros más principales de la ínsula, con expresa orden que, el que los pasase sin torcer el rostro ni dar muestras de que le sabía mal, le alzasen por su rey; pero no ha de ser éste el que conquiste el mundo, sino un hijo suyo. También les mandó que tuviesen en la isla todas las doncellas que pudiesen o comprar o robar, y que la más hermosa dellas se la entregasen luego al bárbaro cuya sucesión valerosa prometía la bebida de los polvos. Estas doncellas compradas o robadas son bien tratadas de ellos, que sólo en esto muestran no ser bárbaros, y las que compran son a subidísimos precios, que los pagan en pedazos de oro sin cuño y en preciosísimas perlas, de que los mares de las riberas destas islas abundan; y a esta causa, llevados deste interés y ganancia, muchos se han hecho cosarios y mercaderes—. Arnaldo, pues, que, como te he dicho, ha imaginado que en esta isla podría ser que estuviese Auristela, mitad de su alma, sin la cual no puede vivir, ha ordenado, para certificarse desta duda, de venderme a mí a los bárba-

ros, porque, quedando yo entre ellos, sirva de espía de saber lo que desea, y no espera otra cosa sino que el mar se amanse, para hacer escala y concluir su venta. Mira, pues, si con razón me quejo, pues la ventura que me aguarda es venir a vivir entre bárbaros, que de mi hermosura no me puedo prometer venir a ser reina, especialmente si la corta suerte hubiese traído a esta tierra a mi señora, la sin par Auristela. De esta causa nacieron los suspiros que me has oído, y destes temores las quejas que me atormentan.

Calló en diciendo esto, y al mancebo se le atravesó un nudo en la garganta, pegó la boca con las tablas, que humedeció con copiosas lágrimas, y al cabo de un pequeño espacio, le preguntó si, por ventura, tenía algunos barruntos de que Arnaldo hubiese gozado de Auristela, o ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, desdeñase a Arnaldo y no admitiese tan gran dádiva como la de un reino, porque a él le parecía que tal vez las leyes del gusto humano tienen más fuerza que las de la religión. Respondióle que, aunque ella imaginaba que el tiempo había podido dar a Auristela ocasión de querer bien a un tal Periandro, que la había sacado de su patria, caballero generoso, dotado de todas las partes que le podían hacer amable de todos aquellos que le conociesen, nunca se le había oído nombrar en las continuas quejas que de sus desgracias daba al cielo, ni en otro modo alguno. Preguntóle si conocía ella a aquel Periandro que decía. Díjole que no, sino que por

relación sabía ser el que llevó a su señora, a cuyo servicio ella había venido después que Periandro, por un extraño acontecimiento, la había dejado. En esto estaban, cuando de arriba llamaron a Taurisa, que éste era el nombre de la que sus desgracias había contado, la cual, oyéndose llamar, dijo:

—Sin duda alguna, el mar está manso, y la borrasca, quieta, pues me llaman para hacer de mí la desdichada entrega. A Dios te queda, quien quiera que seas, y los cielos te libren de ser entregado para que los polvos de tu abrasado corazón testifiquen esta vanidad e impertinente profecía: que también estos insolentes moradores desta ínsula buscan corazones que abrasar, como doncellas que guardar para lo que procuran.

Apartáronse; subió Taurisa a la cubierta; quedó el mancebo pensativo, y pidió que le diesen de vestir, que quería levantarse. Trujéronle un vestido de damasco verde, cortado al modo del que él había traído de lienzo; subió arriba, recibióle Arnaldo con agradable semblante, sentóle junto a sí, vistieron a Taurisa rica y gallardamente, al modo que suelen vestirse las ninfas de las aguas o las amadriades de los montes. En tanto que esto se hacía, con admiración del mozo, Arnaldo le contó todos sus amores y sus intentos, y aun le pidió consejo de lo que haría, y le preguntó si los medios que ponía para saber de Auristela iban bien encaminados. El mozo, que del razonamiento que había tenido con Taurisa y de lo que Arnaldo le con-

taba, tenía el alma llena de mil imaginaciones y sospechas, discurriendo con velocísimo curso del entendimiento lo que podía suceder si acaso Auristela entre aquellos bárbaros se hallase, le respondió:

—Señor, yo no tengo edad para saberte aconsejar; pero tengo voluntad, que me mueve a servirte, que la vida que me has dado, con el recibimiento y mercedes que me has hecho, me obligan a emplearla en tu servicio. Mi nombre es Perianandro, de nobilísimos padres nacido, y al par de mi nobleza corre mi desventura y mis desgracias, las cuales, por ser tantas, no conceden ahora lugar para contártelas. Esa Auristela que buscas es una hermana mía que también yo ando buscando, que, por varios acontecimientos, ha un año que nos perdimos. Por el nombre y por la hermosura que me encareces, conozco, sin duda, que es mi perdida hermana, que daría por hallarla no sólo la vida que poseo, sino el contento que espero recibir de haberla hallado, que es lo más que puedo encarecer; y así, como tan interesado en este hallazgo, voy escogiendo, entre otros muchos medios que en la imaginación fabrico, éste, que, aunque venga a ser con más peligro de mi vida, será más cierto y más breve: tú, señor Arnaldo, ¿estás determinado de vender esta doncella a estos bárbaros, para que, estando en su poder, vea si está en el suyo Auristela, de que te podrás informar volviendo otra vez a vender otra doncella a los mismos bárbaros, y a Taurisa no le faltará modo, o

dará señales si está o no Auristela con las demás que para el efeto que se sabe los bárbaros guardan y con tanta solicitud compran?

—Así es la verdad—dijo Arnaldo—; y he escogido antes a Taurisa que a otra, de cuatro que van en el navío para el mismo efeto, porque Taurisa la conoce, que ha sido su doncella.

—Todo eso está muy bien pensado—dijo Perianandro—; pero yo soy de parecer que ninguna persona hará esa diligencia tan bien como yo, pues mi edad, mi rostro, el interés que se me sigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auristela, me está incitando a aconsejarme que tome sobre mis hombros esta empresa. Mira, señor, si vienes en este parecer, y no lo dilates, que, en los casos arduos y dificultosos, en un mismo punto han de andar el consejo y la obra.

Cuadráronle a Arnaldo las razones de Perianandro, y, sin reparar en algunos inconvenientes que se le ofrecían, las puso en obra, y de muchos y ricos vestidos de que venía proveído por si hallaba a Auristela, vistió a Periandro, que quedó, al parecer, la más gallarda y hermosa mujer que hasta entonces los ojos humanos habían visto; pues, si no era la hermosura de Auristela, ninguna otra podía igualársele. Los del navío quedaron admirados; Taurisa, atónita; el príncipe, confuso, el cual, a no pensar que era hermano de Auristela, el considerar que era varón, le traspasara el alma con la dura lanza de los celos, cuya punta se atreve a entrar por las del más agudo diamante; quiero

decir que los celos rompen toda seguridad y recato, aunque dél se armen los pechos enamorados. Finalmente, hecho el metamorfosis de Periandro, se hicieron un poco a la mar, para que de todo en todo de los bárbaros fuesen descubiertos.

La priesa con que Arnaldo quiso saber de Auristela no consintió en que preguntase primero a Periandro quién eran él y su hermana, y por qué trances habían venido al miserable en que le había hallado: que todo esto, según buen discurso, había de preceder a la confianza que dél hacía; pero como es propia condición de los amantes ocupar los pensamientos antes en buscar los medios de alcanzar el fin de su deseo, que en otras curiosidades, no le dió lugar a que preguntase lo que fuera bien que supiera, y lo que supo después, cuando no le estuvo bien el saberlo. Alongados, pues, un tanto de la isla, como se ha dicho, adornaron la nave con flámulas y gallardetes, que ellos azotando el aire y ellas besando las aguas, hermosísima vista hacían; el mar tranquilo, el cielo claro, el son de las chirimías y de otros instrumentos, tan bélicos como alegres, suspendían los ánimos; y los bárbaros, que de no muy lejos lo miraban, quedaron más suspensos, y en un momento coronaron la ribera, armados de arcos y saetas de la grandeza que otra vez se ha dicho. Poco menos de una milla llegaba la nave a la isla, cuando, disparando toda la artillería, que traía mucha y gruesa, arrojó el esquife al agua, y entrando en él Arnaldo, Taurisa y Pe-

riandro, y otros seis marineros, pusieron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venían de paz, como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra; y lo que en ésta les sucedió, se cuenta en el capítulo que se sigue.

CAPITULO III

DEL LIBRO PRIMERO

Como se iba acercando el barco a la ribera, se iban apiñando los bárbaros, cada uno deseoso de saber, primero que viese, lo que en él venía; y, en señal de que lo recibirían de paz y no de guerra, sacaron muchos lienzos y los campearon por el aire, tiraron infinitas flechas al viento, y, con increíble ligereza, saltaban algunos de unas partes en otras. No pudo llegar el barco a bordas con la tierra, por ser la mar baja, que en aquellas partes crece y mengua como en las nuestras; pero los bárbaros, hasta cantidad de veinte, se entraron a pie por la mojada arena, y llegaron a él casi a tocarse con las manos. Traían sobre los hombros a una mujer bárbara, pero de mucha hermosura, la cual, antes que otro alguno hablase, dijo en lengua polaca:

—A vosotros, quienquiera que seáis, pide nuestro príncipe, o, por mejor decir, nuestro gobernador, que le digáis quién sois, a qué venís y qué es lo que buscáis. Si, por ventura, traéis alguna doncella que vender, se os será muy bien pagada; pero si son otras mercancías, las vuestras no las hemos menester, porque en esta nuestra

isla, merced al cielo, tenemos todo lo necesario para la vida humana, sin tener necesidad de salir a otra parte a buscarlo.

Entendióla muy bien Arnaldo, y preguntóle si era bárbara de nación, o si acaso era de las compradas en aquella isla, a lo que le respondió:

—Respóndeme tú a lo que he preguntado, que estos mis amos no gustan que en otras pláticas me dilate, sino en aquellas que hacen 'al caso para su negocio.

Oyendo lo cual, Arnaldo respondió:

—Nosotros somos naturales del reino de Dinamarca, usamos el oficio de mercaderes y de corsarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran y despachamos lo que hurtamos; y, entre otras presas que a nuestras manos han venido, ha sido la de esta doncella—y señaló a Periandro—, la cual, por ser una de las más hermosas, o, por mejor decir, la más hermosa del mundo, os la traemos a vender, que ya sabemos el efecto para qué las compran en esta isla; y si es que ha de salir verdadero el vaticinio que vuestros sabios han dicho, bien podéis esperar desta sin igual belleza y disposición gallarda que os dará hijos hermosos y valientes.

Oyendo esto, algunos de los bárbaros preguntaron a la bárbara les dijese lo que decía; díjolo ella, y al momento se partieron cuatro dellos, y fueron, a lo que pareció, a dar aviso a su gobernador. En este espacio que volvían, preguntó Arnaldo a la bárbara si tenían algunas mujeres

compradas en la isla, y si había alguna entre ellas de belleza tanta que pudiese igualar a la que ellos traían para vender.

—No—dijo la bárbara—; porque, aunque hay muchas, ninguna dellas se me iguala, porque, en efeto, yo soy una de las desdichadas para ser reina destes bárbaros, que sería la mayor desventura que me pudiese venir.

Volvieron los que habían ido a la tierra, y con ellos otros muchos y su príncipe, que lo mostró ser en el rico adorno que traía. Habíase echado sobre el rostro un delgado y transparente velo Periandro, por dar de improviso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aquellos bárbaros, que con grandísima atención le estaban mirando. Habló el gobernador con la bárbara, de que resultó que ella dijo a Arnaldo que su príncipe decía que mandase alzar el velo a su doncella. Hízose así, levantóse en pie Periandro, descubrió el rostro, alzó los ojos al cielo, mostró dolerse de su ventura, extendió los rayos de sus dos soles a una y otra parte, que, encontrándose con los del bárbaro capitán, dieron con él en tierra; a lo menos, así lo dió a entender el hincarse de rodillas, como se hincó, adorando a su modo en la hermosa imagen, que pensaba ser mujer, y, hablando con la bárbara, en pocas razones concertó la venta, y dió por ella todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna. Partieron todos los bárbaros a la isla; en un instante volvieron con infinitos pedruzcos de oro y con luengas sartas de finí-

simas perlas, que sin cuenta y a montón confuso se las entregaron a Arnaldo, el cual luego, tomando de la mano a Periandro, le entregó al bárbaro, y dijo a la intérprete dijese a su dueño que dentro de pocos días volvería a venderle otra doncella, si no tan hermosa, a lo menos tal que pudiese merecer ser comprada. Abrazó Periandro a todos los que en el barco venían, casi preñados los ojos de lágrimas, que no le nacían de corazón afeminado, sino de la consideración de los rigurosos trances que por él habían pasado; hizo señal Arnaldo a la nave que disparase la artillería, y el bárbaro a los suyos que tocasen sus instrumentos, y en un instante atronó el cielo la artillería y la música de los bárbaros, y llenaron los aires de confusos y diferentes sonos. Con este aplauso, llevado en hombros de los bárbaros, puso los pies en tierra Periandro, llegó a su nave Arnaldo y los que con él venían, quedando concertado entre Periandro y Arnaldo que, si el viento no le forzase, procuraría no desviarse de la isla sino lo que bastase para no ser de ella descubierto, y volver a ella a vender, si fuese necesario, a Taurisa, que, con la seña que Periandro le hiciese, se sabría el sí o el no del hallazgo de Auristela; y, en caso que no estuviese en la isla, no faltaría traza para libertar a Periandro, aunque a fuese moviendo guerra a los bárbaros con todo el poder y el de sus amigos.

su p^rgu^tr^e

CAPITULO IV

DEL LIBRO PRIMERO

Entre los que vinieron a concertar la compra de la doncella, vino con el capitán un bárbaro llamado Bradamiro, de los más valientes y más principales de toda la isla, menospreciador de toda ley, arrogante sobre la misma arrogancia y atrevido tanto como él mismo, porque no se halla con quién compararlo. Este, pues, desde el punto que vió a Periandro, creyendo ser mujer, como todos lo creyeron, hizo disinio en su pensamiento de escogerla para sí, sin esperar a que las leyes del vaticinio se probasen o cumpliesen. Así como puso los pies en la ínsula Periandro, muchos bárbaros, a porfía, le tomaron en hombros, y, con muestras de infinita alegría, le llevaron a una gran tienda que, entre otras muchas pequeñas, en un apacible y deleitoso prado estaban puestas, todas cubiertas de pieles de animales, cuáles domésticos, cuáles selváticos. La bárbara que había servido de intérprete de la compra y venta no se le quitaba del lado, y con palabras y en lenguaje que él no entendía, le consolaba.

Ordenó luego el gobernador que pasasen a la ínsula de la prisión y trajesen de ella algún va-

rón, si le hubiese, para hacer la prueba de su engañosa esperanza. Fué obedecido al punto, y, al mismo instante, tendieron por el suelo pieles curtidadas, olorosas, limpias y lisas, de animales, para que de manteles sirviesen, sobre las cuales arrojaron y tendieron, sin concierto ni policía alguna, diversos géneros de frutas secas, y, sentándose él y algunos de los principales bárbaros que allí estaban, comenzó a comer y a convidar por señas a Periandro que lo mismo hiciese. Sólo se quedó en pie Bradamiro, arrimado a su arco, clavados los ojos en la que pensaba ser mujer; rogóle el gobernador se sentase, pero no quiso obedecerle; antes, dando un gran suspiro, volvió las espaldas y se salió de la tienda. En esto llegó un bárbaro, que dijo al capitán que, al tiempo que habían llegado él y otros cuatro para pasar a la prisión, llegó a la marina una balsa, la cual traía un varón y a la mujer guardiana de la mazmorra, cuyas nuevas pusieron fin a la comida, y levantándose el capitán con todos los que allí estaban, acudió a ver la balsa. Quiso acompañarle Periandro, de lo que él fué muy contento.

Cuando llegaron, ya estaban en tierra el prisionero y la custodia. Miró atentamente Periandro, por ver si por ventura conocía al desdichado a quien su corta suerte había puesto en el mismo extremo en que él se había visto; pero no pudo verle el rostro de lleno en lleno, a causa que tenía inclinada la cabeza, y, como de industria, parecía que no dejaba verse de nadie; pero no dejó de

conocer a la mujer que decían ser guardiana de la prisión, cuya vista y conocimiento le suspendió el alma y le alborotó los sentidos, porque claramente, y sin poner duda en ello, conoció ser Cloelia, ama de su querida Auristela. Quisiérala hablar, pero no se atrevió, por no entender si acertaría o no en ello; y así, reprimiendo su deseo como sus labios, estuvo esperando en lo que pararía semejante acontecimiento. El gobernador, con deseo de apresurar sus pruebas y dar felice compañía a Periandro, mandó que al momento se sacrificase aquel mancebo, de cuyo corazón se hiciesen los polvos de la ridícula y engañosa prueba. Asieron al momento del mancebo muchos bárbaros, sin más ceremonia que atarle un lienzo por los ojos; le hicieron hincar de rodillas, atándole por atrás las manos, el cual, sin hablar palabra, como un manso cordero, esperaba el golpe que le había de quitar la vida; visto lo cual por la antigua Cloelia, alzó la voz, y, con más aliento que de sus muchos años se esperaba, comenzó a decir:

—Mira, ¡oh gran gobernador!, lo que haces, porque ese varón que mandas sacrificar no lo es, ni puede aprovechar ni servir en cosa alguna a tu intención, porque es la más hermosa mujer que puede imaginarse. Habla, hermosísima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tasa a la providencia de los cielos, que te la pueden guardar y conservar para que felizmente la goces.

A estas razones, los crueles bárbaros detuvieron

el golpe, que ya la sombra del cuchillo se señalaba en la garganta del arrodillado. Mandó el capitán desatarle y dar libertad a las manos y luz a los ojos, y mirándole con atención, le pareció ver el más hermoso rostro de mujer que hubiese visto, y juzgó, aunque bárbaro, que si no era el de Perian-dro, ninguno otro en el mundo podía igualársele. ¡Qué lengua podrá decir, o qué pluma escribir, lo que sintió Periandro cuando conoció ser Auristela la condenada y la libre! Quitósele la vista de los ojos, cubriósele el corazón, y con pasos torcidos y flojos fué a abrazarse con Auristela, a quien dijo, teniéndola estrechamente entre sus brazos:

—¡Oh querida mitad de mi alma; oh firme columna de mis esperanzas; oh prenda, que no sé si diga por mi bien o por mi mal hallada, aunque no será sino por bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno! Ves aquí a tu hermano Periandro.

Y esta razón dijo con voz tan baja, que de nadie pudo ser oída, y prosiguió diciendo:

—Vive, señora y hermana mía, que en esta isla no hay muerte para las mujeres, y no quieras tú para contigo ser más cruel que sus moradores; confía en los cielos, que, pues te han librado hasta aquí de los infinitos peligros en que te debes de haber visto, te librarán de los que se pueden temer de aquí adelante.

—¡Ay hermano!—respondió Auristela, que era la misma que por varón pensaba ser sacrificada—; ¡ay hermano—replicó otra vez—, y como creo que

éste en que nos hallamos ha de ser el último trance que de nuestras desventuras puede temerse! Suerte dichosa ha sido el hallarte; pero desdichada ser en tal lugar y en semejante traje.

Lloraban entrambos, cuyas lágrimas vió el bárbaro Bradamiro, y creyendo que Periandro las vertía del dolor de la muerte de aquel que pensó ser su conocido, pariente o amigo, determinó de libertarle, aunque se pusiese a romper por todo inconveniente; y así, llegándose a los dos, asió de la una mano a Auristela y de la otra a Periandro, y con semblante amenazador y ademán soberbio, en alta voz dijo:

—Ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar a estos dos, aun en un solo cabello; esta doncella es mía, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre porque ella lo quiere.

Apenas hubo dicho esto, cuando el bárbaro gobernador, indignado e impaciente sobremanera, puso una grande y aguda flecha en el arco, y desviándole de sí cuanto pudo extenderse el brazo izquierdo, puso la empulguera con el derecho junto al diestro oído, y disparó la flecha, con tan buen tino y con tanta furia, que en un instante llegó a la boca de Bradamiro, y se la cerró, quitándole el movimiento de la lengua y sacándole el alma, con que dejó admirados, atónitos y suspensos a cuantos allí estaban. Pero no hizo tan a su salvo el tiro, tan atrevido como certero, que no recibiese por el mismo estilo la paga de su atrevimiento; porque un hijo de Corsicurbo el bárbaro, que se

ahogó en el pasaje de Periandro, pareciéndole ser más ligeros sus pies que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al capitán, y alzando el brazo le envainó en el pecho un puñal que, aunque de piedra, era más fuerte y agudo que si de acero forjado fuera. Cerró el capitán en sempiterna noche los ojos, y dió con su muerte venganza a la de Bradamiro, alborotó los pechos y los corazones de los parientes de entrambos, puso las armas en las manos de todos, y en un instante, incitados de la venganza y cólera, comenzaron a enviar muertes en las flechas de unas partes a otras; acabadas las flechas, como no se acabaron las manos ni los puñales, arremetieron los unos a los otros, sin respetar el hijo al padre ni el hermano al hermano: antes, como si de muchos tiempos atrás fueran enemigos mortales por muchas injurias recibidas, con las uñas se despedazaban y con los puñales se herían, sin haber quien los pusiese en paz.

Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes y entre estas muertes estaban juntos la antigua Cloelia, la doncella intérprete, Periandro y Auristela, todos apiñados y todos llenos de confusión y de miedo. En mitad desta furia, llevados en vuelo algunos bárbaros de los que debían de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda y fueron a poner fuego a una selva que estaba allí cerca, como a hacienda del gobernador; comenzaron a arder los árboles, y a favorecer la ira el viento, que, aumentando las llamas y el humo, todos temieron ser ciegos y

abrasados. Llegábase la noche, que, aunque fuera clara, se escureciera, cuanto más siendo oscura y tenebrosa; los gemidos de los que morían, las voces de los que amenazaban, los estallidos del fuego, no en los corazones de los bárbaros ponían miedo alguno, porque estaban ocupados con la ira y la venganza; poníanle, sí, en los de los miserables apiñados, que no sabían qué hacerse, adónde irse o cómo valerse; y en esta sazón tan confusa, no se olvidó el cielo de socorrerlos, por tan extraña novedad, que la tuvieron por milagro. Ya casi cerraba la noche, y, como se ha dicho, oscura y temerosa, y solas las llamas de la abrasada selva daban luz bastante para divisar las cosas, cuando un bárbaro mancebo se llegó a Periandro, y en lengua castellana, que dél fué bien entendida, le dijo:

—Sígueme, hermosa doncella, y di que hagan lo mismo las personas que contigo están, que yo os pondré en salvo si los cielos me ayudan.

No le respondió palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloelia y la intérprete se animasen y le siguiesen, y así, pisando muertos y hollando armas, siguieron al joven bárbaro que los guiaba. Llevaban las llamas de la ardiente selva a las espaldas, que les servían de viento que el paso les aligerase. Los muchos años de Cloelia y los pocos de Auristela no permitían que al paso de su guía tendiesen el suyo, viendo lo cual, el bárbaro, robusto y de fuerzas, asió de Cloelia y se la echó al hombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela;

la intérprete, menos tierna, más animosa, con varonil brío los seguía. Desta manera, cayendo y levantando, como decirse suele, llegaron a la marina, y habiendo andado como una milla por ella hacia la banda del norte, se entró el bárbaro por una espaciosa cueva, en quien la saca del mar entraba y salía. Pocos pasos anduvieron por ella, torciéndose a una y otra parte, estrechándose en una y alargándose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo, y ya en pie y derechos, hasta que salieron, a su parecer, a un campo raso, pues les pareció que podían libremente enderezarse, que así se lo dijo su guiador, no pudiendo verlo ellos por la escuridad de la noche y porque las luces de los encendidos montes, que entonces con más rigor ardían, allí llegar no podían.

—¡Bendito sea Dios—dijo el bárbaro en la misma lengua castellana—, que nos ha traído a este lugar, que, aunque en él se puede temer algún peligro, no será de muerte!

En esto vieron que hacia ellos venía corriendo una gran luz, bien así como cometa, o, por mejor decir, exhalación que por el aire camina. Esperáranla con temor si el bárbaro no dijera:

—Este es mi padre, que viene a recebirme.

Periandro, que, aunque no muy despiertamente, sabía hablar la lengua castellana, le dijo:

—El cielo te pague, ¡oh ángel humano, oh quienquiera que seas!, el bien que nos has hecho, que, aunque no sea otro que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio.

Llegó en esto la luz, que la traía uno, al parecer bárbaro, cuyo aspecto la edad de poco más de cincuenta años le señalaba. Llegando, puso la luz en tierra, que era un grueso palo de tea, y a brazos abiertos se fué a su hijo, a quien preguntó en castellano que qué le había sucedido que con tal compañía volvía.

—Padre—respondió el mozo—, vamos a nuestro rancho, que hay muchas cosas que decir y muchas más que pensar: la isla se abrasa; casi todos los moradores della quedan hechos ceniza o medio abrasados; estas pocas reliquias que aquí veis, por impulso del cielo las he hurtado a las llamas y al filo de los bárbaros puñales. Vamos, señor, como tengo dicho, a nuestro rancho, para que la caridad de mi madre y de mi hermana se muestre y ejercite en acariciar a estos mis cansados y temerosos huéspedes.

Guió el padre; siguiéronle todos; animóse Cloelia, pues caminó a pie; no quiso dejar Periandro la hermosa carga que llevaba, por no ser posible que le diese pesadumbre, siendo Auristela único bien suyo en la tierra. Poco anduvieron, cuando llegaron a una altísima peña, al pie de la cual descubrieron un anchísimo espacio o cueva, a quien servían de techo y de paredes las mismas peñas. Salieron, con teas encendidas en las manos, dos mujeres vestidas al traje bárbaro: la una muchacha de hasta quince años, y la otra hasta treinta; ésta hermosa, pero la muchacha hermosísima. La una dijo:

—¡Ay padre y hermano mío!

Y la otra no dijo más sino:

--¡Seáis bien venido, regalado hijo de mi alma!

La intérprete estaba admirada de oír hablar en aquella parte, y a mujeres que parecían bárbaras, otra lengua de aquella que en la isla se acostumbraba; y cuando les iba a preguntar qué misterio tenía saber ellas aquel lenguaje, lo estorbó mandar el padre a su esposa y a su hija que aderezasen con lanudas pieles el suelo de la inculta cueva. Ellas le obedecieron, arrimando a las paredes las teas; en un instante, solícitas y diligentes, sacaron de otra cueva que más adentro se hacía pieles de cabras y ovejas y de otros animales, con que quedó el suelo adornado y se reparó el frío, que comenzaba a fatigarlos.

CAPITULO V

De la cuenta que dió de sí el bárbaro español a sus nuevos huéspedes.

Presta y breve fué la cena; pero, por cenarla sin sobresalto, la hizo sabrosa. Renovaron las teas, y, aunque quedó ahumado el aposento, quedó caliente. Las vajillas que en la cena sirvieron, ni fueron de plata ni de Pisa: las manos de la bárbara y bárbaro pequeños fueron los platos, y unas cortezas de árboles, un poco más agradables que de corcho, fueron los vasos. Quedóse Candia lejos, y sirvió en su lugar agua pura, limpia y frigidísima. Quedóse dormida Cloelia, porque los luengos años más amigos son del sueño que de otra cualquiera conversación, por gustosa que sea; acomodóla la bárbara grande en el segundo apartamento, haciéndole de pieles así colchones como frazadas; volvió a sentarse con los demás, a quien el español dijo en lengua castellana desta manera:

—Puesto que estaba en razón que yo supiera primero, señores míos, algo de vuestra hacienda y sucesos antes que os dijera los míos, quiero, por obligaros, que los sepáis, porque los vuestros no se me encubran después que los míos hubiéredes oído. Yo, según la buena suerte quiso, nací en Es-

paña, en una de las mejores provincias de ella; echáronme al mundo padres medianamente nobles; criáronme como ricos; llegué a las puertas de la Gramática, que son aquellas por donde se entra a las demás ciencias; inclinóme mi estrella, si bien en parte a las letras, mucho más a las armas; no tuve amistad en mis verdes años ni con Ceres ni con Baco, y así, en mí siempre estuvo Venus fría. Llevado, pues, de mi inclinación natural, dejé mi patria, y fuime a la guerra que entonces la majestad del César Carlo Quinto hacía en Alemania contra algunos potentados de ella. Fuéme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el emperador, tuve amigos, y, sobre todo, aprendí a ser liberal y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte cristiano. Volví a mi patria, honrado y rico, con propósito de estarme en ella algunos días gozando de mis padres, que aun vivían, y de los amigos que me esperaban; pero esta que llaman Fortuna, que yo no sé lo que se sea, envidiosa de mi sosiego, volviendo la rueda que dicen que tiene, me derribó de su cumbre, adonde yo pensé que estaba puesto, al profundo de la miseria en que me veo, tomando por instrumento para hacerlo a un caballero, hijo segundo de un titulado que junto a mi lugar el de su Estado tenía.

"Este, pues, vino a mi pueblo a ver unas fiestas; estando en la plaza en una rueda o corro de hidalgos y caballeros, donde yo también hacía número, volviéndose a mí, con ademán arrogante y

risueño, me dijo: "Bravo estáis, señor Antonio; mucho le ha aprovechado la plática de Flandes y de Italia, porque en verdad que está bizarro; y sepa el buen Antonio que yo le quiero mucho." Yo le respondí: "Porque yo soy aquel Antonio, beso a vuesa señoría las manos mil veces por la merced que me hace; en fin, vuesa señoría hace como quien es en honrar a sus compatriotas y servidores; pero, con todo eso, quiero que vuesa señoría entienda que las galas yo me las llevé de mi tierra a Flandes, y con la buena crianza nací del vientre de mi madre; así que, por esto, ni merezco ser alabado ni vituperado; y, con todo, bueno o malo que yo sea, soy muy servidor de vuesa señoría, a quien suplico me honre como merecen mis buenos deseos." Un hidalgo que estaba a mi lado, grande amigo mío, me dijo, y no tan bajo que no lo pudo oír el caballero: "Mirad, amigo Antonio, cómo habláis, que al señor don Fulano no le llamamos acá señoría." A lo que respondió el caballero antes que yo respondiese: "El buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde, en lugar de merced, dicen señoría." "Bien sé—dije yo—los usos y las ceremonias de cualquiera buena crianza; y el llamar a vuesa señoría señoría no es al modo de Italia, sino porque entiendo que el que me ha de llamar vos ha de ser señoría, a modo de España; y yo, por ser hijo de mis obras y de padres hidalgos, merezco el merced de cualquier señoría; y quien otra cosa dijere—y esto echando mano a mi espada—está

muy lejos de ser bien criado." Y, diciendo y haciendo, le di dos cuchilladas en la cabeza muy bien dadas, con que le turbé de manera que no supo lo que le había acontecido, ni hizo cosa en su desagravio que fuese de provecho, y yo sustenté la ofensa, estándome quedo con mi espada desnuda en la mano; pero, pasándosele la turbación, puso mano a su espada, y, con gentil brío, procuró vengar su injuria; mas yo no le dejé poner en efeto su honrada determinación, ni a él la sangre que le corría de la cabeza, de una de las dos heridas. Alborotáronse los circunstantes, pusieron mano contra mí, retiréme a casa de mis padres, contéles el caso, y, advertidos del peligro en que estaba, me proveyeron de dineros y de un buen caballo, aconsejándome a que me pusiese en cobro, porque me había granjeado muchos, fuertes y poderosos enemigos. Hícelo así, y en dos días pisé la raya de Aragón, donde respiré algún tanto de mi no vista priesa. En resolución: con poco menos diligencia, me puse en Alemania, donde volví a servir al emperador; allí me avisaron que mi enemigo me buscaba, con otros muchos, para matarme del modo que pudiese; temí este peligro, como era razón que lo temiese; volvíme a España, porque no hay mejor asilo que el que promete la casa del mismo enemigo; vi a mis padres de noche; tornáronme a proveer de dineros y joyas, con que vine a Lisboa, y me embarqué en una nave que estaba con las velas en alto para partirse en Inglaterra, en la cual iban algunos

caballeros ingleses que habían venido, llevados de su curiosidad, a ver a España, y habiéndola visto toda, o, por lo menos, las mejores ciudades della, se volvían a su patria.

"Sucedió, pues, que yo me revolví sobre una cosa de poca importancia con un marinero inglés, a quien fué forzoso darle un bofetón; llamó este golpe la cólera de los demás marineros y de toda la chusma de la nave, que comenzaron a tirárme todos los instrumentos arrojadizos que les vinieron a las manos; retiréme al castillo de popa, y tomé por defensa a uno de los caballeros ingleses, poniéndome a sus espaldas, cuya defensa me valió de modo que no perdí luego la vida. Los demás caballeros sosegaron la turba; pero fué con condición que me arrojasen a la mar o que me diesen el esquife o barquilla de la nave, en que me volviese a España o adonde el cielo me llevase. Hízose así: diéronme la barca, proveída con dos barriles de agua, uno de manteca y alguna cantidad de bizcocho; agradecí a mis valedores la merced que me hacían; entré en la barca con solos dos remos; alargóse la nave; vino la noche oscura; halléme solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas, sin tomar otro camino que aquel que le concedía el no contrastar contra las olas ni contra el viento; alcé los ojos al cielo; encomendéme a Dios con la mayor devoción que pude; miré al norte, por donde distinguí el camino que hacía, pero no supe el paraje en que estaba.

"Seis días y seis noches anduve desta manera, confiando más en la benignidad de los cielos que en la fuerza de mis brazos, los cuales, ya cansados y sin vigor alguna del continuo trabajo, abandonaron los remos, que quité de los escalamos, y los puse dentro de la barca, para servirme dellos cuando el mar lo consintiese o las fuerzas me ayudasen. Tendíme de largo a largo de espaldas en la barca, cerré los ojos, y en lo secreto de mi corazón no quedó santo en el cielo a quien no llamase en mi ayuda; y en mitad deste aprieto, y en medio desta necesidad—cosa dura de creer—, me sobrevino un sueño tan pesado, que, borrándome de los sentidos el sentimiento, me quedé dormido—tales son las fuerzas de lo que pide y ha menester nuestra naturaleza—; pero allá en el sueño me representaba la imaginación mil géneros de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas dellas me parecía que me comían lobos y despedazaban fieras; de modo que, dormido y despierto, era una muerte dilatada mi vida. Deste no apacible sueño me despertó con sobresalto una furiosa ola del mar que, pasando por cima de la barca, la llenó de agua. Reconocí el peligro; volví como mejor pude el mar al mar; torné a valerme de los remos, que ninguna cosa me aprovecharon; vi que el mar se ensoberbecía, azotado y herido de un viento abrego que en aquellas partes parece que más que en otros mares muestra su poderío; vi que era simpleza oponer mi débil barca a su furia, y, con

mis flacas y desmayadas fuerzas, a su rigor; y así, torné a recoger los remos y a dejar correr la barca por donde las olas y el viento quisiesen llevarla. Reiteré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos, no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraba, sino por el de la pena que mis malas obras merecían. Finalmente, no sé a cabo de cuántos días y noches que anduve vagabundo por el mar, siempre más inquieto y alterado, me vine a hallar junto a una isla des poblada de gente humana, aunque llena de lobos que por ella a manadas discurrían. Lleguéme al abrigo de una peña que en la ribera estaba, sin osar saltar en tierra, por temor de los animales que había visto; comí del bizcocho, ya remojado: que la necesidad y la hambre no reparan en nada; llegó la noche, menos oscura que había sido la pasada; pareció que el mar se sosegaba, y prometía más quietud el venidero día; miré al cielo; vi las estrellas con aspecto de prometer bonanza en las aguas y sosiego en el aire.

"Estando en esto, me pareció, por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servía de puerto se coronaba de los mismos lobos que en la marina había visto, y que uno dellos—como es la verdad—me dijo en voz clara y distinta y en mi propia lengua: "Español, hazte a lo largo y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en ésta morir hecho pedazos por nuestras uñas

y dientes; y no preguntes quién es el que esto te dice, sino da gracias al cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras." Si quedé espantado o no, a vuestra consideración lo dejo; pero no fué bastante la turbación mía para dejar de poner en obra el consejo que se me había dado: apreté los escalamos, até los remos, esforcé los brazos y salí al mar descubierto; mas, como suele acontecer que las desdichas y aflicciones turban la memoria de quien las padece, no os podré decir cuántos fueron los días que anduve por aquellos mares, tragando, no una sino mil muertes a cada paso, hasta que, arrebatada mi barca en los brazos de una terrible borrasca, me hallé en esta isla, donde di al través con ella en la misma parte y lugar adonde está la boca de la cueva por donde aquí entraste. Llegó la barca a dar casi en seco por la cueva adentro; pero volvíala a sacar la resaca; viendo yo lo cual, me arrojé della, y, clavando las uñas en la arena, no di lugar a que la resaca al mar me volviese; y, aunque con la barca me llevaba el mar la vida, pues me quitaba la esperanza de cobrarla, holgué de mudar género de muerte y quedarme en tierra: que, como se dilate la vida, no se desmaya la esperanza."

A este punto llegaba el bárbaro español, que este título le daba su traje, cuando, en la estancia más adentro, donde habían dejado a Cloelia, se oyeron tiernos gemidos y sollozos. Acudieron al instante con luces Auriste'a, Peliandro y todos

los demás, a ver qué sería, y hallaron que Cloelia, arrimadas las espaldas a la peña, sentada en las pieles, tenía los ojos clavados en el cielo y casi quebrados. Llegóse a ella Auristela, y, a voces compasivas y dolorosas, le dijo:

—¿Qué es esto, ama mía? Cómo, ¿y es posible que me queréis dejar en esta soledad y a tiempo que más he menester valerme de vuestros consejos?

Volvió en sí algún tanto Cloelia, y tomando la mano de Auristela, le dijo:

—Ve ahí, hija de mi alma, lo que tengo tuyo; yo quisiera que mi vida durara hasta que la tuya se viera en el sosiego que merece; pero si no lo permite el cielo, mi voluntad se ajusta con la suya, y de la mejor que es en mi mano le ofrezco mi vida. Lo que te ruego es, señora mía, que, cuando la buena suerte quisiere, que si querrá, que te veas en tu Estado, y mis padres aun fueren vivos, o alguno de mis parientes, les digas cómo yo muero cristiana en la fe de Jesucristo y en la que tiene, que es la misma, la Santa Iglesia Católica Romana; y no te digo más porque no puedo.

Esto dicho, y muchas veces pronunciando el nombre de Jesús, cerró los ojos en tenebrosa noche, a cuyo espectáculo también cerró los ojos Auristela con un profundo desmayo, hiciéronse fuentes los de Periandro y ríos los de todos los circunstantes. Acudió Periandro a socorrer a Auristela, la cual, vuelta en sí, acrecentó las lágrimas y comenzó suspiros nuevos, y dijo razones que movieran a lásti-

ma a las piedras. Ordenóse que otro día la sepultasen, y quedando en guarda del cuerpo muerto la doncella bárbara y su hermano, los demás se fueron a reposar lo poco que de la noche les faltaba.

CAPITULO VI

Donde el bárbaro español prosigue su historia.

Tardó aquel día en mostrarse al mundo, al parecer, más de lo acostumbrado, a causa que el humo y pavesas del incendio de la isla, que aun duraba, impedía que los rayos del sol por aquella parte pasasen a la tierra. Mandó el bárbaro español a su hijo que saliese de aquel sitio, como otras veces solía, y se informase de lo que en la isla pasaba. Con alborotado sueño pasaron los demás aquella noche, porque el dolor y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia no consintió que Auristela durmiese, y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia a Periandro, el cual, con Auristela, salió al raso de aquel sitio, y vió que era hecho y fabricado de la naturaleza, como si la industria y el arte le hubieran compuesto. Era redondo, cercado de altísimas y peladas peñas, y, a su parecer, tanteó que bojaba poco más de una legua, todo lleno de árboles silvestres, que ofrecían frutos, si bien ásperos, comestibles a lo menos; estaba crecida la hierba, porque las muchas aguas que de las peñas salían las tenían en perpetua verdura; todo lo cual le admiraba y suspendía. Y llegó en esto el bárbaro español, y dijo:

—Venid, señores, y daremos sepultura a la difunta, y fin a mi comenzada historia.

Hiciéronlo así, y enterraron a Cloelia en lo hueco de una peña, cubriéndola con tierra y con otras peñas menores. Auristela le rogó que le pudiese una cruz encima, para señal de que aquel cuerpo había sido cristiano. El español respondió que él traería una gran cruz que en su estancia tenía, y la pondría encima de aquella sepultura. Diéronle todos el último vale; renovó el llanto Auristela, cuyas lágrimas sacaron al momento las de los ojos de Periandro. En tanto, pues, que el mozo bárbaro volvía, se volvieron todos a encerrar en el cóncavo de la peña donde habían dormido, por defenderse del frío, que con rigor amenazaba, y habiéndose sentado en las blandas pieles, pidió el bárbaro silencio y prosiguió su cuento en esta forma:

—Cuando me dejó la barca en que venía en la arena, y la mar tornó a cobrarla—ya dije que con ella se me fué la esperanza de la libertad, pues aun ahora no la tengo de cobrarla—, entré aquí dentro, vi este sitio y parecióme que la naturaleza le había hecho y formado para ser teatro donde se representase la tragedia de mis desgracias. Admiróme el no ver gente alguna, sino algunas cabras monteses y animales pequeños de diversos géneros; rodeé todo el sitio, hallé esta cueva cavada en estas peñas y señaléla para mi morada; finalmente, habiéndolo rodeado todo, volví a la entrada que aquí me había conducido, por ver si oía

voz humana o descubriría quien me dijese en qué parte estaba, y la buena suerte y los piadosos cielos, que aun del todo no me tenían olvidado, me depararon una muchacha bárbara, de hasta edad de quince años, que por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaba buscando. Pasmóse viéndome, pegáronsele los pies en la arena, soltó las cogidas conchuelas y derramósele el marisco; y cogiéndola entre mis brazos, sin decirle palabra, ni ella a mi tampoco, me entré por la cueva adelante, y la truje a este mismo lugar donde agora estamos. Pú-sela en el suelo, beséle las manos, halaguéle el rostro con las mías, y hice todas las señas y demostraciones que pude para mostrarme blando y amoroso con ella. Ella, pasado aquel primer espanto, con atentísimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo, y de cuando en cuando, ya perdido el miedo, se reía y me abrazaba; y sacando del seno una manera de pan hecho a su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me habló, y a lo que después acá he sabido, en lo que decía me rogaba que comiese. Yo lo hice así, porque lo había bien menester; ella me asió por la mano y me llevó a aquel arroyo que allí está, donde ansí mismo, por señas, me rogó que bebiese. Yo no me hartaba de mirarla, pareciéndome antes ángel del cielo que bárbara de la tierra. Volví a la entrada de la cueva, y allí, con señas y con palabras que ella no

entendía, le supliqué, como si ella las entendiera, que volviese a verme; con esto la abracé de nuevo, y ella, simple y piadosa, me besó en la frente y me hizo claras y ciertas señas de que volvería a verme. Hecho esto, torné a pisar este sitio y a requerir y probar la fruta de que algunos árboles estaban cargados, y hallé nueces y avellanas, y algunas peras silvestres; di gracias a Dios del hallazgo, y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio. Pasé aquella noche en este mismo lugar. esperé el día, y en él esperé también la vuelta de mi bárbara hermosa, de quien comencé a temer y a recelar que me había de descubrir y entregarme a los bárbaros, de quien imaginé estar llena esta isla; pero sacóme deste temor el verla volver algo entrado el día, bella como el Sol, mansa como una cordera, no acompañada de bárbaros que me prendiesen, sino cargada de bastimentos que me sustentasen."

Aquí llegaba de su historia el español gallardo, cuando llegó el que había ido a saber lo que en la isla pasaba, el cual dijo que casi toda estaba abrasada, y todos o los más de los bárbaros muertos, unos a hierro y otros a fuego, y que si algunos había vivos, eran los que en algunas balsas de maderos se habían entrado del mar, por huir en el agua el fuego de la tierra; que bien podían salir de allí y pasear la isla por la parte que el fuego les diese licencia, y que cada uno pensase qué remedio se tomaría para escapar de aquella tierra maldita, que por allí cerca había otras islas

de gente menos bárbara habitadas; que quizá, mudando de lugar, mudarían de ventura.

—Sosiégate, hijo, un poco, que estoy dando cuenta a estos señores de mis sucesos, y no me falta mucho, aunque mis desgracias son infinitas.

—No te canses, señor mío—dijo la bárbara grande—, en referirlos tan por extenso, que podrá ser que te canses o que canses; déjame a mí que cuente lo que queda, a lo menos hasta este punto en que estamos.

—Soy contento—respondió el español—, porque me le dará muy grande el ver cómo las relatas.

—Es, pues, el caso—replicó la bárbara—que mis muchas entradas y salidas en este lugar le dieron bastante para que de mí y de mi esposo naciesen esta muchacha y este niño. Llamo esposo a este señor, porque, antes que me conociese del todo, me dió palabra de serlo, al modo que él dice que se usa entre verdaderos cristianos; hame enseñado su lengua, y yo a él la mía, y en ella ansí mismo me enseñó la ley católica cristiana; dióme agua de bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran; declaróme su fe como él la sabe, la cual yo asenté en mi alma y en mi corazón, donde le he dado el crédito que he podido darle; creo en la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero, y que, aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo, no son tres dioses

distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero; finalmente, creo todo lo que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana, regida por el Espíritu Santo y gobernada por el Sumo Pontífice, vicario y visorrey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de San Pedro, su primer pastor después de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa la Iglesia. Díjome grandezas de la siempre Virgen María, reina de los cielos y señora de los ángeles y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de los pecadores. Con éstas me ha enseñado otras cosas, que no las digo, por parecerme que las dichas bastan para que entendáis que soy católica cristiana. Yo, simple y compasiva, le entregué un alma rústica, y él, merced a los cielos, me la ha vuelto discreta y cristiana; entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendía a nadie, y deste entrego resultó haberle dado dos hijos, como los que aquí veis, que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero; en veces le truje alguna cantidad de oro de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el día, que ha de ser tan dichoso, que nos saque desta prisión y nos lleve adonde con libertad y certeza, y sin escrúpulo, seamos unos de los del rebaño de Cristo, en quien adoro en aquella cruz que allí veis. Esto que he dicho me pareció a mí era lo que le faltaba por decir a mi señor Antonio—que así se llamaba el español bárbaro, el cual dijo:

--Dices verdad. Ricla mía—que éste era el propio nombre de la bárbara; con cuya variable historia admiraron a los presentes, y despertaron mil alabanzas que les dieron y mil buenas esperanzas que les anunciaron, especialmente Auristela, que quedó aficionadísima a las dos bárbaras, madre e hija.

El mozo bárbaro, que también, como su padre, se llamaba Antonio, dijo a esta sazón no ser bien estarse allí ociosos, sin dar traza y orden como salir de aquel encerramiento, porque si el fuego de la isla, que a más andar ardía, sobrepujase las altas sierras, o, traídas del viento, cayesen en aquel sitio, todos se abrasarían.

--Dices verdad, hijo—respondió el padre.

--Soy de parecer—dijo Ricla—que aguarde-mos dos días, porque de una isla que está tan cerca desta, que algunas veces, estando el sol claro y el mar tranquilo, alcanzó la vista a verla, della vienen a ésta sus moradores a vender y a trocar lo que tienen con lo que tenemos, y a trueco por trueco. Yo saldré de aquí, y pues ya no hay nadie que me escuche o que me impida, pues ni oyen ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca por el precio que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en una cueva tengo, de la riguridad del fuego. Pero quiero que sepáis que estas barcas son fabricadas de madera, y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes a defender que no entre agua

por los costados; pero, a lo que he visto y notado, nunca ellos navegan sino con mar sosegado, y no traen aquellos lienzos que he visto que traen otras barcas que suelen llegar a nuestras riberas a vender doncellas o varones para la vana superstición que habréis oído decir que en esta isla ha muchos tiempos que se acostumbra, por donde vengo a entender que estas tales barcas no son buenas para fiarlas del mar grande y de las borrascas y tormentas que dicen que suceden a cada paso.

A lo que añadió Periandro:

—¿No ha usado el señor Antonio deste remedio, en tantos años como ha que está aquí encerrado?

—No—respondió Ricla—, porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar excusa que dar para la compra.

—Así es—dijo Antonio—, y no por no fiarme de la debilidad de los bajeles; pero agora que me ha dado el cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Ricla estará atenta a ver cuando vengan los mercaderes de la otra isla, y, sin reparar en precio, comprará una barca con todo el necesario matalotaje, diciendo que la quiere para lo que tiene dicho.

En resolución: todos vinieron en este parecer, y, saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver el estrago que el fuego había hecho y las armas. Vieron mil diferentes géneros de muer-

tes de quien la cólera, sinrazón y enojo suelen ser inventores; vieron asimismo que los bárbaros que habían quedado vivos, recogién dose a sus balsas, desde lejos estaban mirando el riguroso incendio de su patria, y algunos se habían pasado a la isla que servía de prisión a los cautivos. Quisiera Auristela que pasaran a la isla, a ver si en la escura mazmorra quedaban algunos; pero no fué menester, porque vieron venir una balsa, y en ella hasta veinte personas, cuyo traje dió a entender ser los miserables que en la mazmorra estaban. Llegaron a la marina, besaron la tierra, y casi dieron muestras de adorar el fuego, por haberles dicho el bárbaro que los sacó del calabozo oscuro, que la isla se abrasaba y que ya no tenían que temer a los bárbaros. Fueron recibidos de los libres amigablemente, y consolados en la mejor manera que les fué posible; algunos contaron sus miserias, y otros las dejaron en silencio, por no hallar palabras para decirlas. Ricla se admiró de que hubiese habido bárbaro tan piadoso que los sacase, y de que no hubiesen pasado a la isla de la prisión parte de aquellos que a las balsas se habían recogido. Uno de los prisioneros dijo que el bárbaro que los había libertado, en lengua italiana les había dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla, aconsejándoles que pasaran a ella a satisfacerse de sus trabajos con el oro y perlas que en ella hallarían, y que él vendría en otra balsa que allá quedaba, a tenerles compañía y a dar traza

en su libertad. Los sucesos que contaron fueron tan diferentes, tan extraños y tan desdichados, que unos les sacaban las lágrimas a los ojos, y otros la risa del pecho.

En esto vieron venir hacia la isla hasta seis barcas de aquellas de quien Ricla había dado noticia; hicieron escala, pero no sacaron mercadería alguna, por no parecer bárbaro que la comprase. Concertó Ricla todas las barcas con las mercancías, sin tener intención de llevarlas. No quisieron venderle sino las cuatro, porque les quedasen dos para volverse. Hízose el precio con liberalidad notable, sin que en él hubiese tanto más cuanto. Fué Ricla a su cueva, y, en pedazos de oro no acuñado, como se ha dicho, pagó todo lo que quisieron. Dieron dos barcas a los que habían salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaron, en la una todos los bastimentos que pudieron recoger, con cuatro personas de las recién libres, y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el padre y Antonio el hijo, con la hermosa Ricla y la discreta Transila, y la gallarda Constanza, hija de Ricla y de Antonio. Quiso Auristela ir a despedirse de los huesos de su querida Cloelia; acompañáronla todos; lloró sobre la sepultura, y, entre lágrimas de tristeza y entre muestras de alegría, volvieron a embarcarse, habiendo primero en la marina hincándose de rodillas y suplicado al cielo, con tierna y devota oración, les diese feliz viaje y les enseñase el camino que tomarían. Sirvió la barca de Pe-

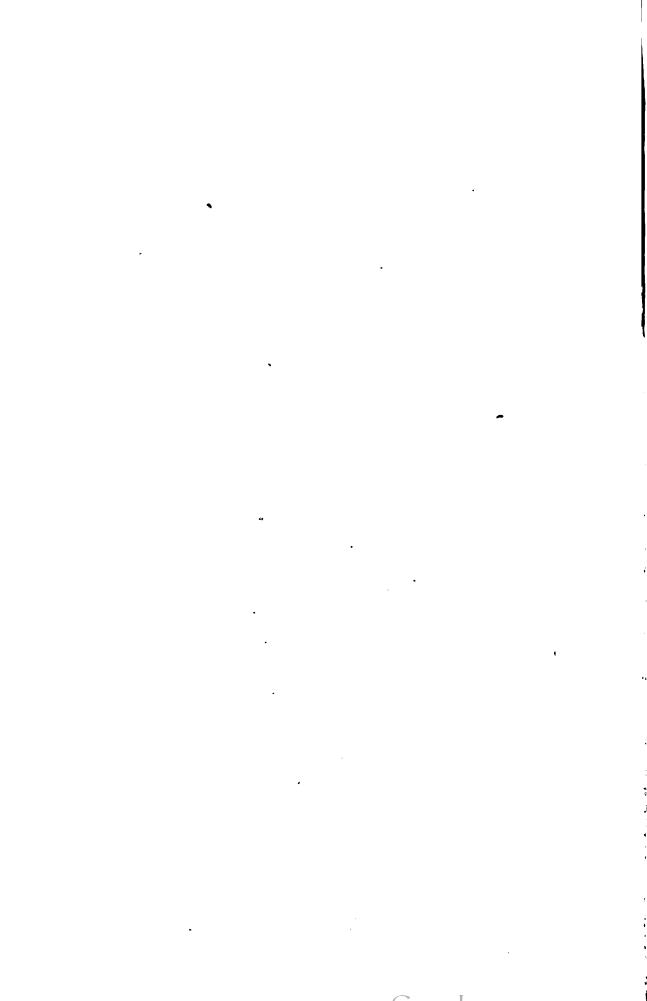
riandro de capitana, a quien siguieron los demás, y, al tiempo que querían dar los remos al agua, porque velas no las tenían, llegó a la orilla del mar un bárbaro gallardo, que a grandes voces, en lengua toscana, dijo:

—Si por ventura sois cristianos los que vais en esas barcas, recoged a éste que lo es y por el verdadero Dios os lo suplica.

Uno de las otras barcas dijo:

—Este bárbaro, señores, es el que nos sacó de la mazmorra. Si queréis corresponder a la bondad que parece que tenéis—y esto encaminando su plática a los de la barca primera—, bien será que le paguéis el bien que nos hizo con el que le hacéis reconociéndole en nuestra compañía.

Oyendo lo cual Periandro, le mandó llegase su barca a tierra y le recogiese en la que llevaba los bastimentos. Hecho esto, alzaron las voces con alegres acentos, y tomando los remos en las manos, dieron alegre principio a su viaje.



CAPITULO VII

DEL LIBRO PRIMERO

Cuatro millas, poco más o menos, habrían navegado las cuatro barcas, cuando descubrieron una poderosa nave que, con todas las velas tendidas y viento en popa, parecía que venía a embestirlos. Periandro dijo, habiéndola visto:

—Sin duda, este navío debe de ser el de Arnaldo, que vuelve a saber de mi suceso, y tuviéralo yo por muy bueno agora no verle.

Había ya contado Periandro a Auristela todo lo que con Arnaldo le había pasado y lo que entre los dos dejaron concertado. Turbóse Auristela, que no quisiera volver al poder de Arnaldo, de quien había dicho, aunque breve y sucintamente, lo que en un año que estuvo en su poder le había acontecido. No quisiera ver juntos a los dos amantes, que, puesto que Arnaldo estaría seguro con el fingido hermanazgo suyo y de Periandro, todavía el temor de que podía ser descubierto el parentesco la fatigaba, y más que ¿quién le quitaría a Periandro no estar celoso viendo a los ojos tan poderoso contrario? Que no hay discreción que valga ni amorosa fe que asegure al enamorado pecho cuando, por su desventura, entran en él celosas sos-

pechas. Pero de todas éstas le aseguró el viento, que volvió en un instante el soplo que daba de lleno y en popa a las velas en contrario, de modo que a vista suya, y en un momento breve, dejó la nave derribar las velas de alto a bajo, y en otro instante casi invisible las izaron y levantaron hasta las gavias, y la nave comenzó a correr en popa por el contrario rumbo que venía, alongándose de las barcas con toda priesa. Respiró Auristella, cobró nuevo aliento Periandro; pero los demás que en las barcas iban quisieran mudarlas, entrándose en la nave, que, por su grandeza, más seguridad de las vidas y más felice viaje pudiera prometerles. En menos de dos horas se les encubrió la nave, a quien quisieran seguir si pudieran; mas no les fué posible, ni pudieron hacer otra cosa que encaminarse a una isla cuyas altas montañas, cubiertas de nieve, hacían parecer que estaban cerca, distando de allí más de seis leguas. Cerraba la noche, algo oscura; picaba el viento largo y en popa, que fué alivio a los brazos, que, volviendo a tomar los remos, se dieron priesa a tomar la isla.

La media noche sería, según el tanteo que el bárbaro Antonio hizo del norte y de las guardas, cuando llegaron a ella, y por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la resaca de poca consideración, dieron con las barcas en tierra y a fuerza de brazos las vararon. Era la noche fría, de tal modo, que les obligó a buscar reparos para el hielo; pero no hallaron ninguno. Ordenó Perian-

dro que todas las mujeres se entrasen en la barca capitana, y apiñándose en ella, con la compañía y estrechez, templasen el frío; hízose así, y los hombres hicieron cuerpo de guarda a la barca, paseándose como centinelas de una parte a otra, esperando el día para descubrir en qué parte estaban, porque no pudieron saber por entonces si era o no despoblada la isla; y como es cosa natural que los cuidados destierran el sueño, ninguno de aquella cuidadosa compañía pudo cerrar los ojos; lo cual, visto por el bárbaro Antonio, dijo al bárbaro italiano que, para entretener el tiempo y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche, fuese servido de entretenerlos contándoles los sucesos de su vida, porque no podían dejar de ser peregrinos y raros, pues en tal traje y en tal lugar le habían puesto.

—Haré yo eso de muy buena gana—respondió el bárbaro italiano—, aunque temo que, por ser mis desgracias tantas, tan nuevas y tan extraordinarias, no me habéis de dar crédito alguno.

A lo que dijo Periandro:

—En las que a nosotros nos han sucedido nos hemos ensayado y dispuesto a creer cuantas nos contaren, puesto que tengan más de lo imposible que de lo verdadero.

—Lleguémonos aquí—respondió el bárbaro—, al borde desta barca donde están estas señoras; quizá alguna, al son de la voz de mi cuento, se quedará dormida, y quizá alguna, desterrando el sueño, se mostrará compasiva: que es alivio al que cuenta

sus desventuras ver' o oír que hay quien se duela dellas.

—A lo menos por mí—respondió Ricla de dentro de la barca—, y a pesar del sueño, tengo lágrimas que ofrecer a la compasión de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas.

Casi lo mismo dijo Auristela, y así todos rodearon la barca, y con atento oído estuvieron escuchando lo que el que parecía bárbaro decía, el cual comenzó su historia desta manera:

CAPITULO VIII

Donde Rutilio cuenta de su vida.

—Mi nombre es Rutilio; mi patria, Sena, una de las más famosas ciudades de Italia; mi oficio maestro de danzar, único en él, y venturoso, si yo quisiera. Había en Sena un caballero rico, a quien el cielo dió una hija más hermosa que discreta, a la cual trató de casar su padre con un caballero florentín, y, por entregársela adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltaban, quiso que yo la enseñase a danzar: que la gentileza, gallardía y disposición del cuerpo, en los bailes honestos más que en otros pasos se señalan, y a las damas principales les está muy bien saberlos, para las ocasiones forzosas que les pueden suceder. Entré a enseñarle los movimientos del cuerpo; pero movíala los del alma; pues, como no discreta, como he dicho, rindió la suya a la mía, y la suerte, que de corriente larga traía encaminadas mis desgracias, hizo que, para que los dos nos gozásemos, yo la sacase de en casa de su padre y la llevase a Roma. Pero como el amor no da baratos sus gustos, y los delitos llevan a las espaldas el castigo, pues siempre se teme, en el camino nos prendieron a los dos, por la diligencia

que su padre puso en buscarnos. Su confesión y la mía, que fué decir que yo llevaba a mi esposa, y ella se iba con su marido, no fué bastante para no agravar mi culpa, tanto, que obligó al juez, movió y convenció a sentenciarme a muerte. Apartáronme en la prisión con los ya condenados a ella por otros delitos no tan honrados como el mío.

"Visitóme en el calabozo una mujer que decían estaba presa por *fatucherie*—que en castellano se llaman hechiceras—, que la alcaidesa de la cárcel había hecho soltar de las prisiones y llevádola a su aposento, a título de que con hierbas y palabras había de curar a una hija suya de una enfermedad que los médicos no acertaban a curarle. Finalmente, por abreviar mi historia, pues no hay razonamiento que, aunque sea bueno, siendo largo, lo parezca, viéndome yo atado y con el cordel a la garganta, sentenciado al suplicio, sin orden ni esperanza de remedio, di el sí a lo que la hechicera me pidió de ser su marido si me sacaba de aquel trabajo. Díjome que no tuviese pena, que aquella misma noche del día que sucedió esta plática, ella rompería las cadenas y los cepos, y a pesar de otro cualquier impedimento, me pondría en libertad, y en parte donde no me pudiesen ofender mis enemigos, aunque fuesen muchos y poderosos. Túvela, no por hechicera, sino por ángel que enviaba el cielo para mi remedio; esperé la noche, y, en la mitad de su silencio, llegó a mí y me dijo que asiese de la punta de una caña que me puso en la mano, diciéndome la siguiese. Tur-

béme algún tanto; pero como el interés era tan grande, moví los pies para seguirla, y hallélos sin grillos y sin cadenas, y las puertas de toda la prisión de par en par abiertas, y los prisioneros y guardas en profundísimo sueño sepultados. En saliendo a la calle, tendió en el suelo mi guiadora un manto, y mandándome que pusiese los pies en él, me dijo que tuviese buen ánimo, que por entonces dejase mis devociones; luego vi mala señal, luego conocí que quería llevarme por los aires, y aunque, como cristiano bien enseñado, tenía por burla todas estas hechicerías, como es razón que se tengan, todavía el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dejó atropellar por todo, y, en fin, puse los pies en la mitad del manto, y ella ni más ni menos, murmurando unas razones que yo no pude entender, y el manto comenzó a levantarse en el aire, y yo comencé a temer poderosamente, y en mi corazón no tuvo santo la letanía a quien yo no llamase en mi ayuda. Ella debió de conocer mi miedo y presentir mis rogativas, y volviómeme a mandar que las dejase. “¡Desdichado de mí!—dije—. ¿Qué bien puedo esperar si se me niega el pedirle a Dios, de quien todos los bienes vienen?” En resolución, cerré los ojos y dejéme llevar de los diablos, que no son otras las postas de las hechiceras, y, al parecer, cuatro horas o poco más había volado, cuando me hallé al crepúsculo del día en una tierra no conocida. Tocó el manto el suelo, y mi guiadora me dijo: “En parte estás, amigo Rutilio, que todo el género hu-

mano no podrá ofenderte." Y, diciendo esto, comenzó a abrazarme no muy honestamente; apartéla de mí con los brazos, y, como mejor pude, divisé que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya visión me heló el alma, me turbó los sentidos y dió con mi mucho ánimo al través; pero como suele acontecer que, en los grandes peligros, la poca esperanza de vencerlos saca del ánimo desesperadas fuerzas, las pocas mías me pusieron en la mano un cuchillo que acaso en el seno traía, y con furia y rabia se le hincó por el pecho a la que pensé ser loba, la cual, cayendo en el suelo, perdió aquella fea figura, y hallé muerta y corriendo sangre a la desventurada encantadora.

"Considerad, señores, cuál quedaría yo, en tierra no conocida y sin persona que me guiase. Estuve esperando el día muchas horas; pero nunca acababa de llegar, ni por los horizontes se descubría señal de que el sol viniese. Apartéme de aquel cadáver, porque me causaba horror y espanto el tenerlo cerca de mí. Volví muy a menudo los ojos al cielo, contemplaba el movimiento de las estrellas, y parecíame, según el curso que habían hecho, que ya había de ser de día. Estando en esta confusión, oí que venía hablando, por junto de donde estaba, alguna gente, y así fué verdad; y, saliéndoles al encuentro, les pregunté en mi lengua toscana que me dijese qué tierra era aquélla, y uno de ellos, asimismo en italiano, me respondió: "Esta tierra es Noruega; pero

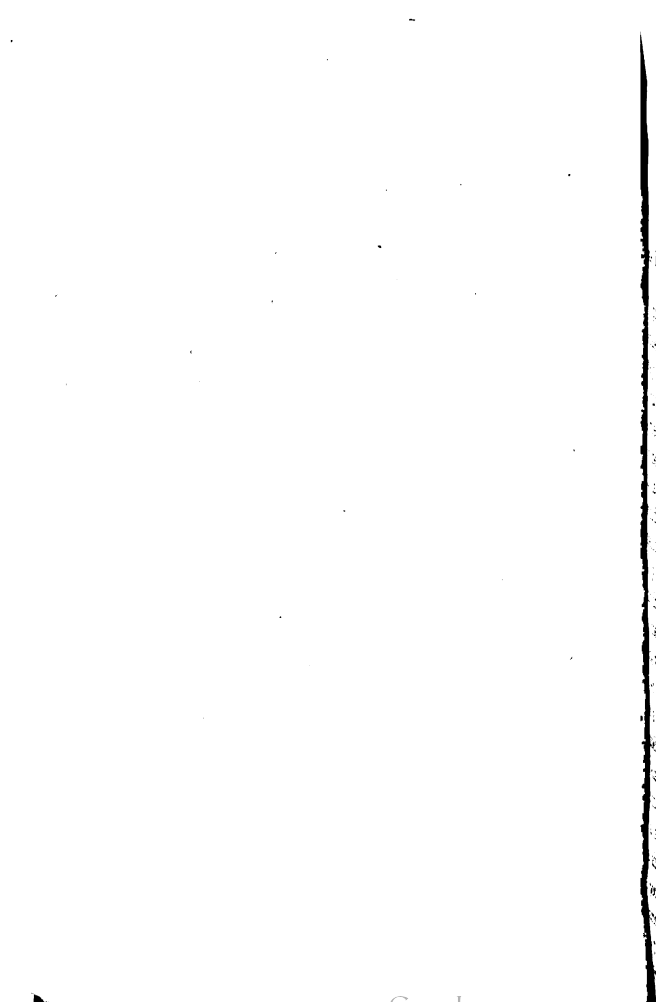
¿quién eres tú que lo preguntas, y en lengua que en estas partes hay muy pocos que la entiendan?" "Yo soy—respondí—un miserable que, por huir de la muerte, he venido a caer en sus manos." Y en breves razones le di cuenta de mi viaje, y aun de la muerte de la hechicera. Mostró condolerse el que me hablaba, y díjome: "Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al cielo por haberte librado del poder destas maléficas hechiceras, de las cuales hay mucha abundancia en estas setentrionales partes. Cuéntase dellas que se convierten en lobos, así machos como hembras, porque de entrambos géneros hay maléficos y encantadores. Cómo esto pueda ser, yo lo ignoro, y como cristiano que soy católico, no lo creo; pero la experiencia me muestra lo contrario. Lo que puedo alcanzar es que todas estas transformaciones son ilusiones del demonio, y permisión de Dios y castigo de los abominables pecados de este maldito género de gente." Preguntéle qué hora podría ser, porque me parecía que la noche se alargaba y el día nunca venía. Respondióme que en aquellas partes remotas se repartía el año en cuatro tiempos: tres meses había de noche oscura, sin que el sol pareciese en la tierra en manera alguna, y tres meses había de crepúsculo del día, sin que bien fuese noche ni bien fuese día; otros tres meses había de día claro continuado, sin que el sol se escondiese, y otros tres de crepúsculo de la noche; y que la sazón en que estaban era la del crepúsculo del día; así que esperar la cla-

ridad del sol por entonces era esperanza vana, y que también lo sería esperar yo volver a mi tierra tan presto, si no fuese cuando llegase la sazón del día grande, en la cual parten navíos de estas partes a Inglaterra, Francia y España con algunas mercancías. Preguntóme si tenía algún oficio en que ganar de comer mientras llegaba tiempo de volverme a mi tierra. Díjele que era bailarín y grande hombre de hacer cabriolas, y que sabía jugar de manos sutilísimamente. Rióse de gana el hombre, y me dijo que aquellos ejercicios o oficios, o como llamarlos quisiese, no corrían en Noruega ni en todas aquellas partes. Preguntóme si sabría oficio de orífice. Díjele que tenía habilidad para aprender lo que me enseñasen. "Pues veníos, hermano, conmigo, aunque primero será bien que demos sepultura a esta miserable."

"Hicímoslo así, y llevóme a una ciudad donde toda la gente andaba por las calles con palos de tea encendidos en las manos, negociando lo que les importaba. Preguntéle en el camino que cómo o cuándo había venido a aquella tierra, y que si era verdaderamente italiano. Respondió que unos de sus pasados abuelos se había casado en ella, viniendo de Italia a negocios que le importaban, y a los hijos que tuvo les enseñó su lengua, y de uno en otro se extendió por todo su linaje, hasta llegar a él, que era uno de sus cuartos nietos: "y así, como vecino y morador tan antiguo, llevado de la afición de mis hijos y mu-

jer, me he quedado hecho carne y sangre entre esta gente, sin acordarme de Italia ni de los parientes que allá dijeron mis padres que tenían.”

“Contar yo ahora la casa donde entré, la mujer e hijos que hallé, y criados—que tenía muchos—, el gran caudal, el recibimiento y agasajo que me hicieron, sería proceder en infinito; basta decir, en suma, que yo aprendí su oficio, y en pocos meses ganaba de comer por mi trabajo. En este tiempo se llegó el de llegar el día grande, y mi amo y maestro—que así le puedo llamar—ordenó de llevar gran cantidad de su mercancía a otras islas por allí cercanas y a otras bien apartadas. Fuime con él, así por curiosidad como por vender algo que ya tenía de caudal, en el cual viaje vi cosas dignas de admiración y espanto, y otras de risa y contento; noté costumbres, advertí en ceremonias no vistas y de ninguna otra gente usadas; en fin: a cabo de dos meses, corrimos una borrasca que nos duró cerca de cuarenta días, al cabo de los cuales dimos en esta isla de donde hoy salimos, entre unas peñas, donde nuestro bajel se hizo pedazos, y ninguno de los que en él venían quedó vivo sino yo.



CAPITULO IX

Donde Rutilio prosigue la historia de su vida.

“Lo primero que se me ofreció a la vista, antes que viese otra cosa alguna, fué un bárbaro pendiente y ahorcado de un árbol, por donde conocí que estaba en tierra de bárbaros salvajes, y luego el miedo me puso delante mil géneros de muertes, y, no sabiendo qué hacerme, alguna o todas juntas las tenía y las esperaba. En fin, como la necesidad, según se dice, es maestra de sutilizar el ingenio, di en un pensamiento harto extraordinario, y fué que descolgué al bárbaro del árbol, y, habiéndome desnudado de todos mis vestidos, que enterré en la arena, me vestí de los suyos, que me vinieron bien, pues no tenían otra hechura que ser de pieles de animales, no cosidos ni cortados a medida, sino ceñidos por el cuerpo, como lo habéis visto. Para disimular la lengua, y que por ella no fuese conocido por extranjero, me fingí mudo y sordo, y con esta industria me entré por la is'a adentro, saltando y haciendo cabriolas en el aire.

“A poco trecho, descubrí una gran cantidad de bárbaros, los cuales me rodearon, y en su lengua unos y otros, con gran priesa, me preguntaron

—a lo que después acá he entendido—quién era, cómo me llamaba, adónde venía y adónde iba. Respondíles con callar y hacer todas las señales de mudo más aparentes que pude, y luego reiteraba los saltos y menudeaba las cabriolas. Salíme de entre ellos; siguiéronme los muchachos, que no me dejaban adondequiera que iba. Con esta industria pasé por bárbaro y por mudo, y los muchachos, por verme saltar y hacer gestos, me daban de comer de lo que tenían. Desta manera he pasado tres años entre ellos, y aun pasara todos los de mi vida sin ser conocido. Con la atención y curiosidad noté su lengua y aprendí mucha parte de ella; supe la profecía que de la duración de su reino tenía profetizada un antiguo y sabio bárbaro a quien ellos daban gran crédito; he visto sacrificar algunos varones para hacer la experiencia de su cumplimiento, y he visto comprar algunas doncellas para el mismo efeto, hasta que sucedió el incendio de la isla que vosotros, señores, habéis visto. Guardéme de las llamas, fuí a dar aviso a los prisioneros de la mazmorra donde vosotros, sin duda, habéis estado; vi estas barcas, acudí a la marina, hallaron en vuestros generosos pechos lugar mis ruegos, recogístesme en ellas, por lo que os doy infinitas gracias, y agora espero en la del cielo, que, pues nos sacó de tanta miseria a todos, nos ha de dar en este que pretendemos felicísimo viaje.”

Aquí dió fin Rutilio a su plática, con que dejó admirados y contentos a los oyentes. Llegóse el

día, áspero, turbio y con señales de nieve muy ciertas. Dióle Auristela a Periandro lo que Cloelia le había dado la noche que murió, que fueron dos pelotas de cera, que la una, como se vió, cubría una cruz de diamantes, tan rica, que no acertaron a estimarla, por no agraviar su valor, y la otra, dos perlas redondas, asimismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiento de que Auristela y Periandro eran gente principal, puesto que mejor declaraba esta verdad su genti- disposición y agradable trato. El bárbaro Antonio, viniendo el día, se entró un poco por la isla; pero no descubrió otra cosa que montañas y sierras de nieve, y, volviendo a las barcas, dijo que la isla era despoblada y que convenía partirse de allí luego a buscar otra parte donde recogerse del frío que amenazaba y proveerse de los mantenimientos que presto le harían falta. Echaron con presteza las barcas al agua, embarcáronse todos, y pusieron las proas en otra isla que no lejos de allí se descubría. En esto, yendo navegando con el espacio que podían prometer dos remos, que no llevaba más cada barca, oyeron que de la una de las otras dos salía una voz blanda, suave, de manera que les hizo estar atentos a escuchalla. Notaron, especialmente el bárbaro Antonio, el padre, que notó que lo que se cantaba era en lengua portuguesa, que él sabía muy bien. Calló la voz, y de allí a poco volvió a cantar en castellano, y no a otro tono de instrumentos que al de remos que sesgamente por el tranquilo mar las barcas

impelían, y notó que lo que cantaron fué esto:

Mar sesgo, viento largo, estrella clara,
camino, aunque no usado, alegre y cierto,
al hermoso, al seguro, al capaz puerto
llevan la nave vuestra, única y rara.

En Scilas ni en Caribdis no repara,
ni en peligro que el mar tenga encubierto,
siguiendo su derrota al descubierta,
que limpia honestidad su curso para.

Con todo, si os faltare la esperanza
del llegar a este puerto, no por eso
giréis las velas, que será simpleza.

Que es enemigo amor de la mudanza,
y nunca tuvo próspero suceso
el que no se quilata en la firmeza.

La bárbara Ricla dijo, en callando la voz:

—Despacio debe de estar y ocioso el cantor que en semejante tiempo da su voz a los vientos.

Pero no lo juzgaron así Periandro y Auristela, porque le tuvieron por más enamorado que ocioso al que cantado había: que los enamorados fácilmente reconcilian los ánimos y traban amistad con los que conocen que padecen su misma enfermedad. Y así, con licencia de los demás que en su barca venían, aunque no fuera menester pedir-la, hizo que el cantor se pasase a su barca, así por gozar de cerca de su voz, como saber de sus sucesos; porque persona que en tales tiempos cantaba, o sentía mucho, o no tenía sentimiento alguno. Juntáronse las barcas, pasó el músico a la de Periandro, y todos los della le hicieron agradable recogida. En entrando el músico, en medio portugués y en medio castellano, dijo:

—Al cielo y a vosotros, señores, y a mi voz,

agradezco esta mudanza y esta mejora de navío, aunque creo que con mucha brevedad le dejaré libre de la carga de mi cuerpo, porque las penas que siento en el alma me van dando señales de que tengo la vida en sus últimos términos.

—Mejor lo hará el cielo—respondió Periandro—, que, pues yo soy vivo, no habrá trabajos que puedan matar a alguno.

—No sería esperanza aquella—dijo a esta sazón Auristela—a que pudiesen contrastar y derribar infortunios; pues así como la luz resplandece más en las tinieblas, así la esperanza ha de estar más firme en los trabajos: que el desesperarse en ellos es acción de pechos cobardes, y no hay mayor pusilanimidad ni bajeza que entregarse el trabajado, por más que lo sea, a la desesperación.

—El alma ha de estar—dijo Periandro—el un pie en los labios y el otro en los dientes, si es que hablo con propiedad, y no ha de dejar de esperar su remedio, porque sería agraviar a Dios, que no puede ser agraviado, poniendo tasa y coto a sus infinitas misericordias.

—Todo es así—respondió el músico—, y yo lo creo a despecho y pesar de las experiencias que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas.

No por estas pláticas dejaban de bogar, de modo que, antes de anochecer, con dos horas, llegaron a una isla también despoblada, aunque no de árboles, porque tenía muchos, y llenos de fruto que, aunque pasado de sazón y seco, se dejaba

comer. Saltaron todos en tierra, en la cual vararon las barcas, y con gran priesa se dieron a desgajar árboles y hacer una gran barraca para defenderse aquella noche del frío; hicieron asimismo fuego, ludiendo dos secos palos el uno con el otro, artificio tan sabido como usado, y, como todos trabajaban, en un punto se vió levantada la pobre máquina, donde se recogieron todos, supliendo con mucho fuego la incomodidad del sitio, pareciéndoles aquella choza dilatado alcázar. Satisficeron la hambre, y acomodáronse a dormir luego, si el deseo que Periandro tenia de saber el suceso del músico no lo estorbara, porque le rogó, si era posible, les hiciese sabidores de sus desgracias, pues no podían ser venturas las que en aquellas partes le habían traído. Era cortés el cantor, y así, sin hacerse de rogar, dijo:

CAPITULO X

De lo que contó el enamorado portugués.

—Con más breves razones de las que sean posibles daré fin a mi cuento, con darle al de mi vida, si es que tengo de dar crédito a cierto sueño que la pasada noche me turbó el alma. Yo, señores, soy portugués de nación, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna y no pobre en los de naturaleza; mi nombre es Manuel de Sosa Coitiño; mi patria, Lisboa, y mi ejercicio, el de soldado. Junto a la casa de mis padres, casi pared en medio, estaba la de otro caballero del antiguo linaje de los Pereiras, el cual tenía sola una hija, única heredera de sus bienes, que eran muchos, báculo y esperanza de la prosperidad de sus padres; la cual, por el linaje, por la riqueza y por la hermosura, era deseada de todos los mejores del reino de Portuga'; y yo, que como más vecino de su casa, tenía más comodidad de verla, la miré, la conocí y la adoré con una esperanza, más dudosa que cierta, de que podría ser viniese a ser mi esposa; y por ahorrar de tiempo, y por entender que con ella habían de valer poco requiebros, promesas ni dádivas, determiné de que un pariente mío se la pidiese a sus padres para esposa mía,

pues ni en el linaje, ni en la hacienda, ni aun en la edad diferenciábamos en nada. La respuesta que trujo fué que su hija Leonora aun no estaba en edad de casarse; que dejase pasar dos años, que le daba la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo, sin hacerme sabidor dello. Llevé este primer golpe en los hombros de mi paciencia y en el escudo de la esperanza; pero no dejé por esto de servirla públicamente a sombra de mi honesta pretensión, que luego se supo por toda la ciudad; pero ella, retirada en la fortaleza de su prudencia y en los retretes de su recato, con honestidad y licencia de sus padres, admitía mis servicios, y daba a entender que, si no los agradecía con otros, por lo menos no los desestimaba.

“Sucedió que en este tiempo mi rey me envió por capitán general a una de las fuerzas que tiene en Berbería, oficio de calidad y de confianza. Llegóse el día de mi partida, y pues en él no llegó el de mi muerte, no hay ausencia que mate ni dolor que consuma. Hablé a su padre, hícele que me volviese a dar la palabra de la espera de los dos años; túvome lástima, porque era discreto, y consintió que me despediese de su mujer y de su hija Leonor, la cual, en compañía de su madre, salió a verme a una sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardía y el silencio. Paséme cuando vi tan cerca de mí tanta hermosura; quise hablar, y anudóseme la voz a la garganta y pegóseme al paladar la lengua, y ni supe

ni pude hacer otra cosa que callar y dar con mi silencio indicio de mi turbación, la cual, vista por el padre, que era tan cortés como discreto, se abrazó conmigo y dijo: "Nunca, señor Manuel de Sosa, los días de partida dan licencia a la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio hable en su favor de vuesa merced más que alguna otra retórica. Vuesa merced vaya a ejercer su cargo y vuelva en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que tocare a servirle. Leonora, mi hija, es obediente, y mi mujer desea darme gusto, y yo tengo el deseo que he dicho: que con estas tres cosas, me parece que puede esperar vuesa merced buen suceso en lo que deseo." Estas palabras todas me quedaron en la memoria y en el alma impresas de tal manera, que no se me han olvidado, ni se me olvidarán en tanto que la vida me durare. Ni la hermosa Leonora ni su madre me dijeron palabra, ni yo pude, como he dicho, decir alguna. Partíme a Berbería; ejercité mi cargo, con satisfacción de mi rey, dos años; volví a Lisboa; hallé que la fama y hermosura de Leonora había salido ya de los límites de la ciudad y del reino, y extendídose por Castilla y otras partes, de las cuales venían embajadas de príncipes y señores que la pretendían por esposa; pero como ella tenía la voluntad tan sujeta a la de sus padres, no miraba si era o no solicitada.

"En fin: viendo yo pasado el término de los dos años, volví a suplicar a su padre me la diese por esposa. ¡Ay de mí, que no es posible que me de-

tenga en estas circunstancias, porque a las puertas de mi vida está llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desventuras: que si así fuese, no las tendría yo por tales! Finalmente, un día me avisaron que, para un domingo venidero, me entregarían a mi deseada Leonora, cuya nueva faltó poco para no quitarme la vida de contento. Convidé a mis parientes, llamé a mis amigos, hice galas, envié presentes, con todos los requisitos que pudiesen mostrar ser yo el que me casaba y Leonora la que había de ser mi esposa. Llegóse este día, y yo fui acompañado de todo lo mejor de la ciudad a un monasterio de monjas que se llama de la Madre de Dios, adonde me dijeron que mi esposa, desde el día de antes, me esperaba: que había sido su gusto que en aquel monasterio se celebrase su desposorio, con licencia del arzobispo de la ciudad."

Detúvose algún tanto el lastimado caballero, como para tomar aliento de proseguir su plática, y luego dijo:

—Llegué al monasterio, que real y pomposamente estaba adornado; salieron a recebirme casi toda la gente principal del reino, que allí aguardándome estaba, con infinitas señoras de la ciudad de las más principales; hundíase el templo de música, así de voces como de instrumentos, y en esto salió por la puerta del claustro la sin par Leonora, acompañada de la priora y de otras muchas monjas, vestida de raso blanco acuchillado, con saya entera a lo castellano, tomadas las cu-

chilladas con ricas y gruesas perlas. Venía forrada la saya en tela de oro verde; traía los cabellos sueltos por las espaldas, tan rubios, que deslumbraban los del sol, y tan luengos, que casi besaban la tierra; la cintura, collar y anillos que traía, opiniones hubo que valían un reino; torno a decir que salió tan bella, tan costosa, tan gallarda y tan ricamente compuesta y adornada, que causó invidia en las mujeres y admiración en los hombres. De mí sé decir que quedé tal con su vista, que me hallé indigno de merecerla, por parecerme que la agraviaba, aunque yo fuera el emperador del mundo.

“Estaba hecho un modo de teatro en mitad del cuerpo de la iglesia, donde desenfadadamente, y sin que nadie lo empachase, se había de celebrar nuestro desposorio. Subió en el primero la hermosa doncella, donde al descubierto mostró su gallardía y gentileza; pareció a todos los ojos que la miraban lo que suele parecer la bella aurora al despuntar del día, o lo que dicen las antiguas fábulas que parecía la casta Diana en los bosques; y algunos creo que hubo tan discretos, que no la acertaron a comparar sino a sí misma. Subí yo al teatro, pensando que subía a mi cielo, y, puesto de rodillas ante ella, casi di demostración de adorarla. Alzóse una voz en el templo, procedida de otras muchas, que decía: “¡Vivid felices y luengos años en el mundo, ¡oh dichosos y bellísimos amantes!; coronen presto hermosísimos hijos vuestra mesa, y a largo andar se dilate vuestro amor

en vuestros nietos; no sepan los rabiosos celos ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos; ríndase la invidia a vuestros pies y la buena fortuna no acierte a salir de vuestra casa." Todas estas razones y deprecaciones santas me colmaban el alma de contento, viendo con qué gusto general llevaba el pueblo mi ventura. En esto, la hermosa Leonora me tomó por la mano, y así, en pie como estábamos, alzando un poco la voz, me dijo: "Bien sabéis, señor Manuel de Sosa, cómo mi padre os dió palabra que no dispondría de mi persona en dos años, que se habían de contar desde el día que me pedistes fuese yo vuestra esposa; y también, si mal no me acuerdo, os dije yo, viéndome acosada de vuestra solicitud, y obligada de los infinitos beneficios que me habéis hecho, más por vuestra cortesía que por mis merecimientos, que yo no tomaría otro esposo en la tierra sino a vos. Esta palabra mi padre os la ha cumplido, como habéis visto, y yo os quiero cumplir la mía, como veréis; y así, porque sé que los engaños, aunque sean honrosos y provechosos, tienen un no sé qué de traición cuando se dilatan y entretienen, quiero, del que os parecerá que os he hecho, sacaros en este instante. Yo, señor mío, soy casada, y en ninguna manera, siendo mi esposo vivo, puedo casarme con otro; yo no os dejo por ningún hombre de la tierra, sino por uno del cielo, que es Jesucristo, Dios y hombre verdadero: él es mi esposo, a él le di la palabra primero que a vos; a él, sin engaño y de toda mi voluntad, y

a vos con disimulación y sin firmeza alguna. Yo confieso que, para escoger esposo en la tierra, ninguno os pudiera igualar; pero, habiéndole de escoger en el cielo, ¿quién como Dios? Si esto os parece traición o descomedido trato, dadme la pena que quisiéredes y el nombre que se os antojare, que no habrá muerte, promesa o amenaza que me aparte del crucificado esposo mío." Calló, y al mismo punto la priora y las otras monjas comenzaron a desnudarla y a cortarle la preciosa madeja de sus cabellos. Yo enmudecí, y, por no dar muestras de flaqueza, tuve cuenta con reprimir las lágrimas que me venían a los ojos; y hincándome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza la besé la mano; y ella, cristianamente compasiva, me echó los brazos al cuello; alcéme en pie, y, alzando la voz de modo que todos me oyesen, dije: "*María optimam partem elegit.*" Y diciendo esto me bajé del teatro, y, acompañado de mis amigos, me volví a mi casa, adonde, yendo y viniendo con la imaginación en este extraño suceso, vine casi a perder el juicio; y ahora, por la misma causa, vengo a perder la vida."

Y dando un gran suspiro, se le salió el alma, y dió consigo en el suelo.



CAPITULO XI

Acudió con presteza Periandro a verle, y halló que había expirado de todo punto, dejando a todos confusos y admirados del triste y no imaginado suceso.

—Con este sueño—dijo a esta sazón Auristela—se ha excusado este caballero de contarnos qué le sucedió en la pasada noche, los trances por donde vino a tan desastrado término y a la prisión de los bárbaros, que, sin duda, debían de ser casos tan desesperados como peregrinos.

A lo que añadió el bárbaro Antonio:

—¿Por maravilla hay desdichado sólo que lo sea en sus desventuras? Compañeros tienen las desgracias, y por aquí o por allí siempre son grandes, y entonces lo dejan de ser, cuando acaban con la vida del que las padece.

Dieron luego orden de enterralle como mejor pudieron: sirvióle de mortaja su mismo vestido; de tierra, la nieve; y de cruz, la que le hallaron en el pecho en un escapulario, que era la de Cristo, por ser caballero de su hábito; y no fuera menester hallarle esta honrosa señal para enterarse de su nobleza, pues las habían dado bien claras su grave presencia y razonar discreto. No faltaron lágrimas que le acompañasen, porque la compa-

sión hizo su oficio, y las sacó de todos los ojos de los circunstantes. Amaneció en esto; volvieron las barcas al agua, pareciéndoles que el mar les esperaba sosegado y blando, y, entre tristes y alegres, entre temor y esperanza, siguieron su camino, sin llevar parte cierta adonde encaminalle. Están todos aquellos mares casi cubiertos de islas, todas o las más despobladas, y las que tienen gente, es rústica y medio bárbara, de poca urbanidad y de corazones duros e insolentes; y, con todo esto, deseaban topar alguna que los acogiese, porque imaginaban que no podían ser tan crueles sus moradores, que no lo fuesen más las montañas de nieve y los duros y ásperos riscos de las que atrás deseaban. Diez días más navegaron, sin tomar puerto, p'aya o abrigo alguno, dejando a entrambas partes, diestra y siniestra, islas pequeñas que no prometían estar pobladas de gente, puesta la mira en una gran montaña que a la vista se les ofrecía, y pugnaban con todas sus fuerzas llegar a ella con la mayor brevedad que pudiesen, porque ya sus barcas hacían agua y los bastimentos, a más andar, iban faltando.

En fin: más con la ayuda del cielo, como se debe creer, que con las de sus brazos, llegaron a la deseada isla, y vieron andar dos personas por la marina, a quien con grandes voces preguntó Transila qué tierra era aquélla, quién la gobernaba y si era de cristianos católicos. Respondiéronle, en lengua que él la entendió, que aquella isla se llamaba Golandia, y que era de católicos, puesto que

estaba despoblada, por ser tan poca la gente que tenía, que no ocupaba más de una casa que servía de mesón a la gente que llegaba a un puerto detrás de un peñón que señaló con la mano: "Y si vosotros, quienquiera que seáis, queréis repararos de algunas faltas, seguidnos con la vista, que nosotros os pondremos en el puerto." Dieron gracias a Dios los de las barcas, y siguieron por la mar a los que los guiaban por la tierra, y, al volver del peñón que les habían señalado, vieron un abrigo que podía llamarse puerto, y en él hasta diez o doce bajeles, dellos chicos, dellos medianos y dellos grandes, y fué grande la alegría que de verlos recibieron, pues les daba esperanza de mudar de navíos y seguridad de caminar con certeza a otras partes. Llegaron a tierra; salieron así gente de los navíos como del mesón a recibirlos; saltó en tierra, en hombros de Periandro y de los dos bárbaros, padre e hijo, la hermosa Auristela, vestida con el vestido y adorno con que fué Periandro vendido a los bárbaros por Arnaldo; salió con ella la gallarda Transila, y la bella bárbara Constanza, con Ricla, su madre, y todos los demás de las barcas acompañaron este escuadrón gallardo. De tal manera causó admiración, espanto y asombro la bellísima escuadra en los de la mar y la tierra, que todos se postraron en el suelo y dieron muestras de adorar a Auristela; mirábanla callando, y con tanto respeto, que no acertaban a mover las lenguas, por no ocuparse en otra cosa que en mirar. La hermosa Transila, como ya había

hecho experiencia de que entendían su lengua, fué la primera que rompió el silencio, diciéndoles:

—A vuestro hospedaje nos ha traído la nuestra, hasta hoy, contraria fortuna. En nuestro traje y en nuestra mansedumbre echaréis de ver que antes buscamos paz que guerra, porque no hacen batalla las mujeres ni los varones afligidos. Acogednos, señores, en vuestro hospedaje y en vuestros navíos, que las barcas que aquí nos han conducido, aquí dejan el atrevimiento y la voluntad de tornar otra vez a entregarse a la inestabilidad del mar. Si aquí se cambia por oro o por plata lo necesario que se busca, con facilidad y abundancia seréis recompensados de lo que nos diéredes; que, por subidos precios que lo vendáis, lo recibiremos como si fuese dado.

Uno, ¡milagro extraño!, que parecía ser de la gente de los navíos, en lengua española respondió:

—De corto entendimiento fuera, hermosa señora, el que dudara la verdad que dices: que, puesto que la mentira se disimula y el daño se disfraza con la máscara de la verdad y del bien, no es posible que haya tenido lugar de acogerse a tan gran belleza como la vuestra. El patrón de este hospedaje es cortesísimo, y todos los de estas naves, ni más ni menos. Mirad si os da más gusto volveros a ellas o entrar en el hospedaje, que en ellas y en él seréis recibidos y tratados como vuestra presencia merece.

Entonces, viendo el bárbaro Antonio, o oyendo por mejor decir, hablar su lengua, dijo:

—Pues el cielo nos ha traído a parte que sue-
ne en mis oídos la dulce lengua de mi nación, casi
tengo ya por cierto el fin de mis desgracias. Va-
mos, señores, al hospedaje, y, en reposando algún
tanto, daremos orden en volver a nuestro camino,
con más seguridad que la que hasta aquí hemos
traído.

En esto, un grumete, que estaba en lo alto de
una gavia, dijo a voces, en lengua inglesa:

—Un navío se descubre que, con tendidas velas,
y mar y viento en popa, viene la vuelta de este
abrigo.

Alborotáronse todos, y, en el mismo lugar don-
de estaban, sin moverse un paso, se pusieron a
esperar el bajel que tan cerca se descubría, y
cuando estuvo junto, vieron que las hinchadas
velas las atravesaban unas cruces rojas, y cono-
cieron que, en una bandera que traía en el pe-
ñolo de la mayor gavia, venían pintadas las armas
de Inglaterra. Disparó, en llegando, dos piezas de
gruesa artillería, y luego hasta obra de veinte
arcabuces; de la tierra les fué hecha señal de
paz y de alegres voces, porque no tenían arti-
llería con qué responderle.

CAPITULO XI

Donde se cuenta de qué parte y quién eran los que venían en el navío.

Hecha, como se ha dicho, la salva de entrambas partes, así del navío como de la tierra, al momento echaron áncoras los de la nave, y arrojaron el esquife al agua, en el cual el primero que saltó, después de cuatro marineros que le adornaron con tapetes y asieron de los remos, fué un anciano varón, al parecer de edad de sesenta años, vestido de una ropa de terciopelo negro que le llegaba a los pies, forrada en felpa negra, y ceñida con una de las que llaman colonias de seda; en la cabeza traía un sombrero alto y puntiagudo, asimismo, al parecer, de felpa. Tras él bajó al esquife un gallardo y brioso mancebo, de poco más edad de veinticuatro años, vestido, a lo marinero, de terciopelo negro, una espada dorada en las manos y una daga en la cinta. Luego, como si los arrojaran, echaron de la nave al esquife un hombre lleno de cadenas y una mujer con él enredada y presa con las cadenas mismas: él, de hasta cuarenta años de edad, y ella, de más de cincuenta; él, brioso y despechado, y ella, melancólica y triste. Impelieron el esquife los ma-

rineros; en un instante llegaron a tierra, adonde, en sus hombros y en los de otros soldados arcabuceros que en el barco venían, sacaron a tierra al viejo y al mozo y a los dos prisioneros. Transila, que, como los demás, había estado atentísima mirando los que en el esquife venían, volviéndose a Auristela, le dijo:

—Por tu vida, señora, que me cubras el rostro con ese velo que traes atado al brazo, porque, o yo tengo poco conocimiento, o son algunos de los que vienen en este barco personas que yo conozco y me conocen.

Hízolo así Auristela, y en esto llegaron los de la barca a juntarse con ellos, y todos se hicieron bien criados recibimientos. Fuéese derecho el anciano de la felpa a Transila, diciendo:

—Si mi ciencia no me engaña y la fortuna no me desfavorece, próspera habrá sido la mía con este hallazgo.

Y diciendo y haciendo, alzó el velo del rostro de Transila, y se quedó desmayado en sus brazos, que ella se los ofreció y se los puso, porque no diese en tierra. Sin duda, se puede creer que este caso de tanta novedad y tan no esperado puso en admiración a los circunstantes, y más cuando le oyeron decir a Transila:

—¡Oh padre de mi alma! ¿Qué venida es ésta? ¿Quién trae a vuestras venerables canas y a vuestros cansados años por tierras tan apartadas de la vuestra?

—¿Quién le ha de traer—dijo a esta sazón el

brioso mancebo—, sino el buscar la ventura que sin vos le faltaba? El y yo, dulcísima señora y esposa mía, venimos buscando el norte que nos ha de guiar adonde hallemos el puerto de nuestro descanso; pero pues ya, gracias sean dadas a los cielos, le habemos hallado, haz, señora, que vuelva en sí tu padre Mauricio, y consiente que de su alegría reciba yo parte, recibéndole a él como a padre, y a mí, como a tu legítimo esposo.

Volvió en sí Mauricio, y sucedióle en su desmayo Transila. Acudió Auristela a su remedio; pero no osó llegar a ella Ladislao, que éste era el nombre de su esposo, por guardar el honesto decoro que a Transila se le debía; pero como los desmayos que suceden de alegres y no pensados acontecimientos, o quitan la vida en un instante, o no duran mucho, fué pequeño espacio el en que estuvo Transila desmayada. El dueño de aquel mesón u hospedaje, dijo:

—Venid, señores, todos, adonde, con más comodidad y menos frío del que aquí hace, os deis cuenta de vuestros sucesos.

Tomaron su consejo y fuéronse al mesón, y hallaron que era capaz de alojar una flota. Los dos encadenados se fueron por su pie, ayudándoles a llevar sus hierros los arcabuceros que, como en guarda, con ellos venían; acudieron a sus naves algunos, y, con tanta priesa como buena voluntad, trujeron de ellas los regalos que tenían. Hízose hambre, pusiéronse las mesas, y, sin tratar entonces de otra cosa, satisficieron todos la hambre, más

con muchos géneros de pescados que con carnes, porque no sirvió otra que la de muchos pájaros que se crían en aquellas partes, de tan extraña manera, que, por ser rara y peregrina, me obliga a que aquí la cuente. Híncanse unos palos en la orilla del mar y entre los escollos donde las aguas llegan, los cuales palos, de allí a poco tiempo, todo aquello que cubre el agua se convierte en dura piedra, y, lo que queda fuera del agua, se pudre y se corrompe, de cuya corrupción se engendra un pequeño pajarillo que, volando a la tierra, se hace grande, y tan sabroso de comer, que es uno de los mejores manjares que se usan; y donde hay más abundancia de ellos es en las provincias de Hibernia y de Irlanda, el cual pájaro se llama Barnacias. El deseo que tenían todos de saber los sucesos de los recién llegados les hacía parecer larga la comida, la cual acabada, el anciano Mauricio dió una gran palmada en la mesa, como dando señal de pedir que con atención le escuchasen. Enmudecieron todos, y el silencio les selló los labios, y la curiosidad les abrió los oídos, viendo lo cual, Mauricio soltó la voz en tales razones:

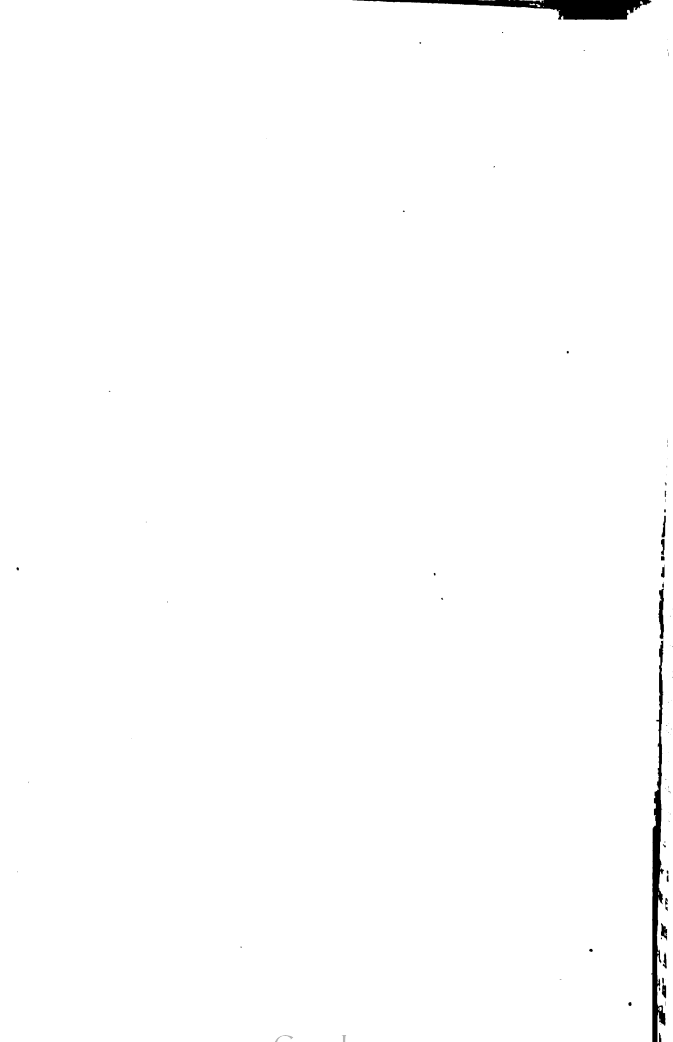
—En una isla, de siete que están circunvecinas a la de Hibernia, nací yo, y tuvo principio mi linaje, tan antiguo, bien como aquel que es de los Mauricios, que, en decir este apellido, le encarezco todo lo que puedo; soy cristiano católico, y no de aquellos que andan mendigando la fe verdadera entre opiniones; mis padres me criaron en los

estudios, así de las armas como de las letras—si se puede decir que las armas se estudian—; he sido aficionado a la ciencia de la astrología judiciaria, en la cual he alcanzado famoso nombre; caséme, en teniendo edad para tomar estado, con una hermosa y principal mujer de mi ciudad, de la cual tuve esta hija que está aquí presente; seguí las costumbres de mi patria, a lo menos en cuanto a las que parecían ser niveladas con la razón, y en las que no, con apariencias fingidas, mostraba seguirlas, que tal vez la disimulación es provechosa; creció esta muchacha a mi sombra, porque le faltó la de su madre a dos años después de nacida, y a mí me faltó el arrimo de mi vejez y me sobró el cuidado de criar la hija, y por salir de él, que es carga difícil de llevar de cansados y ancianos hombros, en llegando a casi edad de darle esposo en que le diese arrimo y compañía, lo puse en efeto, y el que le escogí fué este gallardo mancebo que tengo a mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado y aun conveniente que los padres casen a sus hijas con su beneplácito y gusto, pues no les dan compañía por un día, sino por todos aquellos que les durase la vida; y de no hacer esto ansí, se han seguido, siguen y seguirán millares de inconvenientes, que los más suelen parar en desastrados sucesos. Es, pues, de saber que en mi patria hay una costumbre, entre muchas malas la peor de todas, y es que, concertado el matrimonio, y llegado el día de la boda, en

una casa principal, para esto diputada, se juntan los novios y sus hermanos, si los tienen, con todos los parientes más cercanos de entrambas partes, y con ellos el regimiento de la ciudad, los unos para testigos y los otros para verdugos, que así los puedo y debo llamar. Está la desposada en un rico apartamiento esperando lo que no sé cómo pueda decirlo sin que la vergüenza no me turbe la lengua; está esperando, digo, a que entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus parientes más cercanos, de uno en uno, a coger las flores de su jardín y a manosear los ramilletes que ella quisiera guardar intactos para su marido: costumbre bárbara y maldita, que va contra todas las leyes de la honestidad y del buen decoro, porque ¿qué dote puede llevar más rico una doncella que serlo, ni qué limpieza puede ni debe agradar más al esposo que la que la mujer lleva a su poder en su entereza? La honestidad siempre anda acompañada con la vergüenza y la vergüenza con la honestidad; y si la una o la otra comienzan a desmoronarse y a perderse, todo el edificio de la hermosura dará en tierra y será tenido en precio bajo y asqueroso. Muchas veces había yo intentado de persuadir a mi pueblo dejase esta prodigiosa costumbre; pero apenas lo intentaba, cuando se me daba en la boca con mil amenazas de muerte, donde vine a verificar aquel antiguo adagio que vulgarmente se dice: que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte. Finalmente, mi hija se encerró en el

retramiento dicho, y estuvo esperando su perdición; y cuando quería ya entrar un hermano de su esposo a dar principio al torpe trato, veis aquí donde veo salir, con una lanza terciada en las manos, a la gran sala donde toda la gente estaba, a Transila, hermosa como el sol, brava como una leona y airada como una tigre.

Aquí llegaba de su historia el anciano Mauricio, escuchándole todos con la atención posible, cuando, revistiéndosele a Transilla el mismo espíritu que tuvo al tiempo que se vió en el mismo acto y ocasión que su padre contaba, levantándose en pie, con lengua a quien suele turbar la cólera, con el rostro hecho brasa y los ojos fuego, en efecto, con ademán que la pudiera hacer menos hermosa, si es que los accidentes tienen fuerzas de menoscabar las grandes hermosuras, quitándole a su padre las palabras de la boca, dijo las del siguiente capítulo.



CAPITULO XIII

Donde Transila prosigue la historia a quien su padre dió principio.

—Salí—dijo Transila—, como mi padre ha dicho, a la gran sala, y, mirando a todas partes, en alta y colérica voz dije: “Haceos adelante vosotros, aquellos cuyas deshonestas y bárbaras costumbres van contra las que guarda cualquier bien ordenada república. Vosotros, digo, más lascivos que religiosos, que con apariencia y sombra de ceremonias vanas queréis cultivar los ajenos campos sin licencia de sus legítimos dueños. Veisme aquí, gente mal perdida y peor aconsejada; venid, venid, que la razón, puesta en la punta de esta lanza, defenderá mi partido y quitará las fuerzas a vuestros malos pensamientos, tan enemigos de la honestidad y de la limpieza.” Y en diciendo esto, salté en mitad de la turba y, rompiendo por ella, salí a la calle, acompañada de mi mismo enojo, y llegué a la marina, donde, cifrando mil discursos, que en aquel tiempo hice en uno, me arrojé en un pequeño barco que, sin duda, me deparó el cielo. Asiendo de dos pequeños remos, me alargué de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se daban priesa a seguirme en otros muchos

barcos, más bien parados y de mayores fuerzas impelidos, y que no era posible escaparme, solté los remos y volví a tomar mi lanza, con intención de esperarlos y dejar llevarme a su poder, si no perdiendo la vida, vengando primero en quien pudiese mi agravio. Vuelvo a decir otra vez que el cielo, conmovido de mi desgracia, avivó el viento y llevó el barco, sin empelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegó a una corriente o raudal que le arrebató como en peso y le llevó más adentro, quitando la esperanza a los que tras mí venían de alcanzarme, que no se aventuraron a entrarse en la desenfrenada corriente que por aquella parte el mar llevaba.

—Así es verdad—dijo a esta sazón su esposo Ladislao—, porque, como me llevabas el alma, no pude dejar de seguirte. Sobrevino la noche, y perdimos de vista, y aun perdimos la esperanza de hallarte viva, si no fuese en las lenguas de la fama, que desde aquel punto tomó a su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos.

—Es, pues, el caso—prosiguió Transila—que aquella noche, un viento que de la mar soplabá, me trujo a la tierra, y en la marina hallé unos pescadores que benignamente me recogieron y albergaron, y aun me ofrecieron marido, si no le tenía, y creo sin aquellas condiciones de quien yo iba huyendo. Pero la codicia humana, que reina y tiene su señorío aun entre las peñas y riscos del mar y en los corazones duros y campestres, se entró aquella noche en los pechos de aquellos

rústicos pescadores, y acordaron entre sí que, pues de todos era la presa que en mí tenían, y que no podía ser dividida en partes para poder repartirme, que me vendiesen a unos cosarios que aquella tarde habían descubierto no lejos de sus pesquerías. Bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pudieran pedir a los cosarios; pero no quise tomar ocasión de recibir bien alguno de ninguno de mi bárbara patria, y así, al amanecer, habiendo llegado allí los piratas, me vendieron no sé por cuánto, habiéndome primero despojado de las joyas que llevaba de desposada. Lo que sé decir es que me trataron los cosarios con mejor término que mis ciudadanos, y me dijeron que no fuese malencólica, porque no me llevaban para ser esclava, sino para esperar ser reina y aun señora de todo el universo, si ya no mentían ciertas profecías de los bárbaros de aquella isla, de quien tanto se hablaba por el mundo. De cómo llegué, del recibimiento que los bárbaros me hicieron, de cómo aprendí su lengua en este tiempo que ha que falté de vuestra presencia, de sus ritos y ceremonias y costumbres, del vano asunto de sus profecías y del hallazgo de estos señores con quien vengo, y del incendio de la isla, que ya queda abrasada, y de nuestra libertad, diré otra vez que por agora basta lo dicho, y quiero dar lugar a que mi padre me diga qué ventura le ha traído a dármele tan buena cuando menos la esperaba.

Aquí dió fin Transila a su plática, teniendo a

todos colgados de la suavidad de su lengua y admirados del extremo de su hermosura, que, después de la de Auristela, ninguna se le igualaba. Mauricio, su padre, entonces dijo:

—Ya sabes, hermosa Transila, querida hija, cómo mis estudios y ejercicios, entre otros muchos gustosos y loables, me llevaron tras sí los de la astrología judiciaria, como aquellos que, cuando aciertan, cumplen el natural deseo que todos los hombres tienen, no sólo de saber todo lo pasado y presente, sino lo por venir. Viéndote, pues, perdida, noté al punto, observé los astros, miré el aspecto de los planetas, señalé los sitios y casas necesarias para que respondiese mi trabajo a mi deseo, porque ninguna ciencia, en cuanto a ciencia, engaña: el engaño está en quien no la sabe, principalmente la de la astrología, por la velocidad de los cielos, que se lleva tras sí todas las estrellas, las cuales no influyen en este lugar lo que en aquél, ni en aquél lo que en éste; y así, el astrólogo judiciario, si acierta alguna vez en sus juicios, es por arrimarse a lo más probable y a lo más experimentado, y el mejor astrólogo del mundo, puesto que muchas veces se engaña, es el demonio, porque no solamente juzga de lo por venir por la ciencia que sabe, sino también por las premisas y conjeturas, y como ha tanto tiempo que tiene experiencia de los casos pasados y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja a juzgar de los por venir, lo que no tenemos los aprendices de esta ciencia, pues

hemos de juzgar siempre a tienta y con poca seguridad. Con todo eso alcancé que tu perdición había de durar dos años, y que te había de cobrar este día, y en esta parte, para remozar mis canas y para dar gracias a los cielos del hallazgo de mi tesoro, alegrando mi espíritu con tu presencia, puesto que sé que ha de ser a costa de algunos sobresaltos: que por la mayor parte las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de desdichas, las cuales tienen jurisdicción y un modo de licencia de entrarse por los buenos sucesos, para darnos a entender que ni el bien es eterno ni el mal durable.

—Los cie'os serán servidos—dijo a esta sazón Auristela, que había gran tiempo que callaba—de darnos próspero viaje, pues nos le promete tan buen hallazgo.

La mujer prisionera, que había estado escuchando con gran atención el razonamiento de Transila, se puso en pie, a pesar de sus cadenas y al de la fuerza que le hacía para que no se levantase el que con ella venía preso, y, con voz levantada, dijo:



CAPITULO XIV

Donde se declara quién eran los que tan aherrojados venían.

—Si es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos, concédaseme a mí por esta vez, donde la brevedad de mis razones templará el fastidio que tuviéredes de escuchallas. Haste quejado—dijo, volviéndose a Transila—, señora doncella, de la bárbara costumbre de los de tu ciudad, como si lo fuera aliviar el trabajo a los menesterosos y quitar la carga a los flacos; si que no es error, por bueno que sea un caballo, pasearle la carrera primero que se ponga en él, ni va contra la honestidad el uso y costumbre si en él no se pierde la honra, y se tiene por acertado lo que no le parecè; si que mejor gobernará el timón de una nave el que hubiere sido marinero que no el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto: la experiencia en todas las cosas es la mejor maestra de las artes, y así, mejor te fuera entrar experimentada en la compañía de tu esposo que rústica e inculta.

Apenas oyó esta razón última el hombre que consigo venía atado, cuando dijo, poniéndole el puño cerrado junto al rostro, amenazándola:

—¡Oh Rosamunda, o, por mejor decir, Rosa in-munda!, porque munda, ni lo fuiste, ni lo eres, ni lo serás en tu vida, si vivieses más años que los mismos tiempos, y así, no me maravillo de que te parezca mal la honestidad ni el buen recato, a que están obligadas las honradas doncellas. Sabed, señores—mirando a todos los circunstantes, prosiguió—, que esta mujer que aquí veis, atada como loca, y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido concubina y amiga del rey de Inglaterra, de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias y longísimas memorias entre todas las gentes del mundo. Esta mandó al rey, y, por añadidura, a todo el reino; puso leyes, quitó leyes; levantó caídos viciosos y derribó levantados virtuosos; cumplió sus gustos, tan torpe como públicamente, en menoscabo de la autoridad del rey, y en muestra de sus torpes apetitos, que fueron tantas las muestras y tan torpes y tantos sus atrevimientos, que, rompiendo los lazos de diamantes y las redes de bronce con que tenía ligado el corazón del rey, le movieron a apartarla de sí y a menospreciarla en el mismo grado que la había tenido en precio. Cuando ésta estaba en la cumbre de su rueda y tenía asida por la guedeja a la fortuna, vivía yo despechado y con deseos de mostrar al mundo cuán mal estaban empleados los de mi rey y señor natural; tengo un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre; deléitanme las maliciosas agudezas, y, por decir una, perderé.

yo, no sólo un amigo, pero cien mil vidas; no me ataban la lengua prisiones, ni enmudecían destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos; finalmente, a entrambos a dos llegó el día de nuestra última paga: a ésta mandó el rey que nadie, en toda la ciudad ni en todos sus reinos y señoríos, le diese, ni dado ni por dineros, otro algún sustento que pan y agua, y que a mí, junto con ella, nos trajesen a una de las muchas islas que por aquí hay que fuese des poblada, y aquí nos dejasen: pena que para mí ha sido más mala que quitarme la vida, porque, la que con ella paso, es peor que la muerte.

—Mira, Clodio—dijo a esta sazón Rosamunda—, cuán mal me hallo yo en tu compañía, que mil veces me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar, y si lo he dejado de hacer es por no llevarte conmigo: que si en el infierno pudiera estar sin ti, se me aliviaran las penas. Yo confieso que mis torpezas han sido muchas, pero han caído sobre sujeto flaco y poco discreto; mas las tuyas han cargado sobre varoniles hombros y sobre discreción experimentada, sin sacar de ellas otra ganancia que una delectación más ligera que la menuda paja que en volubles remolinos revuelve el viento; tú has lastimado mil ajenas honras, has aniquilado ilustres créditos, has descubierto secretos escondidos y contaminado linajes claros; haste atrevido a tu rey, a tus ciudadanos, a tus amigos y a tus mismos parientes, y, en son de decir gracias, te has desgraciado

con todo el mundo. Bien quisiera yo que quisiera el rey que, en pena de mis delitos, acabara con otro género de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas que a cada paso me da tu lengua, de la cual tal vez no están seguros los cielos ni los santos.

—Con todo eso—dijo Clodio—, jamás me ha acusado la conciencia de haber dicho alguna mentira.

—A tener tú conciencia—dijo Rosamunda—de las verdades que has dicho, tenías harto de qué acusarte; que no todas las verdades han de salir en público ni a los ojos de todos.

—Sí—dijo a esta sazón Mauricio—, sí que tiene razón Rosamunda: que las verdades de las culpas cometidas en secreto nadie ha de ser osado de sacarlas en público, especialmente las de los reyes y príncipes que nos gobiernan; sí que no toca a un hombre particular reprehender a su rey y señor ni sembrar en los oídos de sus vasallos las faltas de su príncipe, porque esto no será causa de enmendarle, sino de que los suyos no le estimen; y si la corrección ha de ser fraterna entre todos, ¿por qué no ha de gozar deste privilegio el príncipe? ¿Por qué le han de decir públicamente y en el rostro sus defectos? Que tal vez la reprehensión pública y mal considerada suele endurecer la condición del que la recibe y volverle antes pertinaz que blando; y como es forzoso que la reprehensión caiga sobre culpas verdaderas o imaginadas, nadie quiere que le reprehenda

dan en público, y así, dignamente, los satíricos, los maldicientes, los malintencionados, son desterrados y echados de sus casas, sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre bellacos y bellacos sobre agudos, y es como lo que suele decirse: la traición contenta, pero el traidor enfada. Y hay más: que las honras que se quitan por escrito, como vuelan y pasan de gente en gente, no se pueden reducir a restitución, sin la cual no se perdonan los pecados.

—Todo lo sé—respondió Clodio—; pero si quieren que no hable o escriba, córtlenme la lengua y las manos, y aun entonces pondré la boca en las entrañas de la tierra, y daré voces como pudiere, y tendré esperanza que de allí salgan las cañas del rey Midas.

—Ahora bien—dijo a esta sazón Ladislao—; háganse estas paces; casemos a Rosamunda con Clodio; quizá con la bendición del sacramento del matrimonio y con la discreción de entrambos, mudando de estado, mudarán de vida.

—Aun bien—dijo Rosamunda—, que tengo aquí un cuchillo con que podré hacer una o dos puer-tas en mi pecho por donde salga el alma, que ya tengo casi puesta en los dientes en sólo haber oído este tan desastrado y desatinado casamiento.

—Yo no me mataré—dijo Clodio—; porque, aunque soy murmurador y maldiciente, el gusto que recibo de decir mal, cuando lo digo bien, es tal, que quiero vivir porque quiero decir mal; ver-

dad es que pienso guardar la cara a los príncipes, porque ellos tienen largos brazos y alcanzan adonde quieren y a quien quieren, y ya la experiencia me ha mostrado que no es bien ofender a los poderosos, y la caridad cristiana enseña que por el príncipe bueno se ha de rogar al cielo por su vida y por su salud, y por el malo, que le mejore y enmiende.

—Quien todo eso sabe—dijo el bárbaro Antonio—, cerca está de enmendarse; no hay pecado tan grande ni vicio tan apoderado, que, con el arrepentimiento, no se borre o quite del todo. La lengua maldiciente es como espada de dos filos, que corta hasta los huesos, o como rayo del cielo, que, sin romper la vaina, rompe y desmenuza el acero que cubre; y aunque las conversaciones y entretenimientos se hacen sabrosos con la sal de la murmuración, todavía suelen tener los dejos las más veces amargos y desabridos. Es tan ligera la lengua como el pensamiento, y si son malas las preñeces de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua; y como sean las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden revocar ni volver a la parte donde salieron hasta que han hecho su efeto, pocas veces el arrepentirse de haberlas dicho menoscaba la culpa del que las dijo, aunque ya tengo dicho que un buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.

CAPITULO XV

En esto estaban, cuando entró un marinero en el hospedaje, diciendo a voces:

—Un bajel grande viene con las velas tendidas encaminado a este puerto, y hasta agora no he descubierto señal que me dé a entender de qué parte sea.

Apenas dijo esto, cuando llegó a sus oídos el son horrible de muchas piezas de artillería que el bajel disparó al entrar del puerto, todas limpias y sin bala alguna, señal de paz y no de guerra; de la misma manera le respondió el bajel de Mauricio y toda la arcabucería de los soldados que en él venían. Al momento, todos los que estaban en el hospedaje salieron a la marina, y en viendo Periandro el bajel recién llegado, conoció ser el de Arnaldo, príncipe de Dinamarca, de que no recibió contento alguno: antes se le revolvieron las entrañas, y el corazón le comenzó a dar saltos en el pecho. Los mismos accidentes y sobresaltos recibió en el suyo Auristela, como aquella que por larga experiencia sabía la voluntad que Arnaldo le tenía, y no podía acomodar su corazón a pensar cómo podría ser que las voluntades de Arnaldo y Periandro se aviniesen bien, sin que la rigurosa y desesperada flecha de

los celos no les atravesase las almas. Ya estaba Arnaldo en el esquiife de la nave, y ya llegaba a la orilla, cuando se adelantó Periandro a recibirle; pero Auristela no se movió del lugar donde primero puso el pie, y aun quisiera que allí se le hincaran en el suelo y se volvieran en torcidas raíces, como se volvieron los de la hija de Peneo cuando el ligero corredor Apolo la seguía. Arnaldo, que vió a Periandro, le conoció, y, sin esperar que los suyos le sacasen en hombros a tierra, de un salto que dió desde la popa del esquiife, se puso en ella, y en los brazos de Periandro, que con ellos abiertos le recibió, y Arnaldo le dijo:

—Si yo fuere tan venturoso, amigo Periandro, que contigo hallare a tu hermana Auristela, ni tendría mal que temer ni otro bien mayor que esperar.

—Conmigo está, valeroso señor—respondió Periandro—: que los cielos, atentos a favorecer tus virtuosos y honestos pensamientos, te la han guardado con la entereza que también ella por sus buenos deseos merece.

Ya en esto se había comunicado por la nueva gente y por la que en la tierra estaba quién era el príncipe que en la nave venía, y todavía estaba Auristela como estatua, sin voz, inmóvil, y junto a ella la hermosa Transila, y las dos, al parecer, bárbaras Riela y Constanza. Llegó Arnaldo, y, puesto de hinojos ante Auristela, le dijo:

—¡Seas bien hallada, norte por donde se guían mis honestos pensamientos y estrella fija que me

lleva al puerto donde han de tener reposo mis buenos deseos!

A todo esto no respondió palabra Auristela; antes le vinieron las lágrimas a los ojos, que comenzaron a bañar sus rosadas mejillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse si de pesar o de alegría podía proceder semejante acontecimiento; mas Periandro, que todo lo notaba, y en cualquier movimiento de Auristela tenía puestos los ojos, sacó a Arnaldo de duda, diciéndole:

—Señor: el silencio y las lágrimas de mi hermana nacen de admiración y de gusto: la admiración, del verte en parte tan no esperada, y las lágrimas, del gusto de haberte visto; ella es agradecida, como lo deben ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones en que la has puesto de servirte, con las mercedes y limpio tratamiento que siempre le has hecho.

Fuéronse con esto al hospedaje; volvieron a colmarse las mesas de manjares; llenáronse de regocijo los pechos, porque se llenaron las tazas de generosos vinos; que cuando se trasiegan por la mar de un cabo a otro, se mejoran de manera que no hay néctar que se los iguale. Esta segunda comida se hizo por respeto del príncipe Arnaldo. Contó Periandro al príncipe lo que le sucedió en la isla bárbara, con la libertad de Auristela, con todos los sucesos y puntos que hasta aquí se han contado, con que se suspendió Arnaldo, y de nuevo se alegraron y admiraron todos los presentes

CAPITULO XVI

En esto, el patrón del hospedaje dijo:

—No sé si diga que me pesa de la bonanza que prometen en el mar las señales del cielo: el Sol se pone claro y limpio, cerca ni lejos no se descubre celaje alguno, las olas hieren la tierra blanda y suavemente, y las aves salen al mar a espaciarse; que todos éstos son indicios de serenidad firme y duradera, cosa que ha de obligar a que me dejen solo tan honrados huéspedes como la fortuna a mi hospedaje ha traído.

—Así será—dijo Mauricio—, que, puesto que vuestra noble compañía se ha de tener por agradable y cara, el deseo de volver a nuestras patrias no consiente que mucho tiempo la gocemos. De mí sé decir que esta noche, a la primera guarda, me pienso hacer a la vela, si con mi parecer viene el de mi piloto y el de estos señores soldados que en el navío vienen.

A lo que añadió Arnaldo:

—Siempre la pérdida del tiempo no se puede cobrar, y la que se pierde en la navegación es irremediable.

En efeto: entre todos los que en el puerto estaban quedó de acuerdo que en aquella noche fuesen de partida la vuelta de Inglaterra, a quien;

todos iban encaminados. Levantóse Arnaldo de la mesa, y asiendo de la mano a Periandro, le sacó fuera del hospedaje, donde a solas y sin ser oído de nadie le dijo:

—No es posible, Periandro amigo, sino que tu hermana Auristela te habrá dicho la voluntad que en dos años que estuvo en poder del rey mi padre, le mostré, tan ajustada con sus honestos deseos, que jamás me salieron palabras a la boca que pudiesen turbar sus castos intentos; nunca quise saber más de su hacienda de aquello que ella quiso decirme, pintándola en mi imaginación no como persona ordinaria y de bajo estado, sino como a reina de todo el mundo, porque su honestidad, su gravedad, su discreción, tan en extremo extremada, no me daba lugar a que otra cosa pensase. Mil veces me le ofrecí por su esposo, y esto con voluntad de mi padre, y aun me parecía que era corto mi ofrecimiento. Respondióme siempre que, hasta verse en la ciudad de Roma, adonde iba a cumplir un voto, no podía disponer de su persona; jamás me quiso decir su calidad ni la de sus padres, ni yo, como ya he dicho, le importuné me la dijese, pues ella sola, por sí misma, sin que traiga dependencia de otra alguna nobleza, merece, no solamente la corona de Dinamarca, sino de toda la monarquía de la tierra. Todo esto te he dicho, Periandro, para que, como varón de discurso y entendimiento, consideres que no es muy baja la ventura que está llamando a las puertas de tu comodidad y la de tu hermana, a quien desde aquí me ofrezco

por su esposo, y prometo de cumplir este ofrecimiento cuando ella quisiere y adonde quisiere; aquí debajo destes pobres techos, o en los dorados de la famosa Roma; y asimismo te ofrezco de contenerme en los límites de la honestidad y buen decoro, si bien viese consumirme en los ahincos y deseos que trae consigo la concupiscencia desenfrenada y la esperanza propicia, que suele fatigar más que la apartada.

Aquí dió fin su plática Arnaldo, y estuvo atentísimo a lo que Periandro había de responderle, que fué:

—Bien conozco, valeroso príncipe Arnaldo, la obligación en que yo y mi hermana te estamos por las mercedes que hasta aquí nos has hecho y por la que agora de nuevo nos haces: a mí, por ofrecerte por mi hermano, y a ella, por esposo; pero, aunque parezca locura que dos miserables peregrinos, desterrados de su patria, no admitan luego luego el bien que se les ofrece, te sé decir no ser posible el recibirle, como es posible el agradecerle. Mi hermana y yo vamos, llevados del destino y de la elección, a la santa ciudad de Roma, y hasta vernos en ella, parece que no tenemos ser alguno ni libertad para usar de nuestro albedrío. Si el cielo nos llevare a pisar la santísima tierra y adorar sus reliquias santas, quedaremos en disposición de disponer de nuestras hasta agora impedidas voluntades, y entonces será la mía toda empleada en servirte. Séte decir también que, si llegares al cumplimiento de tu buen deseo, llegarás a tener una

esposa de ilustrísimo linaje nacida y un hermano que lo sea mejor que cuñado, y entre las muchas mercedes que entrambos a dos hemos recibido, te suplico me hagas a mí una, y es que no me preguntes más de nuestra hacienda y de nuestra vida, porque no me obligues a que sea mentiroso, inventando quimeras que decirte mentirosas y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia.

—Dispón de mí—respondió Arnaldo—, hermano mío, a toda tu voluntad y gusto, haciendo cuenta que yo soy cera y tú el sello que has de imprimir en mí lo que quisieres; y, si te parece, sea nuestra partida esta noche a Inglaterra, que de allí fácilmente pasaremos a Francia y a Roma, en cuyo viaje, y del modo que quisiéredes, pienso acompañaros, si dello gustáredes.

Aunque le pesó a Periandro deste último ofrecimiento, le admitió, esperando en el tiempo y en la dilación, que tal vez mejora los sucesos; y abrazándose los dos cuñados en esperanza, se volvieron al hospedaje a dar traza en su partida. Había visto Auristela cómo Arnaldo y Periandro habían salido juntos, y estaba temerosa del fin que podía tener el de su plática; y puesto que conocía la modestia en el príncipe Arnaldo y la mucha discreción de Periandro, mil géneros de temores la sobresalteaban, pareciéndole que, como el amor de Arnaldo igualaba a su poder, podía remitir a la fuerza sus ruegos: que tal vez en los pechos de los desdeñados amantes se convierte la

paciencia en rabia y la cortesía en descomedimiento; pero cuando los vió venir tan sosegados y pacíficos, cobró casi los perdidos espíritus. Clodio el maldiciente, que ya había sabido quién era Arnaldo, se le echó a los pies, y le suplicó le mandase quitar la cadena y apartar de la compañía de Rosamunda. Mauricio le contó luego la condición, la culpa y la pena de Clodio y la de Rosamunda. Movido a compasión dellos, hizo, por un capitán que los traía a su cargo, que los desherrasen y se los entregasen, que él tomaba a su cargo alcanzarles perdón de su rey, por ser su grande amigo; viendo lo cual, el maldiciente Clodio dijo:

—Si todos los señores se ocupasen en hacer buenas obras, no habría quien se ocupase en decir mal dellos; pero, ¿por qué ha de esperar el que obra mal que digan bien dél? Y si las obras virtuosas y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, ¿por qué no lo serán las malas? ¿Por qué ha de esperar el que siembra cizaña y maldad dé buen fruto su cosecha? Llévame contigo, ¡oh príncipe!, y verás cómo pongo sobre el cerco de la luna tus alabanzas.

—No, no—respondió Arnaldo—; no quiero que me alabes por las obras que en mí son naturales; y más, que la alabanza tanto es buena, cuanto es bueno el que la dice, y tanto es mala, cuanto es vicioso y malo el que alaba; que si la alabanza es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabanza; y si vicioso, vituperio.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

CAPITULO XVI

Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa.

Con gran deseo estaba Auristela de saber lo que Arnaldo y Periandro pasaron en la plática que tuvieron fuera del hospedaje, y aguardaba comodidad para preguntárselo a Periandro, y para saber de Arnaldo qué se había hecho su doncella Taurisa; y, como si Arnaldo le adivinara los pensamientos, le dijo:

—Las desgracias que has pasado, hermosa Auristela, te habrán llevado de la memoria las que tenías en obligación de acordarte dellas, entre las cuales querría que hubiesen borrado de ella a mí mismo, que, con sola la imaginación de pensar que algún tiempo he estado en ella, viviría contento, pues no puede haber olvido de aquello de quien no se ha tenido acuerdo: el olvido presente cae sobre la memoria del acuerdo pasado; pero, comoquiera que sea, acuérdesete de mí o no te acuerdes, de todo lo que hicieres estoy contento: que los cielos, que me han destinado para ser tuyo, no me dejan hacer otra cosa; mi albedrío lo es para obedecerte. Tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas que después que te robaron de mi reino te han sucedido: unas me

han admirado, otras suspendido, y éstas y aquellas espantado. Veo asimismo que tienen fuerza las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones que parecen forzosas: ni me has preguntado por mi padre, ni por Taurisa, tu doncella; a él dejé yo bueno, y con deseo de que te buscase y te hallase; a ella la traje conmigo, con intención de venderla a los bárbaros, para que sirviese de espía y viese si la fortuna te había llevado a su poder. De cómo vino al mío tu hermano Periandro, ya él te lo habrá contado, y el concierto que entre los dos hicimos; y aunque muchas veces he probado volver a la isla bárbara, los vientos contrarios no me han dejado, y ahora volvía con la misma intención y con el mismo deseo, el cual me ha cumplido el cielo con bienes de tantas ventajas como son de tenerte en mi presencia, alivio universal de mis cuidados. Taurisa, tu doncella, habrá dos días que la entregué a dos caballeros amigos míos que encontré en medio dese mar, que en un poderoso navío iban a Irlanda, a causa que Taurisa iba muy mala y con poca seguridad de la vida; y como este navío en que yo ando más se puede llamar de cosario que de hijo de rey, viendo que en él no había regalos ni medicinas, que piden los enfermos, se la entregué para que la llevasen a Irlanda y la entregasen a su príncipe, que la regalase, curase y guardase hasta que yo mismo fuese por ello. Hoy he dejado apuntado con tu hermano Periandro que nos partamos mañana, o ya para

Inglaterra, o ya para España o Francia; que, cualquiera que arribemos, tendremos segura comodidad para poner en efeto los honestos pensamientos que tu hermano me ha dicho que tienes; y yo en este entretanto llevaré sobre los hombros de mi paciencia mis esperanzas, sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento. Con todo esto, te ruego, señora, y te suplico que mires si con nuestro parecer viene y ajusta el tuyo, que, si algún tanto disuena, no le pondremos en ejecución.

—Yo no tengo otra voluntad—respondió Auristela—sino la de mi hermano Periandro, ni él, pues es discreto, querrá salir un punto de la tuya.

—Pues si así es—replicó Arnaldo—, no quiero mandar, sino obedecer, porque no digan que, por la calidad de mi persona, me quiero alzar con el mando a mayores.

Esto fué lo que pasó a Arnaldo con Auristela, la cual se lo contó todo a Periandro, y aquella noche, Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao y los dos capitanes, y el navío inglés, con todos los que salieron de la isla bárbara, entraron en consejo y ordenaron su partida en la forma siguiente:

CAPITULO XVIII

Donde Mauricio sabe por la astrología un mal suceso que les avino en el mar.

En la nave donde vinieron Mauricio y Ladislao, los capitanes y soldados que trajeron a Rosamunda y a Clodio se embarcaron todos aquellos que salieron de la mazmorra y prisión de la isla bárbara, y en el navío de Arnaldo se acomodaron Rida y Costanza, y los dos Antonios, padre e hijo, Ladislao, Mauricio y Transila, sin consentir Arnaldo que se quedasen en tierra Clodio y Rosamunda; Rutilio se acomodó con Arnaldo. Hicieron agua aquella noche, recogiendo y comprando del huésped todos los bastimentos que pudieron, y habiendo mirado los puntos más convenientes para su partida, dijo Mauricio que, si la buena suerte les escapaba de una mala que les amenazaba muy propincua, tendría buen suceso su viaje; y que el tal peligro, puesto que era de agua, no había de suceder, si sucediese, por borrasca ni tormenta del mar ni de tierra, sino por una traición, mezclada y aun forjada del todo de deshonestos y lascivos deseos. Periandro, que siempre andaba sobresaltado con la compañía de Arnaldo, vino a temer si

aquella traición había de ser fabricada por el príncipe para alzarse con la hermosa Auristela, pues la había de llevar en su navío; pero opúsose a todo este mal pensamiento la generosidad de su ánimo, y no quiso creer lo que temía, por parecerle que, en los pechos de los valerosos príncipes, no deben hallar acogida alguna las traiciones; pero no por esto dejó de pedir y rogar a Mauricio mirase muy bien de qué parte les podía venir el daño que los amenazaba. Mauricio respondió que no lo sabía, puesto que le tenía por cierto, aunque temblaba su rigor con que ninguno de los que en él se hallasen había de perder la vida, sino el sosiego y la quietud, y habían de ver rompidos la mitad de sus desinios, sus más bien encaminadas esperanzas. A lo que Periandro le replicó que detuviesen algunos días la partida; quizá, con la tardanza del tiempo, se mudarían o se templarían los influjos rigurosos de las estrellas.

—No—replicó Mauricio—; mejor es arrojarnos en las manos deste peligro, pues no llega a quitar la vida, que no intentar otro camino que nos lleve a perderla.

—Ea, pues—dijo Periandro—; echada está la suerte; partamos en buen hora, y haga el cielo lo que ordenado tiene, pues nuestra diligencia no lo puede excusar.

Satisfizo Arnaldo al huésped magníficamente, con muchos dones, el buen hospedaje, y unos en unos navíos y otros en otros, cada cual según y como vió que más le convenía, dejó el puerto des-

embarazado y se hizo a la vela. Salió el navío de Arnaldo adornado de ligeras flámulas y banderetas, y de pintados y vistosos gallardetes. Al zarpar los hierros y tirar las áncoras, disparó así la gruesa como la menuda artillería; rompieron los aires los sonos de las chirimías y los de otros instrumentos músicos y alegres; oyéronse las voces de los que decían, reiterándolo a menudo: "¡Buen viaje, buen viaje!" A todo esto, no alzaba la cabeza de sobre el pecho la hermosa Auristeia, que, casi como présaga del mal que le había de venir, iba pensativa; mirábala Periandro y remirábala Arnaldo, teniéndola cada uno hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos y principio de sus alegrías. Acabóse el día; entróse la noche, clara, serena, despejando un aire blando los celajes, que parece que se iban a juntar si los dejaran. Puso los ojos en el cielo Mauricio, y de nuevo tornó a mirar en su imaginación las señales de la figura que había levantado, y de nuevo confirmó el peligro que los amenazaba; pero nunca supo atinar de qué parte les vendría. Con esta confusión y sobresalto se quedó dormido encima de la cubierta de la nave, y de allí a poco despertó despavorido, diciendo a grandes voces:

—¡Traición, traición, traición! ¡Despierta, príncipe Arnaldo, que los tuyos nos matan!

A cuyas voces se levantó Arnaldo, que no dormía, puesto que estaba echado junto a Periandro en la misma cubierta, y dijo:

—¿Qué has, amigo Mauricio? ¿Quién nos ofen-

de ó quién nos mata? Todos los que en este navío vamos, ¿no somos amigos? ¿No son todos los más vasallos y criados míos? ¿El cielo no está claro y sereno, el mar tranquilo y blando, y el bajel, sin tocar en escollo ni en bajío, no navega? ¿Hay alguna rémora que nos detenga? Pues si no hay nada desto, ¿de qué temes, que así con tus sobresantos nos atemorizas?

—No sé—replicó Mauricio—; haz, señor, que bajen los buzanos a la sentina, que, si no es sueño, a mí me parece que nos vamos anegando.

No hubo bien acabado esta razón, cuando cuatro o seis marineros se dejaron calar al fondo del navío, y le requirieron todo, porque eran famosos buzanos, y no allanaron costura alguna por donde entrase agua al navío, y vueltos a la cubierta, dijeron que el navío iba sano y entero, y que el agua de la sentina estaba turbia y hedionda, señal clara de que no entraba agua nueva en la nave.

—Así debe de ser—dijo Mauricio—; sino que yo, como viejo, en quien el temor tiene su asiento de ordinario, hasta los sueños me espantan; y plega a Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaría de parecer viejo temeroso antes que verdadero judiciario.

Arnaldo le dijo:

—Sosegaos, buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan a estas señoras.

—Yo lo haré así, si puedo—respondió Mauricio.

Y tornándose a echar sobre la cubierta, quedó el navío lleno de muy sosegado silencio, en el cual Rutilio, que iba sentado al pie del árbol mayor, convidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo, o de la voz, que la tenía extremada, al son del viento, que dulcemente hería en las velas, en su propia lengua toscana comenzó a cantar esto, que, vuelto en lengua española, así decía:

Huye el rigor de la invencible mano,
advertido, y enciérrese en el arca
de todo el mundo el general monarca
con las reliquias del linaje humano.

El dilatado asilo, el soberano
lugar rompe los fueros de la Parca,
que entonces, fiera y licenciosa, abarca
cuanto alienta y respira el aire vano.

Vense en la excelsa máquina encerrarse
el león y el cordero, y, en segura
paz, la paloma al fiero alcón unida;

sin ser milagro, lo discorde amarse:
que, en el común peligro y desventura,
la natural inclinación se olvida.

El que mejor entendió lo que cantó Rutilio fué el bárbaro Antonio, el cual le dijo asimismo:

—Bien canta Rutilio, y si, por ventura, es suyo
~~el bárbaro Antonio, el cual le dijo asimismo:~~

que ¿cómo lo puede ser bueno un oficial? Pero no digo bien: que yo me acuerdo haber visto en mi patria, España, poetas de todos los oficios.

Esto dijo en voz que la oyó Mauricio, el príncipe y Periandro, que no dormían, y Mauricio dijo:

—Posible cosa es que un oficial sea poeta, porque la poesía no está en las manos, sino en el entendimiento, y tan capaz es el alma del sastre para ser poeta, como la de un maese de campo; porque las almas todas son iguales, y de una misma masa en sus principios criadas y formadas por su Hacedor, y, según la caja y temperamento del cuerpo donde las encierra, así parecen ellas más o menos discretas, y atienden y se aficianan a saber las ciencias, artes o habilidades a que las estrellas más las inclinan; pero más principalmente y propia se dice que el poeta *nascitur*. Así que no hay que admirar de que Rutilio sea poeta, aunque haya sido maestro de danzar.

—Y tan grande—replicó Antonio—, que ha hecho cabriolas en el aire más arriba de las nubes.

—Así es—respondió Rutilio, que todo esto estaba escuchando—: que yo las hice casi junto al cielo, cuando me traje, caballero en el manto, aquella hechicera desde Toscana, mi patria, hasta Noruega, donde la maté, que se había convertido en figura de loba, como ya otras veces he contado.

—Eso de convertirse en lobas y lobos algunas gentes destas setentrionales, es un error grandísimo—dijo Mauricio—, aunque admitido de muchos.

—¿Pues cómo es esto—dijo Arnaldo—, que comúnmente se dice, y se tiene por cierto, que en Inglaterra andan por los campos manadas de l-

bos, que de gentes humanas se han convertido en ellos?

—Eso—respondió Mauricio—no puede ser en Inglaterra, porque, en aquella isla templada y fertilísima, no sólo no se crían lobos, pero ninguno otro animal nocivo, como si dijésemos, serpientes, víboras, sapos, arañas y escorpiones; antes es cosa llana y manifiesta que, si algún animal ponzoñoso traen de otras partes a Inglaterra, en llegando a ella, muere; y si de la tierra desta isla llevan a otra parte a alguna tierra, y cercan con ella a alguna víbora, no osa ni puede salir del cerco que la aprisiona y rodea, hasta quedar muerta. Lo que se ha de entender desto de convertirse en lobos, es que hay una enfermedad, a quien llaman los médicos manía lupina, que es de calidad que, al que la padece, le parece que se ha convertido en lobo, y aúlla como lobo, y se junta con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y por los montes; ladrando ya como perros, o ya aullando como lobos; despedazan los árboles, matan a quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos, y hoy día sé yo que hay en la isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterráneo, gentes deste género, a quien los sicilianos llaman lobos *menar*, los cuales, antes que les dé tan pestífera enfermedad, lo sienten, y dicen a los que están junto a ellos que se aparten y huyan dellos, o que los aten o encierren, porque si no se guardan, los hacen pedazos a bocados, y los desmenuzan,

si pueden, con las uñas, dando terribles y espantosos ladridos. Y es esto tanta verdad, que, entre los que se han de casar, se hace información bastante de que ninguno dellos es tocado desta enfermedad; y si después, andando el tiempo, la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. También es opinión de Plinio, según lo escribe en el lib. 8, cap. 22, que entre los arcades hay un género de gente, la cual, pasando un lago, cuelga los vestidos que lleva de una encina, y se entra desnudo la tierra dentro, y se junta con la gente que allí halla de su linaje, en figura de lobos, y está con ellos nueve años, al cabo de los cuales vuelve a pasar el lago y cobra su perdida figura. Pero todo esto se ha de tener por mentira, y, si algo hay, pasa en la imaginación, y no realmente.

—No sé—dijo Rutilio—; lo que sé es que maté la loba, y hallé muerta a mis pies la hechicera.

—Todo eso puede ser—replicó Mauricio—, porque la fuerza de los hechizos de los maléficos y encantadores, que los hay, nos hace ver una cosa por otra; y quede desde aquí asentado que no hay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza.

—Gusto me ha dado grande—dijo Arnaldo—el saber esta verdad, porque también yo era uno de los crédulos deste error; y lo mismo debe de ser lo que las fábulas cuentan de la conversión en cuervo del rey Artus, de Inglaterra, tan creí-

da de aquella discreta nación, que se abstienen de matar cuervos en toda la isla.

—No sé—respondió Mauricio—de dónde tomó principio esa fábula, tan creída como mal imaginada.

En esto fueron razonando casi toda la noche, y, al despuntar del día, dijo Clodio, que hasta allí había estado oyendo y callando:

—Yo soy un hombre a quien no se le da por averiguar estas cosas un dinero; ¿qué se me da a mí que haya lobos hombres o no, o que los reyes anden en figura de cuervos o de águilas? Aunque, si se hubiesen de convertir en aves, antes querría que fuesen en palomas que en milanos.

—Paso, Clodio, no digas mal de los reyes, que me parece que te quieres dar algún filo a la lengua para cortarles el crédito.

—No—respondió Clodio—; que el castigo me ha puesto una mordaza en la boca, o, por mejor decir, en la lengua, que no consiente que la mueva, y así pienso de aquí adelante reventar callando que alegrarme hablando. Los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas, si a unos alegran, a otros entristecen. Contra el callar no hay castigo ni respuesta. Vivir quiero en paz los días que me quedan de la vida, a la sombra de tu generoso amparo, puesto que por momentos me fatigan ciertos ímpetus maliciosos que me hacen bailar la lengua en la boca y malográrseme entre los dientes más de cuatro verdades, que an-

dan por salir a la plaza del mundo. ¡Sírvasse Dios con todo!

A lo que dijo Auristela:

—De estimar es, ¡oh Clodio!, el sacrificio que haces al cielo de tu silencio.

Rosamunda, que era una de las llegadas a la conversación, volviéndose a Auristela dijo:

—El día que Clodio fuere callado, seré yo buena, porque en mí la torpeza y en él la murmuración son naturales, puesto que más esperanza puedo yo tener de enmendarme que no él, porque la hermosura se envejece con los años, y faltando la belleza, menguan los torpes deseos; pero sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdicción el tiempo; y así, los ancianos murmuradores hablan más cuanto más viejos, porque han visto más, y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado y recogido a la lengua.

—Todo es malo—dijo Transila—. Cada cual por su camino va a parar a su perdición.

—El que nosotros ahora hacemos—dijo Ladislao—, próspero y felice ha de ser, según el viento se muestra favorable y el mar tranquilo.

—Así se mostraba esta pasada noche—dijo la bárbara Constanza; pero el sueño del señor Mauricio nos puso en confusión y alboroto tanto, que ya yo pensé que nos había sorbido el mar a todos.

—En verdad, señora—respondió Mauricio—, que si yo no estuviera enseñado en la verdad católica, y me acordara de lo que dice Dios en el

Levítico: "No seais agoreros, ni deis crédito a los sueños, porque no a todos es dado el entenderlos", que me atreviera a juzgar del sueño que me puso en tan gran sobresalto, el cual, según a mi parecer, no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños, que cuando no son revelaciones divinas o ilusiones del demonio, proceden, o de los muchos manjares que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido común, o ya de aquello que el hombre trata más de día. Ni el sueño que a mí me turbó cae debajo de la observación de la astrología, porque, sin guardar puntos ni observar astros, señalar rumbos ni mirar imágenes, me pareció ver visiblemente que en un gran palacio de madera, donde estábamos todos los que aquí vamos, llovían rayos del cielo que le abrían todo, y por las bocas que hacían descargaban las nubes no sólo un mar, sino mil mares, de agua; de tal manera, que, creyendo que me iba anegando, comencé a dar voces y hacer los mismos ademanes que suele hacer el que se anega; y aun no estoy tan libre de este temor que no me queden algunas reliquias en el alma. Y como sé que no hay más cierta astrología que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, ¿qué mucho que, yendo navegando en un navío de madera, tema rayos del cielo, nubes del aire y aguas de la mar? Pero lo que más me confunde y suspende es que si algún daño nos amenaza, no ha de ser de ningún elemento que destinada y precisamente se disponga a ello, sino de una traí-

ción, forjada, como ya otra vez he dicho, en algunos lascivos pechos.

—No me puedo persuadir—dijo a esta sazón Arnaldo—que entre los que van por el mar navegando puedan entremeterse las blanduras de Venus ni los apetitos de su torpe hijo; al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte, guardándose para mejor vida.

Esto dijo Arnaldo, por dar a entender a Auristela y a Periandro, y a todos aquellos que sus deseos conocían, cuán ajustados iban sus movimientos con los de la razón; y prosiguió diciendo:

—El príncipe, justa razón es que viva seguro entre sus vasallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del príncipe.

—Así es—respondió Mauricio—, y aun es bien que así sea; pero dejemos pasar este día, que si él da lugar a que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pediré y las daré albricias del buen suceso.

Iba el Sol a esta sazón a ponerse en los brazos de Tetis, y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta allí había tenido; soplabá favorable el viento; por parte ninguna se descubrían celajes que turbasen los marineros; el cielo, la mar, el viento, todos juntos y cada uno de por sí, prometían felicísimo viaje, cuando el prudente Mauricio dijo en voz turbada y alta:

—¡Sin duda nos anegamos! ¡Anegámonos, sin duda!

CAPITULO XIX

Donde se da cuenta de lo que dos soldados hicieron, y la división de Periandro y Auristela.

A cuyas voces respondió Arnaldo:

—¿Cómo es esto, ¡oh gran Mauricio! ¿Qué aguas nos sorben, o qué mares nos tragan? ¿Qué olas nos embisten?

La respuesta que le dieron a Arnaldo fué ver salir debajo de la cubierta a un marinero despa- vorido, echando agua por la boca y por los ojos, diciendo con palabras turbadas y mal compuestas:

—Todo este navío se ha abierto por muchas partes; el mar se ha entrado en él tan a rienda suelta, que presto le veréis sobre esta cubierta. Cada uno atienda a su salud y a la conservación de la vida. Acógete, ¡oh príncipe Arnaldo!, al esqui- fe o a la barca, y lleva contigo las prendas que más estimas, antes que tomen entera posesión dellas estas amargas aguas.

Estancó en esto el navío, sin poderse mover, por el peso de las aguas, de quien ya estaba lleno; amainó el piloto todas las velas de golpe, y todos, sobresaltados y temerosos, acudieron a buscar su remedio: el príncipe y Periandro fueron al esqui-

fe, y, arrojándole al mar, pusieron en él a Auristela, Transila, Ricla y a la bárbara Constanza, entre las cuales, viendo que no se acordaban della, se arrojó Rosamunda, y tras ella mandó Arnaldo entrarse Mauricio. En este tiempo andaban dos soldados descolgando la barca que al costado del navío venía asida, y el uno dellos, viendo que el otro quería ser el primero que entrase dentro, sacando un puñal de la cinta, se le envainó en el pecho, diciendo a voces:

—Pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva a ti de castigo y a mí de escarmiento; a lo menos, el poco tiempo que me queda de vida.

Y diciendo esto, sin querer aprovecharse del acogimiento que la barca les ofrecía, desesperadamente se arrojó al mar, diciendo a voces y con mal articuladas palabras:

—Oye, ¡oh Arnaldo!, la verdad que te dice este traidor, que en tal punto es bien que la diga: yo y aquel a quien me viste pasar el pecho, por muchas partes abrimos y taladramos este navío, con intención de gozar de Auristela y de Transila, recogiénolas en el esquife; pero habiendo visto yo haber salido mi disinio contrario de mi pensamiento, a mi compañero quité la vida y a mí me doy la muerte.

Y con esta última palabra se dejó ir al fondo de las aguas, que le estorbaron la respiración del aire y le sepultaron en perpetuo silencio; y aunque todos andaban confusos y ocupados, buscan-

do, como se ha dicho, en el común peligro algún remedio, no dejó de oír las razones Arnaldo del desesperado, y él y Periandro acudieron a la barca, y habiendo, antes que entrasen en ella, ordenado que entrase en el esquife Antonio el mozo, sin acordarse de recoger algún bastimento, él, Ladislao, Antonio el padre, Periandro y Clodio, se entraron en la barca, y fueron a abordar con el esquife, que algún tanto se había apartado del navío, sobre el cual ya pasaban las aguas, y no se parecía dél sino el árbol mayor, como en señal que allí estaba sepultado. Llegóse en esto la noche, sin que la barca pudiese alcanzar al esquife, desde el cual daba voces Auristela llamando a su hermano Periandro, que la respondía, reiterando muchas veces su para él dulcísimo nombre. Transila y Ladislao hacían lo mismo, y encontrábanse en los aires las voces de “¡Dulcísimo esposo mío!” y “¡Amada esposa mía!”, donde se rompían sus desinios y se deshacían sus esperanzas con la imposibilidad de no poder juntarse, a causa que la noche se cubría de escuridad y los vientos comenzaron a soplar de partes diferentes.

En resolución: la barca se apartó del esquife, y como más ligera y menos cargada, voló por donde el mar y el viento quisieron llevarla; el esquife, más con la pesadumbre que con la carga de los que en él iban, se quedó como si aposta quisieran que no navegara. Pero cuando la noche cerró con más escuridad que al principio, comenzaron a sentir de nuevo la desgracia sucedida; viéronse en

mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del cielo y faltos de la comodidad que les podía ofrecer la tierra; el esquife, sin remos y sin bastimentos, y la hambre, sólo detenida de la pesadumbre que sintieron. Mauricio, que había quedado por patrón y por marinero del esquife, ni tenía con qué ni sabía cómo guialle; antes, según los llantos, gemidos y suspiros de los que en él iban, podía temer que ellos mismos le anegarian; miraba las estrellas, y, aunque no parecían de todo en todo, algunas, que por entre la escuridad se mostraban, le daban indicio de venidera serenidad, pero no le mostraban en qué parte se hallaba. No consintió el sentimiento que el sueño aliviase su angustia, porque se les pasó la noche velando, y se vino el día, no a más andar, como dicen, sino para más penar, porque con él descubrieron por todas partes el mar cerca y lejos, por ver si topaban los ojos con la barca que les llevaba las almas, o alguno otro bajel que les prometiese ayuda y socorro en su necesidad; pero no descubrieron otra cosa que una isla a su mano izquierda, que juntamente los alegró y los entristeció: nació la alegría de ver cerca la tierra, y la tristeza, de la imposibilidad de poder llegar a ella, si ya el viento no los llevase. Mauricio era el que más confiaba de la salud de todos, por haber hallado, como se ha dicho, en la figura que, como judicial, había levantado, que aquel suceso no amenazaba muerte, sino descomodidades casi mortales.

Finalmente, el favor de los cielos se mezcló con los vientos, que poco a poco llevaron el esquife a la isla, y les dió lugar de tomarle en tierra en una espaciosa playa, no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve, que toda la cubría. Miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrezcan. La nieve de la desierta playa les pareció blanda arena, y la soledad, compañía. Unos en brazos de otros desembarcaron; el mozo Antonio fué el Atlante de Auristela y de Transila, en cuyos hombros también desembarcaron Rosamunda y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de un peñón que no lejos de la playa se mostraba, habiendo antes, como mejor pudieron, varado el esquife en tierra, poniendo en él, después de en Dios, su esperanza. Antonio, considerando que la hambre había de hacer su oficio, y que ella había de ser bastante a quitarles las vidas, aprestó su arco, que siempre de las espaldas le colgaba, y dijo que él quería ir a descubrir la tierra, por ver si hallaba gente en ella, o alguna caza que socorriese su necesidad. Vinieron todos con su parecer, y así se entró con ligero paso por la isla, pisando, no tierra, sino nieve, tan dura, por estar helada, que le parecía pisar sobre pedernales. Siguióle, sin que él lo echase de ver, la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los demás, que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba a dejallos. Volvió

la cabeza Antonio a tiempo, y en lugar donde nadie los podía ver, y viendo junto a sí a Rosamunda, le dijo:

—La cosa de que menos necesidad tengo, en ésta que agora padecemos, es la de tu compañía. ¿Qué quieres, Rosamunda? Vuélvete, que ni tú tienes armas con qué matar género de caza alguna, ni yo podré acomodar el paso a esperarte. ¿Qué me sigues?

—¡Oh inexperto mozo—respondió la mujer torpe—, y cuán lejos estás de conocer la intención con que te sigo y la deuda que me debes!

Y en esto se llegó junto a él, y prosiguió diciendo:

—Ves aquí, ¡oh nuevo cazador, más hermoso que Apolo!, otra nueva Dafne, que no te huye, sino que te sigue. No mires que ya a mi belleza la marchita el rigor de edad, ligera siempre, sino considera en mí a la que fué Rosamunda, domadora de las cervices de los reyes y de la libertad de los más exentos hombres. Yo te adoro, generoso joven, y aquí, entre estos hielos y nieves, el amoroso fuego me está haciendo ceniza el corazón. Gocémonos, y tenme por tuya, que yo te llevaré a parte donde llenes las manos de tesoros, para ti, sin duda alguna, de mí recogidos y guardados, si llegamos a Inglaterra, donde mil bandos de muerte tienen amenazada mi vida. Escondido te llevaré adonde te entregues en más oro que tuvo Midas y en más riquezas que acumuló Creso.

Aquí dió fin a su plática, pero no al movimiento de sus manos, que arremetieron a detener las de Antonio, que de sí las apartaba, y entre esta tan honesta como torpe contienda, decía Antonio:

—¡Detente, oh arpía! ¡No turbes ni afees las limpias mesas de Fineo! ¡No fuerces oh bárbara egipcia, ni incites, la castidad y limpieza deste que no es tu esclavo! ¡Tarázate la lengua, sierpe maldita; no pronuncies con deshonestas palabras lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos! ¡Mira el poco lugar que nos queda desde este punto al de la muerte, que nos está amenazando con la hambre y con la incertidumbre de la salida deste lugar, que, puesto que fuera cierta, con otra intención la acompañara que con la que me has descubierto! ¡Desvíate de mí y no me sigas, que castigaré tu atrevimiento y publicaré tu locura! Si te vuelves, mudaré de propósito y pondré en silencio tu desvergüenza; si no me dejas, te quitaré la vida.

Oyendo lo cual la lasciva Rosamunda se le cubrió el corazón, de manera que no dió lugar a suspiros, a ruegos ni a lágrimas. Dejóla Antonio, sagaz y advertido; volvióse Rosamunda, y él siguió su camino; pero no halló en él cosa que le asegurase, porque las nieves eran muchas, y los caminos ásperos, y la gente ninguna, y advirtiendo que, si adelante pasaba, podía perder el camino de vuelta, se volvió a juntar con la compañía. Alzaron todos las manos al cielo, y pusie-

ron los ojos en la tierra, como admirados de su desventura.

A Mauricio dijeron que volvieran al mar el esquiife, pues no era posible remediarse en la imposibilidad y soledad de la isla.

CAPITULO XX

De un notable caso que sucedió en la isla nevada.

A poco tiempo que pasó el día, desde lejos vieron venir una nave gruesa, que les levantó las esperanzas de tener remedio. Amainó las velas, y pareció que se dejaba detener las áncoras, y con diligencia presta arrojaron el esquife a la mar y se vinieron a la playa, donde ya los tristes se arrojaban al esquife. Auristela dijo que sería bien que aguardasen los que venían, por saber quién eran. Llegó el esquife de la nave y encalló en la fría nieve, y saltaron en ella dos, al parecer gallardos y fuertes mancebos, de extremada disposición y brío, los cuales sacaron encima de sus hombros a una hermosísima doncella, tan sin fuerzas y tan desmayada, que parecía que no le daba lugar para llegar a tocar la tierra. Llamaron a voces los que estaban ya embarcados en el otro esquife, y les suplicaron que se desembarcasen a ser testigos de un suceso que era menester que los tuviese. Respondió Maurício que no había remos para encaminar el esquife si no les prestaban los del suyo. Los marineros, con los suyos, guiaron los del otro esquife y volvieron a pisar la nieve; luego los valientes jóvenes asieron de dos

tablachinas, con que cubrieron los pechos, y, con dos cortadoras espadas en los brazos, saltaron de nuevo en tierra. Auristela, llena de sobresalto y temor, casi con certidumbre de algún nuevo mal, acudió a ver la desmayada y hermosa doncella, y lo mismo hicieron todos los demás. Los caballeros dijeron:

—Esperad, señores, y estad atentos a lo que queremos deciros.

—Este caballero y yo—dijo el uno—tenemos concertado de pelear por la posesión de esa enferma doncella que ahí veis; la muerte ha de dar la sentencia en favor del otro, sin que haya otro medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia, si ya no es que ella, de su voluntad, ha de escoger cuál de nosotros dos ha de ser su esposo, con que hará envainar nuestras espadas y sosegar nuestros espíritus. Lo que pedimos es que no estorbéis en manera alguna nuestra porfía, la cual llevaremos hasta el cabo, sin tener temor que nadie nos la estorbara, si no os hubiéramos menester para que mirárades. Si estas soledades pueden ofrecer algún remedio para dilatar siquiera la vida de esa doncella, que es tan poderosa para acabar las nuestras, la priesa que nos obliga a dar conclusión a nuestro negocio no nos da lugar para preguntaros por ahora quién sois ni cómo estáis en este lugar tan solo, y tan sin remos, que no los tenéis, según parece, para desviaros desta isla tan sola, que aun de animales no es habitada.

Mauricio les respondió que no saldrían un punto de lo que querían; y luego echaron los dos mano a las espadas, sin querer que la enferma doncella declarase primero su voluntad, remitiendo antes su pendencia a las armas que a los deseos de la dama. Arremetieron el uno contra el otro, y, sin mirar reglas, movimientos, entradas, salidas y compases, a los primeros golpes el uno quedó pasado el corazón de parte a parte, y el otro, abierta la cabeza por medio; éste le concedió el cielo tanto espacio de vida, que le tuvo de llegar a la doncella y juntar su rostro con el suyo, diciéndole:

—¡Vencí, señora! ¡Mía eres! Y, aunque ha de durar poco el bien de poseerte, el pensar que un solo instante te podré tener por mía, me tengo por el más venturoso hombre del mundo. Recibe, señora, esta alma, que envuelta en estos últimos alientos te envió; dales lugar en tu pecho, sin que pidas licencia a tu honestidad, pues el nombre de esposo a todo esto da licencia.

La sangre de la herida bañó el rostro de la dama, la cual estaba tan sin sentido, que no respondió palabra. Los dos marineros que habían guiado el esquife de la nave saltaron en tierra y fueron con presteza a requerir así al muerto de la estocada como al herido en la cabeza, el cual, puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, envió su alma a los aires y dejó caer el cuerpo sobre la tierra. Auristela, que todas estas acciones había estado mirando, antes de des-

cubrir y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegó de propósito a mirarla, y, limpiándole la sangre que había llovido del muerto enamorado, conoció ser su doncella Taurisa, la que lo había sido al tiempo que ella estuvo en poder del príncipe Arnaldo, que le había dicho la dejaba en poder de dos caballeros que la llevasen a Irlanda, como queda dicho. Auristela quedó suspensa, quedó atónita, quedó más triste que la tristeza misma, y más cuando vino a conocer que la hermosa Taurisa estaba sin vida.

—¡Ay—dijo a esta razón—, con qué prodigiosas señales me va mostrando el cielo mi desventura, que, si se rematara con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa, que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten y entretengan, hacen dichosa la vida! ¿Qué red barredera es ésta con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? ¿Qué imposibles son estos que descubro a cada paso de mi remedio? Mas, pues aquí son excusados los llantos y son de ningún provecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos por ahora a la piedad, y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos.

Y luego pidió a Mauricio pudiese a los marineros del esquife volviesen al navío por instrumentos para hacer las sepulturas. Hizolo así Mauricio, y fué a la nave con intención de concertarse con el piloto o capitán que hubiese para que los sacase de aquella isla y los llevase adondequiera que fuesen. En este entretanto tuvieron lugar Au-

ristela y Transila de acomodar a Taurisa para enterralla, y la piedad y honestidad cristiana no consintió que la desnudasen. Volvió Mauricio con los instrumentos, habiendo negociado todo aquello que quiso. Hízole la sepultura de Taurisa; pero los marineros no quisieron, como católicos, que se hiciese ninguna a los muertos en el desafío. Rosamunda, que, después que volvió de haber declarado su mal pensamiento al bárbaro Antonio, nunca había alzado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenían aterrados, al tiempo que iban a sepultar a Taurisa, levantando el rostro, dijo:

—Si os preciáis, señores, de caritativos, y si anda en vuestros pechos al par la justicia y la misericordia, usad destas dos virtudes conmigo. Yo, desde el punto que tuve uso de razón, no la tuve, porque siempre fui mala. Con los años verdes, y con la hermosura mucha, con la libertad demasiada y con la riqueza abundante, se fueron apoderando de mí los vicios de tal manera, que han sido y son en mí como accidentes inseparables. Ya sabéis, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pie sobre las cervices de los reyes, y he traído a la mano que he querido las voluntades de los hombres; pero el tiempo, salteador y robador de la humana belleza de las mujeres, se entró por la mía tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea que desengañada. Mas como los vicios tienen asiento en el alma, que no envejece, no quieren dejarme; y, como yo no les hago resistencia, sino que dejo ir con la corriente

de mis gustos, heme ido ahora con el que me da el ver siquiera a este bárbaro muchacho, el cual, aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde a la mía, que es de fuego, con la suya, que es de helada nieve; véome despreciada y aborrecida, en lugar de estimada y bien querida: golpes que no se pueden resistir con poca paciencia y con mucho deseo. Ya, ya la muerte me va pisando las faldas, y extiende la mano para alcanzarme de la vida; por lo que véis que debe la bondad del pecho que la tiene al miserable que se le encomienda, os suplico que cubráis mi fuego con hielo y me enterréis en esa sepultura; que, puesto que mezcléis mis lascivos huesos con los de esa casta doncella, no los contaminarán; que las reliquias buenas siempre lo son dondequiera que estén.

Y volviéndose al mozo Antonio, prosiguió:

—Y tú, arrogante mozo, que agora tocas o estás para tocar los márgenes y rayas del deleite, pide al cielo que te encamine de modo que, ni te solicite edad larga ni marchita belleza; y si yo he ofendido tus recientes oídos, que así los puedo llamar, con mis inadvertidas y no castas palabras, perdóname, que los que piden perdón en este trance, por cortesía siquiera, merecen ser, si no perdonados, a lo menos escuchados.

Esto diciendo, dió un suspiro, envuelto en un mortal desmayo.

CAPITULO XXI

De los trabajos de Persiles y Sigismunda.

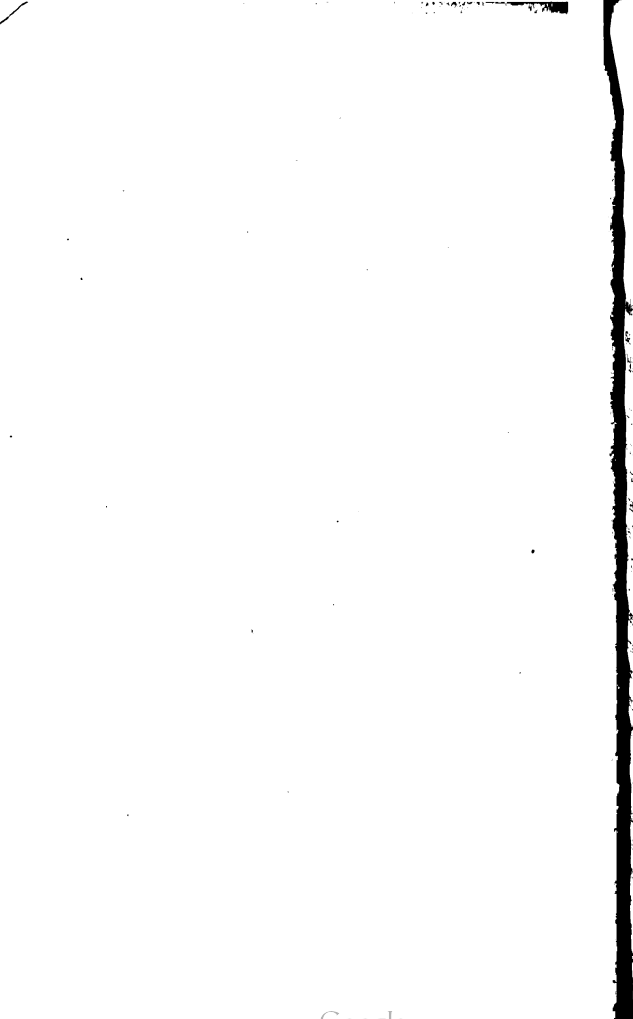
—Yo no sé—dijo Mauricio a esta sazón—qué quiere este que llaman amor por estas montañas, por estas soledades y riscos, por entre estas nieves y hielos, dejándose allá los Pafos, Gnydos, las Cipres, los Elíseos Campos, de quien huye la hambre y no llega incomodidad alguna. En el corazón sosegado, en el ánimo quieto, tiene el amor deleitable su morada, que no en las lágrimas ni en los sobresaltos.

Auristela, Transila, Constanza y Ricla quedaron atónitas del suceso, y con callar le admiraron, y, finalmente, con no pocas lágrimas enterraron a Taurisa; y después de haber vuelto Rosamunda del pesado desmayo, se recogieron y embarcaron en el esquife de la nave, donde fueron bien recibidos y regalados de los que en ella estaban, satisfaciendo luego todos la hambre que les aquejaba; sólo Rosamunda, que estaba tal, que por momentos llamaba a las puertas de la muerte. Alzaron velas, lloraron algunos los capitanes muertos, y instituyeron luego uno que lo fuese de todos, y siguieron su viaje, sin llevar parte conocida donde le encaminasen, porque era

de cosarios, y no irlandeses, como a Arnaldo le habían dicho, sino de una isla rebelada contra Inglaterra. Mauricio, mal contento de aquella compañía, siempre iba temiendo algún revés de su acelerada costumbre y mal modo de vivir; y, como viejo y experimentado en las cosas del mundo, no le cabía el corazón en el pecho, temiendo que la mucha hermosura de Auristela, la gallardía y buen parecer de su hija Transila, los pocos años y nuevo traje de Constanza, no despertasen en aquellos cosarios algún mal pensamiento. Serviales de Argos el mozo Antonio, de lo que sirvió el pastor de Anfriso; eran los ojos de los dos centinelas no dormidas, pues por sus cuartos la hacían a las mansas y hermosas ovejuelas que debajo de su solicitud y vigilancia se amparaban. Rosamunda, con los continuos desdenes, vino a enflaquecer, de manera que una noche la hallaron en una cámara del navío sepultada en perpetuo silencio. Harto habían llorado; mas no dejaron de sentir su muerte compasiva y cristianamente. Sirvióla el ancho mar de sepultura, donde no tuvo harta agua para apagar el fuego que causó en su pecho el gallardo Antonio, el cual y todos rogaron muchas veces a los cosarios que los llevasen de una vez a Irlanda o a Hibernia, si ya no quisiesen a Inglaterra o Escocia; pero ellos respondían que, hasta haber hecho una buena y rica presa, no habían de tocar en tierra alguna, si ya no fuese a hacer agua o a tomar bastimentos necesarios. La bárbara Ricla bien comprara

a pedazos de oro que los llevaran a Inglaterra; pero no osaba descubrirlos, porque no se los robasen antes que se los pidiesen. Dióles el capitán estancia aparte, y acomodólos de manera que los aseguró de la insolencia que podían temer de los soldados.

Desta manera anduvieron casi tres meses por el mar, de unas partes a otras: ya tocaban en una isla, ya en otra, y ya se salían al mar descubierto, propia costumbre de cosarios que buscan su ganancia, las veces que había calma y el mar sosegado no les dejaba navegar. El nuevo capitán del navío se iba a entretener a la estancia de sus pasajeros, y con pláticas discretas y cuentos graciosos, pero siempre honestos, los entretenía, y Maurício hacía lo mismo. Auristela, Transila, Ricla y Constanza más se ocupaban en pensar en la ausencia de las mitades de su alma que en escuchar al capitán ni a Maurício; con todo esto estuvieron un día atentas a las historias que en este siguiente capítulo se cuenta, que el capitán les dijo.



CAPITULO XXII

Donde el capitán da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba a hacer en su reino el rey Policarpo.

—Una de las islas que están junto a la de Hibernia me dió el cielo por patria: es tan grande, que toma nombre de reino, el cual no se hereda, ni viene por sucesión de padre a hijo; sus moradores le eligen a su beneplácito, procurando siempre que sea el más virtuoso y mejor hombre que en él se hallara; y sin intervenir de por medio ruegos o negociaciones, y sin que los soliciten promesas ni dádivas, de común consentimiento de todos sale el rey y toma el cetro absoluto del mando, el cual le dura mientras le dura la vida o mientras no se empeora en ella. Y con esto, los que no son reyes procuran ser virtuosos para serlo, y los que lo son, pugnan serlo más para no dejar de ser reyes; con esto se cortan las alas a la ambición, se atierra la codicia, y aunque la hipocresía suele andar lista, a largo andar se le cae la máscara y queda sin el alcanzado premio; con esto los pueblos viven quietos, campea la justicia y resplandece la misericordia, despáchanse con brevedad los memoriales de los pobres, y los

que dan los ricos, no por serlo son mejor despachados; no agobian la vara de la justicia las dádivas ni la carne y sangre de los parentescos: todas las negociaciones guardan sus puntos y andan en sus quicios; finalmente, reino es donde se vive sin temor de los insolentes y donde cada uno goza lo que es suyo.

”Esta costumbre, a mi parecer justa y santa, puso el cetro del reino en las manos de Policarpo, varón insigne y famoso, así en las armas como en las letras, el cual tenía cuando vino a ser rey dos hijas de extremada belleza, la mayor llamada Policarpa y la menor Sinforosa; no tenían madre, que no les hizo falta cuando murió sino en la compañía: que sus virtudes y agradables costumbres eran ayas de sí mismas, dando maravilloso ejemplo a todo el reino. Con estas buenas partes, así ellas como el padre se hacían amables, se estimaban de todos. Los reyes, por parecerles que la melancolía en los vasallos suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el pueblo y entretenido con fiestas públicas y a veces con ordinarias comedias; principalmente solemnizaban el día que fueron asuntos al reino con hacer que se renovasen los juegos que los gentiles llamaban Olímpicos, en el mejor modo que podían. Señalaban premio a los corredores, honraban a los diestros, coronaban a los tiradores y subían al cielo de la alabanza a los que derribaban a otros en la tierra. Hacíase este espectáculo junto a la marina, en una espaciosa playa, a quien quitaban

el sol infinita cantidad de ramos entrettejidos que la dejaban a la sombra; ponían en la mitad un suntuoso teatro, en el cual, sentado el rey y la real familia, miraban los apacibles juegos. Llegóse un día éstos, y Policarpo procuró aventajarse en magnificencia y grandeza en solemnizarle sobre todos cuantos hasta allí se habían hecho; y cuando ya el teatro estaba ocupado con su persona y con los mejores del reino, y cuando ya los instrumentos bélicos y los apacibles querían dar señal que las fiestas se comenzasen, y cuando ya cuatro corredores, mancebos ágiles y sueltos, tenían los pies izquierdos delante y los derechos alzados, que no les impedía otra cosa el soltarse a la carrera sino soltar una cuerda que les servía de raya y de señal, que en soltándola habían de volar a un término señalado, donde habían de dar fin a su carrera, digo que en este tiempo vieron venir por la mar un barco que le blanqueaban los costados el ser recién despalmado, y le facilitaban el romper del agua seis remos que de cada banda traía, impelidos de doce, al parecer, gallardos mancebos, de dilatadas espaldas y pechos y de nervudos brazos; venían vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timón, que venía de encarnado, como marinero. Llegó con furia el barco a la orilla, y el encallar en ella y el saltar todos los que en él venían en tierra fué una misma cosa. Mandó Policarpo que no saliesen a la carrera hasta saber qué gente era aquélla y a lo que venía, puesto que imaginó que debían de venir a hallarse en las

fiestas y a procurar su gallardía en los juegos. El primero que se adelantó a hablar al rey fué el que servía de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mejillas, desembarazadas y limpias, mostraban ser de nieve y de grana; los cabellos, anillos de oro; y cada una parte de las del rostro tan perfecta, y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable. Luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista y aun los corazones de cuantos le miraron, y yo desde luego le quedé aficionadísimo. Lo que dijo al rey:

—Señor, estos mis compañeros y yo, habiendo tenido noticia destos juegos, venimos a servirte y hallarnos en ellos, y no de lejas tierras, sino desde una nave que dejamos en la isla Scinta, que no está lejos de aquí; y como el viento no hizo a nuestro propósito para encaminar aquí la nave, nos aprovechamos de esta barca y de los remos y de la fuerza de nuestros brazos. Todos somos nobles y deseosos de ganar honra, y por la que debes hacer, como rey que eres, a los extranjeros que a tu presencia llegan, te suplicamos nos concedas licencia para mostrar o nuestras fuerzas o nuestros ingenios, en honra y provecho nuestro y gusto tuyo.

—Por cierto—respondió Policarpo—, agraciado joven, que vos pedís lo que queréis con tanta gracia y cortesía, que sería cosa injusta el negároslo. Honrad mis fiestas en lo que quisiéredes; dejadme a mí el cargo de premiároslo: que, según vuestra gallarda presencia muestra, poca es-

peranza dejáis a ninguno de alcanzar los primeros premios.

"Dobló la rodilla el hermoso mancebo e inclinó la cabeza en señal de crianza y agradecimiento, y en dos brincos se puso ante la cuerda que detenía a los cuatro ligeros corredores; sus doce compañeros se pusieron a un lado, a ser espectadores de la carrera. Sonó una trompeta, soltaron la cuerda, y arrojáronse al vuelo los cinco; pero aun no habrían dado veinte pasos, cuando, con más de seis se les aventajó el recién venido, y a los treinta, ya los llevaba de ventaja más de quince; finalmente, se los dejó a poco más de la mitad del camino, como si fueran estatuas inmóviles, con admiración de todos los circunstantes, especialmente de Sinforosa, que le seguía con la vista, así corriendo como estando quedo, porque la belleza y agilidad del mozo era bastante para llevar tras sí las voluntades, no sólo los ojos de cuantos le miraban. Noté yo esto porque tenía los míos atentos a mirar a Policarpa, objeto dulce de mis deseos, y, de camino, miraba los movimientos de Sinforosa. Comenzó luego la envidia a apoderarse de los pechos de los que se habían de probar en los juegos, viendo con cuánta facilidad se había llevado el extranjero el premio de la carrera. Fué el segundo certamen el de la esgrima: tomó el ganancioso la espada negra, con la cual, a seis que le salieron, cada uno de por sí, les cerró las bocas, mosqueó las narices, les selló los ojos y les santiguó las cabezas,

sin que a él le tocasen, como decirse suele, un pelo de la ropa. Alzó la voz el pueblo, y, de común consentimiento, le dieron el premio primero. Luego se acomodaron otros seis a la lucha, donde con mayor gallardía dió de sí muestra el mozo: descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos y fortísimos pechos, y los nervios y músculos de sus fuertes brazos, con los cuales, y con destreza y maña increíble, hizo que las espaldas de los seis luchadores, a despecho y pesar suyo, quedasen impresas en la tierra. Asíó luego de una pesada barra que estaba hincada en el suelo, porque le dijeron que era el tirarla el cuarto certamen; sompesóla, y haciendo de señas a la gente que estaba delante para que le diesen lugar donde el tiro cupiese, tomando la barra por la una punta, sin volver el brazo atrás, la impelió con tanta fuerza, que, pasando los límites de la marina, fué menester que el mar se los diese, en el cual bien adentro quedó sepultada la barra. Esta monstruosidad, notada de sus contrarios, les desmayó los bríos, y no osaron probarse en la contienda. Pusieronle luego la ballesta en las manos y algunas flechas, y mostráronle un árbol muy alto y muy liso, al cabo del cual estaba hincada una media lanza, y en ella, de un hilo, estaba asida una paloma, a la cual habían de tirar no más de un tiro los que en aquel certamen quisiesen probarse.

"Uno, que presumía de certero, se adelantó y tomó la mano, creo yo, pensando derribar la

paloma antes que otro; tiró, y clavó su flecha casi en el fin de la lanza, del cual golpe, azorada la paloma, se levantó en el aire; y luego, otro no menos presumido que el primero, tiró con tan gentil certería, que rompió el hilo donde estaba asida la paloma, que, suelta y libre del lazo que la detenía, entregó su libertad al viento y batió las alas con priesa. Pero el ya acostumbrado a ganar los primeros premios, disparó su flecha; y, como si mandara lo que había de hacer, y ella tuviera entendimiento para obedecerle, así lo hizo, pues, dividiendo el aire con un rasgado y tendido silbo, llegó a la paloma y le pasó el corazón de parte a parte, quitándole a un mismo punto el vuelo y la vida. Renováronse con esto las voces de los presentes y las alabanzas del extranjero, el cual en la carrera, en la esgrima, en la lucha, en la barra y en el tirar de la ballesta, y entre otras muchas pruebas que no cuento, con grandísimas ventajas se llevó los primeros premios, quitando el trabajo a sus compañeros de probarse en ellas. Cuando se acabaron los juegos, sería el crepúsculo de la noche; y cuando el rey Policarpo quería levantarse de su asiento, con los jueces que con él estaban, para premiar al vencedor mancebo, vió que, puesto de rodillas ante él, le dijo:

"—Nuestra nave quedó sola y desamparada; la noche cierra algo oscura; los premios que puedo esperar, que por ser de tu mano se deben estimar en lo posible, quiero, ¡oh gran señor!.

que los dilates hasta otro tiempo, que con más espacio y comodidad pienso volver a servirte.

"Abrazóle el rey, preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba Periandro. Quitóse en esto la bella Sinfrosa una guirnalda de flores con que adornaba su hermosísima cabeza, y la puso sobre la del gallardo mancebo, y, con honesta gracia, le dijo al ponérsela:

"—Cuando mi padre sea tan venturoso de que volváis a verle, veréis cómo no vendréis a servirle sino a ser servido.

CAPITULO XXIII

De lo que sucedió a la celosa Auristela cuando supo que su hermano Periandro era el que había ganado los premios del certamen.

¡Oh poderosa fuerza de los celos! ¡Oh enfermedad, que te pegas al alma de tal manera, que sólo te despegas con la vida! ¡Oh hermosísima Auristela! ¡Detente, no te precipites a dar lugar en tu imaginación a esta rabiosa dolencia! Pero ¿quién podrá tener a raya los pensamientos, que suelen ser tan ligeros y sutiles, que, como no tienen cuerpo, pasan las murallas, traspasan los pechos y ven lo más escondido de las almas? Esto se ha dicho, porque, en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Periandro, su hermano, y habiendo oído antes las alabanzas de Sinforosa, y el favor que en ponerle la guirnalda le había hecho, rindió el sufrimiento a las sospechas y entregó la paciencia a los gemidos, y, dando un gran suspiro, y abrazándose con Transila, dijo:

—Querida amiga mía, ruega al cielo que, sin haberse perdido tu esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro. ¿No le ves en la boca deste valeroso capitán, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento más a los favores de una

doncella que a los cuidados que le debían dar los destierros y pasos desta su hermana? Andase buscando palmas y trofeos por las tierras ajenas, y déjase entre los riscos, y entre las peñas, y entre las montañas que suele levantar la mar alterada, a esta su hermana, que, por su consejo y por su gusto, no hay peligro de muerte donde no se halle.

Estas razones escuchaba atentísimamente el capitán del navío, y no sabía qué conclusión sacar de ellas; sólo paró en decir, pero no dijo nada, porque en un instante y en un momentáneo punto le arrebató la palabra de la boca un viento que se levantó tan súbito y tan recio, que le hizo poner en pie, sin responder a Auristela, y dando voces a los marineros que amainasen las velas y las templasen y asegurasen. Acudió toda la gente a la faena; comenzó la nave a volar en popa, con mar tendido y largo, por donde el viento quiso llevarla. Recogióse Mauricio, con los de su compañía, a su estancia, por dejar hacer libremente su oficio a los marineros. Allí preguntó Transila a Auristela qué sobresalto era aquel que tal la había puesto, que a ella le había parecido haberle causado el haber oído nombrar el nombre de Periandro, y no sabía por qué las alabanzas y buenos sucesos de un hermano pudiesen dar pesadumbre.

—¡Ay amiga!—respondió Auristela—. De tal manera estoy obligada a tener en perpetuo silencio una peregrinación que hago, que, hasta darle fin, aunque primero llegue el de la vida, soy for-

zada a guardarle. En sabiendo quién soy, que sí sabrás, si el cielo quiere, verás las disculpas de mis sobresaltos; sabiendo la causa de do nacen, verás castos pensamientos acometidos, pero no turbados; verás desdichas sin ser buscadas, y laberintos que, por venturas no imaginadas, han tenido salida de sus enredos. ¿Ves cuán grande es el nudo del parentesco de un hermano? Pues sobre éste tengo yo otro mayor con Periandro. ¿Ves asimismo cuán propio es de los enamorados ser celosos? Pues con más propiedad tengo yo celos de mi hermano. Este capitán, amiga, ¿no exageró la hermosura de Sinforosa, y ella, al coronar las sienes de Periandro, no le miró? Sí, sin duda. Y mi hermano, ¿no es del valor y de la belleza que tú has visto? ¿Pues qué mucho que haya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno que le haga olvidar de su hermana?

—Advierte, señora—respondió Transila—, que, todo cuanto el capitán ha contado sucedió antes de la prisión de la ínsula bárbara, y que después acá os habéis visto y comunicado, donde habrá hallado que, ni él tiene amor a nadie, ni cuida de otra cosa que de darte gusto; y no creo yo que las fuerzas de los celos lleguen a tanto que alcancen a tenerlos una hermana de un su hermano.

—Mira, hija Transila—dijo Mauricio—, que las condiciones de amor son tan diferentes como injustas, y sus leyes tan muchas como variables; procura ser tan discreta que no apures los pen-

samientos ajenos, ni quieras saber más de nadie de aquello que quisiere decirte: la curiosidad en los negocios propios se puede sutilizar y atildar; pero en los ajenos, que no nos importa, ni por pensamiento.

Esto que oyó Auristela a Mauricio la hizo tener cuenta con su discreción y con su lengua, porque la de Transila, poco necia, llevaba camino de hacerle sacar a plaza toda su historia. Amansó en tanto el viento, sin haber dado lugar a que los marineros temiesen ni los pasajeros se alborotasen. Volvió el capitán a verlos y a proseguir su historia, por haber quedado cuidadoso del sobresalto que Auristela tomó oyendo el nombre de Periandro. Deseaba Auristela volver a la plática pasada y saber del capitán si los favores que Sinforosa había hecho a Periandro se extendieron a más que coronarle, y así se lo preguntó modestamente y con recato de no dar a entender su pensamiento. Respondió el capitán que Sinforosa no tuvo lugar de hacer más merced, que así se han de llamar los favores de las damas, a Periandro, aunque, a pesar de la bondad de Sinforosa, a él le fatigaban ciertas imaginaciones que tenía de que no estaba muy libre de tener en la suya a Periandro, porque siempre que, después de partido, se hablaba de las gracias de Periandro, ella las subía y las levantaba sobre los cielos, y por haberle ella mandado que saliese en un navío a buscar a Periandro, y le hiciese volver a ver a su padre, confirmaba más sus sospechas.

—¿Cómo? ¿Es posible—dijo Auristela—que las grandes señoras, las hijas de los reyes, las levantadas sobre el trono de la fortuna, se han de humillar a dar indicios de que tienen los pensamientos en humildes sujetos colocados? Y siendo verdad, como lo es, que la grandeza y majestad no se aviene bien con el amor, antes son repugnantes entre sí el amor y la grandeza, hase de seguir que Sinforosa, reina hermosa y libre, no se había de cautivar de la primera vista de un no conocido mozo, cuyo estado no prometía ser grande el venir guiando un timón de una barca con doce compañeros desnudos, como lo son todos los que gobiernan los remos.

—Calla, hija Auristela—dijo Mauricio—, que en ningunas otras acciones de la naturaleza se ven mayores milagros ni más continuos que en las del amor, que, por ser tantos y tales los milagros, se pasan en silencio y no se echa de ver en ellos, por extraordinarios que sean. El amor junta los cetros con los cayados, la grandeza con la bajeza, hace posible lo imposible, iguala diferentes estados y viene a ser poderoso como la muerte. Ya sabes tú, señora, y sé yo muy bien, la gentileza, la gallardía y el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes forman un compuesto de singular hermosura; y es privilegio de la hermosura rendir las voluntades y atraer los corazones de cuantos la conocen, y cuanto la hermosura es mayor y más conocida, es más amada y estimada; así que no sería milagro que Sinforosa, por principal que

sea, ame a tu hermano, porque no le amaría como a Periandro a secas, sino como a hermoso, como a valiente, como a diestro, como a ligero, como a sujeto donde todas las virtudes están recogidas y cifradas.

—¿Que Periandro es hermano desta señora?—dijo el capitán.

—Sí—respondió Transila—; por cuya ausencia ella vive en perpetua tristeza, y todos nosotros, que la queremos bien, y a él le conocimos, en llanto y amargura.

Luego le contaron todo lo sucedido del naufragio de la nave de Arnaldo, la división del esquife y de la barca, con todo aquello que fué bastante para darle a entender lo sucedido hasta el punto en que estaban; en el cual punto deja el autor el primer libro desta grande historia, y pasa al segundo, donde se contarán cosas que, aunque no pasan de la verdad, sobrepujan a la imaginación, pues apenas pueden caber en la más sutil y dilatada sus acontecimientos.

FIN DEL PRIMER LIBRO

DE LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

LIBRO SEGUNDO

de los trabajos de Persiles y Sigismunda

CAPITULO PRIMERO

Donde se cuenta cómo el navío se volcó, con todos los que dentro dél iban.

Parece que el autor desta historia sabía más de enamorado que de historiador, porque casi este primer capítulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una definición de celos, ocasionados de los que mostró tener Auristela por lo que le contó el capitán del navío; pero en esta traducción, que lo es, se quita por prolija, y por cosa en muchas partes referida y ventilada, y se viene a la verdad del caso, que fué que, cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos, dando por mensajeros a los relámpagos, tras quien se siguen, comenzaron a turbar los marineros y a deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así, a un mismo tiempo los cogió la turbación y la tormenta; pero no por esto dejó cada uno de acudir a su oficio y a hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para excusar la muerte, para dilatar la vida: que los atrevidos que de unas tablas la fían, la sustentan cuanto

pueden, hasta poner su esperanza en un madero que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen a gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila, su hija; Antonio, con Ricla y con Constanza, su madre y hermana; sola la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecía su congoja, que era el de la muerte, a quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana y católica religión, que con muchas veras procuraba guardar; y así, se recogió entre ellos, y hechos un ñudo, o, por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar casi hasta la postrera parte del navío, por excusar el ruido espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros. Y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse unas veces tocar el cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos, o, por mejor decir, la temían sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga, es espantosa, y la que coge a un desapercibido en todas sus fuerzas y salud, es formidable. La tormenta creció de manera que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitán, y, finalmente, la esperanza de remedio en todos. Ya no se oían voces que mandaban hágase esto o aquello; sino gritos de plegarias y votos que se hacían y a los cielos se enviaban; y llegó a tanto esta miseria

y estrechez, que Transila no se acordaba de Ladislao, Auristela de Periandro: que uno de los efectos poderosos de la muerte es borrar de la memoria todas las cosas de la vida, y pues llega a hacer que no se sienta la pasión celosa, tén-gase por dicho que puede lo imposible. No había allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban: todo era confusión, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitán, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco a poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los más de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente a pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun a visitar las más altas gavias, las cuales también ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad. Finalmente, al parecer del día, si se puede llamar día el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse a parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder a un bajel; finalmente, combatida de un huracán furioso, como si la volvieran con algún artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas, y la quilla descubrió a los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban.

¡A Dios, castos pensamientos de Auristela; a Dios, bien fundados disinios; sosegaos, pasos, tan honrados como santos; no esperéis otros mau-

soleos ni otras pirámides ni agujas que las que os ofrecen esas mal breadas tablas! Y vos, ¡oh Transíla!, ejemplo claro de honestidad, en los brazos de vuestro discreto y anciano padre podéis celebrar las bodas, si no con vuestro esposo Ladislao, a lo menos con la esperanza, que ya os habrá conducido a mejor tálamo. Y tú, ¡oh Ricla!, cuyos deseos te llevaban a tu descanso, recoge en tus brazos a Antonio y a Constanza, tus hijos, y ponlos en la presencia del que agora te ha quitado la vida para mejorártela en el cielo.

En resolución: el volcar de la nave y la certeza de la muerte de los que en ella iban, puso las razones referidas en la pluma del autor desta grande y lastimosa historia, y ansimismo puso las que se oirán en el siguiente capítulo.

CAPITULO II

DEL SEGUNDO LIBRO

Donde se cuenta un extraño suceso.

Parece que el volcar de la nave volcó, o, por mejor decir, turbó el juicio del autor de esta historia, porque a este segundo capítulo le dió cuatro o cinco principios, casi como dudando qué fin en él tomaría. En fin: se resolvió diciendo que las dichas y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no hay medio que las divida; andan el pesar y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera y el alegre que se confía, como lo da fácilmente a entender este extraño suceso. Sepultóse la nave, como queda dicho, en las aguas; quedaron los muertos sepultados sin tierra; deshiciéronse sus esperanzas, quedando imposible a todo su remedio; pero los piadosos cielos, que de muy atrás toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenaron que la nave, llevada poco a poco de las olas, ya mansas y recogidas, a la orilla del mar, diese en una playa que por entonces su apacibilidad y mansedumbre podía servir de seguro puerto; y no lejos estaba un puerto capacísimo de muchos bajeles, en cuyas

aguas, como en espejos claros, se estaba mirando una ciudad populosa, que, por una alta loma, sus vistosos edificios levantaba. Vieron los de la ciudad el bulto de la nave, y creyeron ser el de alguna ballena o de otro gran pescado que, con la borrasca pasada, había dado al través. Salió infinita gente a verlo, y, certificándose ser navío, le dijeron al rey Policarpo, que era el señor de aquella ciudad, el cual, acompañado de muchos, y de sus dos hermosas hijas, Policarpa y Sinforosa, salió también, y ordenó que, con cabestrantes, con tornos y con barcas, con que hizo rodear toda la nave, la tirasen y encaminasen al puerto. Saltaron algunos encima del buco, y dijeron al rey que dentro dél sonaban golpes, y aun casi se oían voces de vivos. Un anciano caballero que se halló junto al rey, le dijo:

—Yo me acuerdo, señor, haber visto en el mar Mediterráneo, en la ribera de Génova, una galera de España que, por hacer el cur con la vela, se volcó como está agora este bajel, quedando la gavia en la arena y la quilla al cielo; y, antes que la volviesen o enderezasen, habiendo primero oído rumor, como en éste se oye, aserraron el bajel por la quilla, haciendo un buco capaz de ver lo que dentro estaba; y el entrar la luz dentro, y el salir por él el capitán de la misma galera y otros cuatro compañeros suyos, fué todo uno. Yo vi esto, y está escrito este caso en muchas historias españolas, y aun podría ser viniesen agora las personas que segunda vez nacieron al mundo del vien-

tre desta galera; y si aquí sucediese lo mismo, no se ha de tener a milagro, sino a misterio: que los milagros suceden fuera del orden de la naturaleza, y los misterios son aquellos que parecen milagros y no lo son, sino casos que acontecen raras veces.

—¿Pues a qué aguardamos?—dijo el rey—. Ciérrase luego el buco, y veamos este misterio: que si este vientre vomita vivos, yo lo tendré por milagro.

Grande fué la priesa que se dieron a serrar el bajel, y grande el deseo que todos tenían de ver el parto. Abrióse, en fin, una gran concavidad, que descubrió muertos y vivos que lo parecían; metió uno el brazo, y asió de una doncella, que al palparle el corazón daba señales de tener vida; otros hicieron lo mismo, y cada uno sacó su presa, y algunos, pensando sacar vivos, sacaban muertos: que no todas veces los pescadores son dichosos. Finalmente, dándoles el aire y la luz a los medio vivos, respiraron y cobraron aliento; limpiáronse los rostros, fregáronse los ojos, estiraron los brazos, y, como quien despierta de un pesado sueño, miraron a todas partes, y hallóse Auristela en los brazos de Arnaldo, Transila en los de Clodio, Ricla y Constanza en los de Rutilio, Antonio el padre y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salió por sí mismo, y lo mismo hizo Mauricio. Arnaldo quedó más atónito y suspenso que los resucitados, y más muerto que los muertos. Miróle Auristela, y, no conociéndole, la

primera palabra que le dijo fué—que ella fué la primera que rompió el silencio de todos—:

—¿Por ventura, hermano, está entre esta gente la bellísima Sinforosa?

—¡Santos cielos, qué es esto!—dijo entre sí Arnaldo—. ¿Qué memorias de Sinforosa son éstas, en tiempo que no es razón que se tenga acuerdo de otra cosa que de dar gracias al cielo por las recibidas mercedes?

Pero, con todo esto, la respondió, y dijo que sí estaba, y le preguntó que cómo la conocía; porque Arnaldo ignoraba lo que Auristela con el capitán de navío, que le contó los triunfos de Perianandro, había pasado, y no pudo alcanzar la causa por la cual Auristela preguntaba por Sinforosa; que, si la alcanzara, quizá dijera que la fuerza de los celos es tan poderosa y tan sutil, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y va a buscar al alma enamorada en los últimos trances de la vida.

Ya después que pasó algún tanto el pavor en los resucitados, que así pueden llamarse, y la admiración en los vivos que los sacaron, y el discurso en todos dió lugar a la razón, confusamente unos a otros se preguntaban cómo los de la tierra estaban allí y los del navío venían allí. Policarpo, en esto, viendo que el navío, al abrirle la boca, se le había llenado de agua en el lugar del aire que tenía, mandó llevarle a jorro al puerto, y que con artificios le sacasen a tierra, lo cual se hizo con mucha presteza. Salieron asi-

mismo a tierra toda la gente que ocupaba la quilla del navío, que fueron recibidos del rey Policarpo y de sus hijas, y de todos los principales ciudadanos, con tanto gusto como admiración; pero lo que más les puso en ella, principalmente a Sinforosa, fué ver la incomparable hermosura de Auristela; fué también a la parte de esta admiración la belleza de Transila, y el gallardo y nuevo traje, pocos años y gallardía de la bárbara Constanza, de quien no desdecía el buen parecer y donaire de Ricla, su madre; y, por estar la ciudad cerca, sin prevenirse de quien los llevase, fueron todos a pie a ella. Ya en este tiempo había llegado Periandro a hablar a su hermana Auristela, Ladislao a Transila y el bárbaro padre a su mujer y a su hija, y los unos a los otros se fueron dando cuenta de sus sucesos; sola Auristela, ocupada toda en mirar a Sinforosa, callaba; pero en fin habló a Periandro, y le dijo:

—¿Por ventura, hermano, esta hermosísima doncella que aquí va, es Sinforosa, la hija del rey Policarpo?

—Ella es—respondió Periandro—; sujeto donde tienen su asiento la belleza y la cortesía.

—Muy cortés debe de ser—respondió Auristela—, porque es muy hermosa.

—Aunque no lo fuera tanto—respondió Periandro—, las obligaciones que yo le tengo me obligaran, ¡oh querida hermana mía!, a que me lo pareciera.

—Si por obligaciones va, y vos por ellas enca-

recéis las hermosuras, la mía os ha de parecer la mayor de la tierra, según os tengo obligado.

—Con las cosas divinas—replicó Periandro—no se han de comparar las humanas; las hipóboles alabanzas, por más que lo sean, han de parar en puntos limitados: decir que una mujer es más hermosa que un ángel es encarecimiento de cortesía, pero no de obligación. Sola en ti, dulcísima hermana mía, se quiebran reglas y cobran fuerzas de verdad los encarecimientos que se dan a tu hermosura.

—Si mis trabajos y mis desasosiegos, ¡oh hermano mío!, no turbaran la mía, quizá creyera ser verdaderas las alabanzas que de ella dices; pero yo espero en los piadosos cielos que algún día ha de reducir a sosiego mi desasosiego, y a bonanza mi tormenta, y, en este entretanto, con el encarecimiento que puedo, te suplico que no te quiten ni borren de la memoria lo que me debes otras ajenas hermosuras ni otras obligaciones, que en la mía y en las mías podrás satisfacer el deseo y llenar el vacío de tu voluntad, si miras que, juntando a la belleza de mi cuerpo, tal cual ella es, la de mi alma, hallarás un compuesto de hermosura que te satisfaga.

Confuso iba Periandro oyendo las razones de Auristela; juzgábala celosa, cosa nueva para él, por tener por larga experiencia conocido que la discreción de Auristela jamás se atrevió a salir de los límites de la honestidad; jamás su lengua se movió a declarar sino honestos y castos per-

samientos; jamás le dijo palabra que no fuese digna de decirse a un hermano en público y en secreto. Iba Arnaldo envidioso de Periandro; Ladislao, alegre con su esposa Transila; Mauricio, con su hija y yerno; Antonio el grande, con su mujer e hijos; Rutilio, con el hallazgo de todos, y el maldiciente Clodio, con la ocasión que se le ofrecía de contar, dondequiera que se hallase, la grandeza de tan extraño suceso. Llegaron a la ciudad, y el liberal Policarpo honró a sus huéspedes real y magníficamente, y a todos los mandó alojar en su palacio, aventajándose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabía que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela le habían sacado de su reino; y así como vió la belleza de Auristela, halló su peregrinación en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo cuarto, Policarpo y Sinforosa alojaron a Auristela, de la cual no quitaba la vista Sinforosa, dando gracias al cielo de haberla hecho, no amante, sino hermana de Periandro; y ansí por su extremada belleza como por el parentesco tan estrecho que con Periandro tenía, la adoraba, y no sabía un punto desviarse de ella; desmenuzábale sus acciones, notábale las palabras, ponderaba su donaire, hasta el sonido y órgano de la voz le daba gusto. Auristela, casi por el mismo modo y con los mismos afectos, miraba a Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intenciones: Auristela miraba con celos y Sinforosa con sencilla benevolencia. Algunos días estuvieron en la ciudad,

descansando de los trabajos pasados y dando traza de volver Arnaldo a Dinamarca, o adonde Auristela y Periandro quisieran, mostrando, como siempre lo mostraba, no tener otra voluntad que la de los dos hermanos. Clodio, que con ociosidad y vista curiosa había mirado los movimientos de Arnaldo y cuán oprimido le tenía el cuello el amoroso yugo, un día que se halló solo con él, le dijo:

—Yo que siempre los vicios de los príncipes he reprehendido en público sin guardar el debido decoro que a su grandeza se debe, sin temer el daño que nace del decir mal, quiero agora sin tu licencia decirte en secreto lo que te suplico con paciencia me escuches: que, lo que se dice aconsejando, en la intención halla disculpa lo que no agrada.

Confuso estaba Arnaldo, no sabiendo en qué iban a parar las prevenciones del razonamiento de Clodio, y, por saberlo, determinó de escucharle, y así le dijo que dijese lo que quisiese; y Clodio, con este salvoconducto, prosiguió diciendo:

—Tú, señor, amas a Auristela; mal dije amas; adoras, dijera mejor, y, según he sabido, no sabes más de su hacienda ni de quién es que aquello que ella ha querido decirte, que no te ha dicho nada. Hasla tenido en tu poder más de dos años, en los cuales has hecho, según se ha de creer, las diligencias posibles por enternecer su dureza, amansar su rigor y rendir su voluntad a la tuya por los medios honestísimos y eficaces del matri-

monio, y en la misma entereza se está hoy que el primero día que la solicitaste, de donde arguyo que, cuanto a ti te sobra de paciencia, le falta a ella de conocimiento; y has de considerar que algún gran misterio encierra desechar una mujer un reino y un príncipe que merece ser amado. Misterio también encierra ver una doncella vagabunda, llena de recato de encubrir su linaje, acompañada de un mozo que, como dice que lo es, podría no ser su hermano, de tierra en tierra, de isla en isla, sujeta a las inclemencias del cielo y a las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado. De los bienes que reparten los cielos entre los mortales, los que más se han de estimar son los de la honra, a quien se posponen los de la vida; los gustos de los discretos hanse de medir con la razón y no con los mismos gustos.

Aquí llegaba Clodio, mostrando querer proseguir con un filosófico y grave razonamiento, cuando entró Periandro, y le hizo callar con su llegada, a pesar de su deseo y aun del de Arnaldo, que quisiera escucharle; entraron asimismo Mauricio, Ladislao y Transila, y con ellos Auristela, arrimada al hombro de Sinforosa, mal dispuesta, de modo que fué menester llevarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos y temores en los pechos de Periandro y Arnaldo, que, a no encubrirlos con discreción, también tuvieron necesidad de los médicos, como Auristela.



CAPITULO III

DEL SEGUNDO LIBRO

Apenas supo Policarpo la indisposición de Auristela, cuando mandó llamar sus médicos que la visitasen; y como los pulsos son lenguas que declaran la enfermedad que se padece, hallaron en los de Auristela que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma; pero antes que ellos conoció su enfermedad Periandro, y Arnaldo la entendió en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron los médicos que en ninguna manera la dejaran sola, y que procurasen entretenerla y divertirla con música, si ella quisiese, o con otros algunos alegres entretenimientos. Tomó Sinforosa a su cargo su salud, y ofrecióle su compañía a todas horas, ofrecimiento no de mucho gusto para Auristela, porque quisiera no tener tan a la vista la causa que pensaba ser de su enfermedad, de la cual no pensaba sanar, porque estaba determinada de no decilles que su honestidad le ataba la lengua, su valor se oponía a su deseo. Finalmente, despejaron todos la estancia donde estaba, y quedáronse solas con ella Sinforosa y Policarpo, a quien con ocasión bastante despidió Sinforosa, y apenas se vió sola con Auristela, cuando, poniendo su boca

con la suya, y apretándole reciamente las manos, con ardientes suspiros pareció que quería trasladar su alma en el cuerpo de Auristela; afectos que de nuevo la turbaron, y así le dijo:

—¿Qué es esto, señora mía? Que estas muestras me dan a entender que estáis más enferma que yo y más lastimada el alma que la mía. Mirad si os puedo servir en algo, que, para hacerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad.

—Dulce amiga mía—respondió Sinforosa—, cuanto puedo agradezco tu ofrecimiento, y con la misma voluntad con que te obligas te respondo, sin que en esta parte tengan alguna comedimientos fingidos ni tibias obligaciones. Yo, hermana mía, que con este nombre has de ser llamada, en tanto que la vida me durare, amo, quiero bien, adoro. ¿Díjelo? No; que la vergüenza, y el ser quien soy, son mordazas de mi lengua. Pero ¿tengo de morir callando? ¿Ha de sanar mi enfermedad por milagro? ¿Es, por ventura, capaz de palabras el silencio? ¿Han de tener dos recatados y vergonzosos ojos virtud y fuerza para declarar los pensamientos infinitos de un alma enamorada?

Esto iba diciendo Sinforosa, con tantas lágrimas y con tantos suspiros, que movieron a Auristela a enjugarle los ojos y a abrazarla, y a decirle:

—No se te mueran, ¡oh apasionada señora!, las palabras en la boca; despide de ti por algún

pequeño espacio la confusión y el empacho, y hazme tu secretaria: que los males comunicados, si no alcanzan sanidad, alcanzan alivio. Si tu pasión es amorosa, como lo imagino, sin duda, bien sé que eres de carne, aunque pareces de alabastro, y bien sé que nuestras almas están siempre en continuo movimiento, sin que puedan dejar de estar atentas a querer bien a algún sujeto a quien las estrellas las inclinan, que no se ha de decir que las fuerzan. Dime, señora, a quién quieres, a quién amas y a quién adoras: que, como no des en el disparate de amar a un toro, ni en el que dió el que adoró el plátano, como sea hombre el que, según tú dices, adoras, no me causará espanto ni maravilla. Mujer soy como tú; mis deseos tengo, y hasta ahora, por honra del alma, no me han salido a la boca, que bien pudiera, como señales de calentura; pero al fin habrán de romper por inconvenientes y por imposibles, y, siquiera en mi testamento, procuraré que se sepa la causa de mi muerte.

Estábala mirando Sinforosa. Cada palabra que decía, la estimaba como si fuera sentencia salida por la boca de un oráculo.

—¡Ay señora—dijo—, y cómo creo que los cielos te han traído por tan extraño rodeo, que parece milagro, a esta tierra, condolidos de mi dolor y lastimados de mi lástima! Del vientre oscuro de la nave te volvieron a la luz del mundo, para que mi escuridad tuviese luz y mis deseos salida de la confusión en que están; y así, por

no tenerme ni tenerte más suspensa, sabrás que a esta isla llegó tu hermano Periandro.

Y sucesivamente le contó del modo que había llegado, los triunfos que alcanzó, los contrarios que venció y los premios que ganó, del modo que ya queda contado; díjole también cómo las gracias de su hermano Periandro habían despertado en ella un modo de deseo que no llegaba a ser amor sino benevolencia; pero que después, con la soledad y ociosidad, yendo y viniendo el pensamiento a contemplar sus gracias, el amor se le fué pintando, no como hombre particular, sino como a un príncipe; que, si no lo era, merecía serlo.

—Esta pintura me la grabó en el alma, y yo, inadvertida, dejé que me la grabase, sin hacerle resistencia alguna; y así, poco a poco, vine a quererle, a amarle y aun a adorarle, como he dicho.

Más dijera Sinforosa, si no volviera Policarpa, deseosa de entretener a Auristela, cantando al son de una harpa que en las manos trafa. Enmudeció Sinforosa, quedó perdida Auristela; pero el silencio de la una y el perdimiento de la otra no fueron parte para que dejarasen de prestar atentos oídos a la sin par en música Policarpa, que desta manera comenzó a cantar en su lengua lo que después dijo el bárbaro Antonio que en la castellana decía:

Cintia, si desengaños no son parte
para cobrar la libertad perdida,
da riendas al dolor, suelta la vida,
que no es valor ni es honra el no quejarte.

Y el generoso ardor que, parte a parte,
tiene tu libre voluntad rendida,
será de tu silencio el homicida
cuando pienses por él eternizarte.

Salga con la doliente ánima fuera
la enferma voz, que es fuerza y es cordura
decir la lengua lo que al alma toca.

Quejándote, sabrá el mundo si quiera
cuán grande fué de amor tu calentura,
pues salieron señales a la boca.

Ninguno como Sinforosa entendió los versos de Policarpa, la cual era sabidora de todos sus deseos; y, puesto que tenía determinado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprovecharse del consejo de su hermana, diciendo a Auristela sus pensamientos, como ya se los había comenzado a decir. Muchas veces se quedaba Sinforosa con Auristela, dando a entender que más por cortés que por su gusto propio la acompañaba. En fin, una vez, tomando a anudar la plática pasada, le dijo:

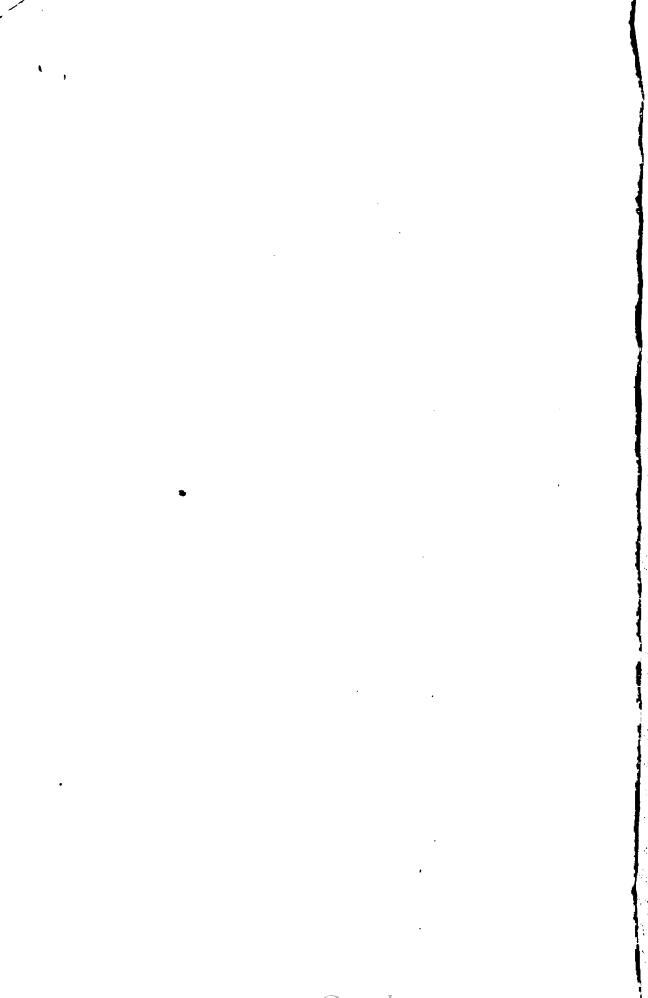
—Oyeme otra vez, señora mía, y no te cansen mis razones, que las que me bullen en el alma no dejan sosegar la lengua; reventaré si no las digo, y este temor, a pesar de mi crédito, hará que sepas que muero por tu hermano, cuyas virtudes, de mí conocidas, llevaron tras sí mis enamorados deseos, y sin entremeterme en saber quién son sus padres, la patria o riquezas, ni el punto en que ha levantado la fortuna, solamente atiendo a la mano liberal con que la naturaleza le ha enriquecido. Por sí solo le quiero, por sí sólo le amo y por sí solo le adoro; y por ti sola,

y por quien eres, te suplico que, sin decir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudieres. Innumerables riquezas me dejó mi madre en su muerte, sin sabiduría de mi padre; hija soy de un rey, que, puesto que sea por elección, en fin es rey; la edad, ya la ves; la hermosura no se te encubre que, tal cual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida. Dame, señora, a tu hermano por esposo; daréte yo a mí misma por hermana, repartiré contigo mis riquezas, procuraré darte esposo que después, y aun antes de los días de mi padre, le elijan por rey los de este reino; y cuando esto no pueda ser, mis tesoros podrán comprar otros reinos.

Teniale a Auristela de las manos Sinforosa, bañándose las en lágrimas, en tanto que estas tiernas razones le decía; acompañábale en ellas Auristela, juzgando en sí misma cuáles y cuántos suelen ser los aprietos de un corazón enamorado; y aunque se le representaba en Sinforosa una enemiga, le tenía lástima: que un generoso pecho no quiere vengarse cuando puede, cuanto más que Sinforosa no la había ofendido en cosa alguna que la obligase a venganza; su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenía, su intención la que a ella traía desatinada; finalmente, no podía culparla, sin que ella primero no quedase convencida del mismo delito. Lo que procuró apurar fué si la había favorecido alguna vez, aunque fuese en cosas leves, o si con la lengua o con los ojos había descubierto su amorosa volun-

tad a su hermano. Sinforosa le respondió que jamás había tenido atrevimiento de alzar los ojos a mirar a Periandro, sino con el recato que a ser quien era debía, y que al paso de sus ojos había andado el recato de su lengua.

—Bien creo eso—respondió Auristela—; pero ¿es posible que él no ha dado muestras de quererte? Sí habrá, porque no le tengo por tan de piedra, que no le enternezca y ablande una belleza tal como la tuya; y así, soy de parecer que, antes que yo rompa esta dificultad, procures tú hablarle, dándole ocasión para ello con algún honesto favor: que tal vez los impensados favores despiertan y encienden los más tibios y descuidados pechos; que, si una vez él responde a tu deseo, seráme fácil a mí hacerle que de todo en todo le satisfaga. Todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosísimos. No te aconsejo yo que te deshonestes ni te precipites: que los favores que hacen las doncellas a los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero, con todo esto, puede mucho la discreción, y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos, a los más turbados ofrece lugar y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su crédito.



CAPITULO IV

DEL SEGUNDO LIBRO

Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa.

Atenta estaba la enamorada Sinforosa a las discretas razones de Auristela, y, no respondiendo a ellas, sino volviendo a anudar las del pasado razonamiento, le dijo:

—Mira, amiga y señora, hasta, dónde llegó el amor que engendró en mi pecho el valor que conocí en tu hermano, que hice que un capitán de la guarda de mi padre le fuese a buscar, y le trajese, por fuerza o de grado, a mi presencia, y el navío en que se embarcó es el mismo en que tú llegaste, porque en él, entre los muertos, le han hallado sin vida.

—Así debe de ser—respondió Auristela—, que él me contó gran parte de lo que tú me has dicho, de modo que ya yo tenía noticia, aunque algo confusa, de tus pensamientos, los cuales, si es posible, quiero que sosiegues hasta que se los descubras a mi hermano o hasta que yo tome a cargo tu remedio, que será luego que me descubras

lo que con él te hubiere sucedido: que ni a ti te faltará lugar para hablarle, ni a mí tampoco.

De nuevo volvió Sinforosa a agradecer a Auristela su ofrecimiento, y de nuevo volvió Auristela a tenerle lástima. En tanto que entre las dos esto pasaba, se las había Arnaldo con Clodio, que moría por turbar o por deshacer los amorosos pensamientos de Arnaldo; y hallándole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dijo:

—El otro día te dije, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble condición de las mujeres, y que Auristela, en efeto, es mujer, aunque parece un ángel, y que Periandro es hombre, aunque sea su hermano; y no por esto quiero decir que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que críes algún discreto recato; y si por ventura te dieren lugar de que discurras por el camino de la razón, quiero que tal vez consideres quién eres, la soledad de tu padre, la falta que haces a tus vasallos, la contingencia en que te pones de perder tu reino, que es la misma en que está la nave donde falta el piloto que la gobierne. Mira que los reyes están obligados a casarse, no con la hermosura, sino con el linaje; no con la riqueza, sino con la virtud, por la obligación que tienen de dar buenos sucesores a sus reinos. Desmengua y apoca el respeto que se debe al príncipe el verle cojear en la sangre, y no basta decir que la grandeza de rey es en sí tan poderosa que iguala consigo misma la bajeza de la

mujer que escogiere. El caballo y la yegua de casta generosa y conocida prometen crías de valor admirable, más que las no conocidas y de baja estirpe; entre la gente común tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto; pero no le ha de tener entre la noble; así que, ¡oh señor mío!, o te vuelve a tu reino, o procura con el recato no dejar engañarte. Y perdona este atrevimiento, que, ya que tengo fama de maldiciente y murmurador, no la quiero tener de malintencionado; debajo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las inclemencias del cielo, que ya con mejores estrellas parece que va mejorando mi condición, hasta aquí depravada. •

—Yo te agradezco, ¡oh Clodio! — dijo Arnaldo—, el buen consejo que me has dado; pero no consiente ni permite el cielo que le reciba. Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es: que, para mí, cualquiera cosa que dijere ha de ser verdad. Yo la adoro sin disputas: que el abismo casi infinito de su hermosura lleva tras sí el de mis deseos, que no pueden parar sino en ella, y por ella he tenido, tengo y he de tener vida. Así que, Clodio, no me aconsejes más, porque tus palabras se llevarán los vientos, y mis obras te mostrarán cuán vanos serán para conmigo tus consejos.

Encogió los hombros Clodio, bajó la cabeza y apartóse de su presencia, con propósito de no ser-

vir más de consejero, porque, el que lo ha de ser, requiere tener tres calidades: la primera, autoridad; la segunda, prudencia, y la tercera, ser llamado. Estas revoluciones, trazas y máquinas amorosas andaban en el palacio de Policarpo y en los pechos de los confusos amantes: Auristela, celosa; Sinforosa, enamorada; Periandro, turbado, y Arnaldo, pertinaz; Mauricio, haciendo disinius de volver a su patria contra la voluntad de Transila, que no quería volver a la presencia de gente tan enemiga del buen decoro como la de su tierra; Ladislao, su esposo, no osaba ni quería contradecirla; Antonio el padre moría por verse con sus hijos y mujer en España, y Rutilio, en Italia, su patria. Todos deseaban, pero a ninguno se le cumplían sus deseos: condición de la naturaleza humana, que, puesto que Dios la crió perfecta, nosotros, por nuestra culpa, la hallamos siempre falta, la cual falta siempre la ha de haber mientras no dejáremos de desear. Sucedió, pues, que casi de industria dió Sinforosa a que Periandro se viese sólo con Auristela, deseosa que se diese principio a tratar de su causa y a la vista de su pleito, en cuya sentencia consistía la de su vida o muerte. Las primeras palabras que Auristela dijo a Periandro fueron:

—Esta nuestra peregrinación, hermano y señor mío, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada día y cada momento me hace temer los de la muerte, y querría que diésemos traza de asegurar la vida, sosegándola

en una parte, y ninguna hallo tan buena como esta donde estamos: que aquí se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, sino en verdad, y mujer noble y hermosísima en todo extremo, digna, no de que te ruegue, como te ruega, sino de que tú le ruegues, la pidas y la procures.

En tanto que Auristela esto decía, la miraba Periandro con tanta atención, que no movía las pestañas de los ojos; corría muy apriesa con el discurso de su entendimiento, para hallar adónde podrían ir encaminadas aquellas razones; pero, pasando adelante con ellas, Auristela le sacó de su confusión, diciendo:

—Digo, hermano, que con este nombre te he de llamar en cualquier estado que tomes, digo que Sinforosa te adora y te quiere por esposo; dice que tiene riquezas increíbles; y yo digo que tiene creíble hermosura; digo creíble, porque es tal, que no ha menester que exageraciones la levanten ni hipérboles la engrandezcan; y, en lo que he echado de ver, es de condición blanda, de ingenio agudo y de proceder tan discreto como honesto. Con todo esto que te he dicho, no dejo de conocer lo mucho que mereces, por ser quien eres; pero, según los casos presentes, no te estará mal esta compañía. Fuera estamos de nuestra patria; tú, perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte; nuestro camino a Roma, cuanto más le procuramos, más se dificulta y alarga; mi intención no se muda, pero tiembla, y no querría que, entre temores y peligros, me saltease la muerte,

y así, pienso acabar la vida en religión, y que-rría que tú la acabases en buen estado.

Aquí dió fin Auristela a su razonamiento y principio a unas lágrimas que desdecían y borra-ban todo cuanto había dicho; sacó los brazos ho-nestamente fuera de la colcha, tendiéndolos por el lecho, y volvió la cabeza a la parte contraria de donde estaba Periandro, el cual, viendo estos ex-tremos, y habiendo oído sus palabras, sin ser po-deroso a otra cosa, se le quitó la vista de los ojos, se le añudó la garganta y se le trabó la len-gua, y dió consigo en el suelo de rodillas, y arrimó la cabeza al lecho; volvió Auristela la suya, y, viéndole desmayado, le puso la mano en el ros-tro y le enjugó las lágrimas, que, sin que él lo sintiese, hilo a hilo le bañaban las mejillas.

CAPITULO V

DEL SEGUNDO LIBRO

De lo que pasó entre el rey Policarpo y su hija Sinforosa.

Efetos vemos en la naturaleza de quien ignoramos las causas: adormécense o entorpécense a uno los dientes de ver cortar con un cuchillo un paño; tiembla tal vez un hombre de un ratón, y yo le he visto temblar de ver cortar un rábano, y a otro he visto levantarse de una mesa de respeto por ver poner unas aceitunas. Si se pregunta la causa, no hay saber decirla, y los que más piensan que aciertan a decilla, es decir que las estrellas tienen cierta antipatía con la compleción de aquel hombre, que le inclina o mueve a hacer aquellas acciones, temores y espantos, viendo las cosas sobredichas y otras semejantes que a cada paso vemos. Una de las difiniciones del hombre es decir que es animal risible, porque sólo el hombre se ríe, y no otro ningún animal; y yo digo que también se puede decir que es animal llorable, animal que llora; y ansí como por la mucha risa se descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar, el poco discurso. Por tres cosas es lícito

que llore el varón prudente: la una, por haber pecado; la segunda, por alcanzar perdón dél; la tercera, por estar celoso; las demás lágrimas no dicen bien en un rostro grave. Veamos, pues, desmayado a Periandro, y, ya que no llore de pecador ni arrepentido, llore de celoso, que no faltará quien disculpe sus lágrimas, y aun las enjague, como hizo Auristela, la cual, con más artificio que verdad, le puso en aquel estado. Volvió en fin en sí, y, sintiendo pasos en la estancia, volvió la cabeza, y vió a sus espaldas a Ricla y a Constanza, que entraban a ver a Auristela, que lo tuvo a buena suerte: que, a dejarle solo, no hallara palabras con que responder a su señora, y así se fué a pensarlas y a considerar en los consejos que le había dado. Estaba también Sinforsosa con deseo de saber qué auto se había proveído en la audiencia de amor en la primera vista de su pleito, y sin duda que fuera la primera que entrara a ver a Auristela, y no Ricla y Constanza; pero estorbóselo llegar un recado de su padre el rey, que le mandaba ir a su presencia luego y sin excusa alguna. Obedecióle, fué a verle, y hallóle retirado y solo; hízola Policampo sentar junto a sí, y, al cabo de algún espacio que estuvo callando, con voz baja, como que se recataba de que no le oyesen, le dijo:

—Hija, puesto que tus pocos años no están obligados a sentir qué cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos míos estén ya sujetos a su jurisdicción, todavía tal vez sale de su curso la natu-

raleza, y se abrasan las niñas verdes y se secan y consumen los viejos ancianos.

Cuando esto oyó Sinforosa, imaginó, sin duda, que su padre sabía sus deseos; pero, con todo eso, calló, y no quiso interrumpirle hasta que más se declarase; y, en tanto que él se declaraba, a ella le estaba palpitando el corazón en el pecho. Siguió, pues, su padre, diciendo:

—Después, ¡oh hija mía!, que me faltó tu madre, me acogí a la sombra de tus regalos, cubríme con tu amparo, gobernéme por tus consejos, y he guardado, como has visto, las leyes de la viudez con toda puntualidad y recato, tanto por el crédito de mi persona como por guardar la fe católica que profeso; pero después que han venido estos nuevos huéspedes a nuestra ciudad, se ha desconcertado el reloj de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y, finalmente, he caído desde la cumbre de mi presunción discreta hasta el abismo bajo de no sé qué deseos, que si los callo, me matan, y, si los digo, me deshonran. No más suspensión, hija; no más silencio, amiga; no más; y si quieres que más haya, sea el decirte que muero por Auristela. El calor de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura; en las estrellas de sus ojos han tomado lumbre los míos, ya oscuros; la gallardía de su persona ha alentado la flojedad de la mía. Querría, si fuese posible, a ti y a tu hermana daros una madrastra que su valor disculpe el dárosla. Si tú vienes con mi parecer, no se me

dará nada del qué dirán, y cuando por ésta, si pareciere locura, me quitaren el reino, reine yo en los brazos de Auristela, que no habrá monarca en el mundo que se me iguale. Es mi intención, hija, que tú se la digas, y alcances de ella el sí que tanto me importa, que, a lo que creo, no se le hará muy dificultoso el darle, si con su discreción recompensa y contrapone mi autoridad a mis años y mi riqueza a los suyos. Bueno es ser reina, bueno es mandar; gusto dan las honras, y no todos los pasatiempos se cifran en los casamientos iguales. En albricias del sí que me has de traer de esta embajada que llevas, te mando una mejora en tu suerte, que, si eres discreta, como lo eres, no has de acertar a desearla mejor. Mira: cuatro cosas ha de procurar tener y sustentar el hombre principal, y son: buena mujer, buena casa, buen caballo y buenas armas. Las dos primeras, tan obligada está la mujer a procurallas como el varón, y aun más, porque no ha de levantar la mujer al marido, sino el marido a la mujer; las majestades, las grandezas altas, no las aniquilan los casamientos humildes, porque, en casándose, igualan consigo a sus mujeres; así que, séase Auristela quien fuere, que, siendo mi esposa, será reina, y su hermano Periandro mi cuñado, el cual, dándotelo yo por esposo, y honrándole con título de mi cuñado, vendrás tú también a ser estimada, tanto por ser su esposa como por ser mi hija.

—¿Pues cómo sabes tú, señor—dijo Sinforo-

sa—, que no es Periandro casado, y, ya que no lo sea, quiera serlo conmigo?

—De que no lo sea—respondió el rey—me lo da a entender el verle andar peregrinando por extrañas tierras, cosa que lo estorban los casamientos grandes; de que lo quiera ser tuyo, me lo certifica y asegura su discreción, que es mucha y caerá en la cuenta de lo que contigo gana; y pues la hermosura de su hermana la hace ser reina, no será mucho que la tuya le haga tu esposo.

Con estas últimas palabras y con esta grande promesa, paladeó el rey la esperanza de Sinfrososa, y saboreóle el gusto de sus deseos, y así, sin ir contra los de su padre, prometió ser casamentera, y admitió las albricias de lo que no tenía negociado; sólo le dijo que mirase lo que hacía en darle por esposo a Periandro, que, puesto que sus habilidades acreditaban su valor, todavía sería bueno no arrojarse sin que primero la experiencia y el trato de algunos días le asegurase; y diera ella, por que en aquel punto se le dieran por esposo, todo el bien que acertara a desearse en este mundo, los siglos que tuviera de vida: que las doncellas virtuosas y principales, uno dice la lengua y otro piensa el corazón.

Esto pasaron Policarpo y su hija, y en otra estancia se movió otra conversación y plática entre Rutilio y Clodio. Era Clodio, como se ha visto en lo que de su vida y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de donde le na-

cía ser gentil maldiciente: que el tonto y simple, ni sabe murmurar ni maldecir; y aunque no es bien decir bien mal, como ya otra vez se ha dicho, con todo esto, alaban al maldiciente discreto: que la agudeza maliciosa no hay conversación que no la ponga en punto y de sabor, como la sal a los manjares, y, por lo menos, al maldiciente agudo, si le vituperan y condenan por perjudicial, no dejan de absolverle y alabarle por discreto. Este, pues, nuestro murmurador, a quien su lengua desterró de su patria en compañía de la torpe y viciosa Rosamunda, habiendo dado igual pena el rey de Inglaterra a su maliciosa lengua como a la torpeza de Rosamunda, hallándose solo con Rutilio, le dijo:

—Mira, Rutilio; necio es, y muy necio, el que, descubriendo un secreto a otro, le pide encarecidamente que le calle, porque le importa la vida en que lo que le dice no se sepa. Digo yo ahora: ven acá, descubridor de tus pensamientos y derramador de tus secretos; si a ti, con importarte la vida, como dices, los descubres al otro a quien se los dices, que no le importa nada el descubrirlos, ¿cómo quieres que los cierre y recoja debajo de la llave del silencio? ¿Qué mayor seguridad puedes tomar de que no se sepa lo que sabes sino no decillo? Todo esto sé, Rutilio, y, con todo esto, me salen a la lengua y a la boca ciertos pensamientos, que rabian por que los ponga en voz y los arroje en las plazas antes que se me pudran en el pecho o reviente con ellos. Ven

acá, Rutilio: ¿qué hace aquí este Arnaldo, siguiendo el cuerpo de Auristela como si fuese su misma sombra, dejando su reino a la discreción de su padre, viejo y quizá caduco, perdiéndose aquí, anegándose allí, llorando acá, suspirando acullá, lamentándose amargamente de la fortuna que él mismo se fabrica? ¿Qué diremos desta Auristela y deste su hermano, mozos vagamundos, encubridores de su linaje, quizá por poner en duda si son o no principales? Que el que está ausente de su patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los padres que quisiere, y, con la discreción y artificio, parecer en sus costumbres que son hijos del Sol y de la Luna. No niego yo que no sea virtud digna de alabanza mejorarse cada uno; pero ha de ser sin perjuicio de tercero. El honor y la alabanza son premios de la virtud, que siendo firme y sólida se le deben; mas no se le debe a la ficticia y hipócrita. ¿Quién puede ser este luchador, este esgrimidor, este corredor y saltador, este Ganimedes, este lindo, este aquí vendido, acullá comprado, este Argos de esta ternera de Auristela, que apenas nos la deja mirar por brújula, que, ni sabemos, ni hemos podido saber deste par, tan sin par en hermosura, de dónde vienen ni a do van? Pero lo que más me fatiga de ellos es que, por los once cielos que dicen que hay, te juro, Rutilio, que no me puedo persuadir que sean hermanos, y que, puesto que lo sean, no puedo juzgar bien de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por

desiertos, por campañas, por hospedajes y mesones. Lo que gastan sale de las alforjas, saquillos y repuestos, llenos de pedazos de oro, de las bárbaras Ricla y Constanza. Bien veo que aquella cruz de diamantes y aquellas dos perlas que trae Auristela valen un gran tesoro; pero no son prendas que se cambian ni truecan por menudo. Pues pensar que siempre han de hallar reyes que los hospeden y príncipes que los favorezcan, es hablar en lo excusado. ¿Pues qué diremos, Rutilio, ahora, de la fantasía de Transila y de la astrología de su padre, ella que revienta de valiente, y él que se precia de ser el mayor judiciario del mundo? Yo apostaré que Ladislao, su esposo de Transila, tomará ahora estar en su patria, en su casa y en su reposo, aunque pasara por el estatuto y condición de los de su tierra, y no verse en la ajena, a la discreción del que quisiere darles lo que han menester. ¿Y este nuestro bárbaro español, en cuya arrogancia debe estar cifrada la valentía del orbe? Yo pondré que, si el cielo le lleva a su patria, que ha de hacer corrillos de gente, mostrando a su mujer y a sus hijos envueltos en sus pellejos, pintando la isla bárbara en un lienzo y señalando con una vara el lugar do estuvo encerrado quince años, la mazmorra de los prisioneros, y la esperanza inútil y ridícula de los bárbaros, y el incendio no pensado de la isla; bien así como hacen los que, libres de la esclavitud turquesca, con las cadenas al hombro, habiéndolas quitado de los pies, cuentan

sus desventuras con lastimeras voces y humildes plegarias en tierra de cristianos. Pero esto pase, que, aunque parezca que cuentan imposibles, a mayores peligros está sujeta la condición humana, y los de un desterrado, por grandes que sean, pueden ser creederos.

—¿Adónde vas a parar, oh Clodio?—dijo Rutilio.

—Voy a parar—respondió Clodio—en decir de ti que mal podrás usar tu oficio en estas regiones, donde sus moradores no danzan ni tienen otros pasatiempos sino lo que les ofrece Baco, en sus tazas risueño y en sus bebidas lascivo; pararé también en mí, que, habiendo escapado de la muerte por la benignidad del cielo y por la cortesía de Arnaldo, ni al cielo doy gracias ni a Arnaldo tampoco; antes querría procurar que, aunque fuese a costa de su desdicha, nosotros enmendásemos nuestra ventura. Entre los pobres pueden durar las amistades, porque la igualdad de la fortuna sirve de eslabonar los corazones; pero entre los ricos y los pobres no puede haber amistad duradera, por la desigualdad que hay entre la riqueza y la pobreza.

—Filósofo estás, Clodio—replicó Rutilio—; pero yo no puedo imaginar qué medio podremos tomar para mejorar, como dices, nuestra suerte, si ella comenzó a no ser buena desde nuestro nacimiento. Yo no soy tan letrado como tú; pero bien alcanzo que los que nacen de padres humildes, si no los ayuda demasiadamente el cielo,

ellos por sí solos pocas veces se levantan adonde sean señalados con el dedo, si la virtud no les da la mano. ¿Pero a ti, quién te la ha de dar, si la mayor que tienes es decir mal de la misma virtud; y a mí, quién me ha de levantar, pues, cuando más lo procure, no podré subir más de lo que se alza una cabriola? Yo danzador, tú murmurador; yo condenado a la horca en mi patria, tú desterrado de la tuya por maldiciente; mira qué bien podremos esperar que nos mejore.

Suspendióse Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspensión dió fin a este capítulo el autor desta grande historia.

CAPITULO VI

DEL SEGUNDO LIBRO

Todos tenían con quien comunicar sus pensamientos: Policarpo, con su hija, y Clodio con Rutilio; sólo el suspenso Periandro los comunicaba consigo mismo: que le engendraron tantos las razones de Auristela, que no sabía a cuál acudir que le aliviase su pesadumbre.

—¡Válame Dios! ¿Qué es esto?—decía entre sí mismo—. ¿Ha perdido el juicio Auristela? ¡Ella mi casamentera! ¿Cómo es posible que haya dado al olvido nuestros conciertos? ¿Qué tengo yo que ver con Sinforosa? ¿Qué reinos ni qué riquezas me pueden a mí obligar a que deje a mi hermana Sigismunda, si no es dejando de ser yo Persiles?

En pronunciando esta palabra, se mordió la lengua, y miró a todas partes, a ver si alguno le escuchaba; y asegurándose que no, prosiguió diciendo:

—Sin duda, Auristela está celosa: que los celos se engendran, entre los que bien se quieren, del aire que pasa, del sol que toca y aun de la tierra que pisa. ¡Oh señora mía, mira lo que haces, no hagas agravio a tu valor ni a tu belleza,

ni me quites a mí la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad y firmeza me va labrando una inestimable corona de verdadero amante! Hermosa, rica y bien nacida es Sinforosa; pero, en tu comparación, es fea, es pobre y de linaje humilde. Considera, señora, que el amor nace y se engendra en nuestros pechos, o por elección, o por destino: el que por destino, siempre está en su punto; el que por elección, puede crecer o menguar, según pueden menguar o crecer las causas que nos obligan y mueven a quererlos. Y siendo esta verdad tan verdad como lo es, hallo que mi amor no tiene términos que le encierre ni palabras que le declare; casi puedo decir que desde las mantillas y fajas de mi niñez te quise bien, y aquí pongo yo la razón del destino; con la edad y con el uso de la razón, fué creciendo en mí el conocimiento, y fueron creciendo en ti las partes que te hicieron amable; vilas, contemplélas, conocílas, grabélas en mi alma, y de la tuya y la mía hice un compuesto tan uno y tan solo, que estoy por decir que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirlo. Deja, pues, bien mío, Sinforosas; no me ofrezcas ajenas hermosuras, ni me convides con imperios ni monarquías, ni dejes que suene en mis oídos el dulce nombre de hermano con que me llamas. Todo esto que estoy diciendo entre mí, quisiera decírtelo a ti por los mismos términos con que lo voy fraguando en mi imaginación; pero no será posible, porque la luz de tus ojos, y más si me miran airados, ha

de turbar mi vista y enmudecer mi lengua. Mejor será escribírtelo en un papel, porque las razones serán siempre unas, y las podrás ver muchas veces, viendo siempre en ellas una verdad misma, una fe confirmada y un deseo loable y digno de ser creído; y así, determino de escribirte.

Quietóse con esto algún tanto, pareciéndole que con más advertido discurso pondría su alma en la pluma que en la lengua. Dejemos escribiendo a Periandro, y vamos a oír lo que dice Sinforosa a Auristela, la cual Sinforosa, con deseo de saber lo que Periandro había respondido a Auristela, procuró verse con ella a solas y darle de camino noticia de la intención de su padre, creyendo que, apenas se le habría declarado, cuando alcanzase el sí de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas veces se desprecian las riquezas ni los señoríos, especialmente de las mujeres, que por naturaleza las más son codiciosas, como las más son altivas y soberbias. Cuando Auristela vió a Sinforosa, no le plugo mucho su llegada, porque no tenía qué responderle, por no haber visto más a Periandro; pero Sinforosa, antes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su padre, imaginándose que con aquellas nuevas que a Auristela llevaba, tan dignas de dar gusto, la tendría de su parte, en quien pensaba estar el todo de su buen suceso, y así le dijo:

—Sin duda alguna, bellísima Auristela, que los cielos te quieren bien, porque me parece que quie-

ren llover sobre ti venturas y más venturas. Mi padre, el rey, te adora, y conmigo te envía a decir que quiere ser tu esposo; y en albricias del sí que le has de dar, y yo se lo he de llevar, me ha prometido a Periandro por esposo. Ya, señora, eres reina; ya Periandro es mío; ya las riquezas te sobran, y si tus gustos en las canas de mi padre no te sobraren, sobrarte han en los del mando y en los de los vasallos, que estarán continuo atentos a tu servicio. Mucho te he dicho, amiga y señora mía, y mucho has de hacer por mí; que de un gran valor no se puede esperar menos que un grande agradecimiento. Comience en nosotras a verse en el mundo dos cuñadas que se quieren bien y dos amigas que sin doblez se amen, que sí verán, si tu discreción no se olvida de sí misma. Y dime agora qué es lo que respondió tu hermano a lo que de mí le dijiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple sería el que no recibiese tus consejos como de un oráculo.

A lo que respondió Auristela:

—Mi hermano Periandro es agradecido como principal caballero, y es discreto como andante peregrino: que el ver mucho y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres. Mis trabajos y los de mi hermano nos van leyendo en cuánto debemos estimar el sosiego, y pues que el que nos ofreces es tal, sin duda imagino que le habremos de admitir; pero hasta ahora no me ha respondido nada Periandro, ni de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza ni desmayarla. Da, ¡oh bella

Sinforosa!, algún tiempo al tiempo, y déjanos considerar el bien de tus promesas, porque, puestas en obra, sepamos estimarlas. Las obras que no se han de hacer más de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen; y el casamiento es una destas acciones, y así, es menester que se considere bien antes que se haga, puesto que los términos desta consideración los doy por pasados, y hallo que tú alcanzarás tus deseos y yo admitiré tus promesas y consejos. Y vete, hermana, y haz llamar de mi parte a Periandro, que quiero saber dél alegres nuevas que decirte y aconsejarme con él de lo que me conviene, como con hermano mayor, a quien debo tener respeto y obediencia.

Abrazóla Sinforosa y dejóla, por hacer venir a Periandro a que la viese; el cual, en este tiempo encerrado y solo, había tomado la pluma, y de muchos principios que en un papel borró y tornó a escribir, quitó y añadió; en fin, salió con uno que se dice decía desta manera:

“No he osado fiar de mi lengua lo que de mi pluma, ni aun della fío algo, pues no puede escribir cosa que sea de momento el que por instantes está esperando la muerte. Ahora vengo a conocer que no todos los discretos saben aconsejar en todos los casos; aquéllos, sí, que tienen experiencia, en aquellos sobre quien se les pide el consejo. Perdóname que no admito el tuyo, por parecerme, o que no me conoces, o que te has olvidado

de ti misma; vuelve, señora, en ti, y no te haga una vana presunción celosa salir de los límites de la gravedad y peso de tu raro entendimiento. Considera quién eres, y no se te olvide de quién yo soy, y verás en ti el término del valor que puede desearse y en mí el amor y la firmeza que puede imaginarse; y firmándote en esta consideración discreta, no temas que ajenas hermosuras me enciendan, ni imagines que a tu incomparable virtud y belleza otra alguna se anteponga. Sigamos nuestro viaje, cumplamos nuestro voto, y quédense aparte celos infructuosos y mal nacidas sospechas. La partida desta tierra solicitaré con toda diligencia y brevedad, porque me parece que, en salir della, saldré del infierno de mi tormento a la gloria de verte sin celos."

Esto fué lo que escribió Periandro, y lo que dejó en limpio al cabo de haber hecho seis borradores; y, doblando el papel, se fué a ver a Auristela, de cuya parte ya le habían llamado.

CAPITULO VII

DEL SEGUNDO LIBRO, DIVIDIDO EN DOS PARTES

(PRIMERA PARTE)

Rutilio y Clodio, aquellos dos que querían enmendar su humilde fortuna, confiados el uno de su ingenio y el otro de su poca vergüenza, se imaginaron merecedores el uno de Policarpa y el otro de Auristela; a Rutilio le contentó mucho la voz y el donaire de Policarpa, y a Clodio la sin igual belleza de Auristela, y andaban buscando ocasión como descubrir sus pensamientos sin que les viniese mal por declararlos: que es bien que tema un hombre bajo y humilde que se atreve a decir a una mujer principal lo que no había de atreverse a pensarlo siquiera; pero tal vez acontece que la desenvoltura de una poco honesta, aunque principal señora, da motivo a que un hombre humilde y bajo ponga en ella los ojos y le declare sus pensamientos. Ha de ser anejo a la mujer principal el ser grave, el ser compuesta y recatada, sin que por esto sea soberbia, desabrida y descuidada; tanto ha de parecer más humilde y más grave una mujer, cuanto es más señora. Pero en esto, dos caballeros y nuevos

amantes, no nacieron sus deseos de las desevol-
turas y poca gravedad de sus señoras; pero, naz-
can de do nacieren, Rutilio, en fin, escribió un pa-
pel a Policarpa y Clodio a Auristela, del tenor
que se sigue:

Rutilio a Policarpa.

“Señora, yo soy extranjero, y, aunque te diga
grandezas de mi linaje, como no tengo testigos
que las confirmen, quizá no hallarán crédito en
tu pecho, aunque, para confirmación de que soy
ilustre en linaje, basta que he tenido atrevimien-
to de decirte que te adoro. Mira qué pruebas
quieres que haga para confirmarte en esta ver-
dad, que a ti estará el pedir las y a mí el ha-
cerlas; y pues te quiero para esposa, imagina
que deseo como quien soy, y que merezco como
deseo: que de altos espíritus es aspirar a las co-
sas altas. Dame siquiera con los ojos respuesta
de este papel, que, en la blandura o rigor de tu
vista, veré la sentencia de mi muerte o de mi
vida.”

Cerró el papel Rutilio, con intención de dárse-
le a Policarpa, arrimándose al parecer de los que
dicen: díselo tú una vez, que no faltará quien se
lo acuerde ciento. Mostróselo primero a Clodio,
y Clodio le mostró a él otro que para Auristela
tenía escrito, que es éste que se sigue:

Clodio a Auristela.

“Unos entran en la red amorosa con el cebo de la hermosura, otros con los del donaire y gentileza, otros con los del valor que consideran en la persona a quien determinan rendir su voluntad; pero yo por diferente manera he puesto mi garganta a su yugo, mi cerviz a su coyunda, mi voluntad a sus fueros y mis pies a sus grillos, que ha sido por la de la lástima; que ¿cuál es el corazón de piedra que no la tendrá, hermosa señora, de verte vendida y comprada, y en tan estrechos pasos puesta, que has llegado al último de la vida por momentos? El hierro y despiadado acero ha amenazado tu garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la nieve tal vez te ha tenido yerta y el hambre enflaquecida y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mejillas, y, finalmente, el agua te ha sorbido y vomitado; y estos trabajos no sé con qué fuerzas los llevas, pues no te las pueden dar las pocas de un rey vagamundo, y que te sigue por sólo el interés de gozarte, ni las de tu hermano, si lo es, son tantas que te puedan alentar en tus miserias. No fies, señora, de promesas remotas, y arrímate a las esperanzas propincuas, y escoge un modo de vida que te asegure la que el cielo quisiere darte. Mozo soy, habilidad tengo para saber vivir en los más últimos rincones de la tierra; yo daré traza cómo sacarte de ésta y librate

de las importunaciones de Arnaldo, y, sacándote de este Egipto, te llevaré a la tierra de promisión, que es España, o Francia, o Italia, ya que no puedo vivir en Inglaterra, dulce y amada patria mía, y, sobre todo, me ofrezco a ser tu esposo, y desde luego te acepto por mi esposa.”

Habiendo oído Rutilio el papel de Clodio, dijo:
—Verdaderamente, nosotros estamos faltos de juicio, pues nos queremos persuadir que podemos subir al cielo sin alas, pues las que nos da nuestra pretensión son las de la hormiga. Mira, Clodio, yo soy de parecer que rasguemos estos papeles, pues no nos ha forzado a escribirlos ninguna fuerza amorosa, sino una ociosa y baldía voluntad: porque el amor ni nace ni puede crecer si no es al arrimo de la esperanza, y faltando ella falta él de todo punto. Pues ¿por qué queremos aventurarnos a perder y no a ganar en esta empresa? Que el declararla y el ver a nuestras gargantas arrimado el cordel o el cuchillo, ha de ser todo uno; demás, que, por mostrarnos enamorados, habremos de parecer, sobre desagradecidos, traidores. ¿Tú no ves la distancia que hay de un maestro de danzar que enmendó su oficio con aprender el de platero, a una hija de un rey, y la que hay de un desterrado murmurador a la que desecha y menosprecia reinos? Mordámonos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento a do ha llegado nuestra necesidad.

A lo menos, este mi papel se dará primero al fuego o al viento que a Policarpa.

—Haz tú lo que quisieres del tuyo—respondió Clodio—, que el mío, aunque no le dé a Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio; aunque temo que, si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de haber tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas las veces daña.

Estas razones pasaron entre los dos fingidos amantes y atrevidos y necios de veras. Llegóse, en fin, el punto de hablar a solas Periandro con Auristela, y entró a verla, con intención de darle el papel que había escrito; pero, así como la vió, olvidándose de todos los discursos y disculpas que llevaba prevenidas, le dijo:

—Señora, mírame bien, que yo soy Periandro, que fuí el que fué Persiles, y soy el que tú quieres que sea Periandro. El nudo con que están atadas nuestras voluntades, nadie le puede desatar sino la muerte; y, siendo esto así, ¿de qué te sirve darme consejos tan contrarios a esta verdad? Por todos los cielos, y por ti misma, más hermosa que ellos, te ruego que no nombres más a Sinforosa, ni imagines que su belleza ni sus tesoros han de ser parte a que yo olvide las minas de tus virtudes y la hermosura incomparable tuya, así del cuerpo como del alma. Esta mía, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecí la vez primera que mis ojos te vieron, por-

que no hay cláusula que añadir a la obligación en que quedé de servirte, el punto que en mis potencias se imprimió el conocimiento de tus virtudes. Procura, señora, tener salud, que yo procuraré la salida de esta tierra, y dispondré lo mejor que pudiere nuestro viaje: que, aunque Roma es el cielo de la tierra, no está puesta en el cielo, y no habrá trabajos ni peligros que nos nieguen del todo el llegar a ella, puesto que los haya para dilatar el camino; tente al tronco y a las ramas de tu mucho valor, y no imagines que ha de haber en el mundo quien se le oponga.

En tanto que Periandro esto decía, le estaba mirando Auristela con ojos tiernos, y con lágrimas de celos y compasión nacidas; pero, en fin, haciendo efeto en su alma las amorosas razones de Periandro, dió lugar a la verdad que en ellas venía encerrada, y respondióle seis u ocho palabras, que fueron:

—Sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo; confiada, te pido que con brevedad salgamos desta tierra: que, en otra, quizá convaleceré de la enfermedad celosa que en este lecho me tiene.

—Si yo hubiera dado, señora—respondió Periandro—, alguna ocasión a tu enfermedad. llevara en paciencia tus quejas, y en mis disculpas hallaras tú el remedio de tus lástimas; pero como no te he ofendido, no tengo de qué disculparme. Por quien eres, te suplico que alegres los corazones de los que te conocen, y sea brevemente,

pues faltando la ocasión de tu enfermedad, no hay para qué nos mates con ella. Pondré, en efecto, lo que me mandas; saldremos desta tierra con la brevedad posible.

—¿Sabes cuánto te importa, Periandro?—respondió Auristela—; pues has de saber que me van lisonjeando promesas y apretando dádivas, y no como quiera, que, por lo menos, me ofrecen este reino. Policarpo el rey quiere ser mi esposo; háme'lo enviado a decir con Sinforosa, su hija, y ella, con el favor que piensa tener en mí siendo su madrastra, quiere que seas su esposo. Si esto puede ser, tú lo sabes, y si estamos en peligro, considéralo, y, conforme a esto, aconséjate con tu discreción y busca el remedio que nuestra necesidad pide. Y perdóname, que la fuerza de las sospechas han sido las que me han forzado a ofenderte; pero estos yerros fácilmente los perdona el amor.

—Dél se dice—replicó Periandro—que no puede estar sin celos, los cuales, cuando de débiles y flacas ocasiones nacen, le hacen crecer, sirviendo de espuelas a la voluntad, que, de puro confiada, se entibia, o, a lo menos, parece que se desmaya. Y, por lo que debes a tu buen entendimiento, te ruego que, de aquí adelante, me mires, no con mejores ojos, pues no los puede haber en el mundo tales como los tuyos, sino con voluntad más llana y menos puntuosa, no levantando algún descuido mío, más pequeño que un grano de mostaza, a ser monte que llegue a los cielos, llegando a los celos; y,

en lo demás, con tu buen juicio entretén al rey y a Sinforosa, que no la ofenderás en fingir palabras que se encaminan a conseguir buenos deseos. Y queda en paz, no engendre en algún mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga plática.

Con esto la dejó Periandro, y, al salir de la estancia, encontró con Clodio y Rutilio: Rutilio, acabando de romper el papel que había escrito a Policarpa, y Clodio, doblando el suyo para ponérselo en el seno; Rutilio, arrepentido de su loco pensamiento, y Clodio, satisfecho de su habilidad y ufano de su atrevimiento; pero andaré el tiempo, y llegará el punto donde diera él por no haberle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas pueden partirse.

CAPÍTULO VII

DEL SEGUNDO LIBRO

(SEGUNDA PARTE)

Andaba el rey Policarpo alborozado con sus amorosos pensamientos, y deseoso, además, de saber la resolución de Auristela, tan confiado y tan seguro que había de corresponder a lo que deseaba, que ya consigo mismo trazaba las bodas, concertaba las fiestas, inventaba las galas, y aun hacía mercedes en esperanza del venidero matrimonio. Pero, entre todos estos disinios, no tomaba el pulso a su edad, ni igualaba con discreción la disparidad que hay de diez y siete años a setenta, y, cuando fueran sesenta, es también grande la distancia: así halagan y lisonjean los lascivos deseos las voluntades, así engañan los gustos imaginados a los grandes entendimientos, así tiran y llevan tras sí las blandas imaginaciones a los que no se resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamientos estaba Sinforosa, que no se aseguraba de su suerte, por ser cosa natural que, quien mucho desea, mucho teme; y las cosas que podían poner alas a su esperanza, como eran su valor, su linaje y hermosura, esas mismas se

las cortaban, por ser propio de los amantes rendidos pensar siempre que no tienen partes que merezcan ser amadas de los que bien quieren. Andan el amor y el temor tan apareados, que, a doquiera que volváis la cara, los veréis juntos; y no es soberbio el amor, como algunos dicen, sino humilde, agradable y manso, y tanto, que suele perder de su derecho por no dar a quien bien quiere pesadumbre, y más que, como todo amante tiene en sumo precio y estima la cosa que ama, huye de que de su parte nazca alguna ocasión de perderla. Todo esto, con mejores discursos que su padre, consideraba la bella Sinforosa, y, entre temor y esperanza puesta, fué a ver a Auristela y a saber della lo que esperaba y temía. En fin: se vió Sinforosa con Auristela, y sola, que era lo que ella más deseaba; y era tanto el deseo que tenía de saber las nuevas de su buena o mala andanza, que, así como entró a verla, sin que la hab'ase palabra, se la puso a mirar ahincadamente, por ver si en los movimientos de su rostro le daba señales de su vida o muerte. Entendióla Auristela, y, a media risa, quiero decir, con muestras alegres, le dijo:

—Llegaos, señora, que a la raíz del árbol de vuestra esperanza no ha puesto el temor segur para cortar. Bien es verdad que vuestro bien y el mío se han de dilatar algún tanto; pero, en fin, llegarán, porque, aunque hay inconvenientes que suelen impedir el cumplimiento de los justos deseos, no por eso ha de tener la desesperación fuer-

zas para no esperalle. Mi hermano dice que el conocimiento que tiene de tu valor y hermosura no solamente le obliga, pero que le fuerza a quererte, y tiene a bien y a merced particular la que le haces en querer ser suya; pero antes que venga a tan dichosa posesión, ha menester defraudar las esperanzas que el príncipe Arnaldo tiene de que yo he de ser su esposa, y sin duda lo fuera yo si el serlo tú de mi hermano no lo estorbara: que has de saber, hermana mía, que así puedo yo vivir sin Periandro como puede vivir un cuerpo sin alma: allí tengo de vivir donde él viviere: él es el espíritu que me mueve y el alma que me anima; y siendo esto así, y él se casa en esta tierra contigo, ¿cómo podré yo vivir en la de Arnaldo en ausencia de mi hermano? Para excusar este desmán que me amenaza, ordena que nos vamos con él a su reino, desde el cual le pediremos licencia para ir a Roma a cumplir un voto cuyo cumplimiento nos sacó de nuestra tierra; y está claro, como la experiencia me lo ha mostrado, que no ha de salir un punto de mi voluntad. Puestos, pues, en nuestra libertad, fácil cosa será dar la vuelta a esta isla, donde, burlando sus esperanzas, veamos el fin de las nuestras, yo casándome con tu padre, y mi hermano contigo.

A lo que respondió Sinforosa:

—No sé, hermana, con qué palabras podré encarecer la merced que me has hecho con las que me has dicho, y así la dejaré en su punto, porque no sé cómo explicarlo; pero esto que ahora decir-

te quiero, recíbelo antes por advertimiento que por consejo: ahora estás en esta tierra, y en poder de mi padre, que te podrá y querrá defender de todo el mundo, y no será bien que se ponga en contingencia la seguridad de tu posesión. No le ha de ser posible a Arnaldo llevaros por fuerza a ti y a tu hermano, y hale de ser forzoso, si no querer, a lo menos consentir lo que mi padre quiere, que le tiene en su reino y en su casa. Asegúrame tú, ¡oh hermana!, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor y esposo; que yo te daré llanas todas las dificultades e inconvenientes que para llegar a este efeto pueda poner Arnaldo.

A lo que respondió Auristela.

—Los varones prudentes, por los casos pasados y por los presentes, juzgan los que están por venir. A hacernos fuerza pública o secreta tu padre en nuestra detención, ha de irritar y despertar la cólera de Arnaldo, que en fin es rey poderoso, a lo menos lo es más que tu padre, y los reyes, burlados y engañados, fácilmente se acomodan a vengarse; y así, en lugar de haber recibido con nuestro parentesco gusto, recibiríades daño, trayéndoos la guerra a vuestras mismas casas. Y si dejeres que este temor se ha de tener siempre, ora nos quedemos aquí, ora volvamos después, considerando que nunca los cielos aprietan tanto los males que no dejen alguna luz con que se descubra la de su remedio, soy de pare-

cer que nos vamos con Arnaldo, y que tú misma, con tu discreción y aviso, solicites nuestra partida: que en esto solicitarás y abreviarás nuestra vuelta, y aquí, si no en reinos tan grandes como los de Arnaldo, a lo menos en paz más segura, gozaré yo de la prudencia de tu padre y tú de la gentileza y bondad de mi hermano, sin que se dividan y aparten nuestras almas.

Oyendo las cuales razones, Sinforosa, loca de contento, se abalanzó a Auristela y le echó los brazos al cuello, midiéndole la boca y los ojos con sus hermosos labios. En esto vieron entrar por la sala a los dos, al parecer, bárbaros, padre y hijo, y a Ricla y Constanza, y luego, tras ellos, entraron Mauricio, Ladislao y Transila, deseosos de ver y hablar a Auristela y saber en qué punto estaba su enfermedad, que los tenía a ellos sin salud. Despidióse Sinforosa más alegre y más engañada que cuando había entrado: que los corazones enamorados creen con mucha facilidad aun las sombras de las promesas de su gusto. El anciano Mauricio, después de haber pasado con Auristela las ordinarias preguntas y respuestas que suelen pasar entre los enfermos y los que los visitan, dijo:

—Si los pobres, aunque mendigos, suelen llevar con pesadumbre el verse desterrados o ausentes de su patria, donde no dejaron sino los terrones que los sustentaban, ¿qué sentirán los ausentes que dejaron en su tierra los bienes que de la fortuna pudieran prometerse? Digo esto, seño-

ra, porque mi edad, que con presurosos pasos me va acercando al último fin, me hace desear verme en mi patria, adonde mis amigos, mis parientes y mis hijos me cierren los ojos y me den el último vale. Este bien y merced conseguiremos todos cuantos aquí estamos, pues todos somos extranjeros y ausentes, y todos, a lo que creo, tenemos en nuestras patrias lo que no hallaremos en las ajenas, si tú, señora, quisieres solicitar nuestra partida, o, a lo menos, teniendo por bien que nosotros la procuremos, puesto que no será posible el dejarte, porque tu generosa condición y rara hermosura, acompañada de la discreción, que admira, es la piedra imán de nuestras voluntades

—A lo menos—dijo a esta sazón Antonio el padre—, de la mía y de las de mi mujer y hijos lo es de suerte, que primero dejaré la vida que dejar la compañía de la señora Auristela, si es que ella no se desdeña de la nuestra.

—Yo os agradezco, señores—respondió Auristela—, el deseo que me habéis mostrado, y aunque no está en mi mano corresponder a él como debía, todavía haré que le pongan en efeto el príncipe Arnaldo y mi hermano Periandro, sin que sea parte mi enfermedad, que ya es salud, a impedirle. En tanto, pues, que llega el día y punto de nuestra partida, ensanchad los corazones, y no déis lugar que reine en ellos la malencolía, ni penséis en peligros venideros; que, pues el cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobrevengan, nos llevará a nuestras

dulces patrias: que los males que no tienen fuerzas para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia.

Admirados quedaron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubrió su corazón piadoso y su discreción admirable. Entró en este instante el rey Policarpo, alegre sobremañera, porque ya había sabido de Sinforosa, su hija, las prometidas esperanzas del cumplimiento de sus entre castos y lascivos deseos: que los ímpetus amorosos que suelen parecer en los ancianos se cubren y disfrazan con la capa de la hipocresía: que no hay hipócrita, si no es conocido por tal, que dañe a nadie sino a sí mismo, y los viejos, con la sombra del matrimonio, disimulan sus depravados apetitos. Entraron con el rey Arnaldo y Periandro, y dándole el parabién a Auristela de la mejoría, mandó el rey que aquella noche, en señal de la merced que del cielo todos en la mejoría de Auristela habían recibido, se hiciesen luminarias en la ciudad, y fiestas y regocijos ocho días continuos. Periandro lo agradeció, como hermano de Auristela, y Arnaldo, como amante que pretendía ser su esposo. Regocijábase Policarpo allá entre sí mismo, en considerar cuán suavemente se iba engañando Arnaldo, el cual, admirado con la mejoría de Auristela, sin que supiese los disinios de Policarpo, buscaba modos de salir de su ciudad, pues tanto cuanto más se dilataba su partida, tanto más, a su parecer, se alongaba el cumplimiento de su

deseo. Mauricio, también deseoso de volver a su patria, acudió a su ciencia, y halló en ella que grandes dificultades habían de impedir su partida; comunicólas con Arnaldo y Periandro, que ya habían sabido los intentos de Sinforosa y Policarpo, que les puso en mucho cuidado, por saber cierto, cuando el amoroso deseo se apodera de los pechos poderosos, suele romper por cualquiera dificultad, hasta llegar al fin de ellos; no se miran respetos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones; y así, no había para qué fiarse en las pocas o ninguna en que Policarpo les estaba. En resolución: quedaron los tres de acuerdo que Mauricio buscara un bajel, de muchos que en el puerto estaban, que los llevase a Inglaterra secretamente, que para embarcarse no faltaría modo conveniente, y que en este entretanto no mostrase ninguno señales de que tenían noticias de los disinios de Policarpo. Todo esto se comunicó con Auristela, la cual aprobó su parecer, y entró en nuevos cuidados de mirar por su salud y por la de todos.

CAPITULO VIII

DEL SEGUNDO LIBRO

Da Clodio el papel a Auristela; Antonio, el bárbaro, le mata por yerro.

Dice la historia que llegó a tanto la insolencia, o, por mejor decir, la desvergüenza de Clodio, que tuvo atrevimiento de poner en las manos de Auristela el desvergonzado papel que le había escrito, engañada con que le dijo que eran unos versos devotos, dignos de ser leídos y estimados. Abrió Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dió lugar al enojo para dejalle de leer hasta el cabo; leyóle, en fin, y volviéndole a cerrar, puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz, como las más veces solía, sino centellas de rabioso fuego, le dijo:

—Quítateme de delante, hombre maldito y desvergonzado: que si la culpa deste tu atrevido disparate entendiera que había nacido de algún descuido mío que menoscabara mi crédito y mi honra, en mí misma castigara tu atrevimiento; el cual no ha de quedar sin castigo, si ya entre

tu locura y mi paciencia no se pone el tenerte lástima.

Quedó atónito Clodio, y diera él por no haberse atrevido la mitad de la vida, como ya se ha dicho; rodeáronle luego el alma mil temores, y no se daba más término de vida que lo que tardasen en saber su bellaquería Arnaldo o Periandro; y, sin replicar palabra, bajó los ojos, volvió las espaldas, y dejó sola a Auristela, cuya imaginación ocupó un temor, no vano, sino muy puesto en razón, de que Clodio, desesperado, había de dar en traidor, aprovechándose de los intentos de Policarpo, si acaso a su noticia viniese, y determinó darla de aquel caso a Periandro y Arnaldo.

Sucedió en este tiempo que, estando Antonio el mozo solo en su aposento, entró a deshora una mujer en él, de hasta cuarenta años de edad, que, con el brío y donaire, debía de encubrir otros diez, vestida, no al uso de aquella tierra, sino al de España, y aunque Antonio no conocía de usos sino de los que había visto en los de la bárbara isla donde se había criado y nacido, bien concció ser extranjera de aquella tierra. Levantóse Antonio a recibirla cortésmente, porque no era tan bárbaro que no fuese bien criado; sentáronse, y la dama—si en tantos años de edad es justo se le dé este nombre—, después de haber estado atenta mirando el rostro de Antonio, dijo:

—Parecérte ha novedad, ¡oh mancebo!, esta mi venida a verte, porque no debes de estar en uso

de ser visitado de mujeres, habiéndote criado, según he sabido, en la isla bárbara, y no entre bárbaros, sino entre riscos y peñas, de las cuales, si como sacaste la belleza y brío que tienes, has sacado también la dureza de las entrañas, la blandura de las mías temo que no me ha de ser de provecho. No te desvíes, sosiégate y no te alborotes, que no está hablando contigo algún monstruo ni persona que quiera decirte ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana; mira que te hablo español, que es la lengua que tú sabes, cuya conformidad suele engendrar amistad entre los que no se conocen. Mi nombre es Zenotia; soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del reino de Granada; conocida por mi nombre en todos los de España, y aun entre otros muchos, porque mi habilidad no consiente que mi nombre se encubra, haciéndome conocida mis obras. Salí de mi patria habrá cuatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores que en aquel reino tienen del católico rebaño; mi stirpe es agarena; mis ejercicios, los de Zoroastes, y en ellos soy única. ¿Ves este Sol que nos alumbró? Pues si, para señal de lo que puedo, quieres que le quite los rayos y le asombre con nubes, pídemelo, que haré que a esta claridad suceda en un punto oscura noche; o ya, si quisieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras, u otras espantosas señales que nos representen la con-

fusión del caos primero, pídelo, que tú quedarás satisfecho y yo acreditada. Has de saber asimismo que en aquella ciudad de Alhama siempre ha habido alguna mujer de mi nombre, la cual, con el apellido de Zenotia, hereda esta ciencia, que no nos enseña a ser hechiceras, como algunos nos llaman, sino a ser encantadoras y magas, nombres que nos vienen más al propio. Las que son hechiceras, nunca hacen cosa que para alguna cosa sea de provecho: ejercitan sus burlerías con cosas, al parecer, de burlas, como son habas mordidas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeza y cabellos cortados en crecientes o menguantes de Luna; usan de caracteres que no entienden, y, si algo alcanzan, tal vez, de lo que pretenden, es, no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite, para mayor condenación suya, que el demonio las engañe. Pero nosotras, las que tenemos nombre de magas y de encantadoras, somos gente de mayor cuantía: tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los cielos, sabemos la virtud de las hierbas, de las plantas, de las piedras, de las palabras, y, juntando lo activo a lo pasivo, parece que hacemos milagros, y nos atrevemos a hacer cosas tan estupendas, que causan admiración a las gentes, de donde nace nuestra buena o mala fama: buena, si hacemos bien con nuestra habilidad; mala, si hacemos mal con ella. Pero como la naturaleza parece que nos inclina antes al mal que al bien, no podemos tener tan a raya los deseos, que no se

deslicen a procurar el mal ajeno; que ¿quién quitará al airado y ofendido que no se vengue? ¿Quién al amante desdeñado que no quiera, si puede, reducir a ser querido del que le aborrece? Puesto que en mudar las voluntades, sacralas de su quicio, como esto es ir contra el libre albedrío, no hay ciencia que lo pueda, ni virtud ni hierbas que lo alcancen.

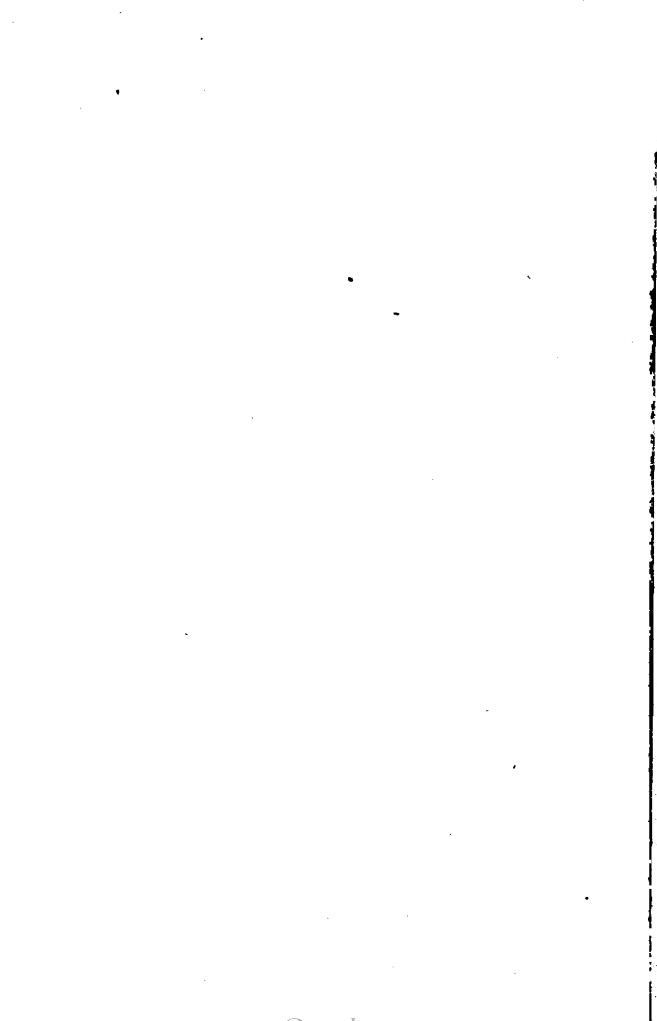
A todo esto que la española Zenotia decía, la estaba mirando Antonio, con deseo grande de saber qué suma tendría tan larga cuenta; pero la Zenotia prosiguió diciendo:

—Dígame, en fin, bárbaro discreto, que la persecución de los que llaman inquisidores en España me arrancó de mi patria, que cuando se sale por fuerza della, antes se puede llamar arrancada que salida. Vine a esta isla por extraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, volviendo la cabeza atrás, pensando que me mordían las faldas los perros, que aun hasta aquí temo; dime presto a conocer al rey antecesor de Policarpo; hice algunas maravillas, con que dejé maravillado al pueblo; procuré hacer vendible mi ciencia tan en mi provecho, que tengo juntos más de treinta mil escudos en oro; y, estando atenta a esta ganancia, he vivido castamente, sin procurar otro algún deleite, ni le procurara si mi buena o mi mala fortuna no te hubieran traído a esta tierra, que en tu mano está darme la suerte que quisieres. Si te parezco fea, yo haré de modo que me juzgues por her-

mosa; si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alarga tu deseo y ensancha los sacos de la codicia y los senos, y comienza desde luego a contar cuantos dineros acertares a desear. Para tu servicio sacaré las perlas que encubren las conchas del mar, rendiré y traeré a tus manos las aves que rompen el aire, haré que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra, haré que brote del abismo lo más precioso que en él se encierra, haréte invencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra; en fin, enmendaré tu suerte de manera que seas siempre envidiado, y no envidioso. Y, en cambio destes bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava: que, para ser tu esclava, no es menester que me tengas voluntad como para ser esposa, y, como yo sea tuya, en cualquier modo que lo sea, viviré contenta. Comienza, pues, ¡oh generoso mancebo!, a mostrarte prudente, mostrándote agradecido: mostrarte has prudente, si, antes que me agradezcas estos deseos, quisieres hacer experiencia de mis obras; y, en señal de que así lo harás, alégrame el alma ahora con darme alguna señal de paz, dándome a tocar tu valerosa mano.

Y diciendo esto, se levantó para ir a abrazarle. Antonio, viendo lo cual, lleno de confusión, como si fuera la más retirada doncella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso a defenderle, y, levantándose, fué a tomar su arco, que siempre, o le

traía consigo, o le tenía junto a sí, y poniendo en él una flecha, hasta veinte pasos desviados de la Zenotia, le encaró la flecha. No le contentó mucho a la enamorada dama la postura amenazadora de muerte de Antonio, y, por huir el golpe, desvió el cuerpo, y pasó la flecha volando por junto a la garganta—en esto más bárbaro Antonio de lo que parecía en su traje—. Pero no fué el golpe de la flecha en vano, porque a este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio, que le sirvió de blanco, y le pasó la boca y la lengua, y le dejó la vida en perpetuo silencio: castigo merecido a sus muchas culpas. Volvió la Zenotia la cabeza, vió el mortal golpe que había hecho la flecha, temió la segunda, y, sin aprovecharse de lo mucho que con su ciencia se prometía, llena de confusión y de miedo, tropezando aquí y cayendo allí, salió del aposento, con intención de vengarse del cruel y desamorado mozo.



CAPITULO IX

DEL SEGUNDO LIBRO

No le quedó sabrosa la mano a Antonio del golpe que había hecho; que, aunque acertó errando, como no sabía las culpas de Clodio y había visto la de la Zenotia, quisiera haber sido mejor certero. Llegóse a Clodio, por ver si le quedaban algunas reliquias de vida, y vió que todas se las había llevado la muerte; cayó en la cuenta de su yerro, y túvose verdaderamente por bárbaro. Entró en esto su padre, y, viendo la sangre y el cuerpo muerto de Clodio, conoció por la flecha que aquel golpe había sido hecho por la mano de su hijo; preguntósele, y respondióle que sí; quiso saber la causa, y también se le dijo; admiróse el padre; lleno de indignación, le dijo:

—Ven acá, bárbaro; si a los que te aman y te quieren procuras quitar la vida, ¿qué harás a los que te aborrecen? Si tanto presumes de casto y honesto, defiende tu castidad y honestidad con el sufrimiento, que los peligros semejantes no se remedian con las armas ni con esperar los encuentros, sino con huir de ellos.

Bien parece que no sabes lo que le sucedió a aquel mancebo hebreo que dejó la capa en manos de la lasciva señora que le solicitaba. Dejarás tú, ignorante, esa tosca piel que trae vestida y ese arco con que presumes vencer a la misma valentía; no le armaras contra la blandura de una mujer rendida, que cuando lo está rompe por cualquier inconveniente que a su deseo se oponga. Si con esta condición pasas adelante en el discurso de tu vida, por bárbaro serás tenido, hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo que ofendas a Dios en ningún modo, sino que reprehendas y no castigues a las que quisieren turbar tus honestos pensamientos; y aparéjate para más de una batalla, que la verdura de tus años y el gallardo brío de tu persona, con muchas batallas te amenazan; y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás, y, sin alcanzar tus deseos, te alcanzará la muerte en ellos.

Escuchaba Antonio a su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonzoso como arrepentido. Y lo que le respondió, fué:

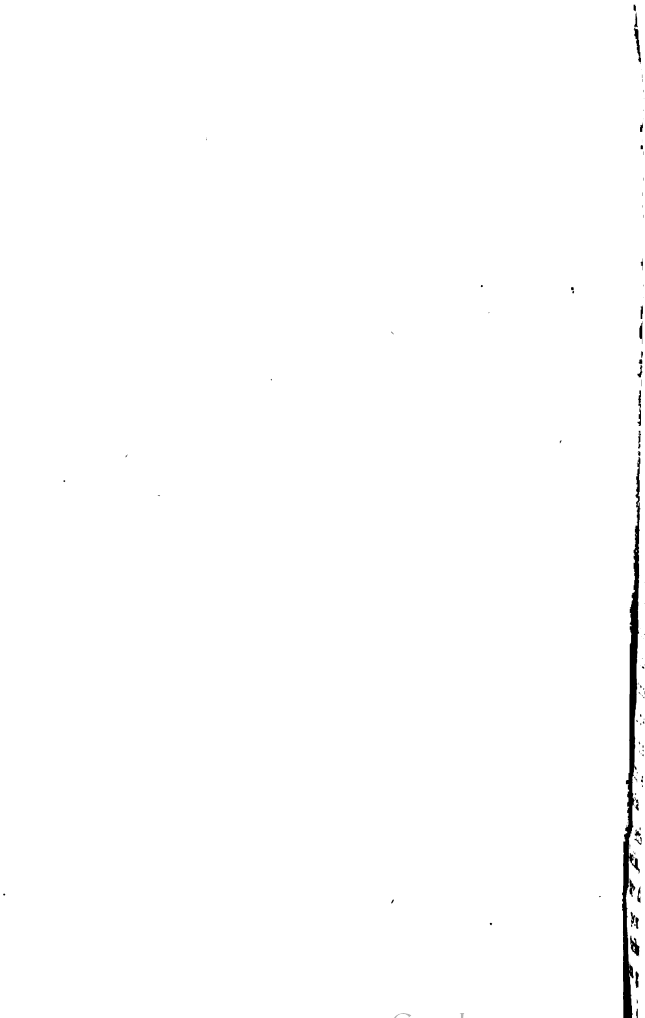
—No mires, señor, lo que hice, y pésame de haberlo hecho; procuraré enmendarme de aquí adelante, de modo que no parezca bárbaro por riguroso ni lascivo por manso; dése orden de enterrar a Clodio, y de hacerle la satisfacción más conveniente que ser pudiere.

Ya en esto había volado por el palacio la muerte de Clodio, pero no la causa de ella, porque

la encubrió la enamorada Zenotia, diciendo sólo que, sin saber por qué, el bárbaro mozo le había muerto. Llegó esta nueva a oídos de Auristela, que aun se tenía el papel de Clodio en las manos, con intención de mostrárselo a Periandro o a Arnaldo, para que castigasen su atrevimiento; pero viendo que el cielo había tomado a su cargo el castigo, rompió el papel, y no quiso saliesen a luz las culpas de los muertos; consideración tan prudente como cristiana. Y bien que Policarpo se alborotó con el suceso, teniéndose por ofendido de que nadie en su casa vengase sus injurias, no quiso averiguar el caso, sino remitióselo al príncipe Arnaldo, el cual, a ruego de Auristela y al de Transila, perdonó a Antonio y mandó enterrar a Clodio, sin averiguar la culpa de su muerte, creyendo ser verdad lo que Antonio decía, que por yerro le había muerto, sin descubrir los pensamientos de Zenotia, porque a él no le tuviesen de todo en todo por bárbaro. Pasó el rumor del caso, enterraron a Clodio, quedó Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergara género de venganza alguna, así como albergaba en el de la Zenotia, que bebía, como dicen, los vientos imaginando cómo vengarse del cruel flechero, el cual, de allí a dos días, se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto descaecimiento, que los médicos dijeron que se le acababa la vida, sin conocer de qué enfermedad. Lloraba Riela, su madre, y su padre Antonio tenía de dolor el corazón consumido; no se podía ale-

grar Auristela ni Mauricio; Ladislao y Transila sentían la misma pesadumbre; viendo lo cual, Policarpo acudió a su consejera Zenotia, y le rogó procurase algún remedio a la enfermedad de Antonio, la cual, por no conocerla los médicos, ellos no sabían hallarle. Ella le dió buenas esperanzas, asegurándole que de aquella enfermedad no moriría; pero que convenía dilatar algún tanto la cura. Creyóla Policarpo como si se lo dijera un oráculo. De todos estos sucesos no le pesaba mucho a Sinforosa, viendo que por ellos se detendría la partida de Periandro, en cuya vista tenía librado el alivio de su corazón; que, puesto que deseaba que se partiese, pues no podía volver si no se partía, tanto gusto le daba el verle, que no quisiera que se partiera. Llegó una sazón y coyuntura donde Policarpo y sus dos hijas, Arnaldo, Periandro y Auristela, Mauricio, Ladislao y Transila, y Rutilio, que después que escribió el billete a Policarpa, aunque le había roto, de arrepentido andaba triste y pensativo, bien así como el culpado, que piensa que cuantos le miran son sabidores de su culpa, digo que la compañía de los ya nombrados se halló en la estancia del enfermo Antonio, a quien todos fueron a visitar, a pedimiento de Auristela, que ansí a él como a sus padres los estimaba y quería mucho, obligada del beneficio que el mozo bárbaro le había hecho cuando los sacó del fuego de la isla y la llevó al serrallo de su padre; y más, que como en las comunes desventuras se reconcilian los ánimos y se

traban las amistades, por haber sido tantas las que en compañía de Ricla y de Constanza y de los dos Antonios había pasado, ya no solamente por obligación, mas por elección y destino los amaba. Estando, pues, juntos, como se ha dicho, un día, Sinforosa rogó encarecidamente a Periandro les contase algunos sucesos de su vida, especialmente se holgaría de saber de dónde venía, la primera vez que llegó a aquella isla, cuando ganó los premios de todos los juegos y fiestas que aquel día se hicieron, en memoria de haber sido el de la elección de su padre; a lo que Periandro respondió que sí lo haría si se le permitiese comenzar el cuento de su historia, y no del mismo principio, porque éste no lo podía decir ni descubrir a nadie hasta verse en Roma con Auristela, su hermana. Todos le dijeron que hiciese su gusto, que de cualquier cosa que él dijese le recibirían; y el que más contento sintió fué Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dijese, algo que descubriese quién era. Con este salvoconduto, Periandro dijo desta manera:



CAPITULO X

DEL SEGUNDO LIBRO

Cuenta Periandro el suceso de su viaje.

—El principio y preámbulo de mi historia, ya que queréis, señores, que os la cuente, quiero que sea éste: que nos contempléis a mi hermana y a mí, con una anciana ama suya, embarcados en una nave cuyo dueño, en el lugar de parecer mercader, era un gran cosario. Las riberas de una isla barríamos; quiero decir que íbamos tan cerca de ella que distintamente conocíamos, no solamente los árboles, pero sus diferencias. Mi hermana, cansada de haber andado algunos días por el mar, deseó salir a recrearse a la tierra; pidióselo al capitán, y como sus ruegos tienen siempre fuerza de mandamiento, consintió el capitán en el de su ruego, y en la pequeña barca de la nave, con solo un marinero, nos echó en tierra a mí y a mi hermana y a Cloelia, que éste era el nombre de su ama. Al tomar tierra vió el marinero que un pequeño río, por una pequeña boca, entraba a dar al mar su tributo; hacíanle sombra por una y otra ribera gran cantidad de verdes y hojosos árboles,

a quien servían de cristalinos espejos sus transparentes aguas. Rogámosle se entrase por el río, pues la amenidad del sitio nos convidaba. Hízolo así, y comenzó a subir por el río arriba, y habiendo perdido de vista la nave, soltando los remos, se detuvo y dijo: "Mirad, señores, del modo que habéis de hacer este viaje, y haced cuenta que esta pequeña barca que ahora os lleva es vuestro navío, porque no habéis de volver más al que en la mar os queda aguardando, si ya esta señora no quiere perder la honra y vos, que decís que sois su hermano, la vida." Dijo-
me, en fin, que el capitán del navío quería deshonrar a mi hermana y darme a mí la muerte, y que atendiésemos a nuestro remedio, que él nos seguiría y acompañaría en todo lugar y en todo acontecimiento. Si nos turbamos con esta nueva júzguelo el que estuviere acostumbrado a recibir las malas de los bienes que espera. Agradecele el aviso y ofrecíle la recompensa cuando nos viésemos en más feliz estado. "Aun bien—dijo Cloelia—, que traigo conmigo las joyas de mi señora." Y aconsejándonos los cuatro de lo que hacer debíamos, fué parecer del marinero que nos entrásemos el río adentro; quizá descubriríamos algún lugar que nos defendiese, si acaso los de la nave viniesen a buscarnos. "Mas no vendrán—dijo—, porque no hay gente en todas estas islas que no piense ser cosarios todos cuantos surcan estas riberas, y en viendo la nave o naves luego toman las armas para defenderse,

y si no es con asaltos nocturnos y secretos, nunca salen medrados los cosarios." Parecióme bien su consejo; tomé yo el un remo y ayudéle a llevar el trabajo. Subimos por el río arriba, y habiendo andado como dos millas, llegó a nuestros oídos el son de muchos y varios instrumentos formado, y luego se nos ofreció a la vista una selva de árboles movibles que de la una ribera a la otra ligeramente cruzaban; llegamos más cerca, y conocimos ser barcas enramadas lo que parecían árboles, y que el son le formaban los instrumentos que tañían los que en ellas iban. Apenas nos hubieron descubierto, cuando se vinieron a nosotros y rodearon nuestro barco por todas partes. Levantóse en pie mi hermana, y, echándose sus hermosos cabellos a las espaldas, tomados por la frente con una cinta leonada o listón que le dió su ama, hizo de sí casi divina e improvisa muestra; que, como después supe, por tal la tuvieron todos los que en las barcas venían, los cuales, a voces, como dijo el marinero, que las entendía, decían: "¿Qué es esto? ¿Qué deidad es ésta que viene a visitarnos y a dar el parabién al pescador Carino y a la sin par Selviana de sus felicísimas bodas?" Luego dieron cabo a nuestra barca y nos llevaron a desembarcar no lejos del lugar donde nos habían encontrado.

"Apenas pusimos los pies en la ribera, cuando un escuadrón de pescadores, que así lo mostraban ser en su traje, nos rodearon, y uno por uno, llenos de admiración y reverencia, llegaron a be-

sar las orillas del vestido de Auristela, la cual, a pesar del temor que la acongojaba de las nuevas que le habían dado, se mostró a aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuvieron por divina. Poco desviados de la ribera, vimos un tálamo en gruesos troncos de sabina sustentado, cubierto de verde juncia, y oloroso con diversas flores, que servían de alfombras al suelo; vimos asimismo levantarse de unos asientos dos mujeres y dos hombres, ellas mozas y ellos gallardos mancebos; la una, hermosa sobremanera, y la otra, fea sobremanera; el uno, gallardo y gentil hombre, y el otro, no tanto; y todos cuatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el más gentil hombre dijo: "¡Oh, tú, quienquiera que seas, que no puedes ser sino cosa del cielo! Mi hermano y yo, con el extremo a nuestras fuerzas posible, te agradecemos esta merced que nos haces honrando nuestras pobres y ya de hoy más ricas bodas. Ven, señora, y si, en lugar de los palacios de cristal que en el profundo mar dejas, como una de sus habitadoras, hallares en nuestros ranchos las paredes de conchas y los tejados de mimbres, o, por mejor decir, las paredes de mimbres y los tejados de conchas, hallarás, por lo menos, los deseos de oro y las voluntades de perlas para servirte. Y hago esta comparación, que parece impropia, porque no hallo cosa mejor que el oro ni más hermosa que las perlas." Inclínose a abrazarle Auristela, confirmando con su gravedad, cortesía y hermo-

sura la opinión que de ella tenían. El pescador menos gallardo se apartó a dar orden a la demás turba a que levantasen las voces en alabanzas de la recién venida extranjera y que tocasen todos los instrumentos en señal del regocijo. Las dos pescadoras, fea y hermosa, con sumisión humilde, besaron las manos a Auristela, y ella las abrazó cortés y amigablemente. El marinero, contentísimo del suceso, dió cuenta a los pescadores del navío que en el mar quedaba, diciéndoles que era de cosarios, de quien se temía que habían de venir por aquella doncella, que era una principal señora, hija de reyes; que para mover los corazones a su defensa le pareció ser necesario levantar este testimonio a mi hermana. Apenas entendieron esto, cuando dejaron los instrumentos regocijados y acudieron a los bélicos, que tocaron "¡Arma, arma!" por entrambas riberas.

"Llegó en esto la noche; recogímonos al mismo rancho de los desposados, pusiéronse centinelas hasta la misma boca del río, cebáronse las nasas, tendiéronse las redes y acomodáronse los anzuelos, todo con intención de regalar y servir a sus nuevos huéspedes; y, por más honrarlos, los dos recién desposados no quisieron aquella noche pasarla con sus esposas, sino dejar los ranchos solos a ellas, y a Auristela y a Cloelia, y que ellos, con sus amigos, conmigo y con el marinero, se les hiciese guarda y centinela; y aunque sobraba la claridad del cielo por la que ofrecía la de la cre-

ciente Luna, y en la tierra ardían las hogueras que el nuevo regocijo había encendido, quisieron los desposados que cenásemos en el campo los varones y dentro del rancho las mujeres. Hízose así, y fué la cena tan abundante, que pareció que la tierra se quiso aventajar al mar, y el mar a la tierra, en ofrecer la una sus carnes y la otra sus pescados. Acabada la cena, Carino me tomó por la mano, y paseándose conmigo por la ribera, después de haber dado muestras de tener apasionada el alma, con sollozos y con suspiros me dijo: "Por tener milagrosa esta tu llegada a tal sazón y tal coyuntura, que con ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto que mi mal ha de tener remedio mediante tu consejo; y ansí, aunque me tengas por loco y por hombre de mal conocimiento y de peor gusto, quiero que sepas que de aquellas dos pescadoras que has visto, la una fea y la otra hermosa, a mí me ha cabido en suerte de que sea mi esposa la más bella, que tiene por nombre Selviana; pero no sé qué te diga, ni sé qué disculpa dar de la culpa que tengo ni del yerro que hago: yo adoro a Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte a hacer otra cosa. Con todo esto, te quiero decir una verdad, sin que me engañe en creerla: que a los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la más hermosa mujer del mundo; y hay más en esto: que de Solercio, que es el nombre del otro desposado, tengo más de un barrunto que muere por Selviana. De modo que nuestras cuatro voluntades

están trocadas, y esto ha sido por querer todos cuatro obedecer a nuestros padres y a nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios; y no puedo yo pensar en qué razón se consiente que la carga que ha de durar toda la vida se la eche el hombre sobre sus hombros, no por el suyo, sino por el gusto ajeno. Y aunque esta tarde habíamos de dar el consentimiento y el sí del cautiverio de nuestras voluntades, no por industria, sino por ordenación del cielo, que así lo quiero creer, se estorbó con vuestra venida. De modo que aun nos queda tiempo para enmendar nuestra ventura, y para esto te pido consejo, pues como extranjero y no parcial de ninguno, sabrás aconsejarme, porque tengo determinado que, si no se descubre alguna senda que me lleve a mi remedio, de ausentarme destas riberas y no parecer en ellas en tanto que la vida me durare, ora mis padres se enojen, o mis parientes me riñan, o mis amigos se enfaden." Atentamente le estuve escuchando, y de improviso me vino a la memoria su remedio, y a la lengua estas mismas palabras: "No hay para qué te ausentes, amigo; a lo menos, no ha de ser antes que yo hable con mi hermana Aurstela, que es aquella hermosísima doncella que has visto. Ella es tan discreta, que parece que tiene entendimiento divino, como tiene hermosura divina."

"Con esto nos volvimos a los ranchos, y yo conté a mi hermana todo lo que con el pescador había pasado, y ella halló en su discreción el modo

como sacar verdaderas mis palabras y el contento de todos, y fué que, apartándose con Leoncia y Selviana a una parte, les dijo: "Sabed, amigas, que de hoy más lo habéis de ser verdaderas mías; que juntamente con este buen parecer que el cielo me ha dado, me dotó de un entendimiento perspicaz y agudo, de tal modo, que, viendo el rostro de una persona, le leo el alma y le adivino los pensamientos. Para prueba desta verdad, os presentaré a vosotras por testigos: tú, Leoncia, mueres por Carino, y tú, Selviana, por Solercio; la virginal vergüenza os tiene mudas; pero por mi lengua se romperá vuestro silencio, y por mi consejo, que sin duda alguna será admitido, se igualarán vuestros deseos. Callad, y dejadme hacer, que, o yo no tendré discreción, o vosotras tendréis felice fin en vuestros deseos." Ellas, sin responder palabra, sino con besarla infinitas veces las manos, y abrazándola estrechamente, confirmaron ser verdad cuanto había dicho, especialmente en lo de sus trocadas aficiones.

"Pasóse la noche; vino el día, cuya alborada fué regocijadísima, porque con nuevos y verdes ramos parecieron adornadas las barcas de los pescadores; sonaron los instrumentos con nuevos y alegres sonos; alzaron las voces todos, con que se aumentó la alegría; salieron los desposados para irse a poner en el tálamo donde habían estado el día de antes; vistiéronse Selviana y Leoncia de nuevas ropas de boda. Mi hermana, de industria, se aderezó y compuso con los mismos

vestidos que tenía, y con ponerse una cruz de diamantes sobre su hermosa frente y unas perlas en sus orejas, joyas de tanto valor, que hasta ahora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo veréis cuando os las enseñe, mostró ser imagen sobre el mortal curso levantada. Llevaba asidas de las manos a Selviana y a Leoncia, y, puesta encima del teatro donde el tálamo estaba, llamó e hizo llegar junto a sí a Carino y a Solercio. Carino llegó temblando y confuso de no saber lo que yo había negociado, y estando ya el sacerdote a punto de darles las manos y hacer las católicas ceremonias que se usan, mi hermana hizo señales que la escuchasen; luego se extendió un mudo silencio por toda la gente, tan callado, que apenas los aires se movían. Viéndose, pues, prestar grato oído de todos, dijo en alta y sonora voz: “Esto quiere el cielo.” Y tomando por la mano a Selviana, se la entregó a Solercio, y asiendo de la de Leoncia, se la dió a Carino. “Esto, señores—prosiguió mi hermana—, es, como ya he dicho, ordenación del cielo y gusto no accidental, sino propio destes venturosos desposados, como lo muestra la alegría de sus rostros y el sí que pronuncian sus lenguas.” Abrazáronse los cuatro, con cuya señal todos los circunstantes aprobaron su truco, y confirmaron, como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento y belleza de mi hermana, pues así había trocado aquellos casi hechos casamientos con sólo mandarlo.

”Celebróse la fiesta, y luego salieron de entre las

barcas del río cuatro despalmadas, vistosas por las diversas colores con que venían pintadas, y los remos, que eran seis de cada banda, ni más ni menos; las banderetas, que venían muchas por los filaretos, ansimismo eran de varios colores; los doce remeros de cada una venían vestidos de blanquísimo y delgado lienzo, de aquel mismo modo que yo vine cuando entré la vez primera en esta isla. Luego conocí que querían las barcas correr el palio, que se mostraba puesto en el árbol de otra barca, desviada de las cuatro como tres carreras de caballo; era el palio de tafetán verde, listado de oro, vistoso y grande, pues alcanzaba a besar y aun a pasearse por las aguas. El rumor de la gente y el son de los instrumentos era tan grande, que no se dejaba entender lo que mandaba el capitán del mar, que en otra pintada barca venía. Apartáronse las enramadas barcas a una y otra parte del río, dejando un espacio llano en medio, por donde las cuatro competidoras barcas volasen, sin estorbar la vista a la infinita gente que desde el tálamo y desde ambas riberas estaba atenta a mirarlas; y estando ya los bogadores asidos de las manillas de los remos, descubiertos los brazos, donde se parecían los gruesos nervios, las anchas venas y los torcidos músculos, atendían la señal de la partida, impacientes por la tardanza, y fogosos, bien ansí como lo suele estar el generoso can de Irlanda, cuando su dueño no le quiere soltar la trailla a hacer la presa que a la vista se le muestra.

"Llegó, en fin, la señal esperada, y a un mismo tiempo arrancaron todas cuatro barcas, que no por el agua, sino por el viento parecía que volaban. Una dellas, que llevaba por insignia un vendado Cupido, se adelantó de las demás casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja dió esperanza a todos cuantos la miraban de que ella sería la primera que llegase a ganar el deseado premio. Otra que venía tras ella, iba alentando sus esperanzas, confiada en el tesón durísimo de sus remeros; pero viendo que la primera en ningún modo desmayaba, estuvieron por soltar los remos sus bogadores. Pero son diferentes los fines y acontecimientos de las cosas de aquello que se imagina; porque aunque es ley que los combates y contiendas, que ninguno de los que miran favorezca a ninguna de las partes con señales, con voces o con otro algún género que parezca que pueda servir de aviso al combatiente, viendo la gente de la ribera que la barca de la insignia de Cupido se aventajaba tanto a las demás, sin mirar las leyes, creyendo que ya la victoria era suya, dijeron a voces muchos: "¡Cupido vence; el Amor es invencible!", a cuyas voces, por escuchallas, parece que aflojaron un tanto los remeros del Amor. Aprovechóse de esta ocasión la segunda barca, que detrás de la del Amor venía, la cual traía por insignia al Interés, en figura de un gigante pequeño, pero muy ricamente aderezado, y impelió los remos con tanta fuerza, que llegó a igualarse el Interés con el Amor, y arrimándo-

sele a un costado, le hizo pedazos todos los remos de la diestra banda, habiendo primero la del Interés recogido los suyos y pasado adelante, dejando burladas las esperanzas de los que primero habían cantado la victoria por el Amor, y volvieron a decir: "¡El Interés vence, el Interés vence!". La barca tercera traía por insignia a la Diligencia, en figura de una mujer desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que, a traer trompeta en las manos, antes pareciera fama que diligencia. Viendo el buen suceso del Interés, alentó su confianza, y sus remeros se esforzaron de modo que llegaron a igualar con el Interés; pero, por el mal gobierno del timonero, se embarazó con las dos barcas primeras, de modo que los unos ni los otros remos fueron de provecho. Viendo lo cual la postrera, que traía por insignia a la Buena Fortuna, cuando estaba desmayada y casi para dejar la empresa, viendo el intrincado enredo de las demás barcas, desviándose algún tanto de ellas por no caer en el mismo embarazo, apretó, como decirse suele, los puños, y, deslizándose por un lado, pasó delante de todas. Cambiáronse los gritos de los que miraban, cuyas voces sirvieron de aliento a sus bogadores, que, embebidos en el gusto de verse mejorados, les parecía que, si los que quedaban atrás entonces les llevaran la misma ventaja, no dudaran de alcanzarlos ni de ganar el premio, como lo ganaron, más por ventura que por ligereza. En fin: la Buena Fortuna fué la que la tuvo buena entonces, y la mía de agora no lo

sería si yo adelante pasase con el cuento de mis muchos y extraños sucesos; y así, os ruego, señores, dejemos esto en este punto, que esta noche le daré fin, si es posible que le puedan tener mis desventuras."

Esto dijo Periandro, a tiempo que al enfermo Antonio le tomó un terrible desmayo; viendo lo cual su padre, casi como adivinó de dónde procedía, los dejó a todos y se fué, como después parecerá, a buscar a la Zenotia, con la cual le sucedió lo que se dirá en el siguiente capítulo.



CAPITULO XI

DEL SEGUNDO LIBRO

Paréceme que, si no se arrimara la paciencia al gusto que tenían Arnaldo y Policarpo de mirar a Auristela, y Sinforosa de ver a Periandro, ya la hubieran perdido escuchando su larga plática, de quien juzgaron Mauricio y Ladislao que había sido algo larga, y traída no muy a propósito, pues para contar sus desgracias propias no había para qué contar los placeres ajenos. Con todo eso, les dió gusto, y quedaron con él esperando oír el fin de su historia, por el donaire siquiera y buen estilo con que Periandro la contaba. Halló Antonio el padre a la Zenotia que buscaba, en la cámara del rey, por lo menos, y en viéndola, puesta una desenvainada daga en las manos, con cólera española y discurso ciego, arremetió a ella, diciéndole, la asió del brazo izquierdo, y, levantando la daga en alto, le dijo:

—Dame, ¡oh hechicera!, a mi hijo vivo y sano, y luego, si no, haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado. Mira si tienes su vida envuelta en algún envoltorio de agujas sin ojos o de alfileres sin cabezas; mira, ¡oh pérfida!, si la

tienes escondida en algún quicio de puerta o en alguna otra parte que sólo tú la sabes.

Pasmóse Zenotia, viendo que la amenazaba una daga desnuda en las manos de un español colérico, y, temblando, le prometió de darle la vida y salud de su hijo; y aun le prometiera de darle la salud de todo el mundo, si se la pidiera: de tal manera se le había entrado el temor en el alma. Y así le dijo:

—Suéltame, español, y envaina tu acero, que los que tiene tu hijo le han conducido al término en que está; y pues sabes que las mujeres somos naturalmente vengativas, y más cuando nos llama a la venganza el desdén y el menosprecio, no te maravilles si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho. Aconséjale que se humane de aquí adelante con los rendidos, y no menosprecie a los que piedad le pidieren, y vete en paz, que mañana estará tu hijo en disposición de levantarse bueno y sano.

—Cuando así no sea—respondió Antonio—, ni a mí me faltará industria para hallarte, ni cólera para quitarte la vida.

Y con esto la dejó, y ella quedó tan entregada al miedo, que, olvidándose de todo agravio, sacó del quicio de una puerta los hechizos que había preparado para consumir la vida poco a poco del riguroso mozo, que con los de su donaire y gentileza la tenía rendida. Apenas hubo sacado la Zenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta, cuando salió la salud perdida de Antonio

a plaza, cobrando en su rostro las primeras colores, los ojos vista alegre, y las desmayadas fuerzas esforzado brío, de lo que recibieron general contento cuantos le conocían; y, estando con él a solas, su padre le dijo:

—En todo cuanto quiero agora decirte, ¡oh hijo!, quiero advertirte que adviertas que se encaminan mis razones a aconsejarte que no ofendas a Dios en ninguna manera; y bien habrás echado de ver esto en quince o diez y seis años que ha que te enseñó la ley que mis padres me enseñaron, que es la católica, la verdadera, y en la que se han de salvar y se han salvado todos los que han entrado hasta aquí y han de entrar de aquí adelante en el reino de los cielos. Esta santa ley nos enseña que no estamos obligados a castigar a los que nos ofenden, sino a aconsejarles la enmienda de sus delitos: que el castigo toca al juez, y la reprehensión a todos, como sea con las condiciones que después te diré. Cuando te convidaren a hacer ofensas que redunden en deservicio de Dios, no tienes para qué armar el arco, ni disparar flechas, ni decir injuriosas palabras: que, con no recibir el consejo y apartarte de la ocasión, quedarás vencedor en la pelea, y libre y seguro de verte otra vez en el trance que ahora te has visto: la Zenotia te tenía hechizado, y con hechizos de tiempo señalado, poco a poco, en menos de diez días, perdieras la vida, si Dios y mi buena diligencia no lo hubiera estorbado. Y vente conmigo, porque alegres a todos tus ami-

gos con tu vista; y escuchemos los sucesos de Periandro, que los ha de acabar de contar esta noche.

Prometióle Antonio a su padre de poner en obra todos sus consejos, con el ayuda de Dios, a pesar de todas las persuasiones y lazos que contra su honestidad le armasen. La Zenotia, en esto, corrida, afrentada y lastimada de la soberbia desamorada del hijo, y de la temeridad y cólera del padre, quiso por mano ajena vengar su agravio, sin privarse de la presencia de su desamorado bárbaro; y, con este pensamiento y resuelta de terminación, se fué al rey Policarpo y le dijo:

—Ya sabes, señor, cómo, después que vine a tu casa y a tu servicio, siempre he procurado no apartarme en él con la solicitud posible; sabes también, fiado en la verdad que de mí tienes conocida, que me tienes hecha archivo de tus secretos, y sabes, como prudente, que, en los casos propios, y más si se ponen de por medio deseos amorosos, suelen errarse los discursos que, al parecer, van más acertados; y por esto querría que, en el que ahora tienes hecho de dejar ir libremente a Arnaldo y a toda su compañía, vas fuera de toda razón y de todo término. Dime: si no puedes presente rendir a Auristela, ¿cómo la rendirás ausente? ¿Y cómo querrá ella cumplir su palabra, volviendo a tomar por esposo a un varón anciano, que en efeto lo eres, que las verdades que uno conoce de sí mismo no nos pueden engañar, teniéndose ella de su mano a Periandro, que po-

dría ser que no fuese su hermano, y a Arnaldo, príncipe mozo y que no la quiere para menos que para ser su esposa? No dejes, señor, que la ocasión que agora se te ofrece te vuelva la calva en lugar de la guedeja, y pueden tomar ocasión de detenerlos de querer castigar la insolencia y atrevimiento que tuvo este monstruo bárbaro que viene en su compañía de matar en tu misma casa a aquel que dicen que se llamaba Clodio: que si así lo haces, alcanzará fama que alberga en tu pecho, no el favor, sino la justicia.

Estaba escuchando Policarpo atentísimamente a la maliciosa Zenotia, que, con cada palabra que le decía, le atravesaba, como si fuera con agudos clavos, el corazón, y luego luego quisiera correr a poner en efeto sus consejos. Ya le parecía ver a Auristela en brazos de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amante; ya se la contemplaba con la corona en la cabeza del reino de Dinamarca, y que Arnaldo hacía burla de sus amorosos disinios; en fin: la rabia de la endemoniada enfermedad de los celos se le apoderó del alma en tal manera, que estuvo por dar voces y pedir venganza de quien en ninguna cosa le había ofendido. Pero viendo la Zenotia cuán sazonado le tenía, y cuán pronto para ejecutar todo aquello que más le quisiese aconsejar, le dijo que se sosegase por entonces y que esperasen a que aquella noche acabase de contar Periandro su historia, porque el tiempo se le diese de pensar lo que más convenía. Agradecióselo

Policarpo, y ella, cruel y enamorada, daba trazas en su pensamiento cómo cumplierse el deseo del rey y el suyo. Llegó en esto la noche; juntáronse a conversación como la vez pasada; volvió Periandro a repetir algunas palabras antes dichas, para que viniese con concierto a anudar el hilo de su historia, que le había dejado en el certamen de las barcas.

CAPITULO XII

DEL SEGUNDO LIBRO

**Prosigue Periandro su agradable historia,
y el robo de Auristela.**

La que con más gusto escuchaba a Periandro era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras como con las cadenas que salían de la boca de Hércules: tal era la gracia y donaire con que Periandro contaba sus sucesos. Finalmente, los volvió a anudar, como se ha dicho, prosiguiendo desta manera:

—Al Amor, al Interés y a la Diligencia dejó atrás la Buena Fortuna: que sin ella vale poco la Diligencia, no es de provecho el interés ni el Amor puede usar de sus fuerzas. La fiesta de mis pescadores, tan regocijada como pobre, excedió a las de los triunfos romanos: que tal vez en la llaneza y en la humildad suelen esconderse los regocijos más aventajados. Pero como las venturas humanas estén por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudanza fácilmente se quiebran y desbaratan, como se quebraron las de mis pescadores, y se retorcieron y fortificaron mis desgracias, aquella noche la pasamos todos

en una isla pequeña que en la mitad del río se hacía, convidados del verde sitio y apacible lugar. Holgábanse los desposados, que, sin muestras de parecer que lo eran, con honestidad y diligencia de dar gusto a quien se le había dado tan grande poniéndolos en aquel deseado y venturoso estado, y así ordenaron que en aquella isla del río se renovasen las fiestas y se continuasen por tres días. La sazón del tiempo, que era la del verano; la comodidad del sitio, el resplandor de la Luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los árboles, el olor de las flores, cada cosa destas de por sí, y todas juntas, convidaban a tener por acertado el parecer de que allí estuviésemos el tiempo que las fiestas durasen.

"Pero apenas nos habíamos reducido a la isla, cuando, de entre un pedazo de bosque que en ella estaba, salieron hasta cincuenta salteadores armados a la ligera, bien como aquellos que quieren robar y huír, todo a un mismo punto; y como los descuidados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuido, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, antes nos pusimos a mirar que acometer a los ladrones, los cuales, como hambrientos lobos, arremetieron al rebaño de las simples ovejas, y se llevaron, si no en la boca, en los brazos, a mi hermana Auristela, a Cloelia, su ama, y a Selviana y a Leoncia, como si solamente vinieran a ofendellas, porque se dejaron muchas otras mujeres a quien la naturaleza había dotado de singular hermosura. Yo, a

quien el extraño caso más colérico que suspensoso me puso, me arrojé tras los salteadores, los seguí con los ojos y con las voces, afrentándolos, como si ellos fueran capaces de sentir afrentas, solamente para irritarlos a que mis injurias les moviesen a volver a tomar venganza de ellas; pero ellos, atentos a salir con su intento, o no oyeron, o no quisieron vengarse, y así se desaparecieron; y luego los desposados y yo, con algunos de los principales pescadores, nos juntamos, como suele decirse, a consejo, sobre qué haríamos para enmendar nuestro yerro y cobrar nuestras prendas. Uno dijo: "No es posible sino que alguna nave de salteadores está en la mar, y en parte donde con facilidad ha echado esta gente en tierra, quizá sabidores de nuestra junta y de nuestras fiestas. Si esto es así, como sin duda lo imagino, el mejor remedio es que salgan algunos barcos de los nuestros, y les ofrezcan todo el rescate que por la presa quisieren, sin detenerse en él, tanto más cuanto que las prendas de esposas, hasta las mismas vidas de sus mismos esposos merecen en rescate." "Yo seré—dije entonces—el que haré esa diligencia: que, para conmigo, tanto vale la prenda de mi hermana como si fuera la vida de todos los del mundo." Lo mismo dijeron Carino y Solercio, ellos llorando en público, y yo muriendo en secreto.

"Cuando tomamos esta resolución, comenzaba a anochecer; pero, con todo eso, nos entramos en un barco los desposados y yo, con seis remeros;

pero, cuando salimos al mar descubierta, había acabado de cerrar la noche, por cuya escuridad no vimos bajel alguno. Determinamos de esperar el venidero día, por ver si con la claridad descubriéramos algún navío, y quiso la suerte que descubriésemos dos, el uno que salía del abrigo de la tierra, y el otro que venía a tomarla; conocí que el que dejaba la tierra era el mismo de quien había salido a la isla, así en las banderas como en las velas, que venían cruzadas con una cruz roja; los que venían de fuera las traían verdes, y los unos y los otros eran cosarios. Pues como yo imaginé que el navío que salía de la isla era el de los salteadores de la presa, hice poner en una lanza una bandera blanca de seguro; vine arrimando al costado del navío, para tratar del rescate, llevando cuidado de que no me prendiese. Asomóse el capitán al borde, y, cuando quise alzar la voz para hablarle, puedo decir que me turbó y suspendió y cortó en la mitad del camino un espantoso trueno que formó el disparar de un tiro de artillería de la nave de fuera, en señal de que desafiaba a la batalla al navío de tierra. Al mismo punto le fué respondido con otro no menos poderoso, y, en un instante, se comenzaron a cañonear las dos naves, como si fueran de dos conocidos e irritados enemigos. Desvióse nuestro barco de en mitad de la furia, y desde lejos estuvimos mirando la batalla; y habiendo jugado la artillería casi una hora, se aferraron los dos navíos con una no vista furia. Los del navío de fue-

ra, o más venturosos, o, por mejor decir, más valientes, saltaron en el navío de tierra, y en un instante desembarazaron toda la cubierta, quitando la vida a sus enemigos, sin dejar a ninguno con ella.

"Viéndose, pues, libres de sus ofensores, se dieron a saquear el navío de las cosas más preciosas que tenía, que por ser de cosarios no era mucho, aunque en mi estimación eran las mejores del mundo, porque se llevaron de las primeras a mi hermana, a Selviana, a Leoncia y a Cloelia, con que enriquecieron su nave, pareciéndoles que en la hermosura de Auristela llevaban un precioso y nunca visto rescate. Quise llegar con mi barca a hablar con el capitán de los vencedores; pero como mi ventura andaba siempre en los aires, uno de tierra sopló y hizo apartar el navío. No pude llegar a él ni ofrecer imposibles por el rescate de la presa, y así fué forzoso el volvernos, sin ninguna esperanza de cobrar nuestra pérdida; y, por no ser otra la derrota que el navío llevaba que aquella que el viento le permitía, no pudimos por entonces juzgar el camino que haría, ni señal que nos diese a entender quiénes fuesen los vencedores, para juzgar siquiera, sabiendo su patria, las esperanzas de nuestro remedio. El voló, en fin, por el mar adelante, y nosotros, desmayados y tristes, nos entramos en el río, donde todos los barcos de los pescadores nos estaban esperando. No sé si os diga, señores, lo que es forzoso deciros: un cierto espíritu se entró en-

tonces en mi pecho, que, sin mudarme el ser, me pareció que le tenía más que de hombre, y así, levantándome en pie sobre la barca, hice que la rodeasen todas las demás y estuviesen atentos a éstas u otras semejantes razones que les dije: "La baja fortuna jamás se enmendó con la ociosidad ni con la pereza; en los ánimos encogidos nunca tuvo lugar la buena dicha; nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no hay alma que no sea capaz de levantarse a su asiento; los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los avaros mendigos. Esto os digo, ¡oh amigos míos!, para moveros y incitaros a que mejoréis vuestra suerte y a que dejéis el pobre ajuar de unas redes y de unos estrechos barcos, y busquéis los tesoros que tiene en sí encerrados el generoso trabajo: llamo generoso al trabajo del que se ocupa en cosas grandes. Si suda el cavador rompiendo la tierra, y apenas saca premio que le sustente más que un día, sin ganar fama alguna, ¿por qué no tomará, en lugar de la azada, una lanza, y, sin temor del Sol ni de todas las inclemencias del cielo, procurará ganar con el sustento fama que le engrandezca sobre los demás hombres? La guerra, así como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes, y los premios que por ella se alcanzan se pueden llamar ultramundanos. ¡Ea, pues, amigos, juventud valerosa, poned los ojos en aquel navío que se lleva las caras prendas de vuestros parientes, encerrándonos en estotro que en la ribera nos dejaron, casi

a lo que creo, por ordenación del cielo! Vamos tras él, y hagámonos piratas, no codiciosos, como son los demás, sino justicieros, como lo seremos nosotros. A todos se nos entiende el arte de la marinería; bastimentos hallaremos en el navío, con todo lo necesario a la navegación, porque sus contrarios no le despojaron más que de las mujeres; y si es grande el agravio que hemos recibido, grandísima es la ocasión que para vengarle se nos ofrece. Sígame, pues, el que quisiere, que yo os suplico, y Carino y Solercio os lo ruegan, que bien sé que no me han de dejar en esta valerosa empresa."

"Apenas hube acabado de decir estas razones, cuando se oyó un murmullo por todas las barcas, procedido de que unos con otros se aconsejaban de lo que harían, y éntre todos salió una voz que dijo: "Embárcate, generoso huésped, y sé nuestro capitán y nuestra guía, que todos te seguiremos. Esta tan improvisa resolución de todos me sirvió de felice auspicio, y, por temer que la dilación de poner en obra mi buen pensamiento no les diese ocasión de madurar su discurso, me adelanté con mi barco, al cual siguieron otros casi cuarenta; llegué a reconocer el navío: entré dentro, escudriñé todo, miré lo que tenía y lo que le faltaba, y hallé todo lo que me pudo pedir el deseo que fuese necesario para el viaje. Aconsejéles que ninguno volviese a tierra, por quitar la ocasión de que el llanto de las mujeres y el de los queridos hijos no fuese parte para dejar de poner en

efeto resolución tan gallarda. Todos lo hicieron así, y desde allí se despidieron con la imaginación de sus padres, hijos y mujeres. ¡Caso extraño, y que ha menester que la cortesía ayude a darle crédito! Ninguno volvió a tierra, ni se acomodó de más vestidos de aquellos con que había entrado en el navío, en el cual, sin repartir los oficios, todos servían de marineros y de pilotos, excepto yo, que fui nombrado por capitán por gusto de todos. Y, encomendándome a Dios, comencé luego a ejercer mi oficio, y lo primero que mandé fué desembarazar el navío de los muertos que habían sido en la pasada refriega, y limpiarle de la sangre de que estaba lleno; ordené que se buscasen todas las armas, así ofensivas como defensivas, que en él había, y repartiéndolas entre todos, di a cada uno la que, a mi parecer, mejor le estaba; requerí los bastimentos, y, conforme a la gente, tanteé para cuántos días serían bastantes, poco más o menos. Hecho esto, y hecha oración al cielo, suplicándole encaminase nuestro viaje y favoreciese nuestros tan honrados pensamientos, mandé izar las velas, que aun se estaban atadas a las entenas, y que las diéramos al viento, que, como se ha dicho, soplabá de la tierra, y, tan alegres como atrevidos, y tan atrevidos como confiados, comenzamos a navegar por la misma derrota que nos pareció que llevaba el navío de la presa.

"Veisme aquí, señores que me estáis escuchando, hecho pescador y casamentero rico con mi

querida hermana, y pobre sin ella, robado de salteadores y subido al grado de capitán contra ellos: que las vueltas de mi fortuna no tienen un punto donde paren ni términos que las encierren.

—No más—dijo a esta sazón Arnaldo—; no más, Periandro amigo; que, puesto que tú no te canses de contar tus desgracias, a nosotros nos fatiga el oírlas, por ser tantas.

A lo que respondió Periandro:

—Yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama lugar, que es donde todas las cosas caben, y no hay ninguna fuera del lugar, y en mí le tienen todas las que son desgraciadas, aunque, por haber hallado a mi hermana Auristela, las juzgo por dichosas: que el mal que sé acaba sin acabar la vida, no lo es.

A esto dijo Transila:

—Yo, por mí, digo, Periandro, que no entiendo esa razón; sólo entiendo que le será muy grande si no cumplís el deseo que todos tenemos de saber los sucesos de vuestra historia, que me va pareciendo ser tales, que han de dar ocasión a muchas lenguas que los cuenten y muchas injuriosas plumas que la escriban. Suspensa me tiene el veros capitán de salteadores; juzgué merecer este nombre vuestros pescadores valientes, y estaré esperando, también suspensa, cuál fué la primera hazaña que hicistes y la aventura primera con que encontrastes.

—Esta noche, señora—respondió Periandro—,

daré fin, si fuere posible, al cuento, que aun hasta agora se está en sus principios.

Quedando todos de acuerdo que aquella noche volviesen a la misma plática, por entonces dió fin Periandro a la suya.

CAPITULO XIII

DEL SEGUNDO LIBRO

**Da cuenta Periandro de un notable caso
que le sucedió en el mar.**

La salud del enhechizado Antonio volvió su gallardía a su primera entereza, y con ella se volvieron a renovar en Zenotia sus mal nacidos deseos, los cuales también renovaron su corazón los temores de verse de él ausente: que los desahuciados de tener en sus males remedio nunca acaban de desengañarse que lo están, en tanto que ven presente la causa de donde nacen. Y así procuraba con todas las trazas que podía imaginar su agudo entendimiento, de que no saliesen de la ciudad ninguno de aquellos huéspedes, y así volvió a aconsejar a Policarpo que en ninguna manera dejase sin castigo el atrevimiento del bárbaro homicida, y que, por lo menos, ya que no le diese la pena conforme al delito, le debía prender y castigarle siquiera con amenazas, dando lugar que el favor se opusiese por entonces a la justicia, como tal vez se suele hacer en más importantes ocasiones. No la quiso tomar Policarpo en la

que este consejo le ofrecía, diciendo a la Zenotia que era agraviar la autoridad del príncipe Arnaldo, que debajo de su amparo le traía, y enfadar a su querida Auristela, que como a su hermano le trataba; y más, que aquel delito fué accidental y forzoso, y nacido más de desgracia que de malicia; y más, que no tenía parte que le pidiese, y que todos cuantos le conocían, afirmaban que aquella pena era condigna de su culpa, por ser el mayor maldiciente que se conocía.

—¿Cómo es esto, señor—replicó la Zenotia—, que habiendo quedado el otro día entre nosotros de acuerdo de prenderle, con cuya ocasión la tomases de detener a Auristela, agora estás tan lejos de tomarle? Ellos se te irán, ella no volverá, tú llorarás entonces tu perplejidad y tu mal discurso, a tiempo cuando ni te aprovechen las lágrimas ni puedas enmendar en la imaginación lo que agora con nombre de piadoso quieres hacer. Las culpas que comete el enamorado en razón de cumplir su deseo, no lo son, en razón de que no es suyo ni es él el que las comete, sino el amor, que manda su voluntad. Rey eres, y de los reyes las injusticias y rigores son bautizadas con nombre de severidad. Si prendes a este mozo, darás lugar a la justicia, y soltándole, a la misericordia, y en lo uno y en lo otro confirmarás el nombre que tienes de bueno.

Destá manera aconsejaba la Zenotia a Policarpo, el cual, a solas y en todo lugar, iba y venía con el pensamiento en el caso, sin saber resolverse

de qué modo podía detener a Auristela sin ofender a Arnaldo, de cuyo valor y poder era razón temiese; pero, en medio de estas consideraciones, y en el de las que tenía Sinforosa, que, por no estar tan recatada ni tan cruel como la Zenotia, deseaba la partida de Periandro, por entrar en la esperanza de la vuelta, se llegó el término de que Periandro volviese a proseguir su historia, que la siguió en esta manera:

—Ligera volaba mi nave por donde el viento quería llevarla, sin que se le opusiese a su camino la voluntad de ninguno de los que íbamos en ella, dejando todos en el albedrío de la fortuna nuestro viaje, cuando, desde lo alto de la gavia vimos caer a un marinero, que, antes que llegase a la cubierta del navío, quedó suspenso de un cordel que traía anudado a la garganta. Llegué con priesa, y cortésele, con que estorbé no se le acertase la vida. Quedó como muerto, y estuvo fuera de sí casi dos horas, al cabo de las cuales volvió en sí, y preguntándole la causa de su desesperación, dijo: “Dos hijos tengo, el uno de tres y el otro de cuatro años, cuya madre no pasa de los veintidós, y cuya pobreza pasa de lo posible, pues sólo se sustentaba del trabajo de estas manos; y estando yo agora encima de aquella gavia, volví los ojos al lugar donde los dejaba, y, casi como si alcanzara a verlos, los vi hincados de rodillas, las manos levantadas al cielo, rogando a Dios por la vida de su padre, y llamándome con palabras tiernas; vi ansimismo llorar a su

madre, dándome nombres de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginé con tan gran vehemencia, que me fuerza a decir que lo vi, para no poner duda en ello. Y el ver que esta nave vuela y me aparta dellos, y que no sé dónde vamos, y la poca o ninguna obligación que me obligó a entrar en ella, me trastornó el sentido, y la desesperación me puso este cordel en las manos, y yo le di a mi garganta, por acabar en un punto los siglos de pena que me amenazaba."

"Este suceso movió a lástima a cuantos le escuchábamos, y habiéndole consolado, y casi asegurado que presto daríamos la vuelta contentos y ricos, le pusimos dos hombres de guarda que le estorbasen volver a poner en ejecución su mal intento, y así le dejamos; y yo, porque este suceso no despertase en la imaginación de alguno de los demás el querer imitarle, les dije que "la mayor cobardía del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo, es señal que le falta el ánimo para sufrir los males que teme. Y ¿qué mayor mal puede venir a un hombre que la muerte? Y siendo esto así, no es locura el dilatarla: con la vida se enmiendan y mejoran las malas suertes, y con la muerte desesperada, no sólo no se acaban y se mejoran, pero se empeoran y comienzan de nuevo. Digo esto, compañeros míos, porque no os asombre el suceso que habéis visto deste nuestro desesperado: que aun hoy comenzamos a navegar, y el ánimo me está diciendo que nos aguardan y esperan mil felices suce-

sos". Todos dieron la voz a uno para responder por todos, el cual desta manera dijo: "Valeroso capitán, en las cosas que mucho se consideran, siempre se hallan muchas dificultades, y en los hechos valerosos que se acometen, alguna parte se ha de dar a la razón y muchas a la ventura; y en la buena que hemos tenido en haberte elegido por nuestro capitán, vamos seguros y confiados de alcanzar los buenos sucesos que dices. Quédense nuestras mujeres, quédense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos padres, visite la pobreza a todos; que los cielos, que sustentan los gusarapos del agua, tendrán cuidado de sustentar los hombres de la tierra. Manda, señor, izar las velas; pon centinelas en las gavias, por ver si descubren en qué podamos mostrar que, no temerarios, sino atrevidos, son los que aquí vamos a servirte." Agradéciles la respuesta, hice izar todas las velas, y, habiendo navegado aquel día, al amanecer del siguiente la centinela de la gavia mayor dijo a grandes voces: "¡Navío, navío!" Preguntáronle qué derrota llevaba y que de qué tamaño parecía. Respondió que era tan grande como el nuestro, y que le teníamos por la proa. "Alto, pues—dije—, amigos; tomad las armas en las manos, y mostrad con éstos, si son cosarios, el valor que os ha hecho dejar vuestras redes."

"Hice luego cargar las velas, y, en poco más de dos horas, descubrimos y alcanzamos el navío, al cual embestimos de golpe, y, sin hallar defensa alguna, saltaron en él más de cuarenta de mis

soldados, que no tuvieron en quién ensangrentar las espadas, porque solamente traía algunos marineros y gente de servicio; y mirándolo bien todo, hallaron en un apartamiento, puestos en un cepo de hierro por la garganta, desviados uno de otro casi dos varas, a un hombre de muy buen parecer y a una mujer más que medianamente hermosa, y en otro aposento hallaron, tendido en un rico lecho, a un venerable anciano; de tanta autoridad, que obligó su presencia a que todos leuviésemos respeto. No se movió del lecho, porque no podía; pero, levantándose un poco, alzó la cabeza y dijo: “Envainad, señores, vuestras espadas, que en este navío no hallaréis ofensores en quien ejercitarlas; y si la necesidad os hace y fuerza a usar este oficio de buscar vuestra ventura a costa de las ajenas, a parte habéis llegado que os hará dichosos, no porque en este navío haya riquezas ni alhajas que os enriquezcan, sino porque yo voy en él, que soy Leopoldio, el rey de los danaos.” Este nombre de rey me avivó el deseo de saber qué sucesos habían traído a un rey estar tan solo y tan sin defensa alguna. Lleguéme a él, y preguntéle si era verdad lo que decía, porque, aunque su grave presencia prometía serlo, el poco aparato con que navegaba hacía poner en duda el creerle. “Manda, señor — respondió el anciano —, que esta gente se sosiegue, y escúchame un poco, que en breves razones te contaré cosas grandes.” Sosegáronse mis compañeros, y ellos y yo estuvimos atentos a lo que decir quería, que fué esto:

“El cielo me hizo rey del reino de Danea, que heredé de mis padres, que también fueron reyes y lo heredaron de sus pasados, sin haberles introducido a serlo la tiranía ni otra negociación alguna. Caséme en mi mocedad con una mujer mi igual; murióse, sin dejarme sucesión alguna. Corrió el tiempo, y muchos años me contuve en los límites de una honesta viudez; pero, al fin, por culpa mía, que de los pecados que se cometen nadie ha de echar la culpa a otro sino a sí mismo, digo que, por culpa mía, tropecé y caí en la de enamorarme de una dama de mi mujer, que, a ser ella la que debía, hoy fuera el día que fuera reina, y no se viera atada y puesta en un cepo, como ya debéis de haber visto. Esta, pues, pareciéndole no ser injusto anteponer los rizos de un criado mío a mis canas, se envolvió con él, y no solamente tuvo gusto de quitarme la honra, sino que procuró, junto con ella, quitarme la vida, maquinando contra mi persona con tan extrañas trazas, con tales embustes y rodeos, que, a no ser avisado con tiempo, mi cabeza estuviera fuera de mis hombros, en una escarpia, al viento, y las suyas coronadas del reino de Danea. Finalmente, yo descubrí sus intentos a tiempo cuando ellos también tuvieron noticia de que yo lo sabía. Una noche, en un pequeño navío que estaba con las velas en alto para partirse, por huir del castigo de su culpa y de la indignación de mi furia, se embarcaron. Súpelo, volé a la marina en las alas de mi cólera, y hallé que haría veinte horas que habían dado las suyas

al viento; y yo, ciego del enojo, y turbado con el deseo de la venganza, sin hacer algún prudente discurso, me embarqué en este navío, y los seguí, no con autoridad y aparato de rey, sino como particular enemigo. Hallélos a cabo de diez días en una isla que llaman del Fuego; cogílos, y descuidados, y puestos en ese cepo que habréis visto, los llevaba a Danea para darles, por justicia y procesos fulminados, la debida pena a su delito. Esta es pura verdad: los delincuentes ahí están, que, aunque no quieran, la acreditan; yo soy el rey de Danea, que os prometo cien mil monedas de oro, no porque las traiga aquí, sino porque os doy mi palabra de ponéros las y enviáros las donde quisiéredes, para cuya seguridad, si no basta mi palabra, llevadme con vosotros en vuestro navío, y dejad que en este mío, ya vuestro, vaya alguno de los míos a Danea y traiga este dinero donde le ordenáredes. Y no tengo más que decir.

”Mirábanse mis compañeros unos a otros, y diéronme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo, como capitán, lo podía y debía hacer. Con todo esto, quise tomar parecer con Carino y con Solercio, y con algunos de los demás, porque no entendiesen que me quería alzar de hecho con el mando que de su voluntad ellos tenían dado; y así, la respuesta que di al rey fué decirle: “Señor, a los que aquí venimos no nos puso la necesidad las armas en las manos, ni ninguno otro deseo que de ambiciosos tenga seme-

janza; buscando vamos ladrones, a castigar vamos salteadores y a destruir piratas; y pues tú estás tan lejos de ser persona deste género, segura está tu vida de nuestras armas: antes, si has menester que con ellas te sirvamos, ninguna cosa habrá que nos lo impida; y aunque agradecemos la rica promesa de tu rescate, soltamos la promesa, que, pues no estás cautivo, no estás obligado al cumplimiento de ella. Sigue en paz tu camino, y en recompensa que vas de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste, te suplicamos perdones a tus ofensores: que la grandeza del rey algún tanto resplandece más en ser misericordiosos que justicieros." Quisiérase humillar Leopoldo a mis pies; pero no lo consintió ni mi corteza ni su enfermedad. Pedíle me diese alguna pólvora si llevaba y partiese con nosotros de sus bastimentos, lo cual se hizo al punto. Aconsejéle asimismo que, si no perdonaba a sus dos enemigos, los dejase en mi navío, que yo los pondría en parte donde no la tuviesen más de ofenderle. Dijo que sí haría, porque la presencia del ofensor suele renovar la injuria en el ofendido. Ordené que luego nos volviésemos a nuestro navío, con la pólvora y bastimentos que el rey partió con nosotros, y queriendo pasar a los dos prisioneros, ya sueltos y libres del pesado cepo, no dió lugar un recio viento que de improviso se levantó, de modo que apartó los dos navíos, sin dejar que otra vez se juntasen.

"Desde el borde de mi nave me despedí del

rey a voces, y él, en los brazos de los suyos, salió de su lecho y se despidió de nosotros; y yo me despido ahora, porque la segunda mañana me fuerza a descansar para entrar en ella.

CAPITULO XIV

DEL SEGUNDO LIBRO

A todos dió general gusto de oír el modo con que Periandro contaba su extraña peregrinación, si no fué a Mauricio, que, llegándose al oído de Transila, su hija, le dijo:

—Paréceme, Transila, que con menos palabras y más sucintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida, porque no había para qué detenerse en decirnos tan por extenso las fiestas de las barcas, ni aun los casamientos de los pescadores, porque los episodios que para ornato de las historias se ponen no han de ser tan grandes como la misma historia; pero yo, sin duda, creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio y la elegancia de sus palabras.

—Así debe de ser—respondió Transila—; pero lo que yo sé decir es que, ora se dilate o se sucinte en lo que dice, todo es bueno y todo da gusto.

Pero ninguno la recibirá mayor, como ya creo que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que cada palabra que Periandro decía así le regalaba el alma, que la sacaba de sí misma. Los re-

vuelos pensamientos de Policarpo no le dejaban estar muy atento a los razonamientos de Periandro, y quisiera que no le quedara más que decir, porque le dejara a él más que hacer: que las esperanzas propincuas de alcanzar el bien que se desea fatigan mucho más que las remotas y apartadas. Y era tanto el deseo que Sinforosa tenía de oír el fin de la historia de Periandro, que solicitó el volverse a juntar otro día, en el cual Periandro prosiguió su cuento en esta forma:

—Contemplad, señores, a mis marineros, compañeros y soldados, más ricos de fama que de oro, y a mí con algunas sospechas de que no les hubiese parecido bien mi liberalidad; y puesto que nació tan de su voluntad como de la mía en la libertad de Leopoldio, como no son todas unas las condiciones de los hombres, bien podía yo temer no estuviesen todos contentos y que les pareciese que sería difícil recompensar la pérdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometió Leopoldio por su rescate, y esta consideración me movió a decirles: “Amigos míos, nadie esté triste por la pérdida ocasión de alcanzar el gran tesoro que nos ofreció el rey, porque os hago saber que una onza de buena fama vale más que una libra de perlas, y esto no lo puede saber sino el que comienza a gustar de la gloria que da el tener buen nombre. El pobre a quien la virtud enriquece suele llegar a ser famoso, como el rico, si es vicioso,

puede venir y viene a ser infame; la liberalidad es una de las más agradables virtudes, de quien se engendra la buena fama; y es tan verdad esto, que no hay liberal mal puesto, como no hay avaro que no lo sea."

"Más iba a decir, pareciéndome que me daban todos tan gratos oídos como mostraban sus alegres semblantes, cuando me quitó las palabras de la boca el descubrir un navío que, no lejos del nuestro, a orza, por delante de nosotros pasaba. Hice tocar a arma, y dile caza con todas las velas tendidas, y en breve rato me le puse a tiro de cañón, y disparando uno sin bala, en señal de que amainase, lo hizo así, soltando las velas de alto a bajo. Llegando más cerca, vi en él uno de los más extraños espectáculos del mundo: vi que, pendientes de las entenas y de las jarcias, venían más de cuarenta hombres ahorcados; admiróme el caso, y, abordando con el navío, saltaron mis soldados en él, sin que nadie se lo defendiese. Hallaron la cubierta llena de sangre y de cuerpos de hombre semivivos, unos con las cabezas partidas, y otros con las manos cortadas; tal vomitando sangre y tal vomitando el alma; éste gimiendo dolorosamente y aquél gritando sin paciencia alguna. Esta mortandad y fracaso daban señales de haber sucedido sobremesa, porque los manjares nadaban entre la sangre y los vasos mezclados con ella guardaban el olor del vino. En fin: pisando muertos y hollando heridos, pasaron los míos ade-

lante, y en el castillo de popa hallaron puestas en escuadrón hasta doce hermosísimas mujeres, y delante dellas una, que mostraba ser su capitana, armada de un coselete blanco y tan terso y limpio que pudiera servir de espejo, a quererse mirár en él; traía puesta la gola, pero no las escarcelas ni los brazaletes; el morrión sí, que era de hechura de una enroscada sierpe, a quien adornaban infinitas y diversas piedras de colores varios; tenía un venablo en las manos, tachonado de arriba abajo con clavos de oro, con una gran cuchilla, de agudo y luciente acero forjada, con que se mostraba tan briosa y tan gallarda, que bastó a detener su vista la furia de mis soldados, que con admirada atención se pusieron a mirarla. Yo, que de mi nave la estaba mirando, por verla mejor pasé a su navío, a tiempo cuando ella estaba diciendo: "Bien creo, ¡oh soldados!, que os pone más admiración que miedo este pequeño escuadrón de mujeres que a la vista se os ofrece, el cual, después de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar en nosotras temor alguno; embestid, si venís sedientos de sangre, y derramad la nuestra, quitándonos las vidas; que como no nos quitéis las honras, las daremos por bien empleadas. Sulpicia es mi nombre; sobrina soy de Cratilo, rey de Bituania; casóme mi tío con el gran Lampidio, tan famoso por linaje, como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Ibamos los dos a ver al rey, mi tío, con la segu-

ridad que nos podía ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicimos; pero la hermosura y el vino, que suelen trastornar los más vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lascivia. Anoche bebieron de modo que los sepultó en profundo sueño, y algunos, medio dormidos, acudieron a poner las manos en mi esposo, y quitándole la vida, dieron principio a su abominable intento. Pero como es cosa natural defender cada uno su vida, nosotras, por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechándonos del poco tiento y borrachez con que nos acometían, y con algunas armas que les quitamos y con cuatro criados que, libres del humo de Baco, nos acudieron, hicimos en ellos lo que muestran esos muertos que están sobre esa cubierta; y pasando adelante con nuestra venganza, hemos hecho que esos árboles y esas antenas produzcan el fruto que de ellas veis pendiente: cuarenta son los ahorcados, y si fueren cuarenta mil, también murieran, porque su poca o ninguna defensa, y nuestra cólera, a toda esta crueldad, si por ventura lo es, se extendía. Riqueza traigo que poder repartir, aunque mejor diría que vosotros podáis tomar; sólo puedo añadir que os las entregaré de buena gana; tomadlas, señores, y no toquéis en nuestras honras, pues con ellas antes quedaréis infames que ricos."

"Parecióronme tan bien las razones de Sulpi-

cia, que, puesto que yo fuera verdadero cosario, me ablandara. Uno de mis pescadores dijo a este punto: "¡Que me maten si no se nos ofrece aquí hoy otro rey Leopoldio con quien nuestro valeroso capitán muestre su general condición! ¡Ea, señor Periandro; vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos más de la gloria de haber vencido nuestros naturales apetitos!" "Así será—respondí yo—, pues vosotros, amigos, lo queréis; y entended que obras tales nunca las deja el cielo sin buena paga, como, a las que son malas, sin castigo. Despojad esos árboles de tan mal fruto, y limpiad esa cubierta, y entregad a esas señoras, junto con la libertad, la voluntad de servir las." Púsose en efeto mi mandamiento, y, llena de admiración y de espanto, se me humilló Sulpicia, la cual, como persona que no acertaba a saber lo que le había sucedido, tampoco acertaba a responderme; y lo que hizo fué mandar a una de sus damas le hiciese traer los cofres de sus joyas y de sus dineros. Hízolo así la dama, y en un instante, como aparecidos o llovidos del cielo, me pusieron delante cuatro cofres llenos de joyas y dineros; abriólos Sulpicia, y hizo muestra de aquel tesoro a los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor quizá, y aun sin quizá, cegó en algunos la intención que de ser liberales tenían; porque hay mucha diferencia de dar lo que se posee y se tiene en las manos, a dar lo que está en esperanzas de poseerse. Sacó Sulpicia un rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venían

engastadas, y diciendo: "Toma, capitán valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa que por serlo la voluntad con que se te ofrece: dádiva es de una pobre viuda que ayer se vió en la cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y hoy se vee sujeta a la discreción destes soldados que te rodean, entre los cuales puedes repartir estos tesoros, que, según se dice, tienen fuézas para quebrantar las peñas." A lo que yo respondí: "Dádivas de tan gran señora se han de estimar como si fuesen mercedes." Y, tomando el collar, me volví a mis soldados y les dije: "Esta joya es ya mía, soldados y amigos míos, y así, puedo disponer de ella como cosa propia, cuyo precio, por ser, a mi parecer, inestimable, no conviene que se dé a uno solo; tómeme y guárdele el que quisiere, que, en hallando quien le compre, se dividirá el precio entre todos, y quédese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frizando con el cielo." A lo que uno respondió: "Quisiéramos, ¡oh buen capitán!, que no nos hubieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondíamos a la tuya. Vuelve el collar a Sulpicia; la fama que nos prometes no hay collar que la ciña ni límite que la contenga." Quedé contentísimo de la respuesta de mis soldados y Sulpicia admirada de su poca codicia. Finalmente, ella me pidió que le diese doce soldados de los míos que le sirviesen de guarda y de marineros, para llevar su nave a Bituania. Hízose

así, contentísimos los doce que escogí, sólo por saber que iban a hacer bien. Proveyónos Sulpicia de generosos vinos y de muchas conservas, de que carecíamos. Soplabá el viento próspero para el viaje de Sulpicia y para el nuestro, que no llevaba determinado paradero. Despedímonos de ella; supo mi nombre y el de Carino y Solercio, y, dándonos a los tres sus brazos, con los ojos abrazó a todos los demás, ella llorando lágrimas de placer y tristeza nacidas: de tristeza, por la muerte de su esposo; de alegría, por verse libre de las manos que pensó ser de salteadores, nos dividimos y apartamos.

"Olvidaba de decirnos cómo volví el collar a Sulpicia, y ella le recibió a fuerza de mis importunaciones, y casi tuvo a afrenta que le estimase yo en tan poco que se le volviese. Entré en consulta con los míos sobre qué derrota tomaríamos, y concluyóse que la que el viento llevase, pues por ella habían de caminar los demás navíos que por el mar navegasen; o, por lo menos, si el viento no hiciese a su propósito, harían bordos hasta que les viniese a cuento. Llegó en esto la noche, clara y serena, y yo, llamando a un pescador marinerero que nos servía de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa, y, con ojos atentos, me puse a mirar el cielo.

—Apostaré—dijo a esta sazón Mauricio a Transila, su hija—que se pone agora Periandro a describirnos toda la celeste esfera, como si importase mucho a lo que va contando el declarararnos los

movimientos del cielo. Yo, por mí, deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir de esta tierra no da lugar a que me entretenga ni ocupe en saber cuáles son fijas o cuáles erráticas estrellas; cuanto más, que yo sé de sus movimientos más de lo que él me puede decir.

En tanto que Mauricio y Transila esto con sumisa voz hablaban, cobró aliento Periandro para proseguir su historia en esta forma:



CAPITULO XV

DEL SEGUNDO LIBRO

—Comenzaba a tomar posesión el sueño y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaba a preguntar al que estaba conmigo muchas cosas de las necesarias para saber usar el arte de la marinería, cuando, de improviso, comenzaron a llover, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecía sino que el mar todo se había subido a la región del viento, y desde allí se dejaba descolgar sobre el navío. Alborotámonos todos, y, puestos en pie, mirando a todas partes, por unas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso en miedo y en admiración. En esto, el que estaba conmigo dijo: “Sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tienen más abajo de los ojos aquellos monstruosos pescados que se llaman *náufragos*; y, si esto es así, en gran peligro estamos de perdernos: menester es disparar toda la artillería, con cuyo ruido se espantan.” En esto, vi alzar y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que, arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad

de mascarle. "Nufragos son—dijo el piloto—; con balas o sin ellas, que el ruido, y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos." Traía el miedo confusos y agazapados los marineros, que no osaban levantarse en pie por no ser arrebatados de aquellos vestiglos; con todo eso, se dieron prisa a disparar la artillería y a dar voces unos, y acudir otros a la bomba para volver el agua al agua. Tendimos todas las velas, y, como si huyéramos de alguna gruesa armada de enemigos, huímos el sobre estante peligro, que fué el mayor en que hasta entonces nos habíamos visto.

"Otro día, al crepúsculo de la noche, nos hallamos en la ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros, y, con disinio de hacer agua en ella, quisimos esperar el día sin apartarnos de su ribera. Amainamos las velas, arrojamos las áncoras y entregamos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomó posesión blanda y suavemente. En fin: nos desembarcamos todos y pisamos la aménfima ribera, cuya arena, vaya fuera todo encarecimiento, la formaban granos de oro y de menudas perlas. Entrando más adentro, se nos ofrecieron a la vista prados cuyas hierbas no eran verdes por ser hierbas, sino por ser esmeraldas, en el cual verdor las tenían, no cristalinas aguas, como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formados, que, cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecían. Descubrimos luego una selva de árboles de diferentes géneros, tan hermosos, que nos suspen-

dieron las almas y alegraron los sentidos: de algunos pendían ramos de rubíes que parecían guindas, o guindas que parecían granos de rubíes; de otros pendían camuesas, cuyas mejillas, la una era de rosa, la otra de finísimo topacio; en aquél se mostraban las peras, cuyo olor era de ámbar; y cuyo color de los que forma en el cielo cuando el Sol se traspone. En resolución: todas las frutas de quien tenemos noticia estaban allí en su sazón, sin que las diferencias del año las estorbasen: todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre y todo otoño agradable, con extremo increíble. Satisfacía a todos nuestros cinco sentidos lo que mirábamos: a los ojos, con la belleza y la hermosura; a los oídos, con el ruido manso de las fuentes y arroyos, y con el son de los infinitos pajarillos, que, con no aprendidas voces formado, los cuales, saltando de árbol en árbol y de rama en rama, parecía que en aquel distrito tenían cautiva su libertad, y que no querían ni acertaban a cobrarla; al olfato, con el olor que de sí despedían las hierbas, las flores y los frutos; al gusto, con la prueba que hicimos de la suavidad dellos; al tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecía tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias y el oro del Tíbar.

—Pésame—dijo a esta sazón Ladislao a su suegro, Mauricio—que se haya muerto Clodio: que a fe que le había dado bien que decir Periandro en lo que va diciendo.

—Callad, señor—dijo Transila, su esposa—, que,

por más que digáis, no podréis decir que no prosigue bien su cuento Periandro.

El cual, como se ha dicho, cuando algunas razones se entremetían de los circunstantes, él tomaba aliento para proseguir en las suyas: que, cuando son largas, aunque sean buenas, antes enfadan que alegran.

—No es nada lo que hasta aquí he dicho—prosiguió Periandro—, porque, a lo que resta por decir, falta entendimiento que lo perciba y aun cortesías que lo crean. Volved, señores, los ojos, y haced cuenta que veis salir del corazón de una peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiese engañar, digo que vimos salir de la abertura de la peña, primero un suavísimo son, que hirió nuestros oídos y nos hizo estar atentos, de diversos instrumentos de música formado; luego salió un carro que no sabré decir de qué materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota que escapaba de alguna gran borrasca; tirábanla doce poderosísimos simios, animales lascivos. Sobre el carro venía una hermosísima dama, vestida de una rozagante ropa de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas. Venía arrimada a un bastón negro, y en él fija una tablachina o escudo, donde venían estas letras: "Sensualidad." Tras ella salieron otras muchas hermosas mujeres, con diferentes instrumentos en las manos, formando una música, ya alegre, y ya triste, pero todas singularmente regocijadas. Todos mis compañeros y yo estábamos

atónitos, como si fuéramos estatuas sin voz, de dura piedra formados. Llegóse a mí la Sensualidad, y, con voz entre airada y suave, me dijo: "Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, a lo menos el gusto." Y diciendo esto, pasó adelante, y las doncellas de la música arrebataron, que así se puede decir, siete o ocho de mis marineros, y se los llevaron consigo, y volvieron a entrarse, siguiendo a su señora, por la abertura de la peña. Volvíme yo entonces a los míos para preguntarles qué les parecía de lo que habían visto; pero estorbólo otra voz o voces que llegaron a nuestros oídos, bien diferentes que las pasadas, porque eran más suaves y regaladas, y formábanlas un escuadrón de hermosísimas, al parecer, doncellas, y, según la guía que traían, éranlo, sin duda, porque venía delante mi hermana Auristela, que, a no tocarme tanto, gastara algunas palabras en alabanza de su más que humana hermosura. ¿Qué me pidieran a mí entonces que no diera, en albricias de tan rico hallazgo? Que, a pedirme la vida, no la negara, si no fuera por no perder el bien tan sin pensarlo hallado. Traía mi hermana a sus dos lados dos doncellas, de las cuales la una me dijo: "La Continencia y la Pudicicia, amigas y compañeras, acompañamos perpetuamente a la Castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela hoy ha querido disfrazarse, ni la dejaremos hasta que con dichoso fin le dé a sus trabajos y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma." Entonces yo, a tan felices

nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo y extraño acontecimiento, por su grandeza y por su novedad, mal seguro, alcé la voz, para mostrar con la lengua la gloria que en el alma tenía y queriendo decir: “¡Oh únicas consoladoras de mi alma; oh ricas prendas, por mi bien halladas, dulces y alegres en éste y en otro cualquier tiempo!”, fué tanto el ahinco que puse en decir esto, que rompí el sueño, y la visión hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navío con todos los míos, sin que faltase alguno de ellos.

A lo que dijo Constanza:

—¿Luego, señor Periandro, dormíades?

—Sí—respondió—; porque todos mis bienes son soñados.

—En verdad—replicó Constanza—, que ya quería preguntar a mi señora Auristela adónde había estado el tiempo que no había parecido.

—De tal manera—respondió Auristela—ha contado su sueño mi hermano, que me iba haciendo dudar si era verdad o no lo que decía.

A lo que añadió Mauricio:

—Esas son fuerzas de la imaginación en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprehenden de la memoria, de manera que quedan en ella, siendo mentiras, como si fueran verdades.

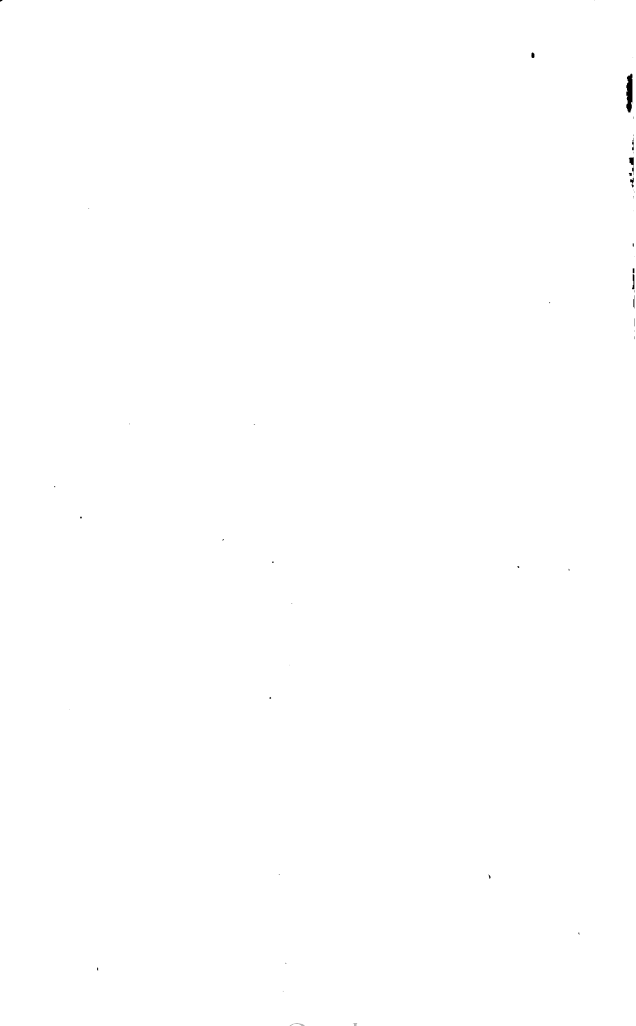
A todo esto callaba Arnaldo, y consideraba los afetos y demostraciones con que Periandro contaba su historia, y de ninguno dellos podía sacar en limpio las sospechas que en su alma había

infundido el ya muerto maldiciente Clodio de no ser Auristela y Periandro verdaderos hermanos. Con todo eso dijo:

—Prosigue, Periandro, tu cuento sin repetir sueños, porque los ánimos trabajados siempre los engendran muchos, y confusos, y porque la sin par Sinforosa está esperando que llegues a decir de dónde venías la primera vez que a esta isla llegaste, de dónde saliste coronado de vencedor de las fiestas que por la elección de su padre cada año en ella se hacen.

—El gusto de lo que soñé—respondió Periandro—me hizo no advertir de cuán poco fruto son las digresiones en cualquiera narración cuando ha de ser sucinta y no dilatada.

Callaba Policarpo, ocupando la vista en mirar a Auristela y el pensamiento en pensar en ella; y así, para él importaba muy poco, o nada, que callase o que hablase Periandro, el cual, advertido ya de que algunos se cansaban de su larga plática, determinó de proseguirla abreviándola y siguiéndola en las menos palabras que pudiese, y así dijo:



CAPITULO XVI

DEL SEGUNDO LIBRO

Prosigue Periandro su historia.

—Desperté del sueño, como he dicho; tomé consejo con mis compañeros qué derrota tomaríamos, y salió decretado que por donde el viento nos llevase: que, pues íbamos en busca de cosarios, los cuales nunca navegan contra viento, era cierto el hallarlos. Y había llegado a tanto mi simpleza, que pregunté a Carino y a Solercio si habían visto a sus esposas en compañía de mi hermana Auristela cuando yo la vi soñando. Riéronse de mi pregunta, y obligáronme, y aun forzaronme a que les contase mi sueño. Dos meses anduvimos por el mar sin que nos sucediese cosa de consideración alguna, puesto que le escombremos de más de sesenta navíos de cosarios, que, por serlo verdaderos, adjudicamos sus robos a nuestro navío y le llenamos de innumerables despojos, con que mis compañeros iban alegres, y no les pesaba de haber trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaban sino lo robado.

”Sucedió, pues, que un porfiado viento nos saltó una noche, que, sin dar lugar a que amainá-

semos algún tanto o templásemos las velas, en aquel término que las halló, las tendió y acosó, de modo que, como he dicho, más de un mes navegamos por una misma derrota; tanto, que, tomando mi piloto el altura del polo donde nos tomó el viento, y tanteando las leguas que hacíamos por hora, y los días que habíamos navegado, hallamos ser cuatrocientas leguas, poco más o menos. Volvió el piloto a tomar la altura, y vió que estaba debajo del norte, en el paraje de Noruega, y con voz grande y mayor tristeza dijo: "Desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede a dar la vuelta para seguir otro camino, en éste se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar glacial, digo, en el mar helado; y si aquí nos saltea el hielo, quedaremos empedrados en estas aguas." Apenas hubo dicho esto, cuando sentimos que el navío tocaba por los lados y por la quilla como en movibles peñas, por donde se conoció que ya el mar se comenzaba a helar, cuyos montes de hielo, que por dentro se formaban, impedían el movimiento del navío. Amainamos de golpe, porque, topando en ellos, no se abriese, y en todo aquel día y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente y se apretaron de modo que, cogiéndonos en medio, dejaron al navío engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo a entumecer los cuerpos y a entristecer nuestras almas, y haciendo el miedo su oficio, considerando el manifiesto peligro, no nos

dimos más días de vida que los que pudiese sustentar el bastimento que en el navío hubiese, en el cual bastimento desde aquel punto se puso tasa y se repartió por orden, tan miserable y estrechamente, que desde luego comenzó a matarnos la hambre. Tendimos la vista por todas partes, y no topamos con ella en cosa que pudiese alentar nuestra esperanza, si no fué con un bulto negro que, a nuestro parecer, estaría de nosotros seis o ocho millas; pero luego imaginamos que debía de ser algún navío a quien la común desgracia de hielo tenía aprisionado. Este peligro sobrepuja y se adelanta a los infinitos en que de perder la vida me he visto, porque un miedo dilatado y un temor no vencido fatiga más el alma que una repentina muerte: que en el acabar súbito se ahorran los miedos y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta, pues, que nos amenazaba, tan hambrienta como larga, nos hizo tomar una resolución, si no desesperada, temeraria, por lo menos, y fué que consideramos que, si los bastimentos se nos acababan, el morir de hambre era la más rabiosa muerte que puede caber en la imaginación humana; y así, determinamos de salirnos del navío y caminar por encima del hielo, y ir a ver si en el que se parecía habría alguna cosa de que aprovecharnos, o ya de grado, o ya por fuerza.

"Púsose en obra nuestro pensamiento, y en un instante vieron las aguas sobre sí formado, con

pies enjutos, un escuadrón pequeño, pero de valentísimos soldados, y siendo yo la guía, resbalando, cayendo y levantando, llegamos al otro navío, que lo era casi tan grande como el nuestro. Había gente en él que, puesta sobre el borde, adivinando la intención de nuestra venida, a voces comenzó uno a decirnos: "¿A qué venís, gente desesperada? ¿Qué buscáis? ¿Venís, por venturas, a apresurar nuestra muerte y a morir con nosotros? Volveos a vuestro navío, y si os faltan bastimentos, roed las jarcias y encerrad en vuestros estómagos los embreados leños, si es posible, porque pensar que os hemos de dar acogida será pensamiento vano y contra los preceptos de la caridad, que ha de comenzar de sí mismo. Dos meses dicen que suele durar este hielo que nos detiene; para quince días tenemos sustento; si es bien que le repartamos con vosotros, a vuestra consideración lo dejo." A lo que yo le respondí: "En los apretados peligros toda razón se atropella; no hay respeto que valga ni buen término que se guarde. Acogednos en vuestro navío de grado, y juntaremos en él el bastimento que en el nuestro queda, y comámoslo amigablemente, antes que la precisa necesidad nos haga mover las armas y usar de la fuerza." Esto le respondí yo, creyendo no decían verdad en la cantidad del bastimento que señalaban; pero ellos, viéndose superiores y aventajados en el puesto, no temieron nuestras amenazas ni admitieron nuestros ruegos; antes arremetieron a

las armas y se pusieron en orden de defenderse. Los nuestros, a quien la desesperación, de valientes, hizo valentísimos, añadiendo a la temeridad nuevos bríos, arremetieron al navío y casi sin recibir herida le entraron y le ganaron, y alzóse una voz entre nosotros que a todos les quitásemos la vida por ahorrar de balas y de estómagos por donde se fuese el bastimento que en el navío hallásemos. Yo fui de parecer contrario, y, quizá por tenerle bueno, en esto nos socorrió el cielo, como después diré, aunque primero quiero decir que este navío era el de los cosarios que habían robado a mi hermana y a las dos recién desposadas pescadoras. Apenas le hube reconocido, cuando dije a voces: "¿Adónde tenéis, ladrones, nuestras almas? ¿Adónde están las vidas que nos robastes? ¿Qué habéis hecho de mi hermana Auristela y de las dos, Selviana y Leoncia, partes, mitades de los corazones de mis buenos amigos Carino y Solercio?" A lo que uno me respondió: "Esas mujeres pescadoras que dices las vendió nuestro capitán, que ya es muerto, a Arnaldo, príncipe de Dinamarca."

—Así es la verdad—dijo a esta sazón Arnaldo—, que yo compré a Auristela y a Cloelia, su ama, y a otras dos hermosísimas doncellas, de unos piratas que me las vendieron, y no por el precio que ellas merecían.

—¡Válame Dios—dijo Rutilio en esto—, y por qué rodeos y con qué eslabones se viene a en-

garzar la peregrina historia tuya, ¡oh Periandro!

—Por lo que debes al deseo que todos tenemos de servirte—añadió Sinforosa—, que abrevies tu cuento, ¡oh historiador tan verdadero como gustoso!

—Sí haré—respondió Periandro—, si es posible que grandes cosas en breves términos puedan cerrarse.

CAPITULO XVII

DEL SEGUNDO LIBRO

Toda esta tardanza del cuento de Periandro se declaraba tan en contrario del gusto de Policarpo, que ni podía estar atento para escucharle, ni le daba lugar a pensar maduramente lo que debía hacer para quedarse con Auriste'a. Sin perjuicio de la opinión que tenía de generoso y de verdadero, ponderaba la calidad de sus huéspedes, entre los cuales se le ponía delante Arnaldo, príncipe de Dinamarca, no por elección, sino por herencia; descubría en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza y brío, algún gran personaje, y en la hermosura de Auriste'a, el de alguna gran señora. Quisiera buenamente lograr sus deseos a pie llano, sin rodeos ni invenciones, cubriendo toda dificultad y todo parecer contrario con el velo del matrimonio, que, puesto que su mucha edad no lo permitía, todavía podía disimularlo, porque en cualquier tiempo es mejor casarse que abrazarse. Acuciaba y solicitaba sus pensamientos los que solicitaban y aquejaban a la embaidora Zenotia, con la cual se concertó que, antes de dar otra audiencia a Periandro, se pusiese en efeto su disinio, que

fué que de allí a dos noches tocasen un arma fingida en la ciudad y se pegase fuego al palacio por tres o cuatro partes, de modo que obligase a los que en él asistían a ponerse en cobro, donde era forzoso que interviniese la confusión y el alboroto, en medio del cual previno gente que robase al bárbaro mozo Antonio y a la hermosa Auristela, y asimismo ordenó a Policarpa, su hija, que, conmovida de lástima cristiana, avisase a Arnaldo y a Periandro el peligro que los amenazaba, sin descubrirles el robo, sino mostrándoles el modo de salvarse, que era que acudiesen a la marina, donde en el puerto hallarían una saetía que los acogiese.

Llegóse la noche, y, a las tres horas della, comenzó el arma, que puso en confusión y alboroto a toda la gente de la ciudad; comenzó a resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaba el que Policarpo en su pecho tenía; acudió su hija, no alborotada, sino con reposo, a dar noticia a Arnaldo y a Periandro de los disinius de su traidor y enamorado padre, que se extendían a quedarse con Auristela y con el bárbaro mozo, sin quedar con indicios que le infamasen; oyendo lo cual, Arnaldo y Periandro llamaron a Auristela, a Mauricio, Transila, Ladislao, a los bárbaros padre e hijo, a Riela, a Constanza y a Rutilio, y, agradeciendo a Policarpa su aviso, se hicieron todos un montón, y, puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron paso desembarazado hasta el puerto, y segura embar-

cación en la saetía, cuyo piloto y marineros estaban avisados y cohechados de Policarpo, que, en el mismo punto que aquella gente, que, al parecer, huída, se embarcase, se hiciesen al mar, y no parasen con ella hasta Inglaterra, o hasta otra parte más lejos de aquella isla. Entre la confusa gritería y el continuo vocear: "¡Alarma, alarma!", entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenía licencia del dueño de aquellos palacios para que los abrasase, andaba encubierto Policarpo, mirando si salía cierto el robo de Auristela, y asimismo solicitaba el de Antonio la hechicera Zenotia; pero, viendo que se habían embarcado todos, sin quedar ninguno, como la verdad se lo decía y el alma se lo pronosticaba, acudió a mandar que todos los baluartes y todos los navíos que estaban en el puerto disparasen la artillería contra el navío de los que en él huían, con lo cual de nuevo se aumentó el estruendo, y el miedo discurrió por los ánimos de todos los moradores de la ciudad, que no sabían qué enemigos los asaltaban, o qué intempestivos acontecimientos los acometían.

En esto, la enamorada Sinforosa, ignorante del caso, puso el remedio en sus pies y sus esperanzas en su inocencia, y, con pasos desconcertados y temerosos, se subió a una alta torre de palacio, a su parecer, parte segura del fuego que lo demás del palacio iba consumiendo. Acertó a encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contó como si lo hubiera visto la huída de sus huéspedes, cu-

yas nuevas quitaron el sentido a Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiento de haberlas dado. Amanecía en esto el alba, risueña para todos los que con ella esperaban descubrir la causa o causas de la presente calamidad, y en el pecho de Policarpo anochecía la noche de la mayor tristeza que pudiera imaginarse. Mordíase las manos Zenotia, y maldecía su engañadora ciencia y las promesas de sus malditos maestros. Sola Sinforosa se estaba aún en su desmayo, y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuidarse de hacerle los remedios que ella podía para hacerla volver en su acuerdo. Volvió, en fin; tendió la vista por el mar, vió volar la saetía donde iba la mitad de su alma, o la mejor parte della, y, como si fuera engañada y nueva Dido, que de otro fugitivo Eneas se quejaba, enviando suspiros al cielo, lágrimas a la tierra y voces al aire, dijo estas o otros semejantes razones:

—¡Oh hermoso huésped, venido por mi mal a estas riberas, no engañador, por cierto, que aun no he sido yo tan dichosa que me dijese palabras amorosas para engañarme! Amaina esas velas, o témplalas algún tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean ese navío, cuya vista, sólo porque vas en él, me consuela. Mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te alejas de quien te busca, y das muestras de que aborreces a quien te adora. Hija soy de un rey, y me contento con ser esclava tuya; y, si no tengo hermosura que pueda satisfacer a tus ojos, tengo deseos que puedan lle-

nar los vacíos de los mejores que el amor tiene. No repares en que se abraza toda esta ciudad: que, si vuelves, habrá servido este incendio de luminarias por la alegría de tu vuelta. Riquezas tengo, acelerado fugitivo mío, y puestas en parte donde no las hallará el fuego aunque más las busque, porque las guarda el cielo para ti solo.

A esta sazón, volvió a hablar con su hermana, y le dijo:

—¿No te parece, hermana mía, que ha amainado algún tanto las velas? ¿No te parece que no camina tanto? ¡Ay Dios! ¿Si se habrá arrepentido? ¡Ay Dios si la rémora de mi voluntad le detiene el navío!

—¡Ay hermana!—respondió Policarpa—. No te engañes, que los deseos y los engaños suelen andar juntos. El navío vuela, sin que le detenga la rémora de tu voluntad, como tú dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros.

Salteólas en esto el rey, su padre, que quiso ver de la alta torre también, como su hija, no la mitad, sino toda su alma que se le ausentaba, aunque ya no se descubría. Los hombres que tomaron a su cargo encender el fuego del palacio le tuvieron también de apagarle. Supieron los ciudadanos la causa del alboroto y el mal nacido deseo de su rey Policarpo y los embustes y consejos de la hechicera Zenotia, y aquel mismo día le depusieron del reino y colgaron a Zenotia de una entena. Sinforosa y Policarpa fueron respetadas como quien eran, y la ventura que tuvie-

ron fué tal, que correspondió a sus merecimientos; pero no en modo que Sinforosa alcanzase el fin felice de sus deseos, porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenía guardadas. Los del navío, viéndose todos juntos y todos libres, no se hartaban de dar gracias al cielo de su buen suceso. De ellos supieron otra vez los traidores disinios de Policarpo; pero no les parecieron tan traidores, que no hallase en ellos disculpa el haber sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que cuando ocupa a un alma la pasión amorosa no hay discurso con que acierte ni razón que no atropelle. Hacíales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo. Llevaban la mira de su viaje puesta en Inglaterra, adonde pensaban tomar el disinio que más le conviniese, y con tanto sosiego navegaban, que no los sobresaltaba ningún recelo ni miedo de ningún suceso adverso. Tres días duró la apacibilidad del mar y tres días sopló próspero el viento, hasta que al cuarto, a poner del Sol, se comenzó a turbar el viento y a desasosegarse el mar, y el recelo de alguna gran borrasca comenzó a turbar a los marineros: que la inconstancia de nuestras vidas y la del mar simbolizan en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo. Pero quiso la buena suerte que cuando les apretaba este temor descubriesen cerca de sí una isla, que luego de los marineros fué conocida, y dijeron que se llamaba la de las Ermitas, de que no poco se alegraron, porque en ella sabían que

estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos más de veinte navíos; tales, en fin, que pudieran servir de abrigados puertos. Dijeron también que en una de las ermitas servía de ermitaño un caballero principal francés llamado Renato, y en la otra ermita servía de ermitaña una señora francesa llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la más peregrina que se hubiese visto. El deseo de saberla y el de repararse de la tormenta si viniese hizo a todos que encaminasen allá la proa. Hízose así, con tanto acertamiento, que dieron luego con una de las calas, donde dieron fondo sin que nadie se lo impidiese; y estando informado Arnaldo de que en la isla no había otra persona alguna que la del ermitaño y ermitaña referidos, por dar contento a Auristela y a Transila, que fatigadas del mar venían, con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio y Periandro, mandó echar el esquife al agua y que saliesen todos a tierra a pasar la noche en sosiego, libres de los vaivenes del mar. Y aunque se hizo así, fué parecer del bárbaro Antonio que él y su hijo, y Ladislao y Rutilio, se quedasen en el navío guardándole, pues la fe de sus marineros, poco experimentada, no les debía asegurar de modo que se fiasen dellos. Y, en efeto, los que se quedaron en el navío fueron los dos Antonios, padre e hijo, con todos los marineros, que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naves: mejor les huele la pez, la brea y la resina de sus navíos, que a la demás gente las

rosas, las flores y los amarantos de los jardines. A la sombra de una peña, los de la tierra se repararon del viento, y a la claridad de mucha lumbre que de ramas cortadas en un instante hicieron se defendieron del frío, y ya, como acostumbradas a pasar muchas veces calamidades semejantes, pasaron la desta noche sin pesadumbre alguna; y más con el alivio que Periandro les causó con volver, por ruego de Transila, a proseguir su historia, que, puesto que él lo rehusaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao y Mauricio, ayudándolos Auristela, la ocasión y el tiempo, la hubo de proseguir en esta forma:

CAPITULO XVIII

DEL SEGUNDO LIBRO

—Si es verdad, como lo es, ser dulcísima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la pasada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser a mí agora contar mis trabajos en este sosiego, que, puesto que no puedo decir que estoy libre de ellos todavía, según han sido grandes y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso, por ser condición de la humana suerte que, cuando los bienes comienzan a crecer, parece que unos se van llamando a otros, y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente. Los trabajos que yo hasta aquí he padecido, imagino que han llegado al último paradero de la miserable fortuna, y que es forzoso que declinen: que, cuando en el extremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el último de todos, ha de seguirse la mudanza, no de mal a mal, sino de mal a bien, y de bien a más bien; y este en que estoy, teniendo a mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males y mis bienes, me asegura y promete que tengo de llegar a la cumbre de los más felices que acierte a desearme.

"Y así, con este dichoso pensamiento, digo que quedé en la nave de mis contrarios, ya rendidos, donde supe, como ya he dicho, la venta que habían hecho de mi hermana y de las dos recién desposadas pescadoras, y de Cloelia, al príncipe Arnaldo, que aquí está presente. En tanto que los míos andaban escudriñando y tanteando los bastimentos que había en el empedrado navío, a deshora, y de improviso, de la parte de tierra descubrimos que sobre los hielos caminaba un escuadrón de armada gente, de más de cuatro mil personas formado. Dejónos más helados que el mismo mar vista semejante, aprestando las armas, más por muestra de ser hombres que con pensamiento de defenderse. Caminaban sobre sólo un pie, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelían y resbalaban sobre el mar grandísimo trecho, y luego, volviendo a reiterar el golpe, tornaban a resbalar otra gran pieza de camino; y desta suerte, en un instante fueron con nosotros y nos rodearon por todas partes, y uno de ellos, que, como después supe, era el capitán de todos, llegándose cerca de nuestro navío, a trecho que pudo ser oído, asegurando la paz con un paño blanco que volteaba sobre el brazo, en lengua polaca, con voz clara, dijo: "Cratilo, rey de Bituania y señor destes mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada, y sacar de ellos los navíos que del hielo están detenidos, a lo menos la gente y la mercancía que tuvieren, por cuyo beneficio se paga con tomarla por

suya. Si vosotros gustáredes de aceptar este partido, sin defenderos, gozaréis de las vidas y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningún modo; miradlo, y si no, aparejaos a defenderos de nuestras armas, continuo vencedoras."

"Contentóme la brevedad y la resolución del que nos hablaba. Respondíle que me dejase tomar parecer con nosotros mismos, y fué el que mis pescadores me dieron, decir que el fin de todos los males, y el mayor de ellos, era el acabar la vida, la cual se había de sustentar por todos los medios posibles, como no fuesen por los de la infamia; y que, pues en los partidos que nos ofrecían no intervenía ninguna, y del perder la vida estábamos tan ciertos, como dudosos de la defensa, sería bien rendirnos y dar lugar a la mala fortuna que entonces nos perseguía, pues podría ser que nos guardase para mejor ocasión. Casi esta misma respuesta di al capitán del escuadrón, y al punto, más con apariencia de guerra que con muestras de paz, arremetieron al navío, y en un instante le desvalijaron todo, y trasladaron cuanto en él había, hasta la misma artillería y jarcias, a unos cueros de bueyes que sobre el hielo tendieron; liándolos por encima, aseguraron poderlos llevar tirándolos con cuerdas, sin que se perdiese cosa alguna. Robaron ansimismo lo que hallaron en el otro nuestro navío, y, poniéndonos a nosotros sobre otras pieles, alzando una alegre vocería, nos tiraron y nos llevaron a tierra, que debía de estar desde el lugar del navío como

veinte millas. Paréceme a mí que debía de ser cosa de ver caminar tanta gente por cima de las aguas a pie enjuto, sin usar allí el cielo alguno de sus milagros.

"En fin, aquella noche llegamos a la ribera, de la cual no salimos hasta otro día por la mañana, que la vimos coronada de infinito número de gente, que a ver la presa de los helados y yertos habían venido. Venía entre ellos, sobre un hermoso caballo, el rey Cratilo, que, por las insignias reales con que se adornaba, conocimos ser quien era; venía a su lado, asimismo a caballo, una hermosísima mujer, armada de unas armas blancas, a quien no podían acabar de encubrir un velo negro con que venían cubiertas. Llevóme tras sí la vista, tanto su buen parecer como la gallardía del rey Cratilo, y, mirándola con atención, conocí ser la hermosa Sulpicia, a quien la cortesía de mis compañeros pocos días antes habían dado la libertad que entonces gozaba. Acudió el rey a ver los rendidos, y, llevándome el capitán asido de la mano, le dijo: "En este solo mancebo, ¡oh valeroso rey Cratilo!, me parece que te presento la más rica presa que en razón de persona humana hasta agora humanos ojos han visto." "¡Santos cielos!—dijo a esta sazón la hermosa Sulpicia, arrojándose del caballo al suelo—. O yo no tengo vista en los ojos, o es éste mi libertador, Periandro." Y el decir esto y añadirme el cuello con sus brazos, fué todo uno, cuyas entrañas y amorosas muestras obligaron también a

Cratilo a que del caballo se arrojase y con las mismas señales de alegría me recibiese. Entonces la desmayada esperanza de algún buen suceso estaba lejos de los pechos de mis pescadores; pero cobrando aliento en las muestras alegres con que vieron recibirme, les hizo brotar por los ojos el contento y por las bocas las gracias que dieron a Dios del no esperado beneficio: que ya le contaban, no por beneficio, sino por singular y conocida merced. Sulpicia dijo a Cratilo: "Este mancebo es un sujeto donde tiene su asiento la suma cortesía y su albergue la misma liberalidad; y aunque yo tengo hecha esta experiencia, quiero que tu discreción la acredite, sacando por su gallarda presencia—y en esto bien se ve que hablaba como agradecida, y aun como engañada—en limpio esta verdad que te digo. Este fué el que me dió libertad después de la muerte de mi marido; éste el que no despreció mis tesoros, sino el que no los quiso: éste fué el que, después de recibidas mis dádivas, me las volvió mejoradas, con el deseo de dármelas mayores, si pudiera; éste fué, en fin, el que, acomodándose, o, por mejor decir, haciendo acomodar a su gusto el de sus soldados, dándome doce que me acompañasen, me tiene ahora en tu presencia." Yo, entonces, a lo que creo, rojo el rostro con las alabanzas, o ya aduladoras o demasiadas, que de mí oía, no supe más que hincarme de rodillas ante Cratilo, pidiéndole las manos, que no me las dió para besárselas, sino para

levantarme del suelo. En este entretanto, los doce pescadores que habían venido en guarda de Sulpicia, andaban entre la demás gente buscando a sus compañeros, abrazándose unos a otros, y, llenos de contento y regocijo, se contaban sus buenas y malas suertes: los del mar, exageraban su hiel, y los de la tierra, sus riquezas. "A mí—decía el uno—me ha dado Sulpicia esta cadena de oro." "A mí—decía otro—esta joya, que vale por dos de esas cadenas." "A mí—replicaba éste—me dió tanto dinero." Y aquél repetía: "Más me ha dado a mí en este solo anillo de diamantes que a todos vosotros juntos."

"A todas estas pláticas puso silencio un gran rumor que se levantó entre la gente, causado del que hacía un poderosísimo caballo bárbaro, a quien dos valientes lacayos traían del freno, sin poderse averiguar con él: Era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas, que sobremanera le hacían hermoso; venía en pelo, porque no consentía ensillarse del mismo rey; pero no le guardaba este respeto después de puesto encima, no siendo bastantes a detenerle mil montes de embarazos que ante él se pusieran, de lo que el rey estaba tan pesaroso, que diera una ciudad a quien sus malos siniestros le quitara. Todo esto me contó el rey breve y sucintamente, y yo me resolví con mayor brevedad a hacer lo que ahora os diré.

Aquí llegaba Periandro con su plática cuando, a un lado de la peña donde estaban recogidos los del navío, oyó Arnaldo un ruido como de pasos de

persona que hacia ellos se encaminaba. Levantóse en pie, puso mano a su espada y, con esforzado denuedo, estuvo esperando el suceso. Calló asimismo Periandro, y las mujeres con miedo y los varones con ánimo, especialmente Periandro, atendían lo que sería. Y, a la escasa luz de la luna, que, cubierta de nubes, no dejaba verse, vieron que hacia ellos venían dos bultos, que no pudieron diferenciar lo que eran, si uno de ellos con voz clara no dijera:

—No os alborote, señores, quienquiera que seáis, nuestra improvisa llegada, pues sólo venimos a serviros. Esta estancia que tenéis, desierta y sola, la podéis mejorar, si quisiéredes, en la nuestra, que en la cima desta montaña está puesta; luz y lumbre hallaréis en ella, y manjares, que, si no delicados y costosos, son, por lo menos, necesarios y de gusto.

Yo le respondí:

—¿Sois, por ventura, Renato y Eusebia, los limpios y verdaderos amantes en quien la fama ocupa sus lenguas, diciendo el bien que en ellos se encierra?

—Si dijérades los desdichados—respondió el bulto—, acertárades en ello; pero, en fin, nosotros somos los que decís, y los que os ofrecemos con voluntad sincera el acogimiento que puede dar nuestra estrechez.

Arnaldo fué de parecer que se tomase el consejo que se les ofrecía, pues el rigor del tiempo que amenazaba los obligaba a ello. Levantáronse

todos, y, siguiendo a Renato y a Eusebia, que les sirvieron de guías, llegaron a la cumbre de una montañuela, donde vieron dos ermitas, más cómodas para pasar la vida en su pobreza que para alegrar la vista con su rico adorno. Entraron dentro, y en la que parecía algo mayor hallaron luces, que de dos lámparas procedían, con que podían distinguir los ojos lo que dentro estaba, que era un altar con tres devotas imágenes: la una, del autor de la vida, ya muerto y crucificado; la otra, de la reina de los cielos y de la señora de la alegría, triste, y puesta en pie, del que tiene los pies sobre todo el mundo; y la otra, del amado discípulo, que vió más estando durmiendo que vieron cuantos ojos tiene el cielo en sus estrellas. Hincáronse de rodillas, y, hecha la debida oración con devoto respeto, los llevó Renato a una estancia que estaba junto a la ermita, a quien se entraba por una puerta que junto al altar se hacía. Finalmente, pues las menudencias no piden ni sufren relaciones largas, se dejarán de contar las que allí pasaron, ansí de la pobre cena como del estrecho regalo, que sólo se alargaba en la bondad de los ermitaños, de quien se notaron los pobres vestidos; la edad, que tocaba en los márgenes de la vejez; la hermosura de Eusebia, donde todavía resplandecían las muestras de haber sido rara en todo extremo. Auristela, Transila y Constanza se quedaron en aquella estancia, a quien sirvieron de camas secas espadañas, con otras hierbas, para dar gusto al olfato más que a otro sentido algu-

no. Los hombres se acomodaron en la ermita, en diferentes puestos, tan fríos como duros y tan duros como fríos. Corrió el tiempo como suele; voló la noche y amaneció el día claro y sereno; descubrióse la mar tan cortés y bien criada, que parecía que estaba convidando a que la gozasen volviéndose a embarcar; y, sin duda alguna, se hiciera así si el piloto de la nave no subiera a decir que no se fiasen de las muestras del tiempo, que, puesto que prometían serenidad tranquila, los efectos habían de ser muy contrarios. Salió con su parecer, pues todos se atuvieron a él: que, en el arte de la marinería, más sabe el más simple marinero que el mayor letrado del mundo. Dejaron sus herbosos lechos las damas y los varones sus duras piedras, y salieron a ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña isla, que sólo podía bojar hasta doce millas; pero tan llena de árboles frutíferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las hierbas verdes y tan olorosa por las flores, que, en un igual grado y a un mismo tiempo, podía satisfacer a todos cinco sentidos. Pocas horas se había entrado por el día cuando los dos venerables ermitaños llamaron a sus huéspedes, y, tendiendo dentro de la ermita verdes y secas espadañas, formaron sobre el suelo una agradable alfombra, quizá más vistosa que las que suelen adornar los palacios de los reyes. Luego tendieron sobre ella diversidad de frutas, así verdes como secas, y pan no tan reciente que no semejase bizcocho, coronando la mesa asimismo

de vasos de corcho, con maestría labrados, de fríos y líquidos cristales llenos. El adorno, las frutas, las puras y limpias aguas, que, a pesar de la parda color de los corchos, mostraban su claridad, y la necesidad juntamente, obligó a todos, y aun les forzó, por mejor decir, a que alrededor de la mesa se sentasen. Hiciéronlo así, y, después de la tan breve como sabrosa comida, Arnaldo suplicó a Renato que les contase su historia y la causa que a la estrechez de tan pobre vida le había conducido; el cual, como era caballero, a quien es aneja siempre la cortesía, sin que segunda vez se lo pidiesen, desta manera comenzó el cuento de su verdadera historia:

CAPÍTULO XIX

Cuenta Renato la ocasión que tuvo para irse a la isla de las Ermitas.

—Cuando los trabajos pasados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos que fué el pesar que se recibió en sufrirlos. Esto no podré decir de los míos, pues no los cuento fuera de la borrasca sino en mitad de la tormenta. Nací en Francia; engendraronme padres nobles, ricos y bien intencionados; criéme en los ejercicios de caballero; medí mis pensamientos con mi estado; pero, con todo eso, me atreví a ponerlos en la señora Eusebia, dama de la reina en Francia, a quien sólo con los ojos le di a entender que la adoraba, y ella, o ya descuidada o no advertida, ni con sus ojos ni con su lengua me dió a entender que me entendía. Y aunque el desfavor y los desdenes suelen matar al amor en sus principios, faltándole el arrimo de la esperanza, con quien suele crecer, en mí fué al contrario, porque del silencio de Eusebia tomaba alas mi esperanza con que subir hasta el cielo de merecerla. Pero la invidia o la demasiada curiosidad de Libsomiro, caballero asimismo francés, no

menos rico que noble, alcanzó a saber mis pensamientos y, sin ponerlos en el punto que debía, me tuvo más invidia que lástima, habiendo de ser al contrario, porque hay dos males en el amor que llegan a todo extremo: el uno es querer y no ser querido; el otro, querer y ser aborrecido; y a este mal no se iguala el de la ausencia ni el de los celos. En resolución: sin haber yo ofendido a Libsomiro, un día se fué al rey y le dijo cómo yo tenía trato ilícito con Eusebia, en ofensa de la majestad real y contra la ley que debía guardar como caballero, cuya verdad la acreditaría con sus armas, porque no quería que le mostrase la pluma ni otros testigos, por no turbar la decencia de Eusebia, a quien una y mil veces acusaba de impúdica y mal intencionada.

”Con esta información, alborotado el rey, me mandó llamar y me contó lo que Libsomiro de mí le había contado; disculpé mi inocencia, volví por la honra de Eusebia y, por el más comedido medio que pude, desmentí a mi enemigo. Remitióse la prueba a las armas. No quiso el rey darnos campo en ninguna tierra de su reino, por no ir contra la ley católica, que los prohíbe. Díónosle una de las ciudades libres de Alemania. Llegóse el día de la batalla; pareció en el puesto con las armas que se habían señalado, que eran espada y rodela, sin otro artificio alguno; hicieron los padrinos y los jueces las ceremonias que en tales casos se acostumbran; partié-

ronnos el sol y dejáronnos. Entré yo confiado y animoso, por saber indubitablemente que llevaba la razón conmigo y la verdad de mi parte; de mi contrario bien sé yo que entró animoso y más soberbio y arrogante que seguro de su conciencia. ¡Oh soberanos cielos! ¡Oh juicios de Dios inescrutables! Yo hice lo que pude; yo puse mis esperanzas en Dios y en la limpieza de mis no ejecutados deseos; sobre mí no tuvo poder el miedo, ni la debilidad de los brazos, ni la puntualidad de los movimientos, y con todo eso, y no saber decir el cómo, me hallé tendido en el suelo y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazándome de presta y inevitable muerte. “Aprieta—dije yo entonces—, ¡oh más venturoso que valiente vencedor mío!, esta punta de espada, y sácame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo; no esperes a que me rinda, que no ha de confesar mi lengua la culpa que no tengo. Pecados sí tengo yo que merecen mayores castigos; pero no quiero añadirles este de levantarme testimonio a mí mismo, y así más quiero morir con honra que vivir deshonorado.” “Si no te rindes, Renato—respondió mi contrario—, esta punta llegará hasta el cerebro y hará que con tu sangre firmes y confirmes mi verdad y tu pecado.” Llegaron en esto los jueces y tomáronme por muerto, y dieron a mi enemigo el lauro de la victoria. Sacáronle del campo en hombros de sus amigos y a mí me dejaron solo, en poder del

quebranto y de la confusión, con más tristeza que heridas, y no con tanto dolor como yo pensaba, pues no fué bastante a quitarme la vida, ya que no me la quitó la espada de mi enemigo.

"Recogieronme mis criados. Volvíme a la patria. Ni en el camino ni en ella tenía atrevimiento para alzar los ojos al cielo, que me parecía que sobre sus párpados cargaba el peso de la deshonra y la pesadumbre de la infamia; de los amigos que me hablaban pensaba que me ofendían; el claro cielo para mí estaba cubierto de oscuras tinieblas; ni un corrillo acaso se hacía en las calles, de los vecinos del pueblo, de quien no pensase que sus pláticas no naciesen de mi deshonra; finalmente, yo me hallé tan apretado de mis melancolías, pensamientos y confusas imaginaciones, que, por salir dellas o a lo menos aliviarlas, o acabar con la vida, determiné salir de mi patria, y renunciando mi hacienda en otro hermano menor que tengo, en un navío, con algunos de mis criados, quise desterrarme y venir a estas setentrionales partes a buscar lugar donde no me alcanzase la infamia de mi infame vencimiento y donde el silencio sepultase mi nombre. Hallé esta isla acaso; contentóme el sitio, y con el ayuda de mis criados, levanté esta ermita y encerréme en ella. Despedílos; díles orden que cada un año viniesen a verme para que enterrasen mis huesos. El amor que me tenían, las promesas que les hice y los dones que les di los obligaron a cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar

mandamientos. Fuéronse y dejáronme entregado a mi soledad, donde hallé tan buena compañía en estos árboles, en estas hierbas y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuve lástima a mí mismo de no haber sido vencido muchos tiempos antes, pues con aquel trabajo hubiera venido antes al descanso de gozillos. ¡Oh soledad, alegre compañía de los tristes! ¡Oh silencio, voz agradable a los oídos, donde llegas sin que la adulación ni la lisonja te acompañen! ¡Oh qué de cosas dijera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio! Pero estórbame el decirlo primero cómo dentro de un año volvieron mis criados y trujeron consigo a mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña que veis presente, a quien mis criados dijeron en el término que yo quedaba, y ella, agradecida a mis deseos y condolidada de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme compañera en la pena, y embarcándose con ellos, dejó su patria y padres, sus regalos y sus riquezas, y lo más que dejó fué la honra, pues la dejó al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado, pues con su huída confirmaba su yerro y el mío. Recebirla como ella esperaba que yo la recibiese, y la soledad y la hermosura, que habían de encender nuestros comenzados deseos, hicieron el efeto contrario, merced al cielo y a la honestidad suya. Dímonos las manos de legítimos esposos, enterramos el fuego en la nieve, y en paz y en amor, como dos estatuas

movibles, ha que vivimos en este lugar casi diez años, en los cuales no se ha pasado ninguno en que mis criados no vuelvan a verme, proveyéndome de algunas cosas que en esta soledad es forzoso que me falten. Traen alguna vez consigo algún religioso que nos confiese. Tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar los divinos oficios; dormimos aparte, comemos juntos, hablamos del cielo, menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de Dios, esperamos la vida eterna.

Con esto dió fin a su plática Renato, y con esto dió ocasión a que todos los circunstantes se admirasen de su suceso, no porque les pareciese nuevo dar castigos el cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues se sabe que por una de dos causas vienen los que parecen males a las gentes: a los malos, por castigo, y a los buenos, por mejora; y en el número de los buenos pusieron a Renato, con el cual gastaron algunas palabras de consuelo, y ni más ni menos con Eusebia, que se mostró prudente en los agradecimientos y consolada en su estado.

—¡Oh vida solitaria!—dijo a esta razón Rutilio, que, sepultado en silencio, había estado escuchando la historia de Renato—. ¡Oh vida solitaria—dijo—, santa, libre y segura, que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones! ¡Quién te amara, quién te abrazará, quién te escogiera, y quién, finalmente, te gozara!

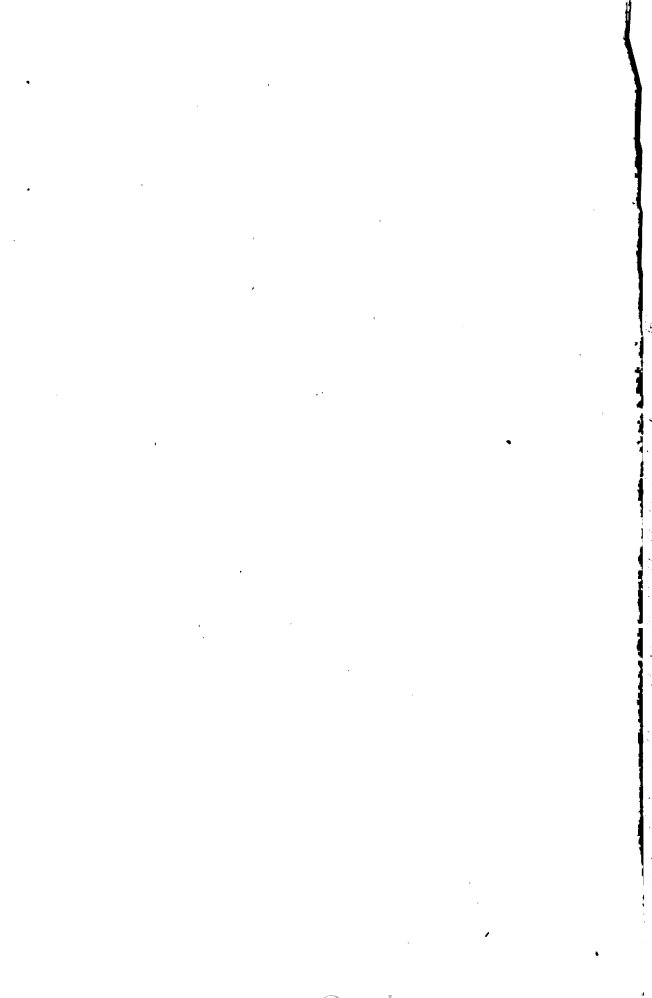
—Dices bien—dijo Mauricio—, amigo Rutilio.

Pero esas consideraciones han de caer sobre grandes sujetos; porque no nos ha de causar maravilla que un rústico pastor se retire a la soledad del campo, ni nos ha de admirar que un pobre que en la ciudad muere de hambre se recoja a la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir que los sustenta la ociosidad y la pereza, y no es pequeña pereza dejar yo el remedio de mis trabajos en las ajenas, aunque misericordiosas manos. Si yo viera a un Aníbal cartaginés encerrado en una ermita, como vi a un Carlos V cerrado en un monasterio, suspéndiérame y admirárame; pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira ni me suspende. Fuera va deste cuento Renato, que le trujeron a estas soledades, no la pobreza, sino la fuerza que nació de su buen discurso. Aquí tiene en la carestía abundancia, y en la soledad, compañía, y el no tener más que perder le hace vivir más seguro.

A lo que añadió Periandro:

—Si, como tengo pocos, tuviera muchos años, en trances y ocasiones me ha puesto mi fortuna que tuviera por suma felicidad que la soledad me acompañara y en la sepultura del silencio se sepultara mi nombre; pero no me dejan resolver mis deseos ni mudar de vida la priesa que me da el caballo de Cratilo, en quien quedé de mi historia.

Todos se alegraron oyendo esto, por ver que quería Periandro volver a su tantas veces comenzado y no acabado cuento, que fué así:



CAPITULO XX

DEL SEGUNDO LIBRO

Cuenta lo que le sucedió con el caballo tan estimado de Cratilo como famoso!

—La grandeza, la ferocidad y la hermosura del caballo que os he descrito tenían tan enamorado a Cratilo, y tan deseoso de verle manso, como a mí de mostrar que deseaba servirle, pareciéndome que el cielo me presentaba ocasión para hacerme agradable a los ojos de quien por señor tenía, y a poder acreditar con algo las alabanzas que la hermosa Sulpicia de mí al rey había dicho. Y así, no tan maduro como presuroso, fuí donde estaba el caballo, y subí en él sin poner el pie en el estribo, pues no le tenía, y aremetí con él, sin que el freno fuese parte para detenerle, y llegué a la punta de una peña que sobre la mar pendía, y, apretándole de nuevo las piernas, con tan mal grado suyo como gusto mío, le hice volar por el aire y dar con entrambos en la profundidad del mar; y en la mitad del vuelo me acordé que, pues el mar estaba helado, me había de hacer pedazos con el golpe, y tuve mi muerte y la suya por cierta. Pero no fué así, porque el cielo, que para

otras cosas que él sabe me debe de tener guardado, hizo que las piernas y los brazos del poderoso caballo resistiesen el golpe, sin recibir yo otro daño que haberme sacudido de sí el caballo y echado a rodar, resbalando por gran espacio. Ninguno hubo en la ribera que no pensase y creyese que yo quedaba muerto; pero cuando me vieron levantar en pie, aunque tuvieron el suceso a milagro, juzgaron a locura mi atrevimiento.

Duro se le hizo a Mauricio el terrible salto del caballo tan sin lisión: que quisiera él, por lo menos, que se hubiera quebrado tres o cuatro piernas, porque no dejara Periandro tan a la cortesía de los que le escuchaban la creencia de tan desafiado salto; pero el crédito que todos tenían de Periandro les hizo no pasar adelante con la duda del no creerle: que, así como es pena del mentiroso que, cuando diga verdad, no se le crea, así es gloria del bien acreditado el ser creído cuando diga mentira. Y como no pudieron estorbar los pensamientos de Mauricio la plática de Periandro, prosiguió la suya diciendo:

—Volví a la ribera con el caballo, volví asimismo a subir en él, y, por los mismos pasos que primero, le incité a saltar segunda vez; pero no fué posible, porque, puesto en la punta de la levantada peña, hizo tanta fuerza por no arrojar-se, que puso las ancas en el suelo y rompió las riendas, quedándose clavado en la tierra. Cubrióse luego de un sudor de pies a cabeza, tan lleno de miedo, que le volvió de león en cordero y de ani-

mal indomable en generoso caballo, de manera que los muchachos se atrevieron a manosearle, y los caballeros del rey, enjaezándole, subieron en él y le corrieron con seguridad, y él mostró su ligereza y su bondad, hasta entonces jamás vista; de lo que el rey quedó contentísimo y Sulpicia alegre, por ver que mis obras habían respondido a sus palabras.

"Tres meses estuvo en su rigor el hielo, y éstos se tardaron en acabar un navío que el rey tenía comenzado para correr en conveniente tiempo aquellos mares, limpiéndolos de cosarios, enriqueciéndose con sus robos. En este entretanto, le hice algunos servicios en la caza, donde me mostré sagaz y experimentado, y gran sufridor de trabajos; porque en ningún ejercicio corresponde así al de la guerra como el de la caza, a quien es anejo el cansancio, la sed y la hambre, y aun a veces la muerte. La liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostró conmigo y con los míos extremada, y la cortesía de Cratilo le corrió parejas. Los doce pescadores que trujo consigo Sulpicia, estaban ya ricos, y los que conmigo se perdieron, estaban ganados. Acabóse el navío; mandó el rey aderezarle y pertrecharle de todas las cosas necesarias largamente, y luego me hizo capitán dél, a toda mi voluntad, sin obligarme a que hiciese cosa más de aquella que fuese de mi gusto. Y después de haberle besado las manos por tan gran beneficio, le dije que me diese licencia de ir a buscar a mi hermana Auristela, de quien

tenía noticia que estaba en poder del rey de Dinamarca. Cratilo me la dió para todo aquello que quisiese hacer, diciéndome que a más le tenía obligado mi buen término, hablando como rey, a quien es anejo tanto el hacer mercedes como la afabilidad y, si se puede decir, la buena crianza. Esta tuvo Sulpicia en todo extremo, acompañándola con la liberalidad, con la cual, ricos y contentos, yo y los míos nos embarcamos, sin que quedase ninguno.

”La primer derrota que tomamos fué a Dinamarca, donde creí hallar a mi hermana, y lo que hallé fueron nuevas de que, de la ribera del mar, a ella y a otras doncellas las habían robado cosarios. Renováronse mis trabajos, y comenzaron de nuevo mis lástimas, a quien acompañaron las de Carino y Solercio, los cuales creyeron que en la desgracia de mi hermana y en su prisión se debía de comprender la de sus esposas.

—Sospecharon bien—dijo a esta sazón Arnaldo.

Y prosiguiendo, Periandro dijo:

—Barrimos todos los mares, rodeamos todas o las más islas destes contornos, preguntando siempre por nuevas de mi hermana, pareciéndome a mí, con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo, que la luz de su rostro no podía estar encubierta por ser oscuro el lugar donde estuviese, y que la suma discreción suya había de ser el hilo que la sacase de cualquier laberinto. Prendimos cosarios, soltamos prisioneros; restituimos haciendas a sus dueños, alzámonos con las

mal ganadas de otros, y con esto, colmando nuestro navío de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los míos volver a sus redes y a sus casas y a los brazos de sus hijos, imaginando Carino y Solercio ser posible hallar a sus esposas en su tierra, ya que en las ajenas no las hallaban. Antes desto llegamos a aquella isla, que, a lo que creo, se llama Scinta, donde supimos las fiestas de Policarpo, y a todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas. No pudo llegar nuestra nave, por ser el viento contrario, y así, en traje de marineros bogadores, nos entramos en aquel barco luengo, como ya queda dicho. Allí gané los premios, allí fuí coronado por vencedor de todas las contiendas, y de allí tomó ocasión Sinforosa de desear saber quién yo era, como se vió por las diligencias que para ello hizo. Vuelto al navío, y resueltos los míos de dejarme, les rogué que me dejasen el barco, como en premio de los trabajos que con ellos había pasado. Dejaronmele, y aun me dejaran el navío, si yo le quisiera, diciéndome que, si me dejaban solo, no era otra la ocasión, sino porque les parecía ser sólo mi deseo, y tan imposible de alcanzarle, como lo había mostrado la experiencia en las diligencias que habíamos hecho para conseguirle.

"En resolución: con seis pescadores que quisieron seguirme, llevados del premio que les di y del que les ofrecí, abrazando a mis amigos, me embarqué, y puse la proa en la isla bárbara, de cuyos moradores sabía ya la costumbre y la falsa

profecía que los tenía engañados, la cual no os refiero porque sé que la sabéis. Di al través en aquella isla; fuí preso y llevado donde estaban los vivos enterrados; sacáronme otro día para ser sacrificado; sucedió la tormenta del mar; desbaratáronse los leños que servían de barcas; salí al mar ancho en un pedazo dellas, con cadenas que me rodeaban el cuello y esposas que me ataban las manos; caí en las misericordiosas del príncipe Arnaldo, que está presente, por cuya orden entré en la isla para ser espía que investigase si estaba en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuese hermano de Auristela, la cual otro día vino en traje de varon a ser sacrificada. Conocióla, dolióme su dolor, previne su muerte con decir que era hembra, como ya lo había dicho Cloelia, su ama, que la acompañaba; y el modo cómo allí las dos vinieron, ella lo dirá cuando quisiere. Lo que en la isla nos sucedió, ya lo sabéis, y con esto, y con lo que a mi hermana le queda por decir, quedaréis satisfechos de casi todo aquello que acertare a pedir os el deseo en la certeza de nuestros sucesos."

CAPITULO XXI

DEL SEGUNDO LIBRO

No sé si tenga por cierto, de manera que ose afirmar que Mauricio y algunos de los más oyentes se holgaron de que Periandro pusiese fin en su plática, porque, las más veces, las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle con comenzar por entonces la historia de sus acontecimientos, que, puesto que habían sido pocos desde que fué robada de poder de Arnaldo hasta que Periandro la halló en la isla bárbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura, ni, aunque quisiera, tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorbara una nave que vieron venir por alta mar, encaminada a la isla, con todas las velas tendidas, de modo que en breve rato llegó a una de las calas de la isla, y luego fué de Renato conocida, el cual dijo:

—Esta es, señores, la nave donde mis criados y mis amigos suelen visitarme algunas veces.

Ya en esto, echa la saloma, y arrojado el esquiife al agua, se llenó de gente, que salió a la ribera, donde ya estaban para recibirle Renato y todos los que con él estaban. Hasta veinte serían

los desembarcados, entre los cuales salió uno de gentil presencia, que mostró ser señor de todos los demás, el cual, apenas vió a Renato, cuando con los brazos abiertos se vino a él, diciéndole:

—Abrázame, hermano, en albricias de que te traigo las mejores nuevas que pudieras desear.

Abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo, a quien dijo:

—Ningunas nuevas me pueden ser más agradables, ¡oh hermano mío!, que ver tu presencia: que, puesto que en el siniestro estado en que me veo ninguna alegría sería bien que me alegrase, el verte pasa adelante, y tiene excepción en la común regla de mi desgracia.

Sinibaldo se volvió luego a abrazar a Eusebia, y le dijo:

—Dadme también vos los brazos, señora, que también me debéis las albricias de las nuevas que traigo, las cuales no será bien dilatarlas, porque no se dilate más vuestra pena. Sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad que, habiendo estado seis días antes que muriese sin habla, se la dió el cielo seis horas antes que despidiese el alma, en el cual espacio, con muestras de un grande arrepentimiento, confesó la culpa en que había caído de haberos acusado falsamente; confesó su envidia, declaró su malicia y, finalmente, hizo todas las demostraciones bastantes a manifestar su pecado. Puso en los secretos juicios de Dios el haber salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra, y no sólo se

contentó con decirlo, sino que quiso que quedase por instrumento público esta verdad, la cual, sabida por el rey, también por público instrumento os volvió vuestra honra, y os declaró a ti, ¡oh hermano!, por vencedor, y a Eusebia por honesta y limpia, y ordenó que fuédeses buscados y que, hallados, os llevasen a su presencia, para recompensaros con su magnanimidad y grandeza las estrecheces en que os debéis de haber visto. Si éstas son nuevas dignas de que os den gusto, a vuestra buena consideración lo deajo.

—Son tales—dijo entonces Arnaldo—, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje ni posesión de no esperadas riquezas que las lleguen; porque la honra perdida y vuelta a cobrar con extremo no tiene bien alguno la tierra que se le iguale. Gocéisle luengos años, señor Renato, y gócele en vuestra compañía la sin par Eusebia, yedra de vuestro muro, olmo de vuestra yedra, espejo de vuestro gusto y ejemplo de bondad y agradecimiento.

Este mismo parabién, aunque con palabras diferentes, les dieron todos, y luego pasaron a preguntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba y en otras partes de la tierra, de quien ellos, por andar en el mar, tenían poca noticia. Sinibaldo respondió que de lo que más se trataba era de la calamidad en que estaba puesto por el rey de los danaos Leopoldio, el rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados que a Leopoldio favorecían. Contó asimismo cómo se murmuraba

que, por la ausencia de Arnaldo, príncipe heredero de Dinamarca, estaba su padre tan a pique de perderse, del cual príncipe decían que, cual mariposa, se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linaje que no se sabía quién fuesen sus padres. Contó con esto guerras del de Transilvania; movimientos del turco, enemigo común del género humano; dió nuevas de la gloriosa muerte de Carlos V, rey de España y emperador romano, terror de los enemigos de la Iglesia y asombro de los secuaces de Mahoma; dijo asimismo otras cosas más menudas, que unas alegraron y otras suspendieron, y las unas y las otras dieron gusto a todos, si no fué al pensativo Arnaldo, que desde el punto que oyó la opresión de su padre puso los ojos en el suelo y la mano en la mejilla, y al cabo de un buen espacio que así estuvo quitó los ojos de la tierra, y, poniéndolos en el cielo, exclamando en voz alta, dijo:

¡Oh amor!, ¡oh honra!, ¡oh compasión paterna, y cómo me apretáis el alma! Perdóname, amor, que no porque me aparte te dejo; espérame, ¡oh honra!, que no porque tenga amor dejaré de seguirte; consuélate, ¡oh padre!, que ya vuelvo; esperadme, vasallos, que el amor nunca hizo ninguno cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor y el más bien enamorado del mundo. Para la sin par Auristela quiero ir a ganar lo que sé que es mío, y para poder merecer, por ser rey, lo que no merezco por ser amante:

que el amante pobre, si la ventura a manos llenas no le favorece, casi no es posible que llegue a felice fin su deseo. Rey la quiero pretender, rey la he de servir, amante la he de adorar; y si con todo esto no la pudiere merecer, culparé más a mi suerte que a su conocimiento.

Todos los circunstantes quedaron suspensos oyendo las razones de Arnaldo; pero el que más lo quedó de todos fué Sinibaldo, a quien Mauricio había dicho cómo aquél era el príncipe de Dinamarca, y aquélla, mostrándole a Auristela, la prisionera que decían que le traía rendido. Puso algo más de propósito los ojos en Auristela Sinibaldo, y luego juzgó a discreción la que en Arnaldo parecía locura, porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal, que cautivaba los corazones de cuantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicieran. Es, pues, el caso, que aquel mismo día se concertó que Renato y Eusebia se volviesen a Francia, llevando en su navío a Arnaldo para dejalle en su reino, el cual quiso llevar consigo a Mauricio y a Transila, su hija, y a Ladislao, su yerno, y que, en el navío de la huída, prosiguiendo su viaje, fuesen a España Periandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla y la hermosa Constanza.

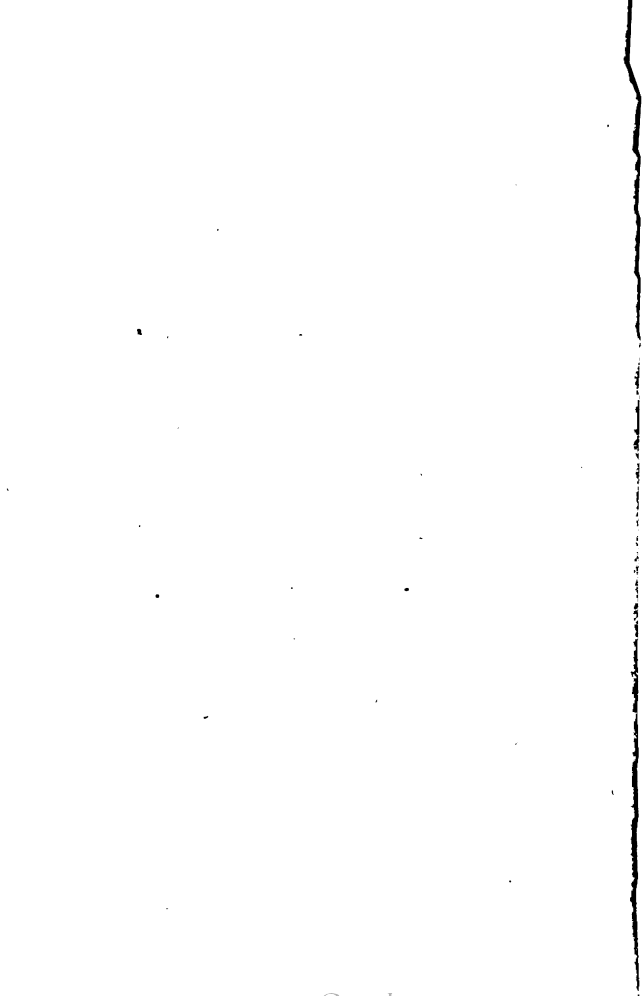
Rutilio, viendo este repartimiento, estuvo esperando a qué parte le echarían; pero, antes que la declarasen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicó le hiciese heredero de sus alhajas y le

dejase en aquella isla, siquiera para que no faltase en ella quien encendiese el farol que guiase a los perdidos navegantes; porque él quería acabar bien la vida, hasta entonces mala. Reforzaron todos su cristiana petición, y el buen Renato, que era tan cristiano como liberal, le concedió todo cuanto pedía, diciéndole que quisiera que fueran de importancia las cosas que le dejaba, puesto que eran todas las necesarias para cultivar la tierra y pasar la vida humana; a lo que añadió Arnaldo que él le prometía, si se viese pacífico en su reino, de enviarle cada un año un bajel que le socorriese. A todos hizo señales de besar los pies Rutilio, y todos le abrazaron, y los más dellos lloraron de ver la santa resolución del nuevo ermitaño: que, aunque la nuestra no se enmienda, siempre da gusto ver enmendar la ajena vida, si no es que llega a tanto la protervidad nuestra, que querríamos ser el abismo que a otros abismos llamase.

Dos días tardaron en disponerse y acomodarse para seguir cada uno su viaje, y, al punto de la partida, hubo corteses comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro y Auristela; y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro. Lloró Transila; no tuvo enjutos los ojos Mauricio, ni lo estuvieron los de Ladislao; gimió Ricla, enternecióse Constanza, y su padre y su hermano también se mostraron tiernos. Andaba Rutilio de unos en

otros, ya vestido con los hábitos de ermitaño de Renato, despidiéndose déstos y de aquéllos, mezclando sollozos y lágrimas todo a un tiempo. Finalmente, convidándoles el sosegado tiempo, y un viento que podía servir a diferentes viajes, se embarcaron, y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones, puesto en lo alto de las ermitas. Y aquí dió fin a este segundo libro el autor desta peregrina historia.

FIN DEL TOMO I Y DEL SEGUNDO LIBRO

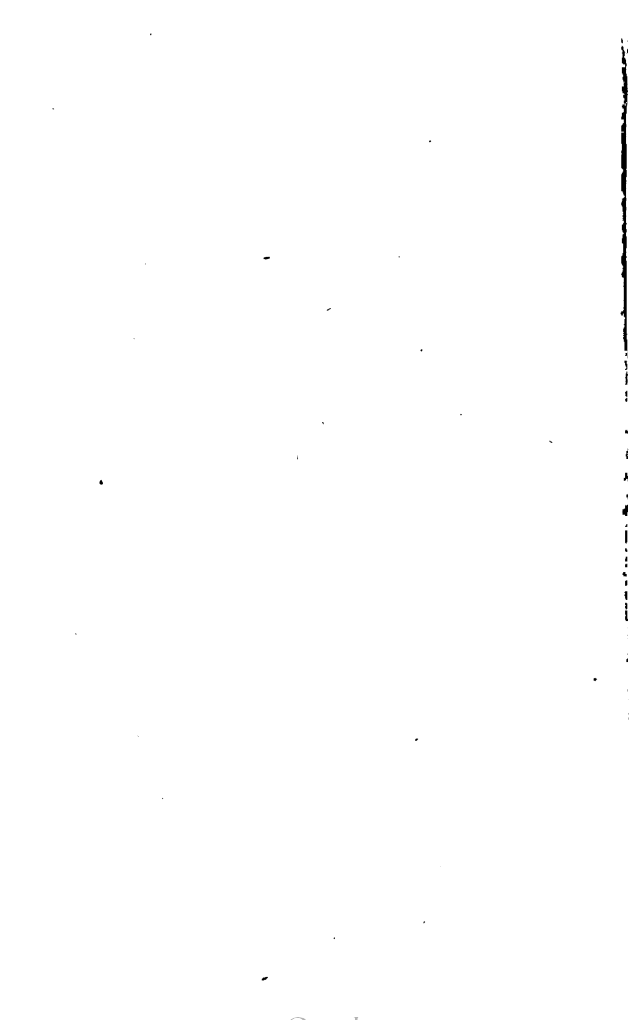


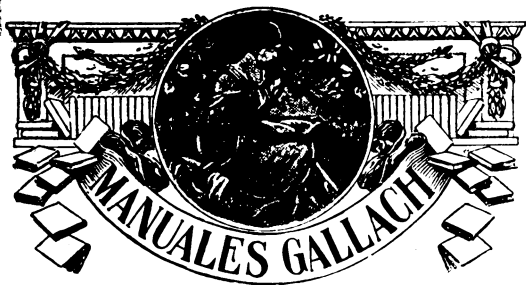
INDICE DEL TOMO I

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIAS: De D. Francisco de Urbina.—Epitafio..	7
De Luis Francisco Calderón: Al sepulcro de Miguel de Cervantes Saavedra.—Soneto..	8
A D. Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos. ...	9
PROLOGO... ..	11
LIBRO PRIMERO DE LA HISTORIA DE LOS TRABAJOS DE PERSILES y SIGISMUNDA.	15
Capítulo I.	17
Capítulo II del libro primero.	23
Capítulo III del primer libro.	33
Capítulo IV del libro primero.	34
Capítulo V.—De la cuenta que dió de sí el bárbaro español a sus nuevos huéspedes.	47
Capítulo VI.—Donde el bárbaro español prosigue su historia... ..	57
Capítulo VII del primer libro.	69
Capítulo VIII.—Donde Rutillo da cuenta de su vida... ..	73
Capítulo IX.—Donde Rutillo prosigue la historia de su vida.	81
Capítulo X.—De lo que contó el enamorado portugués.	87
Capítulo XI del primer libro.	95
Capítulo XII del primer libro.—Donde se cuenta de qué parte y quién eran los que venían en el navío.	101
Capítulo XIII.—Donde Transila prosigue la historia a quien su padre dió principio.	109
Capítulo XIV del primer libro.—Donde se declara quién eran los que tan aherrojados venían.	115

Capítulo XV del primer libro de esta grande historia.	121
Capítulo XVI del primer libro de Persiles y Sigismunda.	125
Capítulo XVII del primer libro.—Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa.	131
Capítulo XVIII del primer libro.—Donde Mauricio sabe por la Astrología un mal suceso que les avino en el mar.	135
Capítulo XIX del primer libro.—Donde se da cuenta de lo que dos soldados hicieron, y la división de Periandro y Auristela.	147
Capítulo XX.—De un notable caso que sucedió en la isla nevada.	155
Capítulo XXI del primer libro.—De los trabajos de Persiles y Sigismunda.	161
Capítulo XXII.—Donde el capitán da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba a hacer en su reino el rey Policarpo.	165
Capítulo XXIII.—De lo que sucedió a la celosa Auristela cuando supo que su hermano Periandro era el que había ganado los premios del certamen.	173
LIBRO SEGUNDO DE LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA.	179
Capítulo I.—Donde se cuenta cómo el navío se volcó, con todos los que dentro de él iban.	181
Capítulo II del segundo libro.—Donde se cuenta un extraño suceso.	185
Capítulo III del segundo libro.	195
Capítulo IV del segundo libro.—Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa.	203
Capítulo V del segundo libro.—De lo que pasó entre el rey Policarpo y su hija Sinforosa.	209
Capítulo VI del segundo libro.	219
Capítulo VII del segundo libro, dividido en dos partes. (Primera parte.)	225
Capítulo VII del segundo libro. (Segunda parte.)	233

Capítulo VIII del segundo libro.—Da Clodio el papel a Auristela; Antonio, el bárbaro, le mata por yerro.	241
Capítulo IX del segundo libro.	249
Capítulo X del segundo libro.—Cuenta Periandro el suceso de su viaje.	255
Capítulo XI del segundo libro.	269
Capítulo XII del segundo libro.—Prosigue Periandro su agradable historia, y el robo de Auristela.	275
Capítulo XIII del segundo libro.—Da cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar.	285
Capítulo XIV del segundo libro.	295
Capítulo XV del segundo libro.	305
Capítulo XVI del segundo libro.—Prosigue Periandro su historia.	313
Capítulo XVII del segundo libro.	319
Capítulo XVIII del segundo libro.	327
Capítulo XIX.—Cuenta Renato la ocasión que tuvo para irse a la isla de las Ermitas.	337
Capítulo XX del segundo libro.—Cuenta lo que le sucedió con el caballo tan estimado de Cratilo como famoso.	345
Capítulo XXI del segundo libro.	351





**COLECCIÓN ÚTIL Y ECONÓMICA DE CO-
NOCIMIENTOS ENCICLOPÉDICOS EN LA
CUAL HALLA SIEMPRE EL LECTOR EL
LIBRO QUE LE INTERESA**

Los Manuales Gallach son valiosísimo archivo de los estudios de más de cien sabios especialistas, que han colaborado a nuestra singular obra de cultura para ayudarnos en la ardua empresa de divulgar, en libros económicos y presentados con primor, las diferentes ramas del saber humano.

**SON ELEMENTO DE CULTURA PRECIOSÍ-
MO Y SU COSTE ESTÁ AL ALCANCE DE
TODAS LAS FORTUNAS**

Los vendemos sueltos y por colección

A los compradores de esta última (cuyo pago puede hacerse en pequeñas cuotas mensuales) les regalamos un bonito mueble para colocar los volúmenes.

CALPE Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones
San Mateo, 13. — MADRID

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | |
|---|---|
| <p>1.—Química General, por el Dr. Luanco.
Pts. 1,50.</p> <p>2.—Historia natural, por el Dr. De Buen.
Pts. 1,50.</p> <p>3.—Física, por el Dr. Lozano.
Pts. 1,50.</p> <p>4.—Geometría General, por el Dr. Mundi.
Pts. 1,50.</p> <p>5.—Química Orgánica, por el Dr. Carracido.
Pts. 1,50.</p> <p>6.—La Guerra Moderna, por D. M. Rubió.
Pts. 1,50.</p> <p>7.—Mineralogía, por el Dr. S. Calderón.
Pts. 1,50.</p> <p>8.—Ciencia Política, por D. Adolfo Posada.
Pts. 1,50.</p> <p>9.—Economía Política, por el Dr. J. Piernas.
Pts. 1,50.</p> <p>10.—Armas de Guerra, por D. J. Génova.
Pts. 1,50.</p> <p>11.—Hongos comestibles y venenosos, por don Blas Lázaro.
Pts. 1,50.</p> <p>12.—La ignorancia del Derecho, por D. J. Costa.
Pts. 1,50.</p> <p>13.—El sufragio, por el Dr. A. Posada.
Pts. 1,50.</p> <p>14.—Geología, por D. José Macpherson.
Pts. 1,50.</p> <p>15.—Pólvoras y explosivos, por D. C. Banús.
Pts. 1,50.</p> <p>16.—Armas de caza, por D. J. Génova.
Pts. 1,50.</p> | <p>17.—La Guinea Española, por D. R. Beltrán.
Pts. 1,50.</p> <p>18.—Metereología, por D. A. Arcimis.
Pts. 1,50.</p> <p>19.—Análisis químico, por D. J. Casares.
Pts. 1,50.</p> <p>20.—Abonos industriales, por D. A. Maylín.
Pts. 1,50.</p> <p>21.—Unidades, por D. C. Banús.
Pts. 1,50.</p> <p>22.—Química biológica, por el Dr. Carracido.
Pts. 1,50.</p> <p>23.—Bases para un nuevo Derecho penal, por el Dr. Dorado.
Pts. 1,50.</p> <p>24.—Fuerzas y motores, por D. M. Rubió.
Pts. 1,50.</p> <p>25.—Gusanos parásitos en el hombre, por el doctor Marcelo Rivas.
Pts. 1,50.</p> <p>26.—Fabricación del pan, por D. N. Amorós.
Pts. 2.</p> <p>27.—Aire atmosférico, por D. E. Mascareñas.
Pts. 1,50.</p> <p>28.—Hidrología médica, por el Dr. D. H. Rodríguez.
Pts. 1,50.</p> <p>29.—Historia de la civilización española, por D. Rafael Altamira.
Pts. 2.</p> <p>30.—Las epidemias, por D. F. Montaldo.
Pts. 1,50.</p> <p>31.—Cristalografía, por L. Fernández.
Pts. 2.</p> |
|---|---|

- 32.—**Artificios de fuego de guerra**, por D. José de Lossada y Canterac. Pts. 1,50.
- 33.—**Agronomía**, por don A. López. Pts. 1,50.
- 34.—**Bases del Derecho mercantil**, por D. L. Benito. Pts. 1,50.
- 35.—**Antropometría**, por D. T. de Aranzadi. Pts. 1,50.
- 36.—**Las provincias de España**, por D. M. Villaescusa. Pts. 2,50.
- 37.—**Formulario químico industrial**, por D. P. Trias. Pts. 1,50.
- 38.—**Valor social de leyes y autoridades**, por don Pedro Dorado. Pts. 1,50.
- 39.—**Canales de riego**, por D. J. Zulueta. Pts. 2.
- 40.—**Arte de estudiar**, por D. M. Rubió. Pts. 1,50.
- 41.—**Plantas medicinales**, por D. B. Lázaro. Pts. 2,50.
- 42.—**A, b, c del instalador y montador electricista.—Tomo I.—Instalaciones privadas**, por D. Ricardo Yesares. Pts. 2,50.
- 43.—**A, b, c del instalador y montador electricista.—Tomo II.—Estaciones centrales y canalizaciones**, por D. R. Yesares. Pts. 2,50.
- 44.—**Medicina doméstica**, por D. A. Opisso. Pts. 2.
- 45.—**Contabilidad comercial**, por D. J. Prats. Pts. 3.
- 46.—**Sociología contemporánea**, por D. A. Posada. Pts. 1,50.
- 47.—**Higiene de los alimentos y bebidas**, por D. J. Madrid. Pts. 1,50.
- 48.—**Operaciones de Bolsa**, por D. J. Bertrán. Pts. 1,50.
- 49.—**Higiene industrial**, por D. J. Eleizegui. Pts. 2,50.
- 50.—**Formulario de correspondencia francés-español**, por D. J. Mecca. Pts. 2,50.
- 51.—**Motores de gas, petróleo y aire**, por R. Yesares. Pts. 2,50.
- 52.—**Las bebidas alcohólicas.—El alcoholismo**, por D. A. Piga y D. Aguado Marinoni. Pts. 1,50.
- 53.—**Formulario de correspondencia inglés-español**, por D. J. Mecca. Pts. 2,50.
- 54.—**Carpintería práctica**, por D. E. Heras. Pts. 2.
- 55.—**Instituciones de Economía social**, por don J. Torrembó. Pts. 2.
- 56.—**Prontuario del idioma**, por D. E. Oliver. Pts. 3.
- 57.—**Máquinas e instalaciones hidráulicas**, por D. J. de Igual. Pts. 2,50.
- 58.—**Pedagogía universitaria**, por D. Francisco Giner de los Ríos. Pts. 2,50.
- 59.—**Galíllero práctico**, por D. C. de Torres. Pts. 3.
- 60.—**Del Nipón (El Ja-**

- pón), por D. A. García. Pts. 3.
- 61.—Cultivo del algodónero, por D. Diego de Rueda. Pts. 2.
- 62.—Galvanoplastia y electrólisis, por R. Yesares. Pts. 2,50.
- 63.—Educación de los niños, por F. Climent. Pts. 3.
- 64.—El microscopio, por D. Ernesto Caballero. Pts. 1,50.
- 65.—Diccionario de argot español, por L. Besse. Pts. 2,50.
- 66.—Piedras preciosas, por Marcos J. Bertrán. Pts. 2,50.
- 67 { Manual de Mecánica elemental, por Forner Carratalá. Tomo I: "Mecánica general". Pts. 2.
- 68 { Tomo II: "Mecánica aplicada". Pts. 2.
- 69.—Los remedios vegetales, por Alfredo Opisso. Pts. 2.
- 70 { Las Repúblicas hispanoamericanas, por Emilio H. del Villar (dos tomos). Pts. 5.
- 71 {
- 72.—Vinificación moderna, por D. Diego de Rueda. Pts. 2,50.
- 73.—Plantas industriales, por D. Alfredo Opisso. Pts. 2.
- 74.—Cerrajería práctica, por Eusebio Heras. Pts. 2.
- 75.—El arte del periodista, por D. Rafael Mainar. Pts. 2,50.
- 76.—La electricidad en la agricultura, por D. R. Yesares. Pts. 2.
- 77.—Telegrafía eléctrica, por F. Villaverde Navarro. Pts. 2.
- 78.—Medicina social, por A. Opisso. Pts. 2.
- 79.—Geografía general, por Emilio H. del Villar. Pts. 3,50.
- 80.—La familia y los enfermos, por D. J. I. Eleizegui. Pts. 2.
- 81 { Elementos de cálculo mercantil, por L. de
- 82 { la Fuente. Dos tomos. Pts. 5.
- 83.—Teoría de la literatura y de las artes, por D. H. Giner de los Ríos. Pts. 2.
- 84.—Manual del naturalista preparador, por el Dr. Areny de Plandolit. Pts. 1,50.
- 85.—Documentos mercantiles, por Francisco Grau Granell. Pts. 3.
- 86.—Pozos artesianos, por Lucas F. Navarro. Pts. 1,50.
- 87.—Investigación y alumbramiento de aguas, por Lucas F. Navarro. Pts. 1,50.
- 88.—Manual de Pirotecnia, por J. B. Ferré. Pts. 2.
- 89.—Elementos de arquitectura naval (buques de guerra), por D. A. Blanco. Pts. 2.
- 90.—Rudimentos de cultura marítima, por Alfonso Arnau. Tomo I. Pts. 3.
- 91.—Rudimentos de cultura marítima, por Alfonso Arnau. Tomo II. Pts. 3.
- 92.—Ascensores hidrául-

- cos y eléctricos, por R. Yesares. Pts. 2.
- 93.—**Maravillas de la ciencia**, por D. J. Usunáriz. Pts. 1,50.
- 94.—**Derecho internacional**, por D. Aniceto Sela. Pts. 2.
- 95.—**El boxeo y la esgrima del bastón**, por A. Barba. Pts. 1,50.
- 96.—**Foot-ball, basse ball y lawn tennis**, por A. Barba. Pts. 1,50.
- 97.—**El gas pobre y sus aplicaciones a la fuerza motriz y a la calefacción**, por M. R. y Bellvé. Pts. 2.
- 98.—**La abeja y sus productos**. (Apicultura moderna), por Vicente Va. Pts. 2.
- 99.—**Manual de rimas selectas** (pequeño diccionario de la Rima), por J. Pérez Hervás. Pts. 2.
- 100.—**Manual del pintor decorador**, por D. José Cuchy. Pts. 1,50.
- 101.—**El dibujo para todos**, por V. Masriera. Pts. 3.
- 102.—**América Sajona**, por Emilio H. del Villar. Pts. 3.
- 103.—**Agrimensura**, por J. Ferré. Pts. 3.
- 104.—**Estética**, por D. A. Opisso. Pts. 3.
- 105.—**Floricultura**, por D. J. Garzón Ruiz. Pts. 3,50.
- 106.—**Flores artificiales**, por Dolores Andreu. Pts. 3,50.
- 107.—**Formulario práctico de artes y oficios**, por F. Climent Terrer. Pts. 3.
- 108 | **Astronomía**, por J.
109 | Comas Solá. Pts. 7.
- 110.—**El arte de pensar**, por Alfredo Opisso. Pts. 3.
- 111.—**Máximas de Epicteto**, traducidas por Apelles Mestres. Pts. 2,50.
- 112.—**Manual del maquinista fogonero**, por Balbino Vázquez. Pts. 4,50.
- 113.—**Perspectiva**, por Francisco Arola Sala. Ptas. 5.



ENCOMIENDE
USTED
LA DEFENSA
DE SUS
INTERESES
A LA
NOTABILÍSIMA
OBRA

EL ABOGADO POPULAR

DEL CONOCIDO PUBLICISTA

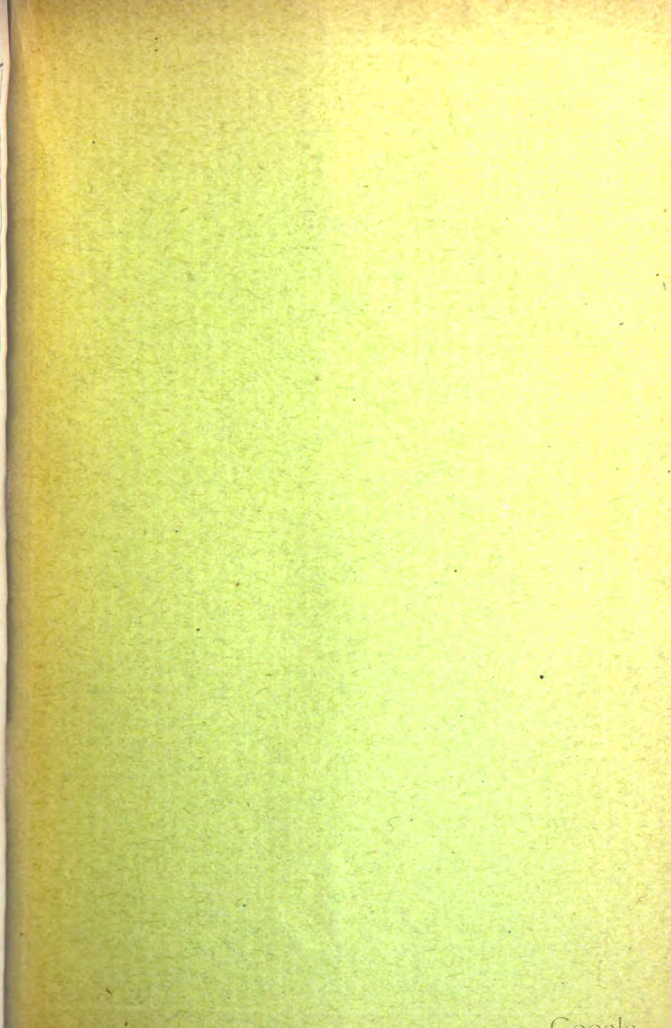
D. PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA

EL ABOGADO POPULAR

es una obra extensa, en la que su autor ha expuesto con claridad y concisión admirable todo cuanto se refiere a la vida legal del individuo y de la sociedad en España. Es una curiosa serie, de más de 8.000 consultas dialogadas, hechas por un cliente a su abogado y contestadas por éste, aclarando dudas y poniendo ejemplos sobre todos los casos de la vida, y ampliadas con nutridas secciones de modelos de escrituras, testamentos, recursos y escritos dirigidos a las autoridades, tarifas, aranceles, formulario jurídico, etc., etc.

Precio único de los seis tomos de que consta la sexta edición, a plazos o al contado, **73** pesetas.

CALPE Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones
San Mateo, 13.—MADRID



COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETC., ETC.

Aparecen veinte números, de unas cien páginas, cada mes, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número.

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 220 números publicados desde julio de 1919
— a mayo de 1920 contienen obras de —

LOPE DE VEGA, KANT, GOLDSMITH, LA ROCHEFOUCAULD, ORTEGA MUNILLA, PROSPERO MERIMEE, STEVENSON, STENDHAL, GOETHE, MACHADO, CERVANTES, ANDREIEV, CASTELLO-BRANCO, CICERON, VILLALON, KOROLENKO, ESTEBANEZ CALDERON, LEIBNITZ, PLUTARCO, ABATE PREVOST, RUIZ DE ALARCON, VELEZ DE GUEVARA, GEORGE ELIOT, KUPRIN, COELHO, MME. STAEL, TIRSO DE MOLINA, MUSSET, CLARIN, STERNE, JULIO CESAR, CHEJOV, GARCILASO, TACITO, ABOUT, BEAUMARCHAIS, SANDEAU, LAMARTINE, AZEGLIO, DANTE, HERCZEG, AUSTEN, FLAUBERT, FENELON, GORKI, MORETO, FILMER, NODIER, VERGA, ARNOLD, HAUFF, G. DELEDDA, VOLTAIRE, THACKERAY, GOLDONI, VICTOR HUGO, TORRES VILLARROEL, DOZY, TEIXEIRA DE QUEIROZ, MONTESQUIEU, VIGNY, EUGENIO D'ORS, BALZAC, TAINE, MOLIERE, GOMEZ CARRILLO, CHMELEV, FOSCOLO, KOBOR, WEBSTER y HEINE

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13